

The Project Gutenberg EBook of Al primer vuelo, by
José María de Pereda

This eBook is for the use of anyone anywhere at no
cost and with
almost no restrictions whatsoever. You may copy it
, give it away or
re-use it under the terms of the Project Gutenberg
License included
with this eBook or online at www.gutenberg.org

Title: Al primer vuelo

Author: José María de Pereda

Release Date: December 21, 2007 [EBook #23957]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

*** START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK AL PRIMER
VUELO ***

Produced by Chuck Greif

Al primer vuelo

D. José María de Pereda

--I--

Antecedentes

«No tiene escape. Denme ustedes un aire puro, y yo les daré una sangre rica; denme una sangre rica, y yo les daré los humores bien equilibrados; denme los humores bien equilibrados, y yo les daré una salud de bronce; denme, finalmente, una salud de bronce, y yo les daré el espíritu honrado, los pensamientos nobles y las costumbres ejemplares. _In corpore sano, mens sana_. Es cosa vista... salvo siempre, y por supuesto, los altos designios de Dios.»

Palabra por palabra, éste era el tema de muchas, de muchísimas peroraciones, casi discursos, del menor de los Bermúdez Peleches, del solar de Peleches, término municipal de Villavieja. Le daba por ahí, como a sus hermanos les había dado por otros temas; como a su padre le dio por la manía de poner a sus hijos grandes nombres, «por si algo se les pegaba».

Tres varones tuvo y una hembra. Se llamaron los varones Héctor, Aquiles y Alejandro, y la hembra Lucrecia. Pero no le salió por este lado al buen señor la cuenta muy galana que digamos. Héctor, encanijado y pusilánime, no contó hora de sosiego ni minuto sin quejido. Aquiles, no

mucho más esponjado que Héctor, despuntó por místico o en cuanto tuvo uso de razón, y emprendió, pocos años después, la carrera eclesiástica. Lucrecia, de mejor barro que sus dos hermanos mayores en lo tocante a lo físico, al primer envite de un indiano de Villavieja, de esos que _se van_ apenas venidos, dijo que sí; y con tal denuesto y tan emperrado tesón, que a pesar de ser el indiano mozo de pocas creces, ínfima prosapia y mezquino caudal, y a despecho de los humos y de las iras del Bermúdez padre, la Bermúdez hija se dejó robar por el pretendiente, se casó con él a los pocos días, y le siguió más tarde por esos mares de Dios, afanosa de ver mundo y resuelta a alentar a su marido en la honrosa tarea de «acabar de redondearse» en el mismo tabuco de Mechoacán en que había dejado, trece meses antes, depositados los gérmenes de una soñada riqueza.

Alejandro, el Bermúdez nuestro, tuvo tanto de su homónimo, el de Macedonia, como sus hermanos Héctor y Aquiles de los dos famosos héroes de _La Iliada_; aunque, en honor de la verdad y escrupulizando mucho las cosas, algo vino a sacar, ya que no del insigne conquistador, de su padre, pues llegó a ser tuerto como el gran Filipo. Por lo demás, fue el varón más fornido de la casa, y el más sano y animoso. Eligió la carrera de Derecho, y le envió su padre a la Universidad, mientras Aquiles estudiaba Teología en el Seminario, y se sabía, por lo que propalaba la

familia del mejicano, que Lucrecia estaba en Mechoa
cán engordando a más
y mejor con la alegría de ver acrecentarse, de hora
en hora, el caudal
de su marido.

Héctor, hecho una miseria, se quedó en Pelechés al
cuidado de su padre.
El cual, con esta cruz sobre la de sus muchos años,
y el martirio, cada
día más insufrible, de la prevaricación de su hija,
se murió muy pronto.
Con esta muerte, como con la de su yedra el muro va
cilante, la vida de
Héctor, insostenible por sí sola, se puso a punto d
e acabarse. Acudió a
su lado el seminarista, enteco por naturaleza y ext
enuado por los ayunos
y las maceraciones; y solos, tristes y doloridos lo
s dos en el caserón
de Pelechés, muriéronse en pocos meses uno tras otr
o, después de testar
en común a favor de Alejandro; y no por aborrecimie
nto a Lucrecia, bien
lo sabe Dios, sino por acumular los caudales libres
de la familia en el
único encargado de perpetuar el ilustre apellido, y
en la persuasión de
que la hembra iba en próspera fortuna, no tenía más
que un hijo y podía
pasarse muy bien sin las legítimas de sus dos herma
nos.

Ello fue que Alejandro se vio dueño y señor de las
tres cuartas partes
del haber de sus padres, que, aunque no eran cosa d
el otro jueves,
reunidas en un solo montón daban para mucho en mano
s de un hombre
hacendoso como él, por instinto, y que ya para ento
nces había aprendido,
de labios de un profesor suyo, hombre anémico y dad

o un poquito a la
crápula, aquello de _mens sana..._ en virtud de los
milagros del aire
puro, corriente y libre, que, por cierto, no los ha
bía hecho muy
señalados en la familia de los Bermúdez del solar d
e Peleches, como
podía certificarlo el Alejandro mismo.

No tentándole gran cosa los libracos de su carrera,
resolviose a dejarla
en el punto en que la tenía cuando los tristes acon
tecimientos de
Peleches le obligaron a trasladarse a su casa solar
; pero como se había
dejado por allá, en vías de buen arreglo, cierto as
unto que nada tenía
que ver con la heredada hacienda ni con los afanes
universitarios,
encomendando el caserón nativo y todas sus pertenen
cias, muebles e
inmuebles, al cuidado de una persona de su confianz
a, y sin pagarse
mucho, por entonces, de los libres y salutíferos ai
res patrios, aunque a
reserva de volver a henchirse de ellos tan pronto c
omo lo necesitara,
tornose a la ciudad, que era Sevilla.

El asunto que con tal fuerza le solicitaba allí, er
a una huérfana bien
acaudalada y no de mal ver, aunque algún tanto desq
uiciada de una
cadera, y con la cual llegó a casarse un año despué
s. Con los dos
caudales juntos y sus excelentes instintos de trafi
cante, emprendió
negocios que le dieron un buen lucro y le apegaron
más y más a la tierra
de su mujer. La cual, a los ocho meses de haberle h
echo padre venturoso
de una hermosa niña, que se bautizó con el nombre d

e Nieves, se murió.

Por entonces perdió el ojo izquierdo Alejandro Bermúdez Peleches; y, según relato de personas bien enteradas, lo perdió a consecuencia de una inflamación que le sobrevino de tanto llorar... y de tanto frotarlo, mientras lloraba, con la mano mal depurada de cierto menjunje cáustico que había preparado él para un enjuague vinícola de los muchos que hacía en su bodega.

Aunque después de curado de las penas de las dos pérdidas, en el mismo orden cronológico en que habían ocurrido la de la esposa y la del ojo, se vio joven y robusto y rico, no sintió las menores tentaciones de volver a casarse, entre otros motivos, por el muy noble y honroso de no dar una madrastra a su hija, que se criaba como un rollo de manteca al cuidado de una juiciosa y madura ama de gobierno, después de haberla dejado de su mano la nodriza. Pero, en cambio, y echando de ver que de su parte no había motivos racionales para otra cosa, entabló gustosísimo una frecuente correspondencia con su hermana, que a ello le tentaba desde la ciudad de Méjico, a la cual había trasladado su marido el campo de sus operaciones mercantiles, que, por lo vastas y lucrativas, no cabían ya en el tenducho de Mechoacán. Lucrecia, según sus cartas a Alejandro, no estaba resentida con él por las disposiciones testamentarias de sus hermanos mayores. Lo conceptuaba natural: los había disgustado a todos por una calaverada que por

casualidad le había salido bien. Lo conocía al fin, y se complacía en confesarlo. Además, le sobraba dinero, le sobraban riquezas para ellos dos y un hijo solo que tenían, sin esperanzas de tener otro, porque ya habían pasado más de seis años sin barruntos de él, y era un engordar el suyo, que no cesaba. El aire, los _frijoles_, el _mamey_, las _enchiladas_, el _quitil_... hasta el _pulque_ con que se desayunaba muchos días para matar el gusanillo, todo lo de allí le caía como en su molde propio, y le abría el apetito y se convertía en substancia apenas engullido. Deploraba su gordura solamente por lo que la molestaba para sus quehaceres domésticos, pues para andar por la calle tenía _volanta_. Jamás salía a pie. Su marido era un buen hombre que se esmeraba en complacerla y estimarla a medida que iba ella engordando y enriqueciéndose él, y ni él ni ella pensaban volver a Villavieja ínterin no pudieran ser allí los señores más ricos de toda la provincia; y esto, no por pujos de vanidad, sino por el honrado deseo de que se descubrieran reverentes delante de su marido, muchos mentecatos que le habían tenido en poco en la villa por ser hijo de quien era y caberle en la maleta todos sus caudales. Según iban las cosas, no envejecerían los dos sin ver realizados sus propósitos. Entre tanto, se daban buena vida, se trataban con distinguidas y honradas gentes, y el niño Ignacio, Nacho, Nachito, iba creciendo. ¡Nachito! Era una bendición de Dios por

guapo, por agudo, por
gracioso... ¡Qué criatura, Virgen de Guadalupe!

Todas estas cosas se las contaba la gorda Lucrecia
al tuerto Alejandro
en un lenguaje bárbaramente desleído en una tintura
medio guachinanga,
medio tlascalteca, señal evidente de que la hembra
de los Bermúdez
Peleches hablaba ya _en mejicano_ como los _jándalo
s_ montañeses hablan
en andaluz.

--Debe estar hecha una tarasca--pensaba su hermano,
sonriéndose, cada
vez que acababa de leer una de estas cartas--. Pero
es buenota como el
pan, y varonil como ella sola.

Después la contestaba larga y minuciosamente sobre
su modo de vivir, sus
esperanzas y proyectos; los proyectos y esperanzas
de Lucrecia; consejos
sanos y observaciones cuerdas acerca de la obesidad
prematura en sus
relaciones con el método de vida, calidad y cantida
d de los alimentos...
Nacho. A este niño precoz le dedicaba siempre un la
rgo párrafo. Nacho
crecería, Nacho tendría que estudiar, Nacho sería m
ozo, Nacho sería un
hombre; y ¡ay de él! si mientras recorría este send
ero largo y
escabroso, no se cuidaba nadie de educarle como era
debido para que el
espíritu no se corrompiera dentro de un cuerpo mal
oxigenado. «No tiene
escape, Lucrecia. Dame tú un aire puro, y yo te dar
é una sangre rica;
dame una sangre rica, y yo te daré los humores bien
equilibrados; dame
tú...» Y así sucesivamente, toda la retahíla que ya

conoce el lector.

Luego, y por final de la carta, hablaba de su hija, de su Nieves. ¡Qué hermosísima estaba, cómo crecía de hora en hora, qué revoltosa era y qué gracia le hacía, sobre sus grandes ojos azules, aquel fruncir de entrecejo a cada repentina impresión que recibía, lo mismo de disgusto que de placer! Su pelo era rubio como el oro viejo, y el matiz de sus carnes el del más puro nácar, con unas veladuras de color de rosa en las mejillas, en los labios húmedos y en las ventanas de la nariz, que daba gloria verla. Saldría algo, pero algo muy singular, de aquella miniaturita de mujer. Él tenía ya sus planes formados, sus cálculos hechos para más adelante. En esos cálculos entraba, y por mucho, el venerable solar de Peleches, con sus vastos horizontes y sus aires salutíferos... pero a su debido tiempo, en su día correspondiente... No había que confundir las cosas, que atropellar los sucesos. Todo vendría por sus pasos contados, y todo vendría bien con la ayuda de Dios y sus buenas intenciones.

A Peleches no había vuelto él más que una vez, y muy deprisa, desde la muerte de sus hermanos, porque estaba muy lejos, y los negocios mercantiles y los cuidados de la niña le amarraban a Sevilla de día y de noche; pero no por eso le perdía de vista. A la hora menos pensada daría una vuelta por allí, o todas las que fueran necesarias para el mejor

logro de sus acariciados planes. Entre tanto, en buenas manos andaba todo ello, para tranquilidad suya y prestigio de sus hidalgos progenitores.

Con este continuo hablar, Alejandro de su Nieves y Lucrecia de su Nachito, llegó a empeñarse entre los dos hermanos una verdadera puja de alabanzas de los respectivos vástagos; y picada Lucrecia en su puntillo de madre del niño más hermoso del mundo, envió a su hermano un retrato del prodigio, vestido de _ranchero_, con su listado _jorongo_, sus amplias _calzoneras_ y su sombrero _jarano_. ¡No se veía al infeliz debajo de las enormes alas y de la pesadumbre de los pliegues! «¿A mí con esas?» se dijo Alejandro; y retrató a Nieves vestida de andaluza con mantón de grandes flecos, y rosas en la cabeza. Salíó hecha una lástima la preciosa criatura; pero su padre lo vio de muy distinto modo y mandó el retrato a Lucrecia, que, como había llevado a mal los peros que su hermano se atrevió a poner al pintoresco vestido de Nacho, se despachó a su gusto en la lista de reparos al atalaje de su sobrina. Entonces convinieron ambos en que los chicos se retrataran «al natural». Hízose así, y enseguida el cambio de los retratos entre la gorda Lucrecia y el tuerto Alejandro. Por cierto que hubo una coincidencia bien singular en las dos cartas, conductoras de las respectivas tarjetas, que se cruzaron en el Océano. Cada una de ellas contenía en posdata esta pregunta: «Y

tú, ¿por qué no me envías tu retrato?» Preguntas que obtuvieron en su día las correspondientes respuestas.

La de Lucrecia fue en estos términos:

--Por no asustarte.

Y la de Alejandro en estos otros:

--Porque desde el contratiempo que sabes, no me conoecerías.

También iban en posdata estas respuestas. En el cuerpo de las cartas sólo se trataba de las impresiones recibidas por cada firmante en la contemplación del retrato, «al natural», del hijo del otro, siendo muy de notar que cada padre extremaba las ponderaciones de su correspondiente sobrino, y ninguno de los dos mentaba, porque es la pura verdad que Nacho y Nieves eran tal para cual, y, según decía Lucrecia a su hermano, «como nacidos el uno para el otro, a pesar de llevarle mi Nachito cuatro años a tu Nieves».

Pues el dicho traje cola, y cola larga; porque apostó en las mientes de Alejandro una idea que jamás había pasado por ellas. Nieves tenía entonces seis años cumplidos; Nacho, diez mal contados: cuando ella tuviera veinte, él tendría veinticuatro. De molde. Nieves era monísima, y llegaría a ser una arrogante moza; Nacho era guapo de verdad, y prometía ser un mozo gallardo. De perlas. Nieves era rica; su primo, tanto o más que ella; los dos eran ramas, por un la

do, de un mismo e
ilustre tronco; y por el otro, allá se andaban tamb
ién, porque si el
padre de Nacho era hijo de pobres y oscuros menest
rales de Villavieja,
la madre de Nieves procedía directamente de un bode
gonero de Triana y de
una lavandera de Carmona. Esto no se lo había confe
sado él a ninguno de
su casta; pero era la pura verdad y había que tomar
lo en cuenta en aquel
caso. Después, todo quedaba en la familia, realizad
o el naciente
proyecto; y según los tiempos corrían y lo entornad
o que andaba el
mundo, por dudosa que resultara la formalidad del m
ejicanillo, érale a
él conocido al cabo, y lo conocido, por malo que fu
era, siempre sería
preferible a lo bueno sin conocer.

Pensó mucho, muchísimo, en estos particulares, y en
la primera carta que
escribió a su hermana la dijo: «podemos seguir trat
ando de eso, si te
parece», después de repetirla el dicho y de glosarl
e con cierta
discreción a su manera.

Y de ello se trató largo y tendido entre los dos he
rmanos con entero y
cabal beneplácito del marido de Lucrecia, la cual e
ngordó de pronto cosa
de ocho libras más, porque también los pensamientos
agradables y las
esperanzas risueñas se convertían en substancia par
a aquel corpazo tan
agradecido.

Andando los meses, la niña sevillana aprendió a lee
r, y entonces el
muchachuelo mejicano, que ya sabía escribir, la ded

icó una carta para
poner a prueba su destreza en la lectura, y en unos
términos tan
zalameros y dulzones, que se pegaban hasta de la vi
sta. Nieves leyó la
carta sin la menor dificultad, porque la letra era
primorosa, pero no la
entendió; y por no entenderla y por antojársele que
sabía a melaza, le
dio empacho y la metió en grandes ganas de saber es
cribir, para decirle
a su primo que la escribiera de otro modo o dejara
de escribirla.

--Es el estilo de allá,--la dijo su padre para temp
larla un poco e ir
preparándola el estómago.

Pasó más tiempo, y Nieves, en cuanto aprendió a esc
ribir, cumplió su
palabra. En una carta escrita con reglero, letra mu
y desigual y peor
ortografía, puso a Nacho para pelar: «No te esquiri
biré má--le dijo
entre otras cosas--, si tú no canveas de modo... Av
er. Te pasas de fino,
higo, y tó te sale pringoso de puro arrope que lech
as... Aver. Aquí
tenemo jotro ablá que no sabe tanto a jigo pasao...
Aver.»

Nacho se enmendó algo, no en aquellos días, sino añ
os después, cuando ya
cursaba Leyes, y su prima, cendolilla de quince may
os, había ingresado
en un colegio. La enmienda completa del mejicano er
a imposible, porque
en aquel modo de escribir entraba Nacho entero y ve
rdadero: así hablaba,
así andaba y así comía. De estampa continuaba bien,
muy bien; algo
desmadejadillo y perezoso, pero guapo, muy guapo; y

como seguía el
cambio de retratos, no ya entre los padres, sino en
tre los hijos
directamente, si la sevillana había perdonado al pr
imo muchos pecados de
estilo en virtud de aquellas otras dotes físicas, t
ambién el mejicano,
en vista de las extraordinarias de su prima, había
sabido dispensarla el
matraqueo de sus _guasas_, y con mayor facilidad la
s incurables faltas
de ortografía. De intereses, como la espuma los dos
. Si a don Alejandro
le salían redondos los negocios en que se metía, a
su cuñado no le cabía
ya el dinero en casa, según expresión de Lucrecia,
ni a ella las carnes
sobre el cuerpo. Era mucho engordar el suyo; y lo p
eor de todo, que no
podía saber cuándo ni en qué pararía aquella marea
de grasa, porque el
apetito iba también en auge, y más bravo se le poní
a cuanto más alimento
se le daba. Por de pronto nada le dolía; y fuera de
no poder calzarse,
ni vestirse, ni acostarse por sí sola, andaba como
un reló. También la
tenía con algún cuidado el temor de que su gordura
llegara a impedirla
el proyectado viaje a la tierra nativa, cuya ocasió
n podía tocar ya con
los dedos a poco que alargara el brazo, porque si a
aquellas horas el
caudal de su marido no daba para comprar a peso de
oro toda Villavieja
con sus inherentes y aledaños, no distaría de ello
media talega...

Corrieron tres años más, al cabo de los cuales Nach
o recibió la
investidura de licenciado en Derecho, y Nieves queb
rantó los cerrojos de

su clausura para no volver jamás a ella. Nuevo cambio de retratos entonces. El de Nachito con las hopalandas y el birrete del oficio, y el de su prima con todos los atalajes y arrequives de una mujer hecha y derecha. Le caía muy bien la vestidura aquélla al mejicanillo. Luciría en estrados informando en una causa ruidosa, ante un público de ociosos, más o menos criminales también, y de señoras distinguidas. No era el tipo del letrado grave, con cara de estuco y alma de papel sellado, revelada en unos ojuelos de vidrio, al compás de una voz campanuda y hueca, que va sacando, uno a uno, como del fondo del estómago, resobados sofismas de taracea que se hubieran insaculado allí después de usados por otros cien jurisperitos de igual corte. Nada de eso: Nacho, con sus ojos dulces y expresivos, su barbita sedosa, sus facciones correctas y finísimas, y su actitud elegante, podría no valer en el fondo un puñado de alfileres, porque chascos mucho más gordos dan ciertos diamantes falsos; pero, _a la vista_, era el tipo del abogado nuevo, del abogado artista, que no anda por los caminos trillados de las clásicas y vetustas tradiciones forenses, sino por las cumbres espinosas y arriesgadas de los nuevos problemas jurídicos; de los que no usan los libros de la profesión para ejercerla; de los que van a la Audiencia, no a alegar, sino a demoler; no a invocar textos y razones del acervo común, sino a enredarse en teorías frenopáticas dentro de un laberinto

de disquisiciones antropológicas, para acabar declarando loca de remate a toda la humanidad que anda fuera de los manicomios, con el heroico fin de salvar del patíbulo, por loco irresponsable, al distinguido criminal a quien defiende, convicto y confeso y reincidente además.

Por supuesto que no son de la cosecha de Nieves estas señas que aquí se dan de su primo. No ahondaban tanto sus malicias todavía. Ella miraba la imagen por el único lado accesible a su vista juvenil y algo deslumbrada por los primeros resplandores del mundo a cuyas puertas acababa de llegar, recién salida de las del colegio; y mirándola por ese lado y de tal modo, se limitó a pensar de su primo lo que cabe en estas sencillísimas palabras.

--No está mal así.

Enseguida se puso a contemplar su propio retrato con bastante mayor avidez que el de su primo. Nada más puesto en razón. Por vez primera se veía en verdaderos hábitos de mujer, sin el menor vestigio del cascarón de la niña ni de la librea de la colegiala; y había mucho que mirar y que considerar en aquella nueva fase de su vida.

--II--

La tesis de Don Alejandro

De grandes emociones fue para Nieves el día del estreno de aquellos hábitos para ir a retratarse con ellos; pero no tan hondas como las que sintió su padre en el momento de verla aparecer a la puerta de su gabinete, calzándose los guantes y diciéndole al mismo tiempo: «cuando quieras, papá», con una sonrisilla de ojos y de media boca (porque la otra media la tenía ocupada con una penquita de albahaca) que venía a significar: «¿qué te parece de tu hija con estos flamantes atavíos?»

Hasta entonces, en el colegio o fuera del colegio, con los vestidos un poco más largos o un poco más cortos, siempre había sido Nieves para su padre una niña, más alta o más baja, más hecha o menos hecha; pero una niña al cabo, «la niña», como él la llamaba hablando con su ama de llaves o con el primero que se le ponía por delante; la niña, con los gustos y los deseos y descuido propios y naturales de la edad del candor y de la inocencia; pero ¡canástoles! desde aquel momento crítico, con aquel talle ceñido y sutil que ponía de relieve formas, anchuras y redondeces jamás notadas por él; con aquel mirar receloso por debajo del ala del sombrero, medio borgoñón, medio macareno, y aquel crujir de faldas y asomar, rozando el borde de la fimbria, de unos pies como almendras azucaradas, y aquel resbalar de la luz sobre las ondas de sus cabellos rubios... ¡canástoles! era muy otra cosa. En todo aquello había mucha más canela de la que se había él figurado, y

cabía más de otro
tanto si se quería suponer. En aquella cabecita gra
ciosa se reflejaban
pensamientos de _cierta especie_, y en aquel cuerpo
saleroso, latidos...
¡y vaya usted a saber! Pero, señor, ¿en dónde había
tenido el ojo bueno
hasta entonces? Porque aquello no podía ser la obra
repentina, el
milagro de algunos jirones de tela y unos cuantos c
intajos de más. No,
¡canástoles! aquello allá estaba de por sí, más ade
ntro o más afuera;
pero allá estaba... No tenía duda: para estimar una
estatua en todo su
merecido valor, había que verla colocada en su pede
stal. ¡Canástoles,
canástoles, si daba que rumiar el caso, para un hom
bre de los planes y
de las ideas que él tenía en el meollo!

--Pues vamos andando, hija del alma--contestó, como
distráido, a la
insinuación de Nieves, sin dejar de mirarla con su
único ojo, muy
abierto, ni de pensar lo que pensaba--. Te cae bien
, bien de verdad, el
atalaje ese que te pones por primera vez... ¡No, no
, y llevar le llevas
con una soltura!... ¡Canástoles con la chiquilla!..
. A ver, a ver por
detrás... No te pares, no: sigue, sigue andando...
¡Mejor que mejor!
¡Canástoles con la criatura de antes de ayer!... A
la calle ahora... Eso
es... así se anda... como el sol y la luna... ¡Ajá!

Y la criatura aquella salía ya patio adelante entre
la fuente y los
rosales de las macetas, que en aquel momento solemn
e la saludaban, la

una con sus rumores más blandos, y las otras con su fragancia más exquisita, mientras, desde la galería del piso, la vieja ama de llaves, rondeña de pura casta, la echaba _saetas_, lo mismo que si pasara la Virgen en la procesión de Viernes Santo.

El retrato _salió_ bien, como tenía que salir con aquel modelo tan a propósito y aquel fotógrafo tan acreditado. Nunca don Alejandro lo había puesto en duda. Pero ¿qué le importaba a él en aquellos instantes el retrato de su hija? Lo que le importaba era lo otro, lo otro, ¡canástoles! lo que en su concepto no daba espera, y por lo cual lo puso «sobre el tapete» en cuanto volvieron a casa los dos y tomaron un respiro.

--Repito lo dicho, hija del alma--comenzó diciendo--: estás de perlas vestidita de mujer; vamos, como si hubieras nacido así...

--Si no he perdido la cuenta--respondió Nieves--, me lo llevas dicho como treinta veces en menos de dos horas.

--Y estarás en lo cierto, si es que no te has quedado corta en la cantidad--replicó su padre sin maldita la intención de bromearse--; porque es tema ese que no se me aparta del magín desde que asomaste por aquella puerta, pocas horas hace. Es cosa muy natural: ya ves tú, te dejo aquí colegialilla, como quien dice, y te encuentro hecha una real moza dos pasos más allá. Soy tu padre; tú eres mi ú

nica hija: ¿qué
canástoles ha de preocuparle a uno si no son esas cosas tan agradables y
tan?... En fin, que estoy en lo mío estando en esas
cavilaciones y con
esos recreos del ánimo... Pero aguárdate un poco, que
no voy a tomar
punto de ello en esta ocasión para acabar de aburrirte
con otra rociada
de chicoleos... ¡Pues tendría que ver la ocurrencia,
canástoles! ¡Ja,
ja, ja! No, hija, no: cada cosa pide su sazón y su
tiempo; y una idea
salta porque la empuja otra que quiere saltar también;
y así, de idea en
idea, cuando uno menos se lo sueña se halla con que
ha formado un
rosario de ellas que no tiene fin, y se ha visto y
se ha revuelto entre
los cascos medio mundo... ¿Eh?... ¿Te vas enterando
tú?

--Ni esto--respondió Nieves señalando con la uña del
dedo pulgar la
mitad de la yema del índice de su diestra.

--Pues ya irá saliendo el caso poco a poco--dijo su
padre echándose a
reír y apoyando ambas manos sobre los respectivos muslos--; ya irá
saliendo... Con que mucho ojo ahora, para que no se
te pase por alto el
hilo.

Nieves, a todo esto, no sabía si reírse o si apenarse,
porque lo cierto
era que nunca había oído ni visto a su padre hablar
de aquel modo ni de
aquellas trazas; y así sucedía que tan pronto enseñaba
los dientecillos
prietos y esmaltados, como fruncía el entrecejo o carraspeaba sin

necesidad; pero sin apartar la mirada, entre curios
a y tímida, del ojo
sano y algo cobardón de su padre.

--¡Por vida del ocho de bastos!--exclamó éste inter
rumpiendo de pronto
su descosido relato--. ¡A que estoy yo dándote que
cavilar y hasta que
temer con estos recovecos y estas parsimonias, lo m
ismo que si pensara
en salirte a lo mejor con alguna historia del otro
mundo? ¡Ja, ja, ja!
Pues estaría bueno eso, ¡canástoles! Nada, hija, na
da: todo se reduce a
una especie de recuento de cosas y de planes que yo
pensaba hacerte
dentro de unos días, y se me ha antojado hacértele
ahora mismo, desde
que he notado que no necesitas el aprendizaje ni de
esos pocos días
siquiera para desempeñar en regla tu nuevo papelito
de señorita
formal... Y ahí tienes la razón de los treinta y ta
ntos piropos que te
llevo echados en un periquete... Esperaba verte con
cierta inseguridad
al principio... ¿eh? con cierto encogimiento, y has
ta... En fin, al
asunto, ¡qué canástoles! que todavía, por el empeño
de huir del perejil,
se me va a plagar de ello la frente. Al caso, pues,
he dicho; y el caso,
sin más rodeos, es éste: hay dos modos... dos princ
ipales, entiéndelo
bien, de colarse por las puertas del mundo: el uno
de sopetón, y el otro
por sus pasos contados. Yo soy partidario de este m
odo, y hasta le
considero de necesidad, como el conocer letra a let
ra el silabario para
aprender a leer de corrido y como se debe. ¿Estás t
ú? Pues bueno. Tú

sales del limbo ahora; te coge una modista que lo entiende, te emperejila y engalana a uso de mujer que es hija de un padre rico y bien relacionado en la tercera capital de España, y me dice a mí: «ahí está esa alhaja, preparadita para brillar entre las más resplandecientes. Dela usted el pase, y adentro con ella...» «Poco a poco», respondo yo entonces, no a la modista, sino a ti, que lo has oído: «a la parte de allá de esa puerta hay mucho bueno; pero también mucho malo: lo uno y lo otro tienta y seduce por igual, y todo ello anda revuelto y salta a los ojos voraces, hecho una ensalada. Hay, por consiguiente, que aprender a mirar, y que educar y fortificar el estómago antes de colarse ahí con la posible seguridad de que no se nos dé gato por liebre a lo mejor del cuento...» ¿Estás tú? Pues aplica ahora el símil a la realidad del caso nuestro, y te digo: mira, Nieves, yo, en tu lugar, a tu edad, en tu posición, con tus racionales esperanzas de una larga y regalona vida, tan regalona como decorosamente quepa en una mujer honrada y de buena y cristiana educación, no comenzaría a gustar los placeres lícitos del mundo por lo más revuelto y lo mayor, sino por lo más tranquilo y más pequeño; no me expondría a corromper mis buenos instintos con los aires viciados y los ejemplos peligrosos de la vida social de las grandes ciudades, sino que me prepararía debidamente con otros aires más puros y otros ejemplos más... vamos, más... ¡Canástoles! ponámoslo en plata y

acabemos: quisiera yo, Nieves de mi alma, que, ante todo, nos fuéramos, pero en seguidita, por una temporada tan larga como pudieras resistirla tú, a Pelechés, al solar de tus mayores, donde yo nací y deseo morir, cuanto más tarde, por supuesto; a Pelechés, digo, donde no has estado nunca, porque la fuerza de las cosas lo ha querido así, no porque a mí se me haya pasado por alto la necesidad, como te consta por lo que me has oído lamentarlo a cada instante. ¡Oh, y cómo había de lucirnos en el cuerpo y en el alma esta determinación llevada a cabo en ocasión y en época tan oportunas! Sin obligaciones escolares tú; desligado yo de las trabas de mis negocios apremiantes, porque, en previsión de este caso, he ido arreglando las cosas a mi gusto con el sosiego y el pulso necesarios; libre tú, libre yo, con el tiempo y el dinero de sobra en aquella comarca tan alegre y tan saludable... Pelechés, por sí, no es gran cosa para divertirse una mocita como tú; pero a dos pasos está la villa donde hay un poco de todo lo que hay aquí, hasta gentes bien educadas, con su correspondiente sociedad y respectivas diferencias de nivel, pero sencillo y noble y aun patriarcal si se quiere; y además de ello, pintorescas y sanas costumbres populares, horizontes admirables y ambiente salutífero. De todo ello te puedes henchir, hija mía, sin el menor riesgo de que te perjudique ni en la salud física ni en la moral: antes al contrario, caerá como fecundante rocío sobre la hermosa

primavera de tu vida, y dando mayor firmeza y desarrollo a lo mucho bueno que ya tienes, hará que sea mejor que ello todavía lo que vayas acopiando. Ya sabes la fe que tengo yo en ciertos principios de higiene, aun puestos en práctica en los sitios y ocasiones menos a propósito para acreditarlos. No tiene escape, Nieves: dame un aire puro, y yo te daré una sangre rica; dame una sangre rica, y yo te daré los humores bien equilibrados; dame los humores bien equilibrados, y yo te daré una salud de bronce; dame, finalmente, una salud de bronce, y yo te daré el espíritu honrado, los pensamientos nobles y las costumbres ejemplares.

In corpore sano, mens sana. Es cosa vista... salvo siempre, y por supuesto, los altos designios de Dios. Me lo has oído muchas veces; y no podrás negarme que durante tu niñez, a falta del aire libre de mi tierra, te has sorbido la mitad del que corre a cañal o suelto en los paseos más desahogados de Sevilla. Pues si la receta no falla ni en naturalezas míseras y enclenques y de mal enderezados pensamientos, ¿qué prodigios no obrará en la tuya, que es modelo de naturalezas ricas, nobles y bien equilibradas? Miel sobre hojuelas, hija mía... Para concluir de una vez: véate yo en Peleches alegre y satisfecha y triscando como suelta cabritilla, aclimatada a aquellos lugares y aquellas costumbres medio bravías y medio urbanas, y de tu cuenta dejo el señalarme entonces el día y la hora para hacer tu presentación al

mundo ruidoso de las grandes capitales... Con el temple de las armas que
hayas adquirido de ese modo, que te entren moscas a quí... ni en San
Petersburgo... Y éste es el caso, mondo y lirondo.

Dicho esto, afirmó otra vez don Alejandro las manos en los
correspondientes muslos, y con el ojo bueno clavado en los de Nieves, y
la cara muy risueña, se dispuso a recibir la contestación.

Que no se hizo esperar mucho, porque precisamente le estaba retozando a
Nieves en los labios y en los ojos y en todo el cuerpo, vuelta a su
ordinaria tranquilidad mucho antes de que diera fin el pintoresco
discurso de su padre.

--¡Valiente caso!--dijo echándose a reír de todas veras.

--¿Por ahí le tomas?--exclamó su padre muy gozoso también, aunque no
poco sorprendido.

--Y ¿por dónde si no?--replicó su hija--. ¡Pues si he estado a pique más
de dos veces, en estos últimos días, de pedirte como un gran favor!
¿No conoces bien mis gustos?

--¡Canástoles!... De manera que todo lo que te he estado predicando...

--Sermón perdido, papá del alma... ¡Y cuidado que te había salido bien!
¡Qué lástima!

--¡Aduladora! Pues mira, aunque mis sudorcillos me

había costado, por
bien perdido le doy.

--¡Eso es ser rumboso!... ¿Y no tienes que pedirme
algún otro favor por
el estilo?

--Mujer--respondió Bermúdez después de dudar unos i
nstantes y rascándose
un poco la cabeza con un dedo--, tanto como favor,
no diré; pero otro
ratito de plática amistosa, nada más que amistosa,
del corte de la
presente, puede que sí.

--¿Sobre Peleches también?--preguntó Nieves fruncie
ndo un poco el
entrecejo monísimo.

--Precisamente sobre Peleches, tomado como punto pr
incipal de la
plática, no.

--Y ¿ha de ser ahora mismo la plática esa?

--Tampoco--respondió don Alejandro, volviendo a dud
ar y a rascarse--.
Dentro de unos días, si se me ocurre y viene a pelo
; porque te advierto,
para tu tranquilidad, que no es asunto de vida o mu
erte para ti ni para
mí... Hablar por hablar, como el otro que dijo, y c
osas de señor
mayor... porque ya voy subiendo los cincuenta y cin
co arriba, hija del
alma, y hay que tenerlo todo presente a estas altur
as, y mirar a muchos
lados, por si a lo mejor se le van a uno los pies..
. y sanseacabó el
viaje de repente, ¡canástoles!

--Vaya--dijo aquí Nieves con un gestecillo muy grac

ioso-- , hazte el
ancianito ahora y ponme triste a mí.

--¡Eso sí que fuera una gansada de órdago!--exclamó
Bermúdez formalmente
indignado contra sí mismo--, y sin maldita la neces
idad; porque, hoy por
hoy, siento retozarme en el corazón la vida de los
treinta años... Es la
pura verdad, créemela por éstas que son cruces. Dij
e eso... por decir.

--Pues por decir dije yo lo otro, inocente de Dios,
--respondió Nieves a
su padre dándole un beso en la mejilla correspondie
nte al ojo huero.

--Pelillos a la mar entonces,--concluyó, casi llora
ndo de gusto, el buen
Bermúdez Peleches, y pagando el beso de la hija con
otro muy resonado.

--¿De modo--añadió ésta quedándose delante de la si
lla que antes había
ocupado--, que no hay más asuntos que tratar por ah
ora entre los dos?

--¿Por qué lo preguntas?

--Porque tengo que hacer en otra parte de la casa..
. Ya ves tú, la
señora de ella, y lo mejor del día gastado en conve
rsación...

--¡Canástoles, lo que voy a salir yo ganando con un
ama de gobierno tan
hacendosa como tú!... Pues respondiendo a tu pregun
ta, digo que no hay
más asuntos.

--Hasta luego entonces.

--Hasta siempre, hija del alma... ¡Ah! por si se me olvida después: ya sabes que el primer ejemplar de tu retrato ha de ser para _los_ de Méjico. El _suyo_, a la hora presente, debe de estar ya si toca o llega.

Se dio por enterada Nieves con un movimiento de cabeza sin volver la cara, y salió de la estancia. Su padre salió también, pero con rumbo opuesto, y se encerró en su despacho, en el cual escribió una muy extensa carta, que mandó más tarde al correo, con sobre dirigido «Al Sr. D. Claudio Fuertes y León, comandante retirado, en Villavieja».

--III--

El ojo de Bermúdez Peleches

El retrato de Nacho llegó a Sevilla, días andando, con una carta del flamante jurisperito para Nieves, y otra de su madre para don Alejandro, y la fotografía de Nieves salió para Méjico con una carta de ésta para su primo, y otra de su padre para Lucrecia.

Lo de esta hembra denodada había llegado ya a su grado máximo. Para escribir lo poco que escribía a su hermano, tenía que ingeniar se metiendo la barriga debajo de la mesa, y aun así apenas alcanzaba con la mano al papel. Era una boya que no cabía ya en ninguna parte, ni

concebía otra postura, relativamente cómoda, que la de las boyas, flotando, la cual era irrealizable, tan irrealizable como su viaje a España, si Dios no hacía el milagro de enflaquecerla a una tercera parte cuando menos, en lo que faltaba de primavera, para poder embarcarse en los primeros meses del verano. Poniéndose en lo peor de lo probable, era cosa resuelta ya que viniera Nacho solo a conocer a su familia de España, y a dar, de paso, un vistazo a lo más importante de los Estados Unidos y de Europa. Tal era el proyecto acordado allá, y se realizaría a mediados del verano. También Nacho hablaba de ello a su primita; pero ¿en qué términos?

Esto es lo que deseaba averiguar don Alejandro; por que es de saberse que Nieves, de dos años atrás, no leía a su padre las cartas que la escribía su primo, ni tampoco los borradores de las que ella le escribía a él. Los dos hermanos Bermúdez Peleches continuaban en perfecto acuerdo sobre cierto plan forjado desde que los respectivos hijos eran pequeñuelos. Pero ¿conocían los hijos los proyectos de sus padres? ¿Los tenían por buenos y los habían aceptado con gusto? Don Alejandro podía jurar que de sus labios no había salido una palabra dirigida a Nieves, con intento de descubrírseles. Su hermana Lucrecia aseguraba lo propio con relación a su hijo. ¿Sería verdad? Y siéndolo, ¿habría nacido la misma idea entre los dos primos, a fuerza de cartearse y de cambiarse los retratos... o

por obra de ciertos diablejos desocupados que se divierten trayendo y llevando por los aires e ingiriendo en este oído y en el otro el rumor de las confidencias más secretas, y hasta el polvillo de los pensamientos mejor guardados? En su concepto, era llegada la hora, medio anunciada días atrás a su hija, de tratar con ella de este peliagudo caso. La fortuna se la puso a tiro, en el acto de colocar Nieves el retrato de su primo en un elegante marco de _peluche_ rojo, y tomó pretexto de ello para entrar en materia...

--Te repito--la dijo--, que le está de molde el vestido ese.

Nieves, sin volver la cara hacia su padre, alejó el retrato que tenía puesto ya en el marco; y después de contemplarle unos instantes con los ojos un poco fruncidos, plegó otra vez el brazo y respondió con la mayor indiferencia mientras dejaba el cuadro sobre el mueble más próximo:

--No está mal así.

Lo propio que ya había dicho otra vez, como se recordará, y sin que nadie se lo preguntara.

Con igual frescura y la misma indiferencia, respondió al largo y malicioso interrogatorio con que su padre la estuvo asediando un buen rato.

--Y ¿qué tal de estilo?--llegó a preguntarla--. ¿Se ha corregido algo de

aquellas melopeas guachinanguitas desde que yo no le
eo sus cartas?...

Porque bien sabes tú que, de dos años acá lo menos,
ya no me las enseñas
como me las enseñabas antes... ¡Picarona!

Ni por esas. Nieves no se puso colorada ni se apuró
lo más mínimo.

Respondió lisa y llanamente que allí estaban las ca
rtas, si quería
leerlas, y que si no le había enseñado las recibida
s durante los dos
últimos años, consistía en que precisamente era ese
el tiempo corrido
desde que ella había caído en la cuenta de que no t
enía substancia
maldita la retórica de su primo.

¡Canástoles! ¡y se lo decía tan fresca y tan!... Pu
es para fingimiento y
embustería, ya pasaba de la raya aquello; y si le h
ablaba en verdad, le
quedaba por andar todo el camino para llegar adonde
se dirigían él y su
hermana desde tiempos bien lejanos. ¡Por vida de!..
.

Tocó enseguida otro registro nuevo: Peleches. Cómo
era aquella casa, qué
habitaciones tenía, cuál de ellas sería más a propó
sito para Nacho y
cuál para ella, para Nieves, según lo que aconsejab
a el buen sentido...
y también las circunstancias. (Esto de las circunst
ancias lo subrayó muy
fuerte, hasta temblarle un poco la voz y los párpad
os del ojo bueno.)
Nieves bajó entonces un tantico los suyos; y mientr
as daba golpecitos
con los dedos de su diestra en el cristal del retra
to de su primo, con
la otra mano deshojaba, sin percatarse de ello, una

de las flores del
manojito que llevaba prendido sobre el pecho. Por a
llí dolía, según las
señales que no pasaron inadvertidas para el ojo de
Bermúdez. Pues ¡duro
allí, canástoles, hasta que sangrara! Y se ensañó e
l buen hombre,
fantaseando cuadros domésticos, idílicos y bucólico
s; pero ¡cosa rara!
cuanto más clamoreaba la zampoña de Virgilio y Garc
ilaso, más
indiferente y fresca iba mostrándose Nieves. ¡Cómo
demonios era aquello?
Acabó por perder la paciencia y los estribos, y se
tiró a fondo con
estas preguntas:

--En fin y remate de todo este fregado, hija mía: a
ti ¿te interesa algo
o no te interesa la venida de tu primo? ¿te da igua
l que viva con
nosotros o con los parientes de Villavieja? ¿que co
ja ley a la casa y a
las personas de Peleches o que no se le dé un ochav
o de cominos por
ellas? ¿que se marche aburrido a los ocho días de l
legar, o que no se
deje arrancar de allí ni con azadones y agua hirvie
ndo? ¿que sea un
borreguito de mieles para ti, o que no le merezcas
mayor estima que un
costal de paja? Responde y entendámonos.

Como el ojo de Bermúdez flameaba algo y su hablar e
ra vehemente y su
acento un poco duro, Nieves, con estos síntomas y b
ajo el peso abrumador
de tantas y tan delicadas preguntas, quiso responde
r, pero con la debida
cordura, y no supo. Atarugose mucho; sofocola el tr
ance inesperado, y
acabó por no saber de qué lado sentarse ni en qué s

itio fijar la vista
de sus turbados ojos.

--Entendido, hija mía, entendido--exclamó al punto su padre, que no desperdiciaba síntoma ni detalle--. Entendido de pe a pa, como si los mismísimos angelitos del cielo me lo cantaran al oído. Entendido--añadió levantándose de la silla en que se sentaba--, y no se hable una palabra más. ¡Ah, qué torpe y qué simple y qué bárbaro fui empeñándome en que se me pusiera en las palmas de las manos lo que no debe ser mirado sino con los ojos de allá dentro!... ¡Qué sabes tú de esas cosas tan quebradizas, tan escondidas y tan hondas, ni con qué vergüenza te atreves a echarles la zarpada brutal para revolverlas y profanarlas?.. . Perdóname, hija mía, siquiera por la honrada intención que tuve al ponerte en el apuro en que te puse. Quédate con tu secreto que te acredita de juiciosa, y no se hable más de esto hasta que tú lo desees. A mí con lo callado me basta. Un beso ahora para sellar las paces, y adiós .

Se adivinan la temperatura del beso y la calidad de la sonrisa con que despidió Nieves a su padre.

El cual, andando hacia su despacho, resumía y salpimentaba de este modo los frutos de su terminada indagatoria:

--Se ve y se palpa. No cabe la menor duda. Está en inteligencia perfectísima con su primo; y no por sugerencias extrañas ni por consejos

oficiosos de nadie, sino por nacimiento espontáneo, o providencial, de esa idea o de ese sentimiento en la cabeza o en el corazón de entrambos; circunstancia que dobla el interés y el valor de la cosa. Nachito, según las incesantes afirmaciones de su madre, no tiene tacha en su moral; y según lo declaran bien palpablemente sus retratos, tampoco la tiene en su físico. De caudal, no se hable: será una mina de oro acuñado. Nachito, con estas condiciones y prendas tan ventajosas, hoy por hoy, entiéndase esto bien, hoy por hoy, reina en el corazón y en la cabeza de su prima. La cabeza y el corazón de Nieves, hoy por hoy... hoy por hoy, digo, están como dos tablitas de cera virgen: lo que en ellas se imprima, allí se quedará por los siglos de los siglos, si no se borra con la impresión de otro muñequito nuevo que estampe alguna mano alevosa. Un padre, de los ramplones de tres al cuarto, no hubiera parado mientes en este particular delicadísimo; y por lo mismo que veía a su hija precozmente desarrollada en lo físico y en lo intelectual; por lo mismo que la veía transformada, de la noche a la mañana, en mujer, y en mujer donairosa, elegante y llamativa, con todos los elementos a propósito para brillar y divertirse honradamente en el mundo, «al mundo con ella antes con antes», se habría dicho; y en el mundo la habría zambullido de golpe y porrazo... ¡Ah, padre bobalicon y mal aconsejado! ¡Quién es capaz de predecir lo que será de los pensamientos y de las

inclinaciones y hasta de los caprichos de tu hija,
respirando un
ambiente que jamás ha respirado, y sin armas para d
efenderse en una
región que nunca ha visto, llena de tentaciones y d
e estímulos que han
de cebarse en su desapercibida naturaleza, como los
mosquitos en el
almíbar? Y si tienes en algo lo que lleva ya estamp
ado en sus tablitas
de cera, ¡quién te asegura a ti que no será borrado
por la impresión de
otra cosa, y que esta nueva impresión no resultará
llaga maligna y
enfermedad incurable? Pues bien: yo, aunque con un
ojo solo, he guipado
más que tú, que tienes los dos servibles, en ese de
licado particular; y
porque vi a Nieves precoz y que tenía algo que guar
dar en su almario,
algo muy bien estampado en sus tablitas de cera, pr
ecisamente por eso,
en lugar de meterla ahora en las bullangas del mund
o y sus esplendores
engañosos, me la llevo a las soledades de Peleches,
donde corre el aire
libre y puro, y hay luz sin estorbos y naturaleza e
n toda su
grandiosidad, para que nutra la sangre y fortalezca
el espíritu, y se
endurezca la cera y no se borre a tres tirones lo q
ue en ella hay
estampado; a Peleches, ciego, a Peleches, donde ni
en ambiente ni en
costumbres se hallará, aunque se busque de intento,
cosa que pueda
tentar a la inexperta doncella para torcer y malear
la índole de sus
ideas ni la dirección de sus juiciosos pensamientos
. Y si al fin de la
jornada resulta que no merece su primo los que ella
le viene

consagrande, tanto mejor para que lo conozca así y no la mate ni la alucine la pesadumbre... o el despecho del desengaño. Esto es jugar a pulso y con tino y delante de la cara de Dios; esto es, en suma, llevar las precauciones y el celo y el tacto hasta donde humanamente pueden llevarse. Con ello cumplo como hombre avisado y como padre cariñoso; y así me encuentro satisfecho, lo que se llama satisfecho hasta la hartura... ¡Canástoles! y a la porra lo demás.

Pues bueno: si las exploraciones de don Alejandro Bermúdez Peleches en los profundos de la conciencia de su hija, tan alarmantes por lo aparatosas, las hubiera hecho, con su llaneza habitual, Virtudes, por ejemplo, la íntima de Nieves en el colegio, Nieves, por derecho y a la buena de Dios y con el laconismo que ella usaba, habría satisfecho la curiosidad de Virtudes en la siguiente forma, palabra más o menos:

--Desde que sé leer y escribir, tengo yo sospechas de que papá y mi tía Lucrecia quieren que sirvan para algo las cartas y los retratos que nos mandamos tan a menudo Nachito y yo. Chiquitín era él, y ya me requebraba. Se lo reprendí muchas veces, no precisamente porque me requebraba, sino por el modo de requebrarme. ¡Me decía unas cosas tan pegajosas! Figúrate que hasta me llamaba huerita, porque soy rubia. Él tomaba las reprensiones a broma, y apretaba el requiebro; y papá, que entonces leía las cartas, las que iban y las que ve

nían, celebraba mucho
estas peleas y me aseguraba que, con el tiempo, irían
teniendo más
substancia los donaires de mi primo, y que entonces
ya me gustarían. Por
de pronto me ponía en las nubes su hermosura, y me
leía las cartas en
que su madre le ponía sobre el sol, por el cuerpo y
por el alma. No
tenía pero ni por dentro ni por fuera. A mí lo mismo
me daba. Crecimos
los dos: él entró en la Universidad y yo en el colegio.
Como pollo
guapo, lo era de verdad entonces; y por lo que toca
al estilo, algo se
había corregido en lo meloso, pero todavía se pegaba.
En el colegio hay
que entregar y que recibir abiertas las cartas, para
que se entere de su
contenido la Madre que entiende en esas cosas. Pues
a mí me las recibían
y me las entregaban cerradas, por encargo terminante
de papá: con esto,
y con haberme advertido él que no interrumpiera mi
correspondencia con
Nachito a pesar de mis ocupaciones de colegiala, me
afirmé más en creer
que algo se andaba buscando en el empeño de que nos
carteáramos a menudo
y en secreto el mejicanito y yo. El tal mejicanito,
según iba creciendo
y estudiando, iba ahondando, aunque no mucho, en los
asuntos de sus
cartas; pero a mí me seguía sonando todo ello a música
de gomoso, y por
ese lado me despachaba con él. Así llegamos los dos,
Nacho al fin de su
carrera y yo a salir del colegio, sin haberme dicho
él nunca cosa alguna
en serio y formalmente, y sin echarla yo de menos ni
extrañarme de que
no me la dijera. Que continúa siendo guapo y hombre

de bien y es muy
rico, y va a venir a España para vivir con nosotros
y conocer a su
familia... no me pesa nada de ello. Que viene con i
ntenciones declaradas
de que resulte lo que yo sospecho que se han propue
sto sus padres y el
mío... eso será lo que sea y según yo esté de humor
, y me llene él o no
me llene. Que, estando así las cosas, le desfiguran
las viruelas, o
resuelve no venir ni acordarse más del santo de mi
nombre... pues tal
día hará un año. Sentiré lo de las viruelas, como s
e siente una
desgracia en un amigo que es pariente además; pero
en cuanto a lo otro,
una agradable curiosidad de menos, y santas pascuas
.

--Corriente--diría entonces la curiosilla Virtudes,
deseando conocer
hasta el último escondrijo del almario de su amiga--
-. Nada te inquieta,
nada te apura, y vives en la mayor tranquilidad, po
r lo que toca a tu
primo el mejicano; pero a la edad en que te hallas,
con la salud y la
belleza que posees, recién salida de la prisión del
colegio, lo adorada
que te ves de tu padre, tan rico y tan complaciente
y tan campechano,
¿qué demonio es el que más te tienta ahora?... Porq
ue alguno ha de
tentarte, o es mentira que el demonio no sosiega. ¿
Cuál es tu mayor
ambición por de pronto? ¿qué es lo que con mayores
ansias apeteces y
deseas?

Sin titubear hubiera respondido Nieves:

--Aire, luz, independencia, ruido de arboledas y música de pajarillos.
Sé que hay grandes ciudades llenas de maravillas, para admiración y recreo de las personas ricas y desocupadas, y que las mujeres de nuestra clase brillan y gozan entre los placeres de su mundo. Todo eso está bien donde está; pero hoy no me tienta, porque no lo echo de menos todavía.
Si me metieran entre ello, lo aceptaría sin grandes repugnancias; pero puesta a elegir, me quedo con lo otro, que me gusta más ahora, y sin temor de que me engañe el pensamiento, porque bien sabes tú que siempre fui muy inclinada hacia ese lado. Y no hay más.

Y no lo había, realmente, en los adentros de la pobre muchacha, tan mal comprendida por su padre en ese particular... y en algún otro, pues no debe olvidarse que el arrechucho gordo de don Alejandro Bermúdez Peleches nació de haberla visto, de súbito, vestida de mujer, con unos fulgores y unos centelleos y un poder incendiario que le metían miedo; y hay que dejar bien declarado, hasta por obra de justicia, que no había en la naturaleza física de Nieves el menor detalle que no estuviera en cabal armonía con el sosegado equilibrio y la honrada disciplina de su conciencia moral.

Efectivamente: ese equilibrio y ese sosiego y esa honrada disciplina, y no otras cosas más feas, acusaban el tranquilo y hondo mirar de sus rasgados ojos azules, su boca tan bien plegadita y tan fresca, la

blancura nacarada de su tez, la riqueza sobria y el elegante de los contornos de su busto, la finura de su talle y el a plomo reposado y la gallardía de su andar.

No era alta ni daba en cara por hermosa; pero sí por interesante en sumo grado. La única nube que obscurecía a menudo la transparente claridad de su semblante, era un repentino fruncimiento de su lindo entrecejo; pero este detalle, como efecto mecánico de una extremada sinceridad de pensamientos y de impresiones, no daba a la expresión de su mirada el menor acento de dureza. Era sana como un coral, muy ingenua, sobre todo, y diligente y animosa. Pintaba un poco, tocaba regularmente el piano y leía con gusto los buenos libros de imaginación. No era una artista; pero sentía y saboreaba el arte a su manera.

¡Y el bendito de su padre, sin acertar a leer lo que estaba tan a la vista en aquel libro tan abierto!

Pensando como se ha visto, llegó Bermúdez a su despacho; y manoseando la correspondencia que el ama de llaves había dejado sobre su pupitre mientras andaba él a caza de los secretos de Nieves, topó con una carta que traía el sello de la administración de correos de Villavieja. Alegrose mucho de ello, y se sentó para leerla con toda comodidad, porque prometía, por el bulto, ser bastante larga.

Abriola, y lo era en efecto. La firmaba don Claudio

Fuertes y León, y
decía lo que podrá ver el lector, si es curioso, en
el siguiente
capítulo.

--IV--

De lo que escribió desde Villavieja Don Claudio Fue
rtes y León, a Don
Alejandro Bermúdez Peleches

Mi amigo y señor: quedan en ejecución y serán cumpl
idas conforme a los
deseos de usted, las órdenes que se sirvió darme en
su favorecida carta
última, lo propio que lo han sido ya las que me ha
ido comunicando en
sus tres gratas anteriores, «en previsión», como us
ted decía, «de lo que
pudiera suceder el día menos pensado». La noticia d
e que, al cabo,
sucederá con entera certidumbre y en fecha no lejan
a, que también me
fija usted, me ha servido de grandísima satisfacció
n. Quédame, sin
embargo, el temor de que le engañen a usted algo lo
s deseos en cuanto
comience a realizarlos en esta vetusta y apolillada
soledad, al cabo de
tantos años de rodar por el mundo y de residencia e
n una de las ciudades
más hermosas y florecientes de él. Cuando menos, es
muy de recelar que,
si no usted, porque ha nacido aquí y lo conoce bien
y lo ama, pues lo
arraigó en su corazón siendo niño, la señorita Niev
es, que se halla en
muy distinto caso, se aburra a los cuatro días; y e

n aburriéndose ella,
ayúdeme usted a sentir. Pero a esto me replicará usted que me meto en lo que no me importa, y a buena cuenta le pido mil perdones por el atrevimiento.

»Cuando venga usted verá que se ha sacado todo el partido posible del deteriorado palación, y que no pegan del todo mal, después de las reparaciones hechas en él, aunque de prisa y corriendo y con los pocos y malos elementos que aquí hay, el piano y los demás muebles, trapos y cachivaches que usted me ha ido remitiendo, en los lugares que ocupan, según sus minuciosas instrucciones. En pliego adjunto le envío una nota bien detallada y comprensiva de todas las mejoras efectuadas en Peleches bajo mi dirección, para gobierno de usted antes de salir de Sevilla. Celebraré que le satisfaga.

»Dicho esto, paso a cumplir lo más peliagudo de todas las comisiones que he tenido el gusto de recibir de usted desde el día en que me honró con el cargo de apoderado suyo en este término municipal. Dígame usted que le envíe abundantes noticias, que sean así como a modo de pintura fiel de Villavieja en su estado actual, mirada por fuera y por dentro, porque hace muchos años que la ha perdido usted de vista y desea, cuando a ella vuelva, no pisar como en terreno desconocido. Con la seguridad de hacerlo mal, pero con el propósito firme de servirle a usted fielmente, allá va, a la buena de Dios, la pintura que me enco

mienda; y «si sale
con barbas, san Antón...»

»Si le dijera a usted que Villavieja estaba en el p
ropio ser y estado en
que usted la dejó tantos años hace, le engañaría a
usted y adularía a
Villavieja; porque, en rigor de verdad y cumpliendo
la ley de su
destino, tiene de peor que entonces el estrago del
tiempo transcurrido,
y el de las miserias y la incuria de sus habitantes
. De mejor, ni un
ladrillo, ni un clavo, ni una teja. Lo que a la sal
ida de usted estaba
temblando, se ha venido al suelo, y mucho de lo que
estaba firme y
erguido entonces, se tambalea ahora preparándose pa
ra caer, o escarbando
para echarse, como en casos parecidos se dice por a
cá. De pueblos de
secano que tuvieron grande importancia en tiempos r
emotos y hoy son
montones de ruinas solitarias o poco más, abundan l
os ejemplos; y hay
razón para que abunden, porque entonces se guerreab
a y se vivía de
cierto modo, y los lugares más altos y más inaccesi
bles o de más fácil
defensa, eran los preferidos para fundar pueblos; a
l revés de lo que
acontece hoy por exigencias de nuestro modo de vivi
r; pero ejemplos de
puertos de mar, de poblaciones costañas, que vayan
de mal en peor desde
medio siglo acá, no conozco más que uno, el de Vill
avieja. No parece
sino que se le dio el castigo con el nombre que se
le puso. A este
propósito le diré a usted que he registrado los arc
hivos municipales,
los eclesiásticos y hasta desvanes particulares con

el fin de averiguar algo sobre la fundación de esta villa y el origen y fecha de su nombre, y que nada he conseguido. Con decirle a usted que ni siquiera figura en el mapa de España que hay aquí en la escuela pública, está dicho todo. Si se hace uno cruces al notar aquella falta de rastros históricos donde tanto debieran abundar, le dicen los doctos villavejanos: «eso y más de otro tanto destruyó _la francesada_.» «Corriente, se les replica; pero ¿en qué consiste lo del mapa? ¿por qué no figura este puerto en él?» A estas preguntas responden que también eso es obra de los franceses, por rencores de otros tiempos, es decir, de los tiempos de «la francesada». Aquí anda «la francesada» todavía tan fresca y tan rozagante como si hubiera pasado por Villavieja antes de ayer. Replíqueles usted que el mapa ese y otros tales no están hechos en Francia, sino en España. Lo negarán en redondo, porque no conciben en los españoles que no sean villavejanos, talentos tan considerables; y si alguna excepción le admiten, sostendrán que la omisión se ha hecho, se hace y se hará en ese mapa y en todos los mapas, por envidias y malquerencia de la gente de Madrid. El caso es que se ignora por qué se bautizó esta villa, al nacer, con el calificativo de _vieja_, o si se le dio más tarde a título de mote expresivo. Lo que no tiene duda es que el nombre, o la maldición o lo que sea, le cae a maravilla.

»Tiénese, y tengo yo también, por causa principalís

ima de este mortecino
estado de cosas, la inextinguible y tradicional ene-
miga que existe, como
usted sabe, entre los Carreños de la Campada y los
Vélez de la
Costanilla, los dos principales barrios, según uste-
d recordará, bajo y
alto, respectivamente, de Villavieja. Estas dos fam-
ilias que tuvieron
cierta relativa importancia fuera de aquí, y aquí m-
ucho prestigio
siempre, han podido, y aun hoy, que han venido muy
a menos, podrían
hacer o conseguir que otros hicieran algo bueno y b-
eneficioso para la
localidad; pero precisamente les ha dado la calentu-
ra por ahí; es decir,
por estorbar, por destruir los de arriba cuanto pro-
yectan o discurren
los de abajo, y viceversa; y de este modo, unos por
otros se va quedando
la casa por barrer. Añádase a esto que Villavieja n-
unca ha podido
agenciarse un valedor en Madrid ni en la capital de
la provincia; que la
carretera nacional pasa a media legua de distancia
de la villa, sea
porque los ingenieros no tuvieron noticia de nosotr-
os cuando la
trazaron, o porque nos concedieron escasísima impor-
tancia; que la
provincia no ha querido construir ese pequeño ramal
de empalme, y que
este municipio no ha logrado mejorar debidamente la
áspera senda que
hace sus veces, porque siempre que lo ha intentado,
no con gran empeño,
ha nacido la sospecha en los de la Campada o en los
de la Costanilla, de
que el intento era cosa de los de la Costanilla o d-
e los de la Campada,
y se le ha llevado el demonio con las artes de cost

umbres; añádanse,
repito, y ténganse presentes estos hechos y algunos
más de su misma
traza, que no necesito mencionar, y hasta resultará
una justificación de
la conducta de los villavejanos. Al verlos tan tran-
quilos, tan apegados
a su cáscara y tan satisfechos y enamorados de ella
, verdaderamente se
duda si el estado material de la villa es obra de la
dejadez del
habitante, o si el habitante es así porque haya encarnado en su
naturaleza, como espíritu, la catadura singular de
la villa.

»Alguien se forjó la esperanza de que con la moda del
veraneo entre las
gentes ricas del interior, y las excelentes condiciones
de esta playa,
tan abrigada y espaciosa, no faltaría quien se fijara
en ella, empezando
de ese modo y por ahí una era de relativo florecimiento
para la villa y
su puerto. ¡Buenas y gordas! Vino, seis años hará,
una familia de muy
lejos, con dinero abundante y dispuesta a bañarse y
a pasar aquí una
larga temporada. Por de pronto, le costó Dios y ayuda
encontrar
hospedaje, y ese malo. Al día siguiente estuvieron
a punto de ahogarse
la señora y sus dos hijas, por no haber hallado a ningún
precio quien se
prestara a servir las de bañero, y no saber ellas dónde
se metían. Al
hijo mayor, joven de veinte años, le desplumaron aquella
misma noche en
el Casino; y al otro día se largaron todos por donde
habían venido,
después de haberles sacado el redaño el posadero. Claro
está que no han

vuelto por aquí, ni alma nacida tampoco.

»En otra ocasión se denunció en este mismo término, y a la puerta de casa, algo que parecía buena mina de carbón de piedra: lo olieron unos ingleses y la compraron por poco dinero. Creímos algunos que por ese lado iba a hallarse la villa un buen remiendo para su capa; pero después de algunos trabajos preparatorios y una explotación somera de la mina, la abandonaron los explotadores, o mejor dicho, se la vendieron por cincuenta mil reales a tres sujetos de aquí. Al cabo se quedó con la empresa uno solo, comprando las representaciones de los otros dos con un ochenta por ciento de merma. Este sujeto, un tal Barraganes, rematante de arbitrios, la explota desde entonces arañando por encima y ocupando en las labores, sólo a temporadas, cuando más, ocho obreros cuyo hallazgo le cuesta un triunfo. Para llevar a vender, donde convenga mejor, lo que se va acopiando de este modo tan soso y gado, viene un vaporcillo de cabotaje cada cuatro o seis meses; y éste es el único barco que fondea en este puerto años hace. Los ingleses hicieron una carreterilla desde la mina al embarcadero, cosa de dos kilómetros, pero, por desgracia, en dirección contraria a la general del Estado; afianzaron un poco el ruinoso muelle con unos cuantos sillares y media docena de tabloncillos, y eso hemos salido ganando. De estas cosas y otras que también dejó mencionadas, y algunas que mencionaré más adelante, ya

le enteré a usted en su debido tiempo, así como del rumbo que gastaba el inglés principal, lo apegado que estaba a la villa, y lo muchísimo que la hubiera enseñado, si como se marchó a los dos años de haber venido, porque la mina les dio chasco, permanece entre nosotros dos años más siquiera; pero se lo vuelvo a referir a usted porque, en mi deseo de darle el cuadro completo, no quiero omitir en él ninguno de sus componentes principales, aunque ya le sean conocidos.

»No habrá usted olvidado lo que pasó con aquel señor catalán que estuvo aquí no hace mucho con el intento de establecer una fábrica de salazón y de escabeches, trayendo, para surtirla de pescado, una escuadrilla de lanchas bien tripuladas, y contratando rumbosamente las tres que aún había en el puerto. En cuanto le conocieron las intenciones los villavejanos más arrimados a la playa, le dieron tal zambullida en la mar, cogiéndole de improviso un anochecer, de diciembre, por más señas, y tal corrida de palos a la salida, que no esperó ni a mudarse la ropa para huir de Villavieja, lo mismo que un perro de aguas.

»No quiero citar más ejemplos de esta clase, por lo mismo que abundan en mi memoria y también en la de usted; y le advierto que de las mencionadas tres lanchas pescadoras que había en este puerto cuando la zambullida y subsiguiente zurribanda al catalán, no queda ya más que

una. Las otras dos se hicieron astillas en la playa , donde las habían varado para recorrerlas un poco, con un marejón tremendo de Levante, cosa rara aquí, que se les fue encima una noche, de repente. Los dueños se quedaron sin ellas, y los pescadores que las tripulaban _a la parte_, tan satisfechos. Así como así, estaban deseando dejar el oficio que, tras de peligroso, no les daba de comer por falta de mercado, en lo cual tenían razón, bastante más que la que tuvieron para echar a palos de Villavieja al señor catalán que quiso contratarlos con buen sueldo.

»Ahora se han agenciado un par de botecillos remendados; y merodeando aquí y allá con ellos, como merodean otros tales, a mar llana, van viviendo muertos de hambre. A estos botes, cosa de media docena en junto, y a una lancha, queda reducido hoy el material de pesca en un puerto tan considerable como éste. Y así y todo, anda de sobra el pescado en la villa, no por lo mucho que viene de la mar, sino por lo que, de lo poco, sobra para el consumo de la población, único mercado que tiene por falta de comunicaciones rápidas con otros.

»El comercio, en general, ha ido a menos, aunque le parezca a usted mentira. Han quebrado dos establecimientos de comestibles, de los que usted conoció, y se ha cerrado otro. Quedan otros tres: uno de ellos en la Costanilla, otro en la Campada y otro en la plazuela del Maravedí.

De tabernas no hablo, porque se supone que abundan.

»También ha habido alguna merma en el ramo de pañeros. Por de pronto, la antiquísima y afamada _Perla de Ezcaray_, ya no existe. Murió el viejo don Anselmo, que era el alma de la casa, y ha sido forzoso liquidarla a instancias del yerno del difunto, un tal Córcoles, logrero y trapisondista de medianeja reputación. Los demás del gremio, unos arrastrándose poco a poco y otros como pueden, continúan en sus covachones de los arcos de la Plaza Mayor.

»Allí encontrará usted igualmente, y en próspera fortuna por cierto, al rechoncho Periquet, _El Valenciano_, como lo reza el letrero, con sus porcelanas sospechosas, su cristalería polvorienta, sus rollos de esteras resobadas y sus innumerables baratijas de relumbrón. Se le metió en la cabeza que había de dar en la suya al presuntuoso _Bazar del Papagayo_, que está a su vera, y lo ha conseguido sin gran esfuerzo. Este bazar, de gran fachada y de fondos negros y vacíos si no de telarañas y de sogas de esparto, de escobas de palmiche, un poco de herraje basto, otro poco de loza de Talavera, dos sartas de cencerillos y otros pocos más de incongruencias por este arte, tiene, como usted recordará, un gran papagayo de cartón pintorroteado encima del letrero que corona su escaparate. Pues Periquet, que no tiene escaparate, en su empeño de competir en todo con el bazar, ha colocad

o encima del letrero
de su tenducho embarullado, pero bien provisto, una
cotorra, también de
cartón y también muy pintarrajeada, sosteniéndose s
obre la palabra _DE_,
o mejor dicho, con cada letra de estas dos en la co
rrespondiente pata.
Enseguida descifraron el jeroglífico los desocupado
s villavejenses, que
hasta en grupos de seis en seis acudieron los prime
ros días para leer en
voz alta y a una: _«La cotorra de El Valenciano.»_
Después soltaban una
risotada, miraban hacia el fondo del bazar contiguo
, y se iban haciendo
muchos comentarios. Todo esto halagó en gran manera
la vanidad de
Periquet, y, como es de suponer, agravó los sordos
rencores de los
propietarios del tendajón, que, siendo villavejanos
de pura raza, se
sienten heridos en lo más hondo por el agravio que
les hace su villa
nativa ayudando a que los arruine y vilipendie un i
ntruso y groserote
que todavía usa _alpargates_ y pañuelo a la cabeza,
y no sabe leer ni
escribir.

»Lo que no ha podido quitarle _La cotorra de El Val
enciano_ al _Bazar
del Papagayo_, es la tertulia de prima--noche, lo m
ismo en invierno que
en las demás estaciones del año, pero principalment
e en la de invierno.
Allí acuden puntualísimos, en cuanto comienza a ano
chece, el párroco y
los dos coadjutores, el médico viejo don Cirilo, el
procurador Ajete, el
abogado Canales, y _Chichas_, antiguo y ya retirado
tendero de la
plazuela del Maravedí, donde hizo el capitalejo con

que ahora vive de
holgueta. Éstos son los tertulianos fijos del bazar
. El médico, el
abogado y el párroco, son los hombres que más saben
aquí de cosas de
Villavieja, de antaño y de hogaño; y de esas cosas
es de lo que más se
habla en la tertulia, cuando se habla, porque común
mente no se habla de
nada allí, ni se ve, porque siempre se está a obscu
ras. Así es que
infunde cierto miedo el mirar hacia adentro cuando
se pasa de noche por
delante de la puerta. Se ve, en aquel antro tan hon
do y tan oscuro y
tan silencioso, brillar de rato en rato una chispa
aquí y otra allá, que
son las producidas por otras tantas chupadas a los
cigarros en
ejercicio... y nada más se ve por mucho que se mire
; ni ordinariamente
se oyen otros ruidos que algún carraspeo seco, o el
crujido de una
silla, o la sonada de unas narices. En estos casos,
aunque se sabe lo
honradas y pacíficas que son las gentes allí congre
gadas, al pensar en
meter la cabeza dentro le asalta a uno el temor de
que le agarren por
ella manos invisibles que le amordacen y le arrastr
en más allá, y le
lleven, le lleven, hasta la boca de una sima muy ho
nda en la cual le
arrojen para que le vayan devorando poco a poco sab
andijas y ratones.
Cuando la tertulia se deja oír un poco desde el sop
ortal, es porque se
hacen (rara vez) comentarios de alguna noticia polític
a. Por lo común, el
mayor ruido es el murmullo acompasado y dormilento
que producen los
relatos eruditos o doctrinales del médico o del abo

gado o de los señores
curas. Tienen este bazar y esta tertulia cierto color venerable y especial, y por eso les consagro algunos renglones más que a otras cosas de acá, sabiendo que no le molesto a usted aunque no le diga nada que ignore.

»El relojero Chaves murió años hace; pero queda la relojería donde siempre estuvo, tres puertas más abajo del bazar, lo mismo que usted la conoció. Su hijo, es decir, el del relojero, que es quien está al frente de ella, sabe tal cual su obligación; y, lo mismo que su padre, hace y vende jaulas y ratoneras, y compone cerraduras finas y rosarios, y cura por el método Le-Roy, muy acreditado aquí.

»La tienda verdaderamente nueva para usted en los Arcos, es la de un sastre riojano que vino a Villavieja hará cosa de seis años. No lo hace mal, y presta un gran servicio a los villavejanos que, sin pedir primores ni mucho menos, nos veíamos y nos deseábamos antes para vestirnos fuera de aquí; porque pensar que los otros dos sastres que usted conoció y aún quedan, salieran de sus medidas con tiritas de papel, de sus perneras acampanadas y de sus faldones con frunces, era pensar los imposibles.

»También ha mejorado algo el estilo de nuestros zapateros; pero poca cosa.

»Vive todavía Gorrilla el platero, y en su mismo

tenduchó lóbrego de
la Rinconada de la Colegiata. Allí le verá usted cuando venga, detrás
del vidrio roñoso (en el que continúan colgados de un alambre horizontal
los mismos tres pares de pendientes de plata y el mismo sonajero y la
misma colección de sortijas usadas), con la cabeza gacha y la cara
tapada por la visera enorme de su gorra de nutria, medio pelada ya,
ocupado en soldar con el soplete una cosa que siempre parece la misma,
con la puerta cerrada y sin un marchante dentro ni fuera, ni tampoco en
las inmediaciones, yendo o viniendo. ¡Y dicen que vende y que gana, y
hasta que tiene mucho dinero! Lo tendrá; pero dudo que lo haya adquirido
con el oficio.

»Y ya que ando tan cerca de la Colegiata, no quiero irme a otra parte
con el relato, sin presentarle a usted su buen amigo, y mío y de todo el
mundo, don Adrián Pérez, tan entero y tan campante como si no pasaran
años por él, en su sempiterna farmacia de la Plazola y frente por
frente del pórtico del templo, con su levita negra de largos faldones,
desabrochada siempre; su chaleco, negro también, abotonado hasta el
pescuezo, y éste muy liado en una corbata de tres vueltas, negra
igualmente, y de seda, sin asomo de cuello de camisa por ninguna parte
(aunque sí del cordón del escapulario por debajo del cogote, muy a
menudo, o por encima de la nuez), y su sempiterno gorro de terciopelo
sobre la cabecita (solamente gris todavía, a pesar

de sus setenta y cinco muy corridos), sobándose a cada instante el codo izquierdo con la mano derecha, hablando poco, mirando risueño y sin apresurarse, ni asombrarse, ni conmovearse, ni disgustarse, ni mucho menos enfadarse por nada. Es, como ha sido siempre, la encarnación viva de la parsimonia y del bienestar, en la mejor farmacia del mejor de los pueblos del mejor de los mundos posibles. De la botica no hay que decir que sigue las leyes de su boticario: los mismos tarros de porcelana con los propios nombres en latín abreviado; la misma Virgen de las Mercedes, patrona especial del establecimiento, en su hornacina de caoba, encaramada en lo alto y principal de la estantería, es decir, en el _Ojo_, el «ojo» a que se endereza la pedrada del refrán; el mismo pildoreo de castaño con sus enroñecidos _trastes_ de hierro; el mismo cazo para los cocimientos, la misma tijera para cortar el baldés de los confortantes de siempre, y hasta el mismo papel emborronado, de planas, comprado a lance a los chicos de la escuela, para sus cucuruchos de píldoras y envolturas de medicamentos en polvo.

»La novedad única (a lo menos para usted) de esta botica, es el hijo del boticario, y boticario él también de cinco o seis años acá. Es un bigardón de los demonios, que tan pronto le parece a usted blanco como negro, hábil como inepto, aquí listo y allá simple. Pica en muchas cosas, y aún no he podido averiguar hacia cuál de e

llas le arrastran sus
verdaderas aptitudes. Parece, por de pronto, de buen
acomodar, y ayuda a
su padre en la botica con los mejores deseos.

»Excuso decir a usted que en este rinconcito de Villavieja es donde
mejor ha caído la noticia de la próxima venida de usted, no porque
afirme que ha caído mal en otras partes, sino porque de la cordialidad
con que le quiere a usted y a cuanto le pertenece este bonísimo sujeto,
respondo con el pellejo, y no me atrevo a tanto con los demás. Bien sabe
usted cómo abundan aquí la carcoma y los celillos de clase; y aunque
todos los Bermúdez, por dicha suya y desgracia de Villavieja, han sabido
aislarse en su nido de Peleches de las intriguillas y miseriucas de acá
abajo, al cabo es usted Bermúdez, tiene mucho dinero y raya más alto que
nadie entre todos los villavejanos, aunque no se proponga rayar. En fin,
ya me entiende usted.

»Como la pintura que voy rasgueando no ha de ser escrupulosa estadística
para gobierno de la dirección de Contribuciones, sino cosa muy
diferente, hago caso omiso de los demás ramos mercantiles e industriales
de la localidad y de la vida que arrastran, amén de que se adivina
fácilmente esa situación precaria con lo que dejo apuntado en esta misma
carta y le tengo dicho en otras sobre lo a menos que han venido el
mercado de los lunes y la feria de primero de cada mes. Estos recursos,
que fueron para Villavieja minas de plata en otros

tiempos y tanto
decaeron después, continúan a esta fecha de mal en
peor. Claro es que
la enfermedad alcanza en proporción debida a la gen
te de la Aldea,
nuestro barrio de labradores; y ese malestar de est
e importante gremio,
le verá usted bien reflejado en la vega, tan florec
iente y pomposa años
atrás.

»Decía el inglés de la mina, ingeniero de cuenta y
hombre de mucho
mundo, que era muy de notarse que los villavejanos,
tan indolentes y
apáticos en cuanto se refería a mejoras y útiles pr
ogresos locales,
fueran para todo lo demás tan animosos, tan regocij
ados, hasta
bullangueros, y tan _susceptibles_ y quebradizos de
piel. Y decía la
pura verdad. Un villavejano de viso se encogerá de
hombros al ver cómo
se le hunde medio tejado, y perderá el sueño si aqu
ella misma noche se
le ha demostrado en el Casino que su _levisac_ atra
sa más de dos
temporadas en el reló de la última moda. ¡Oh! en és
te y otros parecidos
asuntos son terribles los villavejanos, sobre todo
las hembras. Tenemos
mundo, tenemos _clases_, tenemos _distinguidos_ y
cursis; horas de
tono y horas _vulgares_; y si no se puede con ric
as telas, imitamos
con percalinas la forma y los colores del vestido q
ue, según la revista
de modas que reciben las _Escribanas_ o las de Codi
llo, llevaba una gran
señora parisiense en cierta recepción del Elíseo. P
ara estos apuros y
otros semejantes, hay aquí un contingente regularci

to de costureras con humos de modistas, que se despistojan con el afán de conseguir que sus exigentes parroquianas no encarguen sus vestidos a la capital, que dista catorce leguas. Y lo mismo se desvela y por idéntica causa, el sastre riojano; porque los hombres elegantes de aquí son punto menos que las hembras distinguidas.

»Las que más se distinguen ahora son las mencionadas Escribanas y de Codillo. Las primeras, llamadas así por ser hijas del difunto escribano Garduño, que dejó bastante dinero, aunque no lo que suponen las gentes, son tres y la madre: ésta bajita y gorda, y aquéllas altas y delgadas, no de mal parecer, pero tampoco guapas. Se atufan por cualquier cosa, y muchas veces van riñendo unas con otras por la calle, a media voz, pero muy sofocadas e iracundas. Las de Codillo, hijas de don Eusebio Codillo, el dueño del Café de la Marina, de la calle del Cantón, hoy arrendado a un murciano, son cinco y muy desiguales entre sí en color, en estatura y en carnes; pero todas ellas tienen cierto andar, cierto sonreír y cierto... vamos; y, sobre todo, unos humos de señoritas principales y acaudaladas, que meten miedo. A Codillo, que siempre fue una tenaza y una esponja para el dinero, le da ahora por despilfarrarse con la familia y hasta por acompañarla vestido de punta en blanco. Es teniente de alcalde, está viudo, y eso le salva, porque su mujer era una fiera hasta para amarrar el ochavo.

»Con menos caudal que estas dos familias y con los trapitos arreglados en casa, forman en la misma clase, primeramente, las dos nietas del _Indiano_, aquel fachenda que usted conoció ya viejo. El heredero, su hijo Martín, se comió en dos años la mitad de la herencia, y con la otra mitad pretendió en lejanas tierras a una supuesta ricachona, que resultó pobre del todo después de casada, pero muy vanidosa. Vive ella y se murió él; y con lo poco que dejó, bien estiradito y apurado, se dan el gran pisto las tres hembras de la casa.

»Después de ellas, o a par de ellas, mejor dicho, las _Corvejonas_, así llamadas por ser hijas de don Aniceto Martínez Lien dres, _Corvejón_ de apodo, por herencia de su padre que fue herrador y albéitar, con igual mote, como usted recordará. Traficó Aniceto con suerte en ganados; casó bastante bien con una hija de otro traficante asturiano, y ahí le tiene usted con su _don_ como una casa; y aunque le han mermado los caudales en más de la mitad, con unos humos que no le caben en la chimenea.

»Al lado de las _Corvejonas_ figuran las _Pelagatas_... Pero ¡qué jugo va usted a sacar de la lista que yo forme, si toda esa gente es nueva y desconocida para usted, sin precedentes de nombre ni de arraigo en toda la población? Ya las conocerán ustedes cuando vengan, si conocerlas quieren, lo propio que a las de la jerarquía subsiguiente, las

calificadas de cursis por las primeras, y, como tales cursis, menospreciadas.

»Entre tanto, sepa usted que, de poco tiempo acá, anda fluctuando entre las dos categorías, con síntomas de caer en la primera, la sobrina de su señor cuñado de usted, el marido de doña Lucrecia. Desde que empezó a enriquecerse de veras este insigne villavejano, amparó rumbosamente a la familia que le quedaba aquí, su madre y una hermana, ésta casada con un labrador del barrio de la Aldea donde ellos vivían y eran labradores también. Muriose la vieja, y quedó el matrimonio joven, con una niña, ya establecido en el casco de la población y viviendo de sus rentas, o sea de la pensión del mejicano. Metieron a la niña en la «enseñanza» de doña Eustoquia; no era un adoquín, ni fea; desbravose allí bastante; consiguió luego desbastar y pulir algo a su madre, que bien lo necesitaba; muriose el padre de un tabardillo, porque la holganza y el buen pesebre le tenían hecho un odre y algo picado a la bebida; creció la muchachuela y se hizo una moza regular y de buen aire; tomole tal cual a su lado la viuda... y como la espuma hasta hoy. Ambas saben que viene este verano su sobrino de usted, y afirman que se hospedará en su casa cuando pare en Villavieja, y que, como las quiere tanto... «¿quién sabe lo que podrá suceder?» Conque sírvale a usted todo ello de gobierno: lo uno, para su satisfacción, y lo otro, por si ha pensado en

preparar cuarto al mejicanillo en Pelechés.

»Hablando ahora en serio otra vez, añadido a lo dicho sobre las mujeres _de tono_ de Villavieja, que tienen para exhibirse en toda su pomposidad, cuatro bailes _de tabla_ al año: uno, el más solemne, el tradicional del Ayuntamiento el día de la Patrona de la villa, y tres en el Casino, dos de ellos en Carnaval y uno en Pascua de Resurrección. Todos de sala y con larga cola, no de vestidos, sino de disgustos: en unas, porque no fueron invitadas; en las invitadas, porque no debieron serlo muchas «cursis» que lo fueron. Lo propio sucede cuando en el Casino hay veladas artístico-literarias y leen los chicos poetas de la localidad, y tocan el piano las señoritas que lo entienden. Siempre quedan detrás de la fiesta ocho días largos de murmuraciones y disgustos. Por eso, si bien se mira, donde mejor lo pasa durante el invierno la juventud de ambos sexos, es en las reuniones que dan en competencia las Escribanas y las de Codillo, y, a veces, las Corvejonas. Cada cual de ellas invita a «sus relaciones», y nadie tiene derecho a quejarse si no es invitado ni «relación» de la casa. Los paseos de moda son, en invierno y con mal tiempo, los Arcos de la plaza; y con sol, la Chopera de la Campada; en el verano, los mismos Arcos en el primer caso, y en el segundo la Glorieta de la Costanilla, el mejor paseo de Villavieja, como usted sabe, porque le tiene casi lindero de Pelechés,

dominando la playa y el mar por una parte, por la otra la vega y por la otra la villa; y no domina por la cuarta, es decir, por el sur tanto como por la opuesta, porque allí está Pelechés que lo domina todo, incluso la Glorieta.

»Las horas de tono en todas las estaciones del año para pasear las señoras, son las últimas de la tarde y a la salida de misa mayor en los días festivos... En los días de trabajo no se pasea : se callejea por la villa con cualquier pretexto, o _se anda_, como los simples mortales, por donde se quiere o se puede.

»Como eterna protesta contra todos estos ceremoniales de similor, quedan míseros restos de aquellas pocas familias de relativo abolengo, que en tiempos de nuestra juventud eran gala y ornato de la villa. Se complacen en asistir de trapillo adonde estén las otras muy empernejiladas, o en no asistir de ningún modo, como a sus bailes, o en andar muy majas en sitios y a horas diferentes. Así protestan; pero no triunfan, porque la ley de los más se impone al cabo.

»Se va extendiendo demasiado esta carta, y aún me resta hablar a usted de los hombres; no mucho, porque habría de sucederle a usted con los que bullen y «dan el tono», lo propio que con las hembras equivalentes: no los conocería por más que se los fuera citando uno a uno. Hay _clases_ también, y _distinguidos_ y cursis entre ellos, y distancias, por tanto,

que se guardan hasta en el Casino diariamente. Esto le baste, que mundo y habilidad y cacumen le sobran a usted para deducir el resto.

»El Casino es el _alma mater_ de todos ellos. Allí van a parar los más altos y los más bajos, los cursis y los distinguidos, de día y de noche; y si en el establecimiento no se ha puesto una tachuela desde que usted le conoció (donde aún continúa, encima _del Bazar del Papagayo_), no es por falta de concurrentes abonados, sino porque, más o menos distinguidos, todos los que van pasando por allí son de madera villavejana, que ya sabe usted la virtud que tiene en esto de dejar que las cosas se acaben por sí mismas, aunque no falta quien afirma que en el _confort_ de la casa se gastaría algo más si se jugara algo menos, y no tan a menudo, en la famosa _leonera_, escondrijo de la sociedad donde los socios se despluman a diario como unos caballeros.

»Ya le indiqué a usted de pasada que había chicos poetas aquí, que leían en ciertas veladas. Es la verdad; y también bullen y peroran en los soportales de la plaza, y a la puerta de la Colegiata cuando entra o sale la gente, y en la Glorieta, y en la Chopera, y en el Casino y donde quiera que haya público que los oiga. Han tenido hasta conatos de un periódico semanal; pero la falta de una imprenta en la villa les agüó la fiesta. A alguien de ellos se le ocurrió después hacerle autógrafo y

reproducir los ejemplares con una prensa de copiar, como las usadas en el comercio, y así se hizo, con gran éxito y resonancia en toda la población.

»Comenzaba ya el periódico a producir disgustos entre muchas familias aludidas por los chicos, cuando llegó de la Universidad, va a hacer un año ahora, Tinito _Maravillas_. Éste es un jovenzuelo chiquitín, paliducho y lacio, con gafas, pelo de ratón y patillitas transparentes. Usa a diario _chaquet_ negro y bastón. Es hijo de un tabernero de aquí, algo levantisco, el cual se ha medio arruinado para darle la carrera, porque desde que Tinito (Agustín) comenzó a hablar, se le antojó a él que _sacaba_ mucho talento y había de llegar a ser una maravilla, si se le educaba convenientemente. Tinito lo creyó así también, y por maravilla se tiene después de licenciado, y por maravilla le ha proclamado y le proclama su padre en la taberna y en todas partes, y _Maravillas_ se le llama donde quiera. Pues este Maravillas, que se había hecho notar aquí en todas las temporadas de vacaciones, ahora es una barbaridad lo que destaca, particularmente entre sus contemporáneos, por lo que sabe y por su modo de pensar. A los chicos del periódico autógrafo los asustó. Villavieja necesitaba, en su lastimoso estado de modorra, algo más que coplas y chismografía. Él había escrito en revistas librepensadoras, de gran importancia, y sabía lo que eran esas

cosas. Si querían su colaboración, no tenía inconveniente en prestarla, pero a condición de que el periódico fuera dirigido por él y saliera en letras de molde; lo cual no era difícil imprimiéndole en la capital. La proposición sedujo, y en realizarla se anda desde entonces.

»Tinito habla poco, casi nada; pero se deja ver en todas partes, con la cabecita muy alta y en la cara una sonrisa entre compasiva y desdeñosa.

No va a misa, por supuesto; y si se le pregunta por qué, hace un gestecillo como de asombro, sin dejar de sonreírse, y no responde más.

Oye hablar de Dios, sonrisita; oye hablar de reyes, sonrisita; oye, en fin, hablar de todo lo corriente en los pueblos regidos por leyes, usos y costumbres a que estamos avezados usted y yo, sonrisita. A su padre se le cae la baba con estas cosas de Maravillas, sobre todo cuando le ve

echar desprecios, a su modo, sobre el viejo resabio de «las clases», tan arraigado en Villavieja; y Maravillas, en tanto, teniendo a menos decir

de quién es hijo, y pegándose como una lapa a lo que aquí se tiene por aristocracia de la población, que no sabe, a la hora presente, si

temerle, si admirarle o si reírse de él; porque en Villavieja ha habido

siempre muy poco entusiasmo por las ideas políticas y filosóficas. Lo

más exaltado de aquí no pasa todavía del progresismo o histórico, tal como

lo dejó el Duque de la Victoria al volverse a Logroño en 1856.

»Sin embargo, no ha predicado enteramente en desierto el joven apóstol desde que vino Licenciado de Madrid. Ya tiene algunos partidarios casi entusiastas, entre los mareantes y los zapateros, a quienes se digna hablar, de tarde en cuando, de Comte, de Büchner y de Lombroso, asegurándoles de pasada que él conoce hasta la última palabra de la ciencia experimental, escoba y azote del viejo mundo teológico y metafísico.

»Yo creo que habría palos en el Casino, si a Maravillas le diera por hablar tan recio allí, porque solamente con la estampa y la sonrisita es ya una indigestión continua para ciertos y determinados temperamentos: uno de ellos el fiscal, de seguro; y muy probable, el hijo del boticario, que es atroz por lo sincero, por lo acelerado... y por lo forzado, y se pasa las horas muertas jugando al billar con el Ayudante de Marina que está siempre desocupado. No tiene otro vicio; pero un taco espantoso.

»El fiscal lleva en este juzgado cuatro años, y es un sujeto digno de estudio. Es aragonés, solterón y joven todavía, pero algo acabado. Detesta la profesión tanto como a la villa, y ni siquiera trata de disimularlo. Las acusaciones suyas son dicterios y palizas contra todo lo que trae entre manos, hasta la ley, que no le da cuanto necesita para despacharse a su gusto. Para él no hay atenuantes ni eximentes. Siempre

pide el máximum de la pena para toda clase de delitos. Cuando habla de Villavieja, la acusa del mismo modo, porque está deseando que le echen de la carrera y de aquí. Pone cada mote que no le levanta nadie, por lo bien que cae. Tiene talento y gracia y se deja querer, porque, después de todo, es un lagarto muy apreciable, hombre de bien y de trato muy ameno. Antes jugaba mucho al tresillo; ahora se le halla casi toda la noche y parte de la tarde fumando y tomando café en una mesa, cerca de la de billar, viendo cómo juegan el hijo del boticario y el Ayudante de Marina, hablando con ellos a su modo a ratos, y a ratos con dos abogados y un médico, jóvenes, de lo más culto y tratable que hay aquí, y conmigo, que solemos acompañarle...

»Para concluir, mi señor don Alejandro: continúan los cerdos revolcándose en las calles sin empedrar, y las gallinas picoteando el césped del encachado de la plaza; el casón histórico, llamado de los Capellanes, se desplomó en abril del año pasado; está mal sostenido con puntales lo que queda del convento de Premostratenses; se va a apuntalar la fachada norte de las Casas Consistoriales, y en la calle del Cáncamo se abrió de repente una sima, tres años hizo en febrero, y sin rellenar se encuentra a la hora presente.

»Con esto y lo que se adivina, ya sabe usted de Villavieja casi tanto como su muy obligado y afectísimo amigo q. l. b. l. m.

CLAUDIO FUERTES Y LEÓN.»

--V--

Quince días después

Aquella mañana madrugó don Alejandro casi tanto como el sol, y eso que era el de los días más largos del mes de junio, de los «de por san Juan». No había pegado el ojo en toda la noche; y no por miedo a los ladrones ni por extrañar la cama, sino por la comezón de la pícara curiosidad, que le tuvo en vilo. Por si a Nieves le había pasado lo propio, se acercó a la puerta de su gabinete, aplicó el oído a la cerradura, y, en efecto, Nieves se revolvía allá dentro.

--¡Nieves!--llamó trémulo de gusto.

--¡Papá!--respondió la voz argentina de Nieves--. Estoy concluyendo de arreglarme... Allá voy enseguida.

--¡Ajá! Pero dime: ¿has cumplido tu palabra?

--Como que me estoy vistiendo casi a obscuras.

--Así se hace, ¡canástoles! Pues mira: ya, por lo poco que falta, no lo echemos a perder con una mala tentación. Firmes con ella si acomete, ¿eh?

Se oyó la risa franca de Nieves muy cerquita de la puerta, que a poco rato se abrió dando paso a la sevillanita envuelta en un blanco y holgado peinador, con toda la espesa y fina mata de su pelo rubio dorado tendida sobre la espalda.

--Para que veas que no te engaño--dijo a su padre señalando al fondo del gabinete--, mira qué oscuro está todo.

En efecto: no se veía otra luz allá dentro que la que se filtraba por las rendijas de los postigos cerrados con sus aldabillas sobre las correspondientes vidrieras: la precisa para andar allí sin tropezones.

Entonces fue don Alejandro quien se rió.

--¡Qué cosas tenemos a lo mejor los hombres llamados formales!--dijo--.
Pues mira: pequeñeces son y hasta tonterías parecen; pero tienen su encanto, y ¡qué demonios le queda de placentero a la vida si se le quitan esos recreos?... ¿No es así? Pues, canástoles, el que se riera de nosotros ahora, sería un grandísimo majadero.

--Ya se ve que sí--dijo Nieves siguiendo el humor a su padre--. Pero, dime--añadió--: ¿también aquí me está prohibido mirar?

--Aquí no--respondió muy formalmente don Alejandro--, porque esto tiene bien poco que ver. Tú hazte el cargo: ya que la casualidad te metió en Peleches por primera vez de noche cerrada, la gracia de la cosa está

para mí en estimar yo mismo el efecto que te produzca lo que te vaya poniendo delante de los ojos, y que no se ve todos los días ni en todas partes. ¿Te enteras? Pues no hay más. Pero aguárdate un poco... ¡Catana!... ¡Catana!...

Esto lo gritó don Alejandro desde la puerta que daba al pasillo, para que acudiera la rondeña, que se llamaba así.

--Tengo yo mi puntillo de vanidad--dijo a Nieves mientras la quintañona venía--, en que este erizo andaluz que desde que salió de la tierra no ha puesto la mirada en cosa que le parezca bien, aprenda a mirar como es debido lo que se ve desde aquí, hasta que se muera de repente por mal de asombro y maravilla.

En esto llegó Catana, con su cabeza gris, su color cetrino, sus ojos negros y bravíos, su sempiterno vestido de indiana muy floreado, y su pañolón negro, de seda, con los picos anudados atrás.

--¿Qué manda zu mercé?--preguntó desde la puerta.

--¿Qué has visto--la preguntó a ella su amo--, de tantísimo como hay que ver desde esta casa?

--Ná, zeñó.

--¿Cómo que nada?

--Ná... zino e peor que ná; porque azomé la fila, andando en mi trajín, por un ventaniyo de eta parte, y too lo vide negro,

y dije: po zeñó, pa
poca y mala zalú, a la joya... Y no he quería ver m
á.

--Pues aguántate aquí a la vera nuestra--dijo Bermú
dez después de reírse
con Nieves de la ocurrencia de Catana, que hablaba
siempre con la mayor
seriedad--, para que te mueras pronto y de una vez,
y a gusto mío... Y
vamos a ello, empezando por lo de adentro por ser l
o peor. Esta pieza en
que nos hallamos, como te dije anoche, ¿te acuerdas
Nieves? es el salón
de recibir, vamos, el estrado. Ya ves que, por exte
nso... ¿eh? se pueden
correr potros en él. De esto ya te enteraste anoche
, pero no de los
cuadros por falta de luz... ni del tillado de casta
ño negro con
remiendos de cabretón. Mira qué puertas: de roble,
con su cristalillo de
a tercia en su correspondiente cuarterón. En cada t
iempo su estilo. Esta
Purísima tan estropeada, es copia de una de Murillo
, y dicen que no era
mala cuando la trajo de Madrid mi bisabuelo paterno
. Este retrato que la
sigue por la izquierda, es de mi padre, y el otro d
e la derecha, de mi
madre. Son obra de un pintor que anduvo tomando vis
tas por estos sitios,
muerto de hambre. Así están ellos. Del mismo pincel
y de la misma época
son estos cuatro de este lado: Héctor, Aquiles... ¡
Demonio! parece que
te voy a hablar del sitio de Troya... Cosas de mi p
adre. Pues son mis
hermanos y mi hermana Lucrecia, y yo; yo sin pelo d
e barba todavía, pero
con mis dos ojos cabales... con los que tú me alcan
zaste aún, Catana, en

época bien memorable para mí... Pero no hablemos de esto, canástoles, que es muy amargo y muy duro de digerir... Corriente. Pues con decirte que estos seis retratos le costaron a mi padre cuarenta duros y el hospedaje del pintor, que todavía se consideraba ruinosamente pagado, te digo cuanto hay que decir sobre el mérito de su pincel.

--Y este señor del pelucón y casaca bordada, ¿quién es?--preguntó Nieves.

--Ese es, digo, ese fue don Cristóbal Bermúdez Peliches, cuarto abuelo mío, y fundador del mayorazgo en los principios del siglo pasado. Desempeñó en Méjico el cargo de Intendente general durante muchos años, y de allá vino nadando en oro; casó en Madrid con una señora de la cepa ilustre de Pacheco, y labró esta casa sobre la más modesta, aunque no menos hidalga, en que él había nacido... Pero de este preclaro ascendiente nuestro ya me has oído hablar muchas veces, lo mismo que de este otro que le sigue, con hábitos de sacerdote y la medalla de la Inquisición colgada del cuello. Fue inquisidor, también en Méjico, y trajo de allá estas cornucopias que ves alrededor de la sala junto a la cornisa del techo. Tiéneselas por cosa notable, aunque no lo parecen a la simple vista. Este vargueño tan roído ya por la polilla, también fue traído de Méjico por el mismo inquisidor... ¿Te fijas en la sillaría, eh? Ya habrás notado que no juega con el vargueño n

i con las
cornucopias, ni se honra con tan señalada procedencia. Es ebanistería de la más mala entre lo peor que se ha hecho y estilado en esta tierra. Con todo, tiene para mí gran mérito por los recuerdos que me trae a la memoria... ¿Te vas enterando tú también, desaboría gitana?

--Zí, zeñó,--contestó la rondeña, muy grave y con los ojos muy abiertos.

--Pues a otra cosa entonces, porque se acabó la sala... Voy ahora a enseñaros algo de lo de afuera, pero de lo menos bueno; lo que corresponde a la fachada del sur, que es adonde miran los tres balcones de ella, o sean éste que voy a abrir, otro del gabinete mío y otro del tuyo, Nieves... Ahí está lo menos hermoso del panorama. Desde la plataforma de la torre os le hubiera enseñado para que le gozarais sin estorbos por todas partes; pero, según noticias de mi amigo Fuertes, la plataforma está de mírame y no me toques, sin contar con que le falta a la torre media escalera, cabalmente la mitad de abajo... Mas esa y otras dificultades parecidas, ya se irán remediando.

Nieves y Catana, mientras hablaba así don Alejandro, después de mirar lo que se descubría de frente y sin esfuerzo, querían salir al balcón para mirar hacia los lados.

--Poco a poco--les dijo don Alejandro conteniéndolas--; no se permite mirar más que por derecho y desde ahí, ¿estamos?: l

o otro ya se verá
desde donde deba verse. Por de pronto, la fachada es de sillería como la del este... No hay para qué verla, señoras, porque lo afirmo yo, como afirmo que sobre cada balcón de los tres de este piso, hay otro más pequeño y de púlpito, con sendos escudos de armas en los dos entrepaños principales... Quietecitas he dicho, que tiempo les queda de comprobar lo que afirmo... y vayan mirando. Aquí, debajo, un poquito de jardín, bastante disimulado, porque la verdad es que hasta que yo mandé que le aliñaran un poco, contando con que ibas a venir tú, nadie se ha cuidado de él en muchísimos años. Eso que ahora es una tapia regular con puerta enrejada, fue en _años témporas_, como dicen los _pocencos_ de tu Serranía, ¡oh, gitana! casi muralla de sitio con su portón correspondiente; como fue patio con horno y pozo que aún se conserva, según podéis ver, y no sé cuántas accesorias, esto que a la presente es jardín. Después de la calzadita que pasa por delante de la puerta, otro cercado, con árboles, pradera y tierra labrada, que se va hundiendo poco a poco según se va alejando, lo mismo que la faja de pinos que le contornea por nuestra izquierda. Es, como si dijéramos, la huerta de esta casa... Vuelve a subir el terreno después de una larguísima hondonada, pero con otro ropaje más basto y más bravía, y acaba en una gran mancha verdinegra que se esparce a un lado y a otro...

--Eza mancha jué lo negro que yo vide.--dijo Catana sin poderse contener.

--Pues esa mancha negra, mi señora doña... espantos sin substancia, es un magnífico pinar, y de mi legítima pertenencia, como la huerta y lo que sigue hasta él... ¿estamos? y aunque algo triste e de color, no es para que nadie enferme al mirarlo, y mucho menos una res brava de ciertas espesuras que yo me sé. ¿No es verdad, Nieves? Sé franca, tú que pintas algo y entiendes más que Catana de estas cosas. Fíjate bien: aquí la lozanía de la huerta; después el recuesto verde sucio; luego el pinar casi negro; enseguida un monte gris, rapado y pedregoso; y en último término, una montaña azul. ¿No tiene todo este conjunto su belleza especial? Además, os lo tengo anunciado como lo menos bello del panorama, y no podéis, en buena conciencia, llamarnos a engaño ahora... Y se acabó este primer número del programa... A otro enseguida... y quédense estas puertas abiertas para que se vaya inundando de la gracia de Dios toda la casa...

Por aquí, por el pasadizo éste... Alto en esta puerta de la izquierda, y mucho cuidado con no torceros un pie en algún rendijón del tillado de adentro. Como la pieza tiene balcón, único claro que hay en la fachada correspondiente, la del noroeste, se cuelan las invernadas por él lo mismo que si no vinieran a Peleches más que para eso. ¡Como está tan

alto y tan descarado!... Nadie ha podido habitar en esta pieza jamás. Cuidado, repito, mucho cuidado donde se pisa... ¡Ea! ya está de par en par, digo, ya están separados estos pingajos de puerta. Ponte aquí, Nieves, y tú a este otro lado, Catana... Vamos, ¿qué hay que decir a esto?... No os fijéis en este primer término, que es árido y escabroso, como todo terreno de costa, sino en lo demás, en lo llano, que es la vega de Villavieja, verde aquí, parda allá, con sus caseríos salpicados, después alturas grises y alturas verdes, y sierras peladas y montes oscuros... ¿Veis una rayita blanca, allá lejos, que se culebrea un ratito en el contorno de la vega y luego se pierde entre dos cerrillos? Pues es el camino real. ¿Veis otra rayita que cruza la vega por este lado de la izquierda, en dirección a los mismos dos cerros en que se pierde el camino? Pues es la senda que une a Villavieja con él. Por ahí vinimos anoche nosotros; sólo que al llegar a la entrada de la villa, tomamos otro camino que sube a Peleches por esta ladera... Vedle aquí arrastrándose debajo del mismo balcón en que estamos... ¿Eh? ¿Qué tal? Me parece, señora serrana, que aquí no hay negruras que maten ni asusten a ciertos corazoncitos temerosos y delicados... Bien claro, abierto, luminoso y variado es por donde quiera que se mire todo ello... Vamos, diga usted que sí o que no, como Cristo nos enseña.

--¿E de zu mercé la vega tamién?--preguntó Catana a

su amo, en lugar de responderle.

--Una buena parte de ella--contestó Bermúdez un poco amoscado--. Pero ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro? ¿Lo barrunta s tú, Nieves?

Nieves, que toda era ojos y respiración, para gozar a sus anchas de la luz y los aromas de que estaba inundada la campiña, adivinando la malicia envuelta en la pregunta de Catana, contestó a la de su padre, sonriéndose con la rondeña:

--Es una salida como otras tuyas, por no mentir. Te me que lo sientas si te dice que no la gusta... por lo menos tanto como. ..

--Como la Serranía de siempre, vaya,--concluyó don Alejandro.

--Ezo igo yo,--confirmó Catana, mirando a Nieves con la cabeza algo gacha.

--¿Y tú también eres de su parecer, hija mía?

--Yo no, papá,--contestó Nieves al punto y sin la menor traza de engañarle--. Es decir: por de pronto, me gusta esto mucho, muchísimo; lo que hay es que no conozco lo otro que le parece mejor a Catana, y pudiera serlo. ¿No es así, Catana?

--Asín,--respondió Catana, acentuando la palabra con la cabeza.

--Pues ahora mismo voy yo a poner a su señoría maca

rena--dijo Bermúdez
empujando hacia dentro a las dos mujeres--, delante
de algo que no se
pueda ver desde allá por mucho que levante la jeta
el serrano de más
alzada... ¡Canástoles con los melindres de mi abuel
a y el pujo de la
comparación!... Por el pasillo de la derecha hasta
la puerta de
enfrente... Esta pieza, Nieves, no te la quise ense
ñar anoche, porque
aún estaba arreglándose cuando te fuiste a acostar:
ya te lo dije. Es
donde más se ha esmerado don Claudio, y la que más
le ha dado que hacer
después de tu gabinete. Se ha empapelado, pintado y
casi tillado de
nuevo... Mírala. Aquí tienes el piano, los avíos de
pintar y de hacer
labores, libros, dibujos... en fin, tu taller de ar
tista y tu saloncillo
de mujer hacendosa. Ahora no hagas más que pasar y
mirar, y ni siquiera
me des las gracias que se te están escapando por lo
s ojos y por la boca.
La cosa, en primer lugar, no vale la pena, y, en se
gundo, venimos aquí
por otras muy diferentes... A la una, a las dos...
¡Ahí está eso, y
muérete ya, gitana, porque te ha llegado la hora!..
. Más afuera todavía
las dos: aquí, en la misma barandilla del balcón...
Eso es. ¡Mirad, y
hartaos!

Nieves prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo, y
Catana, con los ojos
muy abiertos, se quedó como una estatua. Don Alejan
dro se gozaba como un
chiquillo en el éxtasis de las dos.

--¡Échate leguas de mar!--comenzó diciéndolas--, po

r el frente, por la
derecha, por la izquierda: infinito por todas parte
s, menos por ésta en
que está el palco de Peleches para recrearse los Be
rmúdez en contemplar
esa maravilla de Dios... Y no se me salga ahora con
que se ha visto la
mar en Cádiz o en Bonanza, ¡canástoles! porque no a
dmito la comparación.
Mar será ella, como son mares otras muchas que se p
udieran citar; pero
no son esto, ni por lo grande, ni por lo hermoso, n
i por estar como
colgadito del tejado, a la misma puerta del balcón,
para deleite de los
ojos al abrirlas en la cama. Y que no vale mentir..
. ¿Ves ese antepecho
de la derecha, Nieves? Pues es uno de los dos claro
s que tiene tu
gabinete. ¿Ves este otro de la izquierda? Pues corr
esponde al gabinete
que tiene la entrada por el comedor... el reservado
para lo que tú
sabes... De manera que no me salgo de lo cierto al
deciros que desde la
misma cama se puede recrear la vista en este asombr
o. Llano y sosegadito
está ahora como el cristal de un espejo, y gusto da
ver cómo saltan y
centellean en él las chispas del sol que va subiend
o poco a poco; pero
no sé si os diga que le prefiero y me gusta más cua
ndo se le hinchán las
narices... ¡Ah, lagartija de secano! Aquí te quisie
ra yo ver cuando esa
llanura se encrespa y ruge y babea y comienza a hac
er corcovos, y echa
las crines al aire, y no cabe ya en su redondel, y
embiste contra las
barreras bramando a más y mejor, y se esquila canto
a canto, y vuelve a
caer, y vuelve a embestir por aquí, por allá y por

cincuenta partes a un tiempo... ¡Dios, qué rugidos aquéllos, y qué espuma rajos y qué!... Entonces no es azul como ahora, ¡quíá!... las iras la vuelven cárdena... En fin, que tiene mucho que ver... Y a todo esto y por mucho que la mar se embravezca, el puerto, aquel rinconcito de la izquierda, lo mismo que un vaso de agua. Y se explica bien: sus contornos interiores son como dos curvas de un paréntesis: la una, la de allá, mucho más saliente que la otra; de manera que resulta por aquel lado una muralla, un cabo que sirve de rompeolas del noroeste, que es de donde vienen siempre los grandes temporales de esta costa; y como los de Levante son rarísimos, haceos la cuenta de que dormir en este puerto es como dormir en la cama.

--Pero ¿dónde están los barcos?--preguntó Nieves.

--¿Qué barcos, hija?

--Los del puerto. No veo ninguno.

--Eso es harina de otro costal... ¿No recuerdas lo que, a este propósito, te leí en Sevilla, de la carta de don Claudio?

--Es verdad: que no hay más que un vapor... cuando le hay. Pues ahora no está.

--No lo sabemos; porque el saliente de la torre nos impide ver el fondeadero, que está muy arrimado a la villa. Desde la otra fachada lo veremos con lo que nos falta que ver de todo el pan

orama circundante...

--¡Ay, papá!--exclamó Nieves de pronto--, ¡lo que yo gozaría correteando en un barquichuelo por esas llanuras tan azules!

--¡Cabá!--saltó la rondeña estremeciéndose--: pa que la niña se malograra a lo mejó...

Soltó una risotada el tuerto Bermúdez y dijo:

--Me gusta que te tiene ese deseo, Nieves, y te prometo satisfacértelo muy a menudo, sin los riesgos que asustan a Catana. .. Mira un vapor...

--¿En dónde?

--En el horizonte... Fíjate bien en el punto que yo señalo.

--Ya le veo... ¿Le ves tú, Catana?

--No le veo, niña.

--¿No ves un penacho de humo sobre una mancha negra?

--¡Ajáa! Ahorita le guipé...

--Y ¿no veis más acá unas motitas blancas, como triángulitos de papel?

--Sí que las veo,--respondió Nieves.

--Pues son lanchas de pescar.

--¡Tan allá?

--¡Yo lo creo!

--Y ¿de dónde son?

--De los puertos de esta costa... Dios sabe de cuál de ellos... Porque ¡cuidado que es línea larga, eh?... Vete pasando la vista sobre ella de extremo a extremo... Lo menos cuarenta leguas.

--¡Jezú!

--Y no rebajo una pulgada, señora rondeña... Y a propósito, ¿para cuándo deja usted el morirse? ¿Por qué no se ha muerto ya?

--¿De qué, zeñó?

--De asombro.

--Con la venia de zu mercé--contestó la serrana--, me queo un ratico má: ¡asta el otro espanto.

--¿Cuál?

--El mayó que me ha e dá zu mercé.

--¿Luego te parece poco lo que estás viendo?

--Psch... Asín, asín.

--Vamos, Nieves, es cosa de matarla de veras.

--No te apure la flema de esta socarrona--dijo Nieves dándola un pellizco en el brazo que estaba más al alcance de su mano derecha--, que aunque no fuera embuste lo que aparenta, aquí estoy yo que me he asombrado por las dos...

--Lo creo, y eso me consuela y la salva a ella de u

na desgracia... Y
ahora, vamos a la otra fachada para ver lo que resta; que la maravilla
de este lado aquí quedará aguardándote, por mucho que tardes en volver a
saborearla... Sígueme, que ya voy andando por el mismo camino que nos
trajo acá... Tuerzan a la derecha ahora... Ésta es la entrada a la
cocina y sus accesorias... Esta es la puerta del comedor... Otra
cuatropea como la sala... ¿eh, Nieves? Bien que ya la viste anoche... El
gabinete de que te hablé antes... Un balcón y dos antepechos... Vamos al
balcón... No es maleja esta vista tampoco, ¿verdad, Nieves?

--¡Hermosa!--contestó Nieves con entusiasmo.

--¡Yo lo creo!--añadió su padre--. Parte de la mar que vimos desde ese
otro lado, y el puerto entero y verdadero... Mira, allí tienes el muelle
con... uno, dos, tres... tres botecillos, o lo que sean, porque no se
distinguen bien a tan larga distancia. De vapor, ni señal, hija. Pues
vete mirando desde el muelle hacia tierra: toda la villa, con su barrio
de labradores, que parece un aduar de marruecos; de trás del aduar, el
estero con sus junqueras, adonde viene a desembocar el río que ha bajado
de aquellas alturas rozando un buen pedazo del perfil de la vega. No se
le ve el cauce; pero te le va señalando bien esa faja de vapores que se
van elevando y deshaciendo con el sol, la abundancia de arbolado y
cierto verdor del terreno... Repara con qué gracia está tendida

Villavieja en el suyo. Ella es fea como un demonio,
mirada calle a calle
y casa por casa; pero vista en conjunto, hasta su color de hollín le
hace gracia. La parte de acá, que está en rampa, aunque suave, no la
podemos ver toda, porque nos lo impide el borde de la meseta sobre la
cual estamos nosotros y a bastante distancia; pero se ve algo de lo
principal... casi toda la Colegiata y un poco de los primeros edificios
de la Costanilla, que arranca hacia acá del mismo costado de la
Colegiata y es el camino más usado para venir desde la villa a Pelechés
y al paseo de la Glorieta, que es esa especie de alameda que ves a dos
pasos de la entrada de este patio, un poco a la derecha. El paseo es
bonito, porque lo son sus árboles chaparros; y la vista que se alcanza
desde él y el aire salino que le refresca en verano, no tienen precio.
Por el extremo de allá baja una senda que conduce al muelle sin tocar en
la villa. La senda se llama del _Miradorio_, porque este nombre se da a
aquel lejano término de la meseta por donde pasa para caer de repente
cuesta abajo... Viniendo ahora con los ojos a cosas de menos fuste, para
tomar nota de todo, aquí a plomo tiene otro patio perteneciente a la
casa, con su cerca y entrada correspondientes. Ese cobertizo es el
gallinero; el que le sigue, leñera, y este otro de enfrente con honores
de casita con la mitad de la panza fuera del cercado, cuadra y pajar...
Después os enseñaré la planta baja y el piso alto y hasta los desvanes,

para que os vayáis orientando dentro del venerable palomar de Peleches.
Abajo veréis el Oratorio, que, según noticias y por encarecidos encargos míos, se conserva bien y servible. Si hallamos cura, nos dirá la misa en él; si no, iremos a oírla a la Colegiata, que no está lejos... si el tiempo lo permite; porque si no lo permite, con la buena intención cumplimos.

Nieves lo miraba todo hasta con voracidad, y escuchaba a su padre delectadísima. Catana, con los brazos uno sobre otro, según su eterna costumbre cuando nada tenía que hacer con ellos, y con la cabeza algo inclinada, revolvía los ojos negros y bravíos, de las cosas señaladas a don Alejandro, y de don Alejandro a Nieves, evitando siempre el choque de la mirada de aquél con el rayo de la suya; pero muy poseída del cuadro y acaso, acaso, gozosa, aunque no lo declarara.

--Si yo viviera aquí mucho tiempo--continuó el buen Bermúdez--,
arreglaría las cosas de manera que tú, hija mía, sacaras de estas singulares ventajas que rodean a Peleches, todo el interés y la substancia que ellas son capaces de dar, para hacer te la vida, no solamente llevadera, sino deleitosa. Tendría, por ejemplo, una embarcación ligerita y segura, para recrearte y recrearnos en los placeres de la mar; haría convertir, o convertiría yo a mis expensas, ese mal camino que nos une con el del Estado, en un

a calzada en regla;
tendríamos un carruaje cómodo que nos llevara y nos
trajera por esas
comarcas de Dios, tan dignas de visitarse, en lugar
de las infames
tartanas de que se puede disponer ahora por las con-
diciones de nuestros
infernales caminos; tendría... ¡qué sé yo lo que te
ndría, en mi ardiente
deseo de verte gozosa y alegre y sana en el solar d
e nuestros mayores!
Pero esto has de resolverlo tú misma, y a tu resolu-
ción absoluta y
soberana queda. Conste así, con el testimonio, algo
sospechoso, de
cierta zaina rondeña que nos escucha, reventando po-
r declarar que no
vale toda su tierra de lobos contrabandistas, un pu-
ñado de lo que se
coja en la parte más triste de cuanto se ve desde P
eleches. Entre tanto,
echaremos mano de los recursos de que podemos dispo-
ner, hoy por hoy; y
con ellos solamente, yo te prometo, hija mía, que s
i perseveras en tus
buenos propósitos, no has de aburrirte un minuto aq-
uí, por muy recio que
llegue a tronar, como Dios nos dé salud... Ahora, y
por de pronto, tenga
usted la bondad, señora Catana, de ordenar que se n-
os sirva en seguidita
el desayuno; y con las fuerzas que nos dé y mientra-
s le tomamos, o de
sobremesa, haremos el plan de campaña para hoy, o p-
ara toda la quincena,
si nos conviene a ti y a mí. ¿No es cierto, Nieves?
... Pues andando para
dentro. Pero aguardaos un poco y oídme la última pa-
labra, como ahora se
dice: recorriendo con la vista la inconmensurable e-
xtensión de estos
horizontes, y respirando el ambiente, medio terral,

medio salino, que
llena todo el panorama, y anima y engrandece el espectáculo de sus
términos y detalles maravillosos, ¿no es verdad que
se siente uno como
más fuerte y más satisfecho? ¿que si se tienen penas se olvidan? ¿que si
le dominan a uno rencores los acalla? ¿que si vacila entre lo cierto y
lo falso, entre lo útil y lo pernicioso, entre lo nimio y lo grande, se
le revela de pronto, y como por milagro, la verdad desnuda y clara? ¿que
no nos asalta, en fin, una idea que huela a innoble, ni un deseo que no
sea honrado? Respondedme con franqueza.

Se le respondió que sí inmediatamente; y satisfecho con la respuesta,
don Alejandro Bermúdez rompió la marcha hacia dentro, diciendo a las dos
mujeres, con el mayor entusiasmo, como si nunca se lo hubiera dicho
hasta entonces:

--¡Si no tiene escape! Dadme vosotras un aire puro, y yo os daré una
sangre rica; dadme...

Cuando dijo la última palabra de esta conocida tesis, Nieves estaba ya
sentada a la mesa del comedor, en espera del desayuno; la rondeña, en la
cocina para que acabara la cocinera de prepararle, y abocando al
pasadizo frontero, don Claudio Fuertes y León, asombrándose de que
hubieran madrugado tanto los insignes dueños y señores del caserón de
Peleches.

--VI--

Entre buenos amigos

¡Señor don Claudio! No podía usted llegar más a tiempo ni en mejor ocasión... ¡Catana!... ¡Catana!... ¿Café? ¿chocolate? ¿cosa de tenedor?... Con franqueza, don Claudio: lo que más apetezca y mejor le siente a estas horas... ¡Catana!...

--Pero, señor don Alejandro, ¡si yo no acostumbro a desayunarme hasta más tarde! Cabalmente he venido tan de madrugada, por averiguar de sus sirvientes, mientras ustedes descansaban, qué era lo que habían echado más en falta anoche, para disponer con tiempo el remedio. ¡Cómo había de sospechar yo que después de las fatigas del viaje?..

--Pues ahí verá usted. ¿Y si le digo que hace ya más de una hora que andamos de ronda por toda la casa, de pieza en pieza y de balcón en balcón, mira aquí y asómbrate allá?...

--¡Es posible?...

--Y ¿por qué no ha de serlo?

--En usted, pase, porque está más avezado, es de aquí y lo tiene ley; pero esta señorita...

--¡A buena parte va usted! Cuando me levanté yo, ya estaba ella de

vuelta, como quien dice. ¿No es verdad, Nieves? Hay que advertir también que antes de acostarnos anoche habíamos pactado cierto compromiso...

Pero que diga ella si le ha pesado la madrugada...

--¿De manera que la ha gustado la situación de Pelechés?

--¡Oh, muchísimo!

--Vaya, pues lo celebro infinito; porque temía yo lo contrario.

--¿Por qué, recanástoles?

--Hombre, acostumbrada a la hermosura y la animación de una ciudad como Sevilla, nada de particular tendría que al verse de pronto en una soledad como ésta...

--¿De modo que donde hay soledad, no cabe belleza ni?... ¿Se quiere usted callar, alma de cántaro? No le haga caso, Nieves... ¡Pues, hombre, me hace gracia la ocurrencia! Desde aquí al cielo, señor don Claudio... Y no me replique, para taparme la boca, que poco he demostrado mi entusiasmo por las maravillas de Pelechés volviéndoles la espalda durante tantos años; porque bien dicho lo tengo por qué ha sido y cuánto lo he deplorado... ¿Está usted? Pues ahora díganos qué va a tomar, porque está Catana deseando saberlo para servirle en el aire...

--¡Ea! pues ya que ha de ser... lo mismo que ustedes tomen.

--Ya lo oyes, Catana: lo mismo que nosotros... Y respondiendo ahora a cierta indirecta pregunta que usted nos ha hecho, le digo que lejos de echar en falta cosa alguna en esta casa para nuestra comodidad, todo lo hemos hallado en su punto y lleno de motivos de agradecimiento y de aplauso a la previsión, al acierto... en fin, que ha hecho usted milagros... ¿No es así, Nieves?

--De toda verdad, don Claudio... Nada se echa de menos aquí.

--Repárese usted, señorita, que yo no he hecho más que cumplir las órdenes de su papá lo mejor que he podido... De todas maneras, me felicito de no haberme equivocado... Pero ¿de veras le gusta a usted esto, Nieves?

--De veras, don Claudio: se lo juro a usted... Y ¿por qué no había de gustarme?

--Por lo que antes dije a usted. ¡Es esto tan diferente de aquello!

--Pues por esa diferencia me gusta a mí esto.

--¡Ajá!... Tómame esa y vuelve por otra...

--¿De manera que usted está satisfecha?...

--Satisfechísima.

--¿Y dispuesta a sacar partido de?...

--De todo, don Claudio. Y si no lo estuviera, ¿para qué venir aquí?

--¡En los mismos rubios, señor Fuertes!... y vaya usted contando. A usted se le ha figurado que Nieves era una niña den gosa que se nutría de huevo hilado y alfeñique, y le faltaba la respiración en cuanto se la sacaba de la estufa... ¡A buena parte va usted con la suposición!

--No suponía tanto, señor don Alejandro; pero entre los dos extremos... Y en fin, yo celebro en el alma que la señorita Nieves sea como es; y excuso decirles a ustedes que no sólo por deber, sino con muchísimo gusto mío, me pongo a sus órdenes desde ahora para servirla, para acompañarla...

--Ya nos habíamos permitido nosotros contar con ese factor en los cálculos que hemos venido haciendo por el camino; pero, inocente de Dios, ¿sabe usted con quién trata? ¿conoce usted los ánimos, los bríos y los propósitos que hay en ese cuerpecito que se abarca por la cintura con la llave de la mano? ¡Ay, amigo don Claudio! usted y yo, para sopas y buen vino.

--Poco a poco sobre eso, mi señor don Alejandro. Usted sabrá a qué paso le anda la vida por sus adentros; pero no el que lleva la mía por los míos.

--Pues, hombre, ya que me la echa usted de plancheta, le diré que allá saldrán las dos en andadura, como salimos en años uno y otro.

--No es regla esa, don Alejandro.

--Sobre todo, cuando se saca en la cuenta el pico gordo que me saca usted a mí.

--¡Yo a usted?

--¡Toma, y se admira, canástoles!

--¡Yo lo creo!

--Pues mal creído...

--¿Cuántos años tiene usted, entonces, o, mejor dicho, cuántos cree tener?

--Ni tampoco cincuenta y ocho...

--Lo menos sesenta y dos...

--¡Ave María Purísima!... ¡No le hagas caso, Nieves!

--De todas maneras, igual le dé, porque ya no ha de echarse usted a pretender juvenzuelas; pero ésta es una cuenta que se saca en el aire y por los dedos.

--Pues ya está usted sacándola.

--Cuando yo vine a Villavieja por primera vez...

--¡Cómo! ¿No es usted de aquí, don Claudio?

--No, señora. ¿Usted no lo sabía?

--Lo habré olvidado, porque yo creo habérselo dicho.

--No lo recuerdo.

--Yo soy de Astorga.

--¿De Astorga?

--Sí, señora: de donde son las grandes mantecadas..
.

--Y los maragatos, canástoles, con sus bragazas de fuelle.

--Sí, señor, y a mucha honra.

--Pues ¿cómo vino usted de tan lejos?

--Lo mejor será que se lo cuente usted todo, don Claudio; porque, a lo que veo, ha perdido la filiación de usted que yo la he dado varias veces.

--Sí, y para que se vaya apartando la atención de cierta cuenta pendiente.

--¿Habrás visto marrullero?... ¡Como si no me importara a mí más que a él dejarla bien saldada!

--Allá lo veremos, mi señor don Alejandro, porque todo se andará. Voy por de pronto a satisfacer la curiosidad de Nieves en cuatro palabras, porque siendo, aunque inmerecidamente, tan íntimo amigo de su padre, no está bien que sea un hombre desconocido para ella..
.

--Tanto como eso, no, señor don Claudio.

--Es un decir; y vamos allá. Yo vine a Villavieja d

e teniente de
carabineros: no cucharón, señorita, sino de colegio
, del de Infantería.
Aquí ascendí a capitán y me casé con una villavejan
a de bastante buen
ver y no pobre del todo. ¿No es cierto, don Alejand
ro?

--Y se queda usted corto. Era de lo mejorcito de aq
uí... Y pasemos de
largo sobre ese punto, antes que empiece a dolerle
como de costumbre.

--Bueno. Tuve dos hijos varones. En esto se armó lo
de África; tentome
un poco el patriotismo y otro poco la ambición; con
seguí, bajo cuerda y
sin que lo supiera mi mujer, que me mandaran allá;
fuime, haciéndola
creer que me obligaban a ello; volví de comandante
acabada la guerra;
destináronme a Barcelona con el regimiento a que pe
rtenecía; y entre si
me convenía más dejar aquí la familia o llevarla co
nmigo, enviudé; vilo
todo de un solo color, y ese muy negro; disipáronse
de repente todas mis
ambiciones; pedí el retiro, concediéronmele, y qued
éme en Villavieja
donde había vivido muchos años, habían nacido mis h
ijos, y poseían, por
herencia de su madre, media docena de tejas y cuatr
o terrones. Poco
después, el señor don Alejandro, que siempre me hab
ía distinguido y
honrado con su amistad, quiso honrarme y favorecerm
e nuevamente dándome
plenos poderes para administrarle sus haciendas de
aquí, que no son
pocas. Esto acabó de afirmar mis raíces en la tierr
a de mi pobre mujer,
raíces no muy agarradas ya desde que mis hijos, hoy

oficiales del
ejército, se habían ido al colegio militar y yo me
veía solo y
desocupado. Pero a todo se hace uno, Nieves, en est
a breve y espinosa
vida. Yo me fui haciendo a mi soledad, y hasta he l
legado a encontrarla
relativamente placentera. De ordinario, no soy mela
ncólico: al
contrario, se me tiene por hombre feliz y regocijad
o. Yo no trato de
desmentir mi fama, por si es merecida, y, sobre tod
o, porque nada me
cuesta; y así vamos viviendo... y así soy, ni menos
ni más. Conque ¿me
conoce usted ahora?

--Aunque no con tantas señas, bien conocido le tení
a a usted, y estimado
en lo que merece.

--Muchas gracias... y vamos a rematar ahora el punt
o de las edades, que
quedó empezado antes de abrirse este paréntesis que
acabo de cerrar.

--¡Canástoles, cómo le preocupa a usted ese punto,
hombre! Pues
supongamos que se echa la cuenta y que me sale uste
d alcanzado en cuatro
años, o que los dos salimos pata; después de todo,
¿qué? Nadie tiene más
edad que la que representa.

--Eso, mi señor don Alejandro, puede ser, y usted p
erdone, una huida,
como otra cualquiera, del terreno, y desde luego no
es exacto; y además,
como argumento, es aquí muy sospechoso.

--¡Vaya usted echando canela!

--Porque la hay a mano. Y a la prueba: me ve usted con esta facha algo quijotesca, un si es no es acartonado, con el pelo y los bigotes grises...

--Canos.

--Corriente: canos, al paso que usted, más metido en carnes que yo, con el pellejo más reluciente, su estatura regular y de buen arte, tan aseadito y curro, y tan recortaditas y cepilladas las blancas patillas...

--¡Grises, don Claudio!... mírelas usted bien y juguemos limpio.

--Grises, corriente: vaya también esa ventajilla a favor de usted: poco me importa. Nota usted esa diferencia de ornato, nada más que de ornato, entre las dos fachadas, y piensa que sacadas juntas a la plaza, la de usted se llevará las preferencias. Concedido. Pero enseguida protesto yo y le desafío a que me siga con la escopeta al hombro, o con el bastón en la mano por sierras y montes arriba, a la tostería del sol de junio o con las nieves de enero; y entonces se descubren las máculas que hay debajo del revoque, y falla la máxima esa; porque es bien seguro que cuando yo comience a jadear, está usted agonizando.

--Eso se vería, ¡canástoles!

--Por visto, señor don Alejandro, por visto... Y finalmente, que nos ponga a prueba Nieves, o que me ponga a mí solo al

realizar los planes
que por lo visto tiene formados, utilizándome como
guía y acompañante
suyo, que es por donde habíamos empezado, y se verá
si sirvo o no sirvo
para ello, y quién cae primero de los dos, o el último
de los tres, si
se atreve usted a acompañarnos...

--¡Vaya si me atreveré! ¡Y nos veremos allá, señor
guapo!

--Pues no tienen ustedes más que avisar.

--Le cojo a usted por la palabra, señor don Claudio
, con permiso de
papá; y comienzo por mandarle que nos ayude, hoy mismo,
a formar la
lista de las expediciones que hemos de hacer por tierra
y a pie...

--Repito que estoy a sus órdenes.

--Y por mar...

--Eso ya varía, Nieves. De la mar no entiendo jota.
No me he embarcado
aquí seis veces en mi vida; y en tres de ellas eché
los hígados, sólo
por asomarme a la boca del puerto. Soy de Astorga,
y no hay más que
decir. Pero no le apure la dificultad, que si los
lances de la mar le
gustan a usted...

--¡Muchísimo!

--No han de faltarle medios de satisfacer el gusto.
Respondo de ello.

--¿De veras, don Claudio?

--Como todo lo que yo prometo, aunque me esté mal e
l decirlo.

--¡No sabe usted la alegría que me da con la promesa!

--Cuando te digo, Nieves, que hasta lo de Caparrota
se compuso... y
mira, mira, hasta lo de nuestro desayuno, que empezaba a darme mucho en
qué pensar por su tardanza. Ya está aquí... Gracias
, señora Catana: bien
sé que la culpa no es suya ni de la cocinera, sino
de nuestro madrugón,
inesperado en la cocina... ¡Ea! don Claudio, adentro con eso... No
tienen mala traza esos bollos. Hombre, ¿qué tal se
anda aquí de pan?

--Bastante bien, como de carne y de leche... y de confituras.

--Pues estamos como queremos... Si te digo, Nieves,
que esto de Peleches
es Jauja...

--Vamos a ver, señor don Alejandro, y antes que se
me olvide: yo,
metiéndome quizá más adentro de lo que debiera, a una
pregunta que me
hicieron ayer ciertas comparietas de usted, me permití responder
afirmativamente.

--Si no se explica usted más...

--Voy a ello: la hija, que, cuando habla de usted con sus amigas, le
llama «mi tío Alejandro», y de Nieves «mi prima Nieves...»

--¡Demonio!

--Y ¿quiénes son esas parientas, papá?

--Pues la hermana y su hija del marido de tu tía Lucrecia.

--No veo el parentesco.

--Ni yo tampoco... ni ellas mismas le verán, porque no existe; pero desean aparentarle. Buen provecho les haga, ¿no es verdad?

--Se me olvidó ese detalle en mi carta, y ahora le recuerdo. La madre no llega a tanto. Se queda en «mis comparientes de Sevilla» o «los comparientes de Peleches».

--Bien: ¿y qué?

--Aguarde usted un poco... ¡canario, qué ricamente está hecho este café!

--Como obra de las manos de Catana, que no tienen igual para eso. También está rica la mantequilla...

--Esa es de primera aquí: recuerden lo que les dije de la leche. Pues a lo que íbamos. Rufita, que es la hija, la hija de doña Zoila Mostrencos, hermana carnal de don Cesáreo, esposo de doña Lucrecia; Rufita, digo, la supuesta prima de Nieves y sobrina, por consiguiente, de usted, me paró ayer en la calle yendo con su madre y me dijo: «supongo, don Claudio, que esos señores no nos tirarán con algo si vamos a visitarlos en cuanto lleguen... porque pensamos visitarlos. Ya ve usted: un parentesco tan

próximo y tan conocido en Villavieja... y estando ellos tan en armonía con los de Méjico, parecería mal que nosotros no los fuéramos a ver.»
Esto dijo Rufita.

--Y usted ¿qué la contestó?

--Que no las tirarían ustedes con nada: al contrario, que las recibirían muy bien...

--Perfectamente respondido... ¿Por qué te ríes, Nieves?

--¿Por qué me he de reír, papá? Por la pregunta de Rufita. ¿Se ha oído cosa más graciosa? ¿Por quién nos tomarán esas señoras?

--No le choque a usted, Nieves: es estilo muy corriente ese por acá.

--Y ¿cuándo piensan venir?

--Pues cuéntelas usted aquí a la hora menos pensada: de seguro antes de comer hoy.

--¿Tan pronto?

--Y no serán ellas solas... Es el estilo también.

--¿De manera que también aquí hay que hacer visitas?

--¡Uff! No se hace otra cosa.

--¡Ay, Dios mío!

--¡Bah! no te apure eso...

--¡No faltaba más! Mire usted, para que le vaya sirviendo de gobierno: vendrán seguramente esta mañana misma, las parientas esas, y acaso, acaso, las de Garduño, es decir, las Escribanas, y Codillo con sus hijas; tal vez se atrevan las de Martínez Liendres, las Corvejonas: creo que se atreverán, lo mismo que las Indianas. A éstas las doy por infalibles en todo el día de hoy; y a otras por el estilo, mañana o pasado. Todas ellas fingiendo cumplir un deber de cortesía con ustedes al visitarlos, se agarran a esa ocasión para darse pisto entre las gentes de la villa y meterles a ustedes sus trapitos por los ojos... Cuando concluya esta tanda, empezará la de las otras, el _Faubourg Saint-Germain_ de aquí, «nuestra vieja aristocracia», como si dijéramos, los Carreños de abajo y los Vélez de arriba, que es ya lo único que nos queda de esa clase, y bastante averiado por cierto. Se da por entendido que no han de faltar ni el juez, ni el clero en masa, ni el médico viejo, ni otros personajes más o menos pesados de palabra, más o menos sinceros de intención.

--Pero, don Claudio, por el amor de Dios, ¡eso va a ser el acabose!

--¿Por qué?

--¡Adónde vamos a parar con tanta visita? Todo el verano hace falta para recibirlas y pagarlas...

--Para ellos estaba, ¡canástoles!

--Ya la he dicho a usted que no se apure por eso. En poco más de tres días les han de visitar a ustedes cuantas personas piensen visitarlos aquí. El ritual de este gran mundo no admite más largo plazo: se tomaría la visita a menosprecio. Pues bien, en otros tres o cuatro días pagan ustedes las deudas, y al sol. Para venir a verlos a Pelechés, traerá encima cada cual el fondo del cofre, sobre todo las mujeres; pero este detalle no la obliga a usted a la recíproca, aunque para obligarla le usen ellas. Usted se viste como mejor le parezca; y le doy este consejo, porque la misma cuenta le ha de salir de un modo que de otro: al cabo la han de morder.

--¿A mí?... Y ¿por qué, señor don Claudio?

--Porque también eso es de estilo aquí.

--¿Pues me gusta!

--Y es usted recién venida, y el objeto de la pública curiosidad, y sevillana, y rica, y una Bermúdez del solar de Pelechés, y sobre todo... ¡canario! ¿por qué no ha de decirse? guapa; pero ¡muy guapa!

--¿A que al fin me la va usted a echar a perder, canástoles? Por de pronto, ya me la puso usted colorada... ¡Semejante soldadote!

--Me dolería haberla molestado con este rasgo de franqueza, y la suplico que me perdone si he tenido esa desgracia; pero con

ste que no rebajo una
tilde de lo dicho, porque yo no falto a la verdad p
or ningún respeto
humano. A lo que íbamos, Nieves: hasta es posible q
ue algunas de las
visitas que reciba la diviertan a usted; pero diviér
tase con ellas o no,
usted, el señor don Alejandro, y yo si les sirvo de
alguna cosa,
continuaremos trazando planes para hacer usted aquí
la vida a su gusto,
y hasta poniendo en planta la parte de ellos que no
estorbe a la
etiqueta obligada en estos tres o cuatro primeros d
ías... Otra cosa y
para gobierno de ustedes: en Villavieja se come a l
a española neta, de
doce a una, y se cena de nueve a diez... Y a propós
ito de estos
particulares: mi condición de viudo con casa abiert
a, me ha hecho
entender un poco en los prosaicos menesteres de la
vida. Desearía
haberlo demostrado a satisfacción de ustedes en el
abasto provisional
que hice para su cocina y despensa. Puedo jurarles
que puse en ello los
cinco sentidos.

--Todo está en su punto, señor don Claudio, y nada
falta ni sobra...
¡Para declararlo Catana como lo declaró anoche al t
omar posesión de sus
dominios!... De dos artículos de ello muy important
es, la manteca y el
café, no hay que hablar, porque están a la vista la
s muestras, y ya
hemos convenido en que son excelentes...

--Lo celebro de todo corazón, porque tengo, un poqu
illo de vanidad en
ser competente en ese delicado capítulo de la vida

doméstica... Respecto
a lo demás de la casa...

--Ya le hemos dicho a usted que tampoco tiene pero.

--No lo he olvidado; pero no voy a tratar de eso precisamente, sino de algo que no ha podido hacerse por falta de tiempo, y se podría hacer ahora más despacio y enteramente a su gusto. De esto y otras cosas parecidas quisiera yo hablar con usted cuanto antes .

--¡Qué canástoles, hombre! ¿Tan urgente es el caso?

--Urgente, así en absoluto, no señor...

--Pues entonces, ¡qué demonio! empleemos la sobremesa en puntos de más enjundia... Deme usted alguna noticia más de las gentes de nuestro tiempo. Verbigracia, del famoso boticario...

--Yo, con permiso de ustedes, los voy a dejar. Eso de las visitas me tiene con cuidado, y temo que me falte tiempo para arreglarme.

--Pues adiós, hija mía.

--Buen provecho, y hasta luego.

--A los pies de usted, Nieves.

--¡Ea! ya está usted empezando.

--¿Por dónde?

--Por donde usted guste o más rabia le dé.

--¿Se permite murmurar, ahora que estamos solos?

--¿De quién, hombre malévolo?

--Del primero que salte en la conversación.

--¡Como si supiera hacer otra cosa el inocente!

--Gracias por la lisonja.

--Es justicia, créalo usted... Pero ¿y si el que salte en la conversación no da motivos?

--Aquí todos le dan, poco o mucho, en diferentes sentidos.

--¿Hasta el pobre boticario?

--Ese es hombre aparte, no solamente en Villavieja, sino en todo el mundo sublunar.

--En fin, allá usted, que yo lavo mis manos...

--Pero no le disgusta el tema...

--Hombre, yo no he dicho...

--Las cosas claras, don Alejandro...

--¡Canástoles! pues ¿qué más claras las he de poner?... Venga de eso, o de lo que mejor le cuadre... y a ver qué le parecen estas regalías para fumigar la conversación.

--La vitola es de primera.

--Pues a prender fuego a ese ejemplar... Ahí va la cerilla.

--Gracias, señor don Alejandro.

--Aguarde usted un poco. ¿No le sabría mejor el tabaco mojando la punta en ron, pongo por caso, o en coñac?

--Es posible, o en un chapurradito de los dos. No había dado yo en ello, ¡vea usted!

--¿Sabe usted si lo hay en casa?

--Respondo de que vino a ella un buen surtido de esa clase de menesteres.

--¡Catana! ¡Catana!... ¡El ron y el coñac... y unas copitas con ello!

--VII--

Visitas

Lo anunciado a este propósito por don Claudio Fuertes y León en casa de don Alejandro Bermúdez, se cumplió casi al pie de la letra. A las once de la mañana, precisamente en el instante en que esa hora sonaba en la torre de la Colegiata, se sentaban en el estrado de Peleches Rufita González y su madre, las «parientas» de la casa, con todos los útiles de visitar encima: guantes, abanico, sombrilla y tarjetero, y los trapos mejores del baúl.

--Nosotras--decía Rufita después de los acostumbrados saludos; porque es de saberse que su madre apenas desplegaba los labios sino para sonreír continuamente y decir a todo «justo»--, teníamos noticias exactas de su venida a Peleches este verano, no solamente por don Claudio que tanto nos distingue porque nos aprecia muchísimo, sino por la misma tía Lucrecia que nos lo escribió por el último correo, al darnos parte de que vendría también mi primo carnal, Nachito, a conocernos a todos sus parientes... vamos, a ustedes y a nosotras, ya que no podía venir ella por haber engordado una barbaridad, ni tampoco el tío Cesáreo, que tiene que estar siempre a su lado, porque no se puede valer de por sí sola, de puro gorda que está... Por supuesto que de esta venida del primo, muy corrida por aquí, y de saberse también que se ha casado conmigo... ¡uff! han sacado los murmuradores horror de cosas: que si hay planes arreglados, ¡vea usted!; que si debe vivir con nosotras, porque es hijo de un hermano de mi madre; que si vivirá en Peleches, aunque es sobrino de ustedes _solamente_ por parte de la suya; que si, por sus caudales atroces, estaría mejor arriba que abajo, por otros particulares que conoce bien la pobre tía Lucrecia y no habrá olvidado tampoco el tío Cesáreo, más propio y hasta más decente sería vivir abajo que arriba... Vamos, lo de siempre que la murmuración mete la pata en negocios ajenos... Pero nosotras, gracias a Dios... ¡y a buena parte vienen a

hacer leña!... ¿eh, mamá?... nosotras bien conocemos que para alojar a una persona de la importancia de Nachito, no somos todo lo... vamos, todo lo principales y ricas que se requiere, por más que en educación y en sentimientos no tengamos que envidiar a las señoras más encumbradas; y por lo mismo que conocemos esto, no nos chocaría que mi primo se encontrara más a gusto en Peleches... ¡Ah! pues deje usted, que no falta quien dice que viene a casarse con usted, Nieves... usted sabrá si es cierto, ¡ja, ja, ja! Verdaderamente que no tendría nada de particular que así resultara después de conocerla a usted, tan elegante y tan bonita... Ya ve usted, comparada con una pobre villavejana como yo... ¡ja, ja, ja! la elección no podía ser dudosa... ¡ja, ja, ja!... Pues a lo que iba al principio, porque las palabras se enredan, se enredan... Sabiendo nosotras que venían ustedes, nos dijimos (se entiende, mamá y yo): ¿y qué hacemos? La cortesía y el parentesco de familia nos mandan que los visitemos; pero otras razones que tampoco son de olvidar, nos dicen: hay que dormirlo y rumiarlo bien, porque si con el mejor de los deseos que una lleve a esa casa, le dan a una un disgusto gordo por todo pago, ¡zambomba! Conque en esto, consultamos el caso ayer mismo con don Claudio; y, naturalmente, nos aconsejó que viniéramos, respondiendo él de que seríamos bien recibidas... ¡Pues no faltaría más! como nos dijo el señor de Fuertes: «¿qué tienen ustedes que ver con lo que en otros

tiempos hubo o no hubo entre los de arriba y los de abajo, siendo ya eso puchero de enfermo y ustedes unas señoras en toda regla, que no van a pedir a nadie media peseta para los panecillos del almuerzo?» Conque al saber que ustedes habían llegado anoche, nos dijimos: vamos a saludarlos y a ofrecerles la casa y nuestros respetos, porque arrieros somos... y casi parientes además; y esta mañana nos echamos encima lo primero que tuvimos a mano... Porque nos gusta mucho a mamá y a mí andar decentes, eso sí, pero sencillitas, muy sencillitas, como ustedes pueden ver... lo que no quita que tengamos siempre de reserva alguna cosilla de más lujo, por si acaso truena gordo a lo mejor... Al revés que otras de aquí, que se llevan el cofre entero cada vez que se echan a la calle, ¡uff! Porque ustedes no pueden figurarse la bambolla que hay en Villavieja, y los humos que gastan y el tono que se dan ciertas gentes... Vamos, cuatro zarrapastras, Dios me lo perdone, que estarían mejor barriendo las escaleras o acarreando sardinas desde el muelle... ¡Ya verán ustedes, ya verán! sobre todo usted, Nieves, si no trae bien atascados los baúles y no saca un vestido nuevo cada día a la Glorieta o a los Arcos... ¡ja, ja, ja! y si le saca, que luego se le copian y la miran de reojo y la despellejan viva. Son atroces, ¡ja, ja, ja!... Que diga mamá si empondero ni tanto así... Porque, hija, ¡nos tienen sacudida cada patada en la boca del estómago!...

Y así durante quince minutos, sin que nadie pudiera meter baza en la conversación. Para Nieves, la garrulidad de Rufita era de una novedad asombrosa: estaba como fascinada escuchándola; pero más fascinada todavía viendo la multitud de cosas que movía a un tiempo: la lengua, la cabeza, los ojos, el abanico, la sombrilla, los pies y las asentaderas. En cambio, su madre apenas movía cosa alguna más que los labios para sonreír, el abanico muy poco a poco, y la lengua para decir de tarde en tarde: «justo.» Don Alejandro estaba poco menos suspenso que su hija delante de aquel espectáculo; pero no tan tranquilo como ella, porque le tenía en ascuas el temor a ciertas y determinadas alusiones de Rufita González.

Cerca ya del mediodía se levantaron las dos; y eso porque se oyeron rumores de nuevos visitantes que entraban en el pasillo.

--Sobre el particular del primo Nacho--dijo Rufita despidiéndose--,
repetimos a ustedes que, por nuestra parte, no habrá camorra ni cosa que se le parezca. Si él quiere quedarse en Peleches, que se quede; si quiere venirse con nosotras, que se venga. No estará tan bien alojado como aquí, ni tendrá tan guapa mesonera, ¡ja, ja, ja! pero le daremos cariño largo y lo mejor de lo de casa; y... algo es algo, ¡ja, ja, ja!
De todos modos, no es puñalada de pícaro todavía, y pueden ustedes ir formando su composición de lugar para cuando volvamos

os a vernos. Porque
hemos de volver a vernos, ¿no es verdad? Por lo pro
nto, cuando nos
paguen ustedes la visita... y muchísimas veces más,
como es natural
entre personas de familia. ¿No es verdad, don Aleja
ndro? ¡Ja, ja, ja!
Adiós, Nieves. _(Un par de besos.)_ Toda de usted,
señor don
Alejandro... Despídete, mamá, y vámonos. _(Se despi
de la mamá como
puede, y salen las dos.)_

A la puerta del estrado se cruzaron con las Escriba
nas que entraban, muy
arrebatadas de calor y un tanto airadas de semblant
e. Antes de salir de
casa se habían picado las chicas por diferencias de
opinión sobre lo que
debían de ponerse para hacer aquella visita. Al fin
se vistió cada una
de ellas como mejor le pareció; pero todo el camino
fueron tiroteándose
a media voz unas a otras. Aún duraba la resaca cuan
do se cruzaron con
las parientas de «los de Peleches» a la puerta mism
a del salón. Por eso
y por la mala ley que las tenían, más que de saludo
fueron de mordisco
las palabras y los gestos con que las pagaron sus m
uestras de cortesía.

Se sentaron todas después de muchos remilgos de exa
gerada etiqueta, y la
Escribana madre fue quien habló la primera. Se habí
an creído obligadas a
dar la bienvenida y ofrecer sus respetos a los seño
res de Peleches, no
solamente por la posición que ocupaban ellas en la
sociedad de
Villavieja, «aunque humilde, de alguna importancia»
, sino por lo íntimo

de las relaciones que siempre hubo entre su difunto
marido y la casa de
Bermúdez. (Puro embuste.) Por otra parte, había ent
re las personas
«propiamente decentes» de allí, verdadera necesidad
de cultivar un poco
el trato de las gentes bien nacidas y de buena educ
ación, porque
«ustedes no saben cómo se va poniendo esto de día e
n día... ¡atroz! ¡les
digo a ustedes que atroc!» Y no estaba la culpa pre
cisamente en el
empeño de las de abajo en subirse muy arriba, sino
en algunas que por
haberse tenido siempre por de lo más cogolludo, no
podían sufrir que
otras tan buenas como ellas, por donde quiera que s
e miraran, se
pusieran a su lado; y no pudiendo asombrarlas ni si
quiera deslucirlas en
tanto así... ni competir con ellas, si bien se mira
ba, en dinero, ni en
elegancia, ni en educación, se dejaban pudrir entre
cuatro paredones
viejos, o andaban al revés de todo el mundo. Y clar
o estaba: los sitios
que dejaban desocupados ellas «en la buena sociedad
», los iban ocupando
«otras atrevidas del zurriburri»; se hacía de ese m
odo «una mezclanza
atroz», y luego, las gentes que no entendían mucho
de estas cosas, a
todas las medían por un mismo rasero. Quería la Esc
ribana madre que
Nieves lo tuviera todo muy en cuenta para que no se
dejara engañar «por
la pinta» y supiera «a quién se arrimaba». Éste era
un favor que ella
quería hacerla con el buen deseo de evitarla muchos
disgustos... Por de
pronto, no citaba nombres; pero los citaría si Niev
es lo creyera

necesario...

La mayor de las hijas, pensando que caería bien allí un escrupulillo forzado, una atenuación irónica a lo dicho por la madre, apuntó cuatro palabras en este sentido; pero enseguida se las tachó con otra ironía la escribanilla segunda; replicó la primera con una pulla a su hermana; intervino la menor con una zumbita mortificante para las otras dos, y volvieron a salirles a las tres los rosetones encarnados en las mejillas, a temblarles la voz y los labios, y en las manos los abanicos, que crujían y se despedazaban entre los dedos convulsos... La Escribana madre, bien conocedora de aquellos síntomas, para conjurar la tempestad, más o menos sorda, que barruntaba, reía a carcajada seca los dichos de sus hijas, queriendo que los tomaran por chistes Nieves y don Alejandro, que se miraban atónitos delante de aquella singular escena.

Por fortuna para todos, entró don Ventura Gálvez, el párroco de Villavieja, hombre de pocas teologías, pero de mucha moral, risueño, sencillote y bondadoso como él solo. Era ya viejo, aunque bien conservado, y el único resto de lo que fue Cabildo de la Colegiata de Villavieja antes del Concordato que los suprimió. Quedóse allí como coadjutor de la nueva parroquia, y a los pocos años ascendió a párroco. Le estimaba mucho don Alejandro, y le dio un abrazo apretadísimo. Tuteaba a las Escribanas, porque eran hijas suyas d

e confesión y pertenecían además a una de las congregaciones que dirigía él, y les dijo algunas cuchufletas en cuanto las vio allí muy emperejiladas. Con esto se conjuró la tormenta que amagaba estallar. Llevando don Alejandro la conversación al terreno de don Ventura, habló éste del estado en que se hallaba la Colegiata: bastante bueno. Según los inteligentes, porque él no lo era, el templo, sin ser un monumento de gran importancia, valía la pena de ser atendido, aun sin considerarle, como le consideraba él ante todo, como casa de Dios. Era relativamente moderno, de estilo greco--romano, bien lo sabía el señor Bermúdez; y aunque no rico por su ornamentación, de cierta grandiosidad aparente... Para Villavieja, como la Catedral de Toledo. Los dos coadjutores (que ya vendrían a ver a don Alejandro, quizá en aquel mismo día) le ayudaban con celo y hasta con entusiasmo, y resultaban de ese modo bastante esmeradas y solemnes las funciones del culto. Para el vecindario que tenía Villavieja, en rigor, en rigor, se necesitaba mayor personal que el que tenía la parroquia; pero habida cuenta de los tiempos que corrían, no se estaba mal del todo.

Gracias a los buenos sentimientos de los villavejanos, en el templo no se carecía de nada de lo principal... con excepción del órgano, que a lo mejor no sonaba, de puro viejo y remendado. Se trataba de adquirir otro, y ya se habían tanteado voluntades con bastante bue

n éxito... Don
Cesáreo, el marido de doña Lucrecia, había ofrecido
una cantidad
considerable, y mayor, si fuere necesaria. Dios era
la Suma Bondad y
cuidaba de todos, particularmente de los villavejan
os, entre los cuales
no arraigarían nunca las malas ideas... Últimamente
había caído allí una
semillita de cizaña... cosa de nada; pero que, como
todo lo malo,
fructificaría si no se exterminaba a tiempo: el hij
o de un tabernero mal
aconsejado; un chilindrín presuntuoso, un tal Marav
illas, que con el
polvo de las aulas, o de los garitos, en la ropa, s
e había echado a
predicar entre la gente menuda unas doctrinas endem
oniadas, que corrían
el peligro de tomar algún arraigo, por lo mismo que
no eran entendidas
ni del predicador ni de los oyentes. Por eso había
que vivir alerta.
¡Semejante mequetrefe, ignorantón y atrevido! Últim
amente andaba
empeñado en la obra, que llamaba él redentora, de p
ublicar un periódico,
que se imprimiría en la capital, porque allí, en Vi
llavieja, no había
imprensa todavía... ¡Tendría que leer lo que dijera
ese periódico
escrito por un trastuelo que discurría y pensaba co
mo Maravillas, en una
población de tan sanas ideas como Villavieja!

Se habló mucho de esto; se fueron las Escribanas, y
entraron, casi unos
tras otros, el juez de primera instancia, el abogad
o Canales, Codillo
con sus hijas, el médico don Cirilo, las Corvejonas
y algunos notables
más de la villa. Apenas se cabía en el testero del

estrado donde
recibían los señores de Pelechés; y a estas apreturas y al respeto que
infundían allí los personajes graves, se debió, para suerte de los de
casa, que ni las Corvejonas ni las de Codillo estuvieran en el lleno de
sus papeles, como habían estado en los suyos respectivos las Escribanas
y Rufita González, y se marcharon pronto.

Cuando se sentaron a la mesa, muy corrida ya la una de la tarde, los de
Peleches, Nieves sentía quebrantos en el cuerpo, como si hubiera rodado
por una montaña; y además estaba medio asustada con las cosas de
aquellas mujeres tan parleteras, tan maldicientes y tan feroces. Le
aterraba la idea de un trato frecuente con ellas, y pidió por
misericordia a su padre que la librara de ese suplicio.

Don Alejandro se reía de buena gana de estos temores de su hija, y la
entretuvo mucho explicándole la verdadera substancia de aquellas cosas
que la asustaban por no conocerlas tan bien como él. Desmenuzolas
convenientemente; separó a un lado lo que en ellas había de malo por
resabios de localidad y faltas de verdadera educación, y a otro lo que
era sano y noble, honradísimo y muy estimable en el fondo, y demostró a
su hija, sin gran esfuerzo, que, cultivando por este lado y con sumo
tino y con poca frecuencia el trato de aquellas personas, hasta llegaría
a quererlas. De todas suertes, ella había ido a Pelechés para hacer una

vida a su gusto, sin agravio ni ofensa de los demás
, y esa vida haría
allí.

Por la tarde continuaron las visitas, que subían a
Peleches sudando el
quilo, porque aquel día achicharraba el sol. Dígalo
la Indiana madre,
que se presentó con vestido de terciopelo, el mayor
lujo de todos los
cofres de la villa, arreglado por cuarta o quinta v
ez del que le regaló
su Martín al casarse con ella.

Cerca ya del anochecer y cuando en Peleches no se e
speraba a nadie,
llegaron los Vélez de la Costanilla. Eran tres, lo
único que quedaba ya
de los Butibambas de Villavieja: un señor don Gonza
lo, alto, huesudo y
pálido, con la cabeza calva y la cara muy rasurada,
tieso corbatín y
levita negra muy ceñida, bastante pasada de moda y
de uso. Juanita
Vélez, doncella cuarentona, larga y enjuta, por el
estilo de su padre,
lacia de pelo, de buenos ojos y muy regulares facci
ones, vestida de
finas telas, pero muy antiguas; presuntuosamente si
mple el corte de su
atalaje, pero también algo anticuado; y, por último
, Manrique, el menor
de los Vélez, hermano de Juanita, un giraldón desva
ído y soso, con la
boca muy grande y los dientes amarillos, mucho pie,
largas piernas y
bastante nuez. Era abogado por lujo, y por lujo con
sumía su juventud
encerrado en el caserón de la Costanilla, por hábit
o de tener en poco a
las gentes de Villavieja.

Aquella visita fue pesada y melancólica, y además muy molesta para Nieves, que estuvo incesantemente entre las miradas de los dos hermanos: las de Juanita, inquisidoras y mordicantes, y las de Manrique, voraces y hasta desvergonzadas. Se cruzaron pocas palabras entre los tres; y de esas pocas, las de Nieves fueron monosílabos; las de Juanita, impertinencias, y las de Manrique, sandeces. Don Gonzalo, que leía La Época, habló un poco con don Alejandro de las audacias de los partidos extremos y de la decadencia de la aristocracia española por influjo necesario de las nuevas corrientes, de las que no se apartaba lo que debía y a lo cual la obligaban sus gloriosas tradiciones y la altísima misión que le estaba encomendada por la Historia, y hasta por la Providencia divina... Esto le llevó como una seda a trazar un croquis de su vida en aquel centro minúsculo en que bullían y se agitaban, en las debidas proporciones, los mismos instintos malos y las mismas concupiscencias que en las grandes capitales. A Dios gracias, había logrado conservar hasta la fecha todo su prestigio y en la misma fuerza en que le había heredado de sus mayores. No concebía, en su clase, la vida de otro modo, ni podía acomodarse a ciertas artimañas y componendas con las clases inferiores, como hacían otros... por que así les iba mejor. Era cuestión de dignidad nativa, y no había que disputar sobre ello.

No pensaba en semejante cosa el tuerto Bermúdez, que le escuchaba sin pestañear y bostezando a ratos; y eso que podía jurar que lo de las artimañas y las componendas con las clases inferiores, iba con él porque era rico y del solar de Pelechés, y vivía en Sevilla, y tenía negocios y amigos de muchas castas en varias partes, incluso Villavieja; sabía también que los Vélez de la Costanilla le detestaban con cuanto le pertenecía, y que si venían a visitarle entonces era sólo por darse lustre y venderle la fineza; sabía además que el resoplado Vélez, con todos aquellos pujos de idealismo aristocrático, era, so capa, el mayor y más funesto intrigante que había en Villavieja, con excepción del otro, de Carreño, el de la Campada, que allá salía con él en intrigas y en agallas; y sabía, por último, que era relativamente pobre y pobre vanidoso, vivía retraído y envidioso y maldiciente, lo mismo que sus hijos e igual que todos sus fidalgos progenitores. Lejos de pensar en contradecirle en nada el campechano Bermúdez, a todo le dijo «amén» por ser ese el camino más derecho para llegar al fin de la visita, que era lo que más deseaba entonces.

Túvole al sonar las nueve de la noche; y los Vélez de la Costanilla se despidieron y se marcharon con el mismo insípido ceremonial con que se habían presentado en el solar de Pelechés.

En cuanto se vio Nieves a solas con su padre, le dijo:

--Creo que estoy mala, papá, y que si vienen más visitas esta noche, me muero.

--Y yo también--respondió don Alejandro, recorriendo el salón a grandes pasos para desentumecerse--. Pero no tengas cuidado, que no vendrán; y si vinieran, perderían el viaje y el tiempo, porque voy a dar órdenes para que se cierren las puertas, como si nos hubiéramos muerto o zambullido ya en la cama... Pero dime antes: de todas las visitas que nos han hecho hoy, ¿cuál te ha parecido la más molesta?

--La última--respondió Nieves sin vacilar--. Ésta de los Vélez. ¡Ay, qué estampas de escaparate! Siquiera las otras...

--Justo, resultan divertidas.

--Eso es.

--Pues aún te faltan otros ejemplares de primera: los Carreños de la Campada, rivales de los Vélez de la Costanilla, que acabas de conocer... y lo que Dios nos tenga destinado, hija mía; porque al paso que vamos hoy, no es fácil adivinar lo que sucederá mañana. De todas suertes, la batalla ha de durar pocos días... Recuerda lo que don Claudio nos dijo.

--Sí; pero ¿y los del pago?

--Esos no te apuren: se toman a nuestra comodidad, o no se toman... o se corta por donde convenga; y que arda Troya si es pr

eciso. A nosotros,
¿qué? Por de pronto, cenaremos para cobrar fuerzas;
y con eso y el
descanso de la cama, amanecerá Dios mañana y medrar
emos... ¡Catana!
¡Catana!...

Se presentó la rondeña a los pocos momentos, con un
a carta en la mano, y
mientras se la alargaba a su señor, la dijo éste:

--Que se cierren los portones de la calle y que nos
preparen la cena a
escape... ¿Quién ha traído esta carta?

--Un mandaero.

--¿Espera la respuesta?

--No, zeñó.

Abriola don Alejandro, que ya había entrevisto al p
endolista en la
bastarda algo temblona del sobre; leyó la firma ant
e todo, y dijo a
Nieves:

--De quien yo me presumía por la letra.

--¿De quién, papá?

--Del famoso farmacéutico. A ver qué se le ocurre a
l bueno de don
Adrián.

«SR. D. ALEJANDRO BERMÚDEZ PELECHES.

»Mi amigo, señor y dueño: hallándome imposibilitado
de salir hoy de ésta
su casa por la torcedura de un pie (cosa de poca im
portancia); ausente
mi hijo desde que se fue esta mañana a hacer una de

las suyas, y no
queriendo ser el último de sus buenos amigos en dar
a ustedes la
bienvenida, se la mando en estos renglones.

»Mientras llega la ocasión de dársela de palabra, t
engo un señalado
placer en repetirle que soy de usted verdadero amigo
o y seguro servidor
q. s. m. b.

»ADRIÁN PÉREZ.»

--Así habían de hacerse todas las visitas--dijo Nieves--
para que no
resultaran pesadas.

--Pues precisamente es la de este perínclito botica
rio de las pocas, si
no la única, que yo hubiera recibido hoy con verdader
o placer. Tanto,
que mañana mismo he de ir yo a verle.

--¡Ay, papá!--exclamó Nieves alarmada de veras--. ¿
Y si vienen visitas
estando yo sola?

--Ya se elegirá una hora conveniente--respondió su
padre para
tranquilizarla--. Y a mayor abundamiento, te llevar
é conmigo, y
tomaremos el aire de paso, y estiraremos los tendon
es; y si vienen
visitas, que vengan; y si se amoscan... mejor... ¡c
anástoles! ¡Viva la
libertad de Peleches!

Y se fueron al comedor, triscando como dos chiquill
os después de salir
de clase.

--VIII--

En el casino

El de Villavieja tenía bien poco que ver y mucho menos que admirar. Esto ya se sabe por referencia de don Claudio Fuertes; pero una cosa es saberlo de oídas, y otra muy diferente verlo con los ojos de la cara; subir por su escalera angosta, entre la tienda de Periquet y el _Bazar del Papagayo_; sentir estremecerse los peldaños desnivelados, debajo de los pies; abocar al vestíbulo mal oliente, obscuro, casi tenebroso de día, con algunas perchas desiguales y una bastonera de listones, larga y estrecha; echarse a la ventura por cualquiera de los dos pasadizos que arrancan de allí, uno a la derecha y otro a la izquierda, con el suelo esponjoso y temblón, de puro viejo, y ver aquí un cuarto lleno de cajones vacíos, de quinqués desvencijados, de montones de periódicos de desecho y de vasijas quebradas; más allá un tabuco con honores de secretaría, conteniendo un estante de pino con papeles y algunos libros de cuentas, cuatro sillas ordinarias y una mesa con tapete verde, cartapacio de badana y escribanía de azófar; un saloncillo después con una mesa larga con media docena de periódicos encima y buen número de sillas alrededor, un armariote entre dos huecos de la pared con algunos libros maltratados y varias colecciones de la _Gace

ta_, un reló de caja
en un testero, y en el de enfrente un calendario de
bajo de un gran
anuncio encuadrado de los chocolates de Matías López,
y dos quinqués,
con reflectores de latón, colgados del techo sobre
la mesa. Todo aquello
era el «gabinete de lectura». Frontero a él, es decir,
en el otro
extremo del corredor y con luces a la plaza, el gran
salón: la mejor
pieza del Casino; salón de tertulia, de tresillo, de
billar y de café al
mismo tiempo, y de baile cuando llegaba el caso. En
tonces se arrimaban a
la pared las sillas de paja y las cuatro butacas de
scoyuntadas y
bisuntas que ordinariamente andaban de acá para allá
al capricho de los
desocupados; se amontonaban las mesitas y los veladores
en el cuarto
oscuro ya conocido, y en la _leonera_ y otro cuarto
más por el estilo,
que había a su lado, o en la cocina, y se convertía
la mesa de billar en
mesa de ambigú vistosamente adornada, en la cual se
destacaban y lucían
mucho las pilas de azucarillos y las bebidas refrigerantes
en la
cristalería de Periquet; se encendían las dos docenas
de velas
correspondientes a otras tantas palomillas de quita
y pon que había a lo
largo de las paredes y en cada cara de los dos pies
derechos del medio;
y con esto y unas colgaduras de tul de tres colores
en las puertas, y
unas guirnaldas de flores contrahechas, serpeando por
este arriba en los
dos mencionados, y con quemarse allí unas pastillas
del Serrallo, o
medio real de alhucema, resultaba el salón muy orie

ntal y hasta
espléndido, en opinión de los más descontentadizos
y exigentes
villavejanos.

La mesa de billar, por razón de la luz que necesitaban de día los jugadores, estaba en una de las cabeceras del salón, cerca de uno de los tres balcones que daban a la plaza. Los tresillistas, por alejarse todo lo posible del ruido que de ordinario se hacía en la mesa y alrededor de ella, entre jugadores, choque de bolas, cántico del pinche, matraqueo del bombo, que era de hojalata, y comentarios y disputas de mirones y tertulianos, ocupaban la cabecera opuesta, a más de treinta pasos de distancia, porque el salón era enorme. Tenía el servicio de la casa, desde tiempo inmemorial, ajustado a una tarifa votada en junta general de socios, con asistencia del contratista, un cafetero establecido en la calle trasera, en un local de muy mala traza; pero, según fama, cumplía bien sus compromisos, y hasta gozaban de mucho crédito sus géneros, su diligencia, y particularmente sus limonadas en la estación de verano.

Y no había otra cosa digna de mencionarse en el Casino de Villavieja.

Aquella tarde, o más bien, aquel anochecer, había, como de costumbre a tales horas, poca gente en el gran salón. En las mesas de tresillo, nadie; en los veladores inmediatos, lo mismo; en el sofá de gutapercha jironeada y en las cuatro butacas contiguas a él, M

aravillas y dos
«chicos de la redacción», hablando u oyendo leer, m
uy por lo bajo, a uno
de ellos unos papelucos. Cerca de la mesa de billar
, tomando café
arrimados a un velador, el fiscal y dos amigos; y j
ugando _chapó_, con
el estrépito de siempre, el Ayudante de Marina y Le
to Pérez el
farmacéutico: el primero sin corbata y con el cuell
o y el chaleco
desabotonados; el segundo lo mismo, y además en man
gas de camisa;
licencias muy justificadas en aquella ocasión, porq
ue tal era el calor
que hacía, que «se asaban los pájaros», al decir de
l hijo del boticario
sin apartarse mucho de lo cierto.

A pesar de este calor y de la peste que daban los d
os reverberos de
petróleo colgados sobre la mesa, recientemente ence
ndidos, aunque a
media luz todavía por recomendación del conserje, m
uy encarecida al
muchacho que apuntaba; a pesar de esto, y de llevar
más de dos horas
jugando, ni el Ayudante ni Leto mostraban señales d
e cansancio.
Particularmente Leto, parecía endurecerse y animars
e con la pesadumbre
del calor y los esfuerzos de la brega. Le faltaba t
iempo para todo:
apenas se detenía su bola, largaba el tacazo y toma
ba la contraria casi
al vuelo; agarrado a la baranda, veía correr las tr
es, porque a no estar
en mano una de ellas, a las tres ponía en movimient
o disparatado, y las
seguía y arreaba con los ojos; y como siempre _hací
a_ algo, cuando no lo
hacía todo, palos, carambola, pérdida y dos billas,

con un estruendo
espantoso (porque el paño tenía heridas y recosidos
, y las bolas
desconchados, y sonaban sobre el tablero como si ll
evaran clavos de
resalto), las sacaba de las troneras y plantaba los
palos antes que el
pinche acabara de cantar el golpe. Al Ayudante le d
aba siete tantos y la
salida, si la quería; y así y todo le llevaba de ca
lle, porque no había
defensa posible contra un modo de jugar como el de
Leto. Y cuidado que
el Ayudante jugaba bien; pero como no lograra pegar
al otro a la
baranda, cosa perdida. Con una cuarta de taco que p
udiera meter en la
mesa el farmacéutico, golpe hecho por donde menos p
odía esperarse. Para
una fuerza inicial como llevaba su bola, no había n
ada seguro en la
mesa, ni en las inmediaciones las más de las veces.
El Ayudante
desfogaba sus contrariedades llamándole san Bruno,
y chiripero, y
leñador y otras cosas parecidas. Leto le concedía q
ue le salía bastante
más de lo que tiraba; pero no que estuvieran bien a
plicados los
calificativos aquellos. Y sobre eso porfiaban a cad
a instante y apelaban
al juicio de los mirones, ¡y daba Leto cada carcaja
da y decía cada
cosa!...

Porque aunque todo lo tomaba con calor, rara vez se
incomodaba. Tenía
eso de bueno, por de pronto; amén de la estampa, qu
e no era mala por
ningún lado que se la mirase. Al contrario, reparan
do mucho en ella y
sabiendo mirar, había momentos en que resultaba has

ta hermosa. Leto era fornido, sin ser basto ni mucho menos; ágil y bien destrabado de miembros, de mirar noble e inteligente, sano color y correctas facciones; la barba, de un matiz castaño oscuro, nutrida, suave y bien puesta; el pelo semejante a la barba; los dientes sanos y blanquísimos; la boca no grande y fresca, y el cuello, que entonces estaba al descubierto, limpio, blanco y redondo como una pieza de mármol. Pues siendo así al pormenor, sólo en determinados momentos, como se ha dicho, resultaba, en conjunto, hermoso en el sentido estético de la palabra. La razón de este contrasentido, que pocos trataban de investigar (uno de ellos don Claudio Fuertes, que tan conocido le tenía, y, sin embargo, se le pintó a don Alejandro de la manera indecisa que se vio en su carta), la hallaría un fisiólogo de tres al cuarto con sólo reparar cómo jugaba y discutía y razonaba y se conducía en todo, con relación a los que le oían o le miraban, el hijo de don Adrián Pérez, y la irá conociendo el lector según le vaya tratando.

El caso es, a la presente, que Leto llevaba de calle al Ayudante; que el Ayudante se picaba; que Leto se defendía a su manera; que el fiscal y sus colaterales les embrollaban el pleito para enzarzarlos más en él; que el pinche dio una vuelta a los tornillos de los reverberos, porque ya no se veía lo necesario para jugar la última mesa comenzada del

último partido; y que en este estado de cosas se marcharon los dos amigos de Maravillas; se sentó éste junto al velador más próximo al billar por el lado de _cabaña_, y «variando de conversación», preguntó el fiscal al mozo farmacéutico que engredaba la suela de su taco en aquel instante, después de haberse limpiado el sudor de la frente con una manga de su camisa, si había ido a visitar al _Macedonio_.

--Y ¿quién es el Macedonio?--preguntó a su vez Leto candorosamente.

--Me parece que bien claro está--replicó el otro muy serio--. El señor de Bermúdez Peleches.

--No veo yo esa claridad...

--Hombre--añadió el fiscal repantigándose en su silla y metiendo los pulgares por las sisas del chaleco--: un Alejandro que tiene por hermanos a un Héctor y un Aquiles, no puede ni debe ser otro de menor talla que el de Macedonia, el _Magno_, que llamamos la Historia y yo. Además, según mis noticias, es tuerto como su ilustre padre, el jumista Filipo. Otro rasgo de familia...

Se celebró mucho la ocurrencia por todos los presentes, incluso Maravillas, que por aquella vez no usó la sonrisita a que le obligaba de continuo su papel de librepensador propagandista; por todos, menos por Leto, que se quedó mirando de hito en hito al fiscal... hasta que de

pronto soltó una carcajada.

--¡Carape!--exclamó enseguida--, que está de molde el apodo.

--Gracias, muchacho--dijo muy serio el fiscal.

--Vamos, que quedará como otros muchos.

--No lo dije por tanto; y hasta lo sentiría, porque tengo los mejores antecedentes de ese caballero, y en especial, de su hija. Dicen que es cosa excelente... Pero ¿en qué quedamos? ¿ha ido usted o no ha ido a verlos?

--¡Yo!... ¿a qué santo?

--Al santo de que ha ido media Villavieja... ¡Canario, cómo se conoce que tienen guita larga!

--Pues mire usted... (Allá va eso, Ayudante... Vaya usted contando: la carrerita del medio, carambola y billa... Aguarde usted, que también el mingo se va a colar... ¡Se coló!... Dos y seis, ocho y seis, catorce. Apunta, muchacho.) Pues iba a decir que, sin que yo tenga personalmente nada que ver con ellos, ni los conozca siquiera más que de oídas, es lo cierto también que, por una casualidad, no estuve ayer en Peleches de punta en blanco, y que por poco más de lo mismo, no he subido hoy allá.

--¡No le dije yo? A ver eso, hombre.

--Y ¿qué ha de verse? Lo que le dije al principio: que nada tengo que

hacer en Pelechés, y que por eso no he ido.

--Como decía usted que por una casualidad...

--(Apunta eso más, muchacho... y no se queme, Ayudante. Ya sabe que soy un segador chiripero.) Lo decía por mi padre.

--Ahora lo entiendo menos.

--Mi padre es muy amigo de don Alejandro desde que éste andaba por acá. Ayer se torció un pie.

--¿Quién? ¿don Alejandro?

--No, señor: mi padre.

--Corriente.

--Torciéndose un pie... poca cosa... ya está casi bien. (¡De maestro, señor Ayudante, de maestro! Pérdida con tres palos, y cubierto yo; y además pegado como una ostra... ¡Carape!... Vamos, un tanto más para usted...) Pues torciéndose un pie mi padre en un hoyo de la botica, no pudo subir ayer a Pelechés a saludar a ese señor; y no pudiendo subir, le escribió una esquelita a última hora de la tarde, al ver que yo no volvía.

--¿De dónde?

--De voltejear por afuera. Porque él había pensado que hiciera yo la visita en su lugar... (Otro golpe bueno, Ayudante. A ese paso, me la lleva usted. Pero ya nos veremos un poco más allá. Estamos veinticuatro

por diez y ocho... ¿no es así? Me faltan doce... cuestión de un golpe o dos... ¡Ajá!... Apúntame esos cinco tantos por de pronto.) Al volver ya de noche, me lo contó mi padre con lo de la torcedura, que ocurrió después de salir yo de casa donde le dejé arreglándose para subir.

--¿Adónde?

--A Pelechés... ¡Y quería que yo le acompañara!... Como ha querido hoy que subiera a decirles que todavía continuaba él sin poder salir de la botica...

--Y bien querido.

--¡Quite usted allá, hombre!... ¡Pues soy yo a propósito para esas embajadas y esos!... Todavía ayer, si hubiera estado en casa, por complacer a mi padre y no tener disculpa de fuste para lo contrario... ¡pero hoy, estando él ya para subir de un momento a otro, y después de la carta de anoche!... (¡Carape!... se me pasó la bala... Vaya otro respiration más para la agonía de usted, Ayudante.)

--Pero ¿por qué se resiste usted tanto a complacer a su padre en un asunto tan hacedero y llano y hasta gustoso?

--Por demás lo sabe usted, fiscal: porque no sirvo yo para esas cosas... vamos, que me pego a la pared lo mismo que un animal lejito.

--Pamemas. Diga usted que le gusta lo cómodo, y acabemos...

--Que es la pura verdad, hombre: que soy así.

--Para lo que le conviene.

--¡Lo mismo que Dios está en los cielos!

Esto lo dijo Leto preparándose a jugar por la baranda de arriba; y al oírlo Maravillas, le soltó desde enfrente una sonrisita de las más acentuadas de las suyas. Leto la pescó en el aire, y casi se sintió mortificado; pero estaba más atento que a esas cosas, a la jugada que acababa de prepararle un descuido de su contrario.

--Así se los ponían a Fernando séptimo--dijo el fiscal, repitiendo una frase tradicional en los billares, en idénticos casos; es decir, cuando queda la bola contraria entre la del jugador y los palos y en línea recta, para _fusilar_.

--¿Se tira esto?--preguntó Leto al Ayudante repitiendo otra frase de billar.

--Y con mucho cuidado--contestó el Ayudante, dándole por muerto.

--Pues allá va.

Se oyó un estrépito formidable; y no quedó nada, lo que se llama nada, sobre la mesa, porque los cinco palos fueron a estrellarse en la cara de Maravillas; la bola de Leto saltó tras ellos, con diferente rumbo por suerte de Tinito el sabio; y las otras dos, por haber chocado la del

Ayudante con el mingo que estaba en cabaña, desaparecieron en las troneras, después de rebotar unos instantes de baranda en baranda, como si las persiguieran centellas.

Maravillas se quedó como espantado y sin maldita la gana de sonreírse; Leto aseguraba que lo había hecho sin intención, pero con trazas de darlo por bien hecho a poco que lo pusiera en duda el apaleado; el Ayudante pedía que se le apuntara el golpe a él por que la bola que saltó había sido la de Leto, y los demás coreaban la porfía como lo reclamaba la pintoresca situación... De pronto callaron tirios y troyanos, y se vio a los jugadores arrojar los tacos, abotonarse a presuradamente camisas y chalecos, volverse Leto de espaldas, recoger de encima de una banqueta su americana, y, muy acelerado, embutir el cuerpo en ella.

Porque es el caso que acababan de aparecer en el salón el comandante don Claudio Fuertes y otras dos personas que, por todas las señales, debían ser don Alejandro Bermúdez y Nieves, o, como dijo a sus colaterales el fiscal, después del primer vistazo a los forasteros y en su manía de poner motes a todo bicho viviente, «el Macedonio con la más guapa de las hijas de Darío».

Por todo arreo llevaba Nieves una túnica lisa de color de barquillo, muy ajustada al airoso talle, y un sombrerito de paja del tono del vestido, de los guantes y de la sombrilla; y por todo adorno

del traje, dos
toques o _notas_ verde mar: una en el sombrero y otra en la cintura.
Calcúlese el relieve que adquiriría aquella figura tan esbelta, tan fina, tan pulcra y tan elegante, sobre los fondos sucios y denegridos del gran salón del Casino de Villavieja.

Don Claudio avanzó con sus acompañados hasta la mesa de billar, y les fue presentando, uno a uno, todos sus amigos agrupados allí.

Cuando le tocó el turno a Leto, don Alejandro le dio un fortísimo apretón de manos, y Nieves, mirándole con gran interés, le aseguró que tenía grandísimo gusto en conocerle. Leto, con la lengua trabada y las mejillas ardiendo, pensó que le daba algo.

--Hemos estado en la botica--le dijo Bermúdez--, donde he tenido el placer de abrazar a mi buen amigo don Adrián, y nos ha hablado largamente de usted. Por eso, y por ser hijo de quien es, nos alegramos tanto de hallarle aquí. Además, yo le conocí a usted así de chiquitín. ¡Canástoles con el estirón que ha dado desde entonces acá!

Hablando, hablando, se supo que el padre y la hija habían salido de Peleches a las seis de la tarde y bajado por la Costanilla. Habían entrado en la Colegiata, donde Nieves, después de rezar sus devociones, había visto cuanto era digno de verse y la fue enseñando don Ventura, con su paciencia y amabilidad acostumbradas. Después

s habían entrado en la botica. Allí descansaron y hablaron largamente. Al disponerse para salir, llegó don Claudio que había ido a buscarlos a Peleches media hora antes, creyendo hallarlos en casa todavía. Desde la botica, y como ya el calor no molestaba mucho, se fueron los tres hacia el muelle, y luego por la Campada... y por la Ceca y la Meca. Viniendo ya cerca de la plaza, de vuelta para Peleches y muy sediento don Alejandro, recomendole don Claudio las limonadas del Casino; y por eso y porque Nieves conociera el gran salón, de tan buenos recuerdos para él, habían subido.

Conque se dispusieron convenientemente dos o tres veladores lo más lejos que se pudo de los reverberos del billar que apestan a petróleo; se pidió perdón a Nieves porque no olieran a cosa mejor, y se sentaron todos «en dulce amor y compañía», devorando a Nieves con los ojos los dos abogadillos; no sabiendo Leto Pérez dónde fijar los suyos con entera seguridad de no ser aludido por nadie, para evitarse la angustia de hablar delante de tan señalados huéspedes, y muy arrepentido el fiscal de haber puesto motes a aquel señor que, aunque tuerto, le parecía una excelente persona y era padre de la chica más guapa que había visto él de cerca en todos los días de su vida.

La familia del boticario

Las visitas de aquel día no fueron tantas en Pelech es ni tan molestas para sus moradores, como las del anterior; porque en Villavieja, como en todas partes, había de todo, y el furor de la cursilería y de la presunción estrafalaria, había pasado con la nube de la víspera. Entre los últimos visitantes abundaron las buenas y honradas intenciones, los generosos deseos, hasta móviles de gratitud no olvidada a pesar de los años transcurridos; y en los más de los ejemplares se entendía bien claro que si llevaban encima los trapitos de cristianar y las vistosas galas, no lo hacían por vana ostentación, sino como debido tributo a la importancia de los señores visitados.

La única nota discordante en aquel conjunto de cosas bastante bien concordadas y soportables, y hasta entretenidas a ratos, fue la familia Carreño, o más propia y gráficamente «los Carreños» de la Campada, o, como si dijéramos, los Mucibarrenas de Villavieja, ya que a sus rivales sempiternos, los Vélez de la Costanilla, se les llamó, a su debido tiempo, los Butibambas. Para que todo fuera contrapuesto y antagónico en estas dos dinastías de Villavieja, hasta en el arte y la traza andaba la una al revés de la otra.

Ya se ha visto que los Vélez eran largos, huesudos, blancos, solemnes y

fríos como estatuas sepulcrales. Pues los Carreños, como constaba de toda notoriedad en Villavieja y se vio en los cuatro ejemplares (matrimonio y dos hijas) presentados en Peleches, eran chaparrudos, cetrinos, bastos de líneas y facciones, crespos de pelo, mordaces de lengua e implacables de entraña. De estilo y de educación, como de estampa y de pelo.

Padres e hijas despotricaron a porfía durante tres cuartos de hora, y no dejaron honra limpia ni hueso sano en Villavieja. ¡Cuánto se felicitaba la Carreño madre (eran primos hermanos los cónyuges) por la venida de los Bermúdez a Peleches!

--¡Esto consuela, señor don Alejandro!--decía abanicándose briosamente el pescuezo con ronchas bronceadas--. Se ve una entre los suyos, y tiene con quién hablar y desahogarse... Porque en la soledad a que la obliga a una el decoro de la clase, se hacen allá dentro unas talegadas de asco, que da gusto desocuparlas después entre gentes que la comprendan a una y sepan estimar las cosas en lo que valen... ¡Si vieran ustedes cómo se va poniendo esto!... Ya no hay quién lo conozca. No queda un alma decente: todo es trapajería de ayer acá... hasta en el ayuntamiento; hasta en los empleados que nos manda el Gobierno para las oficinas que tiene aquí... Así es que, no queriendo apolillarme ni que se apolille nadie de mi casa en un desván, como algunos trastos viejos que yo me sé (los Vélez de la

Costanilla), les digo a éstas (las hijas): a vivir alegres, y al sol; pero como si no hubiera en Villavieja más habitantes que nosotros. ¿Van esas puerkas a la Glorieta? Vosotras a la Chopera. ¿Vienen ellas aquí abajo? Vosotras vais allá arriba. ¿Ellas hacia el Miradorio? Vosotras a los Arcos. ¿Ellas muy emperifolladas? Vosotras con lo peor, en camisa... en cueros vivos si fuera posible. Que lo vean, que comparen, que aprendan algo; y si les duele, a eso se tira... y a l cuerno las grandísimas tarascas que se salen de su cascarón... Igual pasa cuando éste (Carreño) se lía con el ayuntamiento, pongo por caso, para que se haga o no se haga esto o lo de más allá: en lugar de aconsejarle que se esté quieto y deje rodar la bola que a él no ha de pisarle, le ayudo a que apriete más contra el lucero del alba, porque el día que se acostumbren ellos a no vernos y a no sentirnos, como si no quedaran Carreños en Villavieja, los demonios se lo llevarían todo y aquí no se podría parar.

Carreño se reía a carcajadas con estos dichos de su mujer; y como era bastante más avisado que ella, no los usaba tan crudos; pero en el alcance de la intención, no la iba en zaga. Las hijas, cargadas de simlores y de cintajos, muy porosas y verdegueando, con la misma intención de casta rajaban en un estilo mixto de lo más malo de los otros dos.

--¿Sabes, papá--decía Nieves al suyo después que se
marcharon los
Carreños--, que eso de los aires puros que tanto re
comiendas tú, no da
siempre los mejores resultados en lo tocante a buen
as ideas?... ¡Mira
que de ayer acá llevamos oídas cosas buenas, y a ge
ntes bien sanas de
cuerpo!

--Yo te diré--contestó don Alejandro un poco atarug
ado con la inesperada
observación de su hija--. Mirado el caso por encima
y tal como él mismo
se va metiendo por los ojos, parece que tienes razón;
pero atendiendo a
lo que debe atenderse; mirando como debe de mirarse
¿estás tú?...
poniendo cada cosa en su sitio y a su luz correspon
diente; midiendo esto
y pesando aquello con la necesaria reflexión; no da
ndo a ciertas... a
ciertas, vamos, a ciertas pequeñeces accesorias, el
valor de un hecho
fundamental, ¿eh?... estudiando, en fin, el punto a
conciencia...
penetrándole hasta lo más hondo, como yo le tengo p
enetrado, lo
infalible de mi axioma se palpa; pero hasta el extr
emo de que ese mismo
argumento que a ti se te ha ocurrido, le da mayor r
ealce todavía... como
te lo podía demostrar yo ahora, si la ocasión fuera
oportuna o lo
reclamara una gran necesidad... Porque te advierto
que la cuestión
resulta algo metafísica, tratada como es debido; y
no creo que te
divirtiera gran cosa a raíz de una tanda de visitas
como la que vienes
aguantando.

Se ignora si las racionales dudas de Nieves quedaron desvanecidas con esta argumentación de su padre; pero es un hecho que la una y el otro, a pesar de tener citado a don Claudio en Peleches para el anochecer, tan hartos se vieron de visitas y tan necesitados de libertad y movimiento, que a las seis de la tarde se echaron al mundo por la Costanilla abajo, anticipando la salida dos horas a la convenida con el comandante retirado.

Ya se sabe que después de visitar la Colegiata, hicieron una larga parada en la botica, y que desde la botica se fueron a corretear por la villa hasta dar a última hora en el Casino. Poco importa lo que hicieron en él, y menos lo que les ocurrió andando al aire libre, que no abundaba ciertamente aquella tarde; pero hay que decir algo de su visita a don Adrián Pérez el boticario.

Uno, y dos, y tres... muchos abrazos se dieron los dos amigos. Se golpeaban las espaldas con las manos abiertas, se separaban, mirábanse un momento, se sonreían; y vuelta a abrazarse y a desabrazarse, y a mirarse y a sonreírse... y a todo esto, sin dejar de decirse cosas... «¡Caray, cuánto me alegro!--¡Con qué placer le abrazo, canástoles!--¡Otro, don Alejandro!--¡Con toda el alma, don Adrián!... ¡Si no pasan días por usted, canástoles!--¡Si está usted hecho un mozo, caray!... ¡Hala con otro!--¡Ya se ve que sí, ja, ja!... ¡Qué don Adrián

tan famoso!--¡Vaya con el bueno de don Alejandro!--
Pues sí,
señor.--¡Vaya, vaya!...» Y así.

Después empezó el boticario con Nieves: no a abrazarla, sino a hacerla
mil preguntas y cumplidos y a ponerla en los cuernos de la luna por
«guapa moza», acabando por sacarla parecidos con cada uno de los
Bermúdez que él había alcanzado, contra la opinión del Bermúdez
presente, que sostenía, con mejores títulos, que era «toda de los de
allá», casi un retrato de su madre.

Convínose en ello, porque, al cabo y al fin, al boticario igual le daba,
y sentáronse el padre y la hija en las banquetas que don Adrián les
arrió, ofreciéndoles de paso un refresco de jarabe de moras o de agraz,
que había en la botica, hechos en aquella misma semana... o chocolate
que les bajarían de casa... «con toda franqueza». Se lo estimaron mucho,
pero no quisieron tomar cosa alguna. Entre tanto, nada se había hablado
todavía de la cojera de don Adrián, que se le notaba, no solamente al
moverse, sino en llevar calzado con una chinela el pie de que claudicaba
algo, y el otro con la bota de todos los días.

A lo que de él se sabe por don Claudio Fuertes, hay que añadir que era
de regular estatura, moreno, enjuto, de ojos pequeños, pero listos,
risueño de expresión, y de voz lenta y sin timbre alguno. Parecía algo
socarrón, pero en realidad no lo era. Lo parecía, porque así resultaba

de la combinación de su flemática y natural sosera,
con la malicia
aparente de sus ojuelos de ratón y lo risueño de su
boca.

Lo del pie, por lo que le preguntó don Alejandro en
seguida que se hubo
sentado, había sido poca cosa: alcanzando el tarro
del papaver album
para preparar un medicamento, se puso de puntillas;
y al sentar el pie
en el suelo otra vez, se le hundió la mitad de haci
a afuera en una
rendija grande (que señaló con la mano). Nada, una
ligera distensión que
ya estaba curada con unas compresas de vejeto... ta
nto, que pensaba
haber subido a Peleches un poco más tarde. Porque p
ensar que cumpliera
por él su hijo, era pensar los imposibles... «¡Cara
y, qué muchacho ese!»

Y movía un poco la cabeza, y se sobaba el codo izqu
ierdo, haciendo subir
y bajar la manga de la levita con todo el hueco de
la mano derecha
aplicada allí.

Por aquel portillo, es decir, por la dulce e inofen
siva lamentación del
boticario, salió a plaza, provocada con verdadero i
nterés por Bermúdez,
la historia de toda la familia de don Adrián.

Al morir la boticaria, catorce años hacía, le queda
ban cuatro hijos de
los catorce que había tenido en su afortunado matri
monio. De los cuatro
hijos, tres eran hembras. Corriendo el tiempo, la m
ayor se casó con el
vista de aquella aduana; ascendieronle pronto, y po
r esos mundos andaba

el matrimonio cargado de familia; pero tenían todos
qué comer, y eso
consolaba algo. La segunda casó peor: con un villav
ejano recién hecho
maestro de escuela. No le producía el oficio allí p
ara lo indispensable;
fuéronse a la ciudad creyendo mejorar de fortuna, y
ya se habrían muerto
de hambre sin el mendrugo que él les daba, quitándo
le de su mesa. La
tercera se casó con un teniente de la Guardia civil
, y también andaba,
como la mayor, de la Ceca a la Meca, y también carg
ada de familia.

--La verdad es--concluyó don Adrián rascándose muy
suavemente el codo--,
que bien consideradas las cosas, señor don Alejandr
o, y tal y cual van,
¡caray! los particulares de otras familias, no les
ha caído a mis hijas
la más negra de las fortunas... eso es. Las tres se
me han casado: dos
de ellas comen y están en carrera... eso es... La t
ercera anda algo
atrasadilla de recursos, es verdad; pero ¡qué caray
! es honrado y mozo
su marido... por lo más obscuro amanece a lo mejor.
.. eso es... y Dios
no falta nunca a los buenos... Eso las digo yo a ca
da paso: vea usted; y
tan contentas... eso es... y contento yo también, s
í, señor, bastante
contento; porque otra cosa no sería regular... Eso
es.

Acabado este punto, se tocó el del hijo.

--Ayer me decía usted en su carta--apuntó don Aleja
ndro-- , que por haber
hecho _una de las tuyas_... (creo que eran éstas la
s palabras) no había

vuelto a casa a la hora en que me escribía; y hace un momento se ha referido usted también a él de un modo semejante.

--¿Y eso le ha metido en cuidado?--le preguntó el boticario sobándose el codo y sonriendo blandamente.

--No diré que en cuidado--respondió el de Peleches muy afable--; pero en cierta curiosidad...

--Es natural eso, ¡je, je!... Pues respecto de ese muchacho, ¡caray! yo no sé qué decirle a punto fijo... a punto fijo... eso es. Por de pronto, es noblote a no poder más; y hasta el día de la fecha... en buena hora lo diga, no me ha dado ningún disgusto... quiero decir, un verdadero disgusto...

--Pues eso ya es algo, don Adrián.

--¡Caray! ¡vaya si lo es! ¡Y no doy yo pocas gracias a Dios por ello!
No, no: en ese punto, marchamos bien. Pues este chico, a quien usted debió conocer la última vez que estuvo aquí, aunque de prisa, así de pequeñuelo, correteando por la botica... eso es... porque no salía de ella en todo el santo día de Dios... parecía un muñequito... ¡tan redondito y tan blanco!... vamos, un muñequito de porcelana... ¡con unos ojazos negros!... No, y conservar los conserva, aunque no parecen tan grandes ahora... Verdad que, como le ha crecido la cara... eso es. Lo que le ha variado algo es el color: ya no es tan blanco... Y bien

mirado, mejor es así para un hombre como él, tan hecho y tan... eso es... Y vamos allá: como le vi bien despierto y de excelente condición, púsele en carrera con ánimo de que siguiera la de su padre: ya ve usted, por no dejar morir esto que ha sido la hogaza de la familia, de una familia tan dilatada como la mía; y hay que ser agradecido, don Alejandro... eso es. Fuese el chico a la ciudad; estudió las humanidades, con aprovechamiento, sí, señor, y con muy buenas notas... ¡caray! ¿por qué no decirlo?... Siendo ya bachiller, se prestó de buena gana a seguir esta carrera, y le envié a Madrid... Verdaderamente que el dinero no sobraba en casa; pero había lo necesario desvalijando un poco la hucha de mis buenos tiempos de boticario de nota. ¡Y ¿qué mejor empleo para ello, qué caray!... Un hijo solo, llamado quizá a ser el sostén de la familia desde el día en que yo faltara... porque para entonces, aún le quedaban dos hermanas solteras, y su pobre madre arrastrando malamente la vida que se le acabó al siguiente año... ¡Caray! mi señor don Alejandro, todavía duele allá dentro cuando pasan estos recuerdos por la cabeza... En fin, que se fue Leto a Madrid... ¿Les he dicho a ustedes que se llama Leto mi hijo?

--No, señor.

--Pues así se llama: Leto... eso es... Y por cierto que el nombre es lo peor que tiene el pobre chico.

--¡Lo peor! ¿Y por qué, don Adrián?

--Porque es feo y hasta un poco... ¿a qué negarlo, qué caray!... Es feo... y raro, vamos. Pero cosas allá de su madre y su padrino, a cual más escrupuloso en la materia... eso es; porque san Leto era el santo de aquel día, primero de septiembre... Pero ¡caray! di je yo, aunque esa sea la costumbre en la familia, me parece a mí que, por una vez, bien se puede quebrantar... eso es, en gracia siquiera de lo raro del nombre: pongámosle otro más, para llamarle por él, y así queda todo arreglado. Que nones, don Alejandro; y, en fin, que se llama Leto... Eso es.

Declararon los oyentes, de todo corazón al parecer, que no había en el nombre nada de feo ni de raro, y, sin convencerse de ello, continuó don Adrián:

--Tampoco en Madrid dio un mal paso en su carrera: buenas notas siempre, mucho fruto... porque aquí, en la botica, le iba descubriendo yo cuando venía a pasar las vacaciones... y al mismo tiempo haciéndose un chicozo como un trinquete... no muy grande; pero bien cortado... eso es, y fuerte... y guapo, ¡qué caray!... y dócil y risueño que daba gusto. Pues, señor, que llegó a tomar el título y que se vino a casa, y que le arrimé a la botica para que practicara lo que había estudiado, eso es... porque sin práctica, de nada valen las teorías; y, amigo de Dios, como una seda desde el primer instante. Una soltura y un

arte... un arte como
si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa... Pero,
vea usted, ¡qué
caray! no había que pensar en mirar muy de cerca lo
que hacía, porque ya
le tenía usted con las manos trabadas, materialment
e trabadas, eso es...
vamos, que hasta era capaz de echarlo todo a perder
... por el genio, por
el arrastrado genio.

--¿Lo tenía malo?

--¡Quiá! Corto... ¡o qué sé yo? Desde muchachuelo f
ue lo mismo; y ¡si
vieran ustedes lo que eso le perjudicó durante la c
arrera!... Porque sin
esa condición, hubiera lucido el doble trabajando m
enos: eso es. Pero yo
esperaba que se le fuera modificando con el tiempo
y según iba él viendo
mundo y tratando gentes. ¡Quiá! En ese punto no ha
habido señal de
enmienda: al contrario, si bien se mira.

--Pero ¿tan corto es de genio, don Adrián?

--Tan corto o tan... yo no sé, don Alejandro, no sé
lo que es. Él va a
todas partes; él entiende de todo un poco, y es afa
ble y cariñoso con
todo el mundo... y es inteligente y listo, ¡caray!
y placentero y
servicial... eso es; pero al mismo tiempo tiene la
manía de que cuanto a
él se le ocurre es pura insignificancia, y cuanto h
ace, una chapucería,
mientras que le para y le asombra cuanto piensan y
hacen los demás... Le
digo a usted que es raro el caso... ¡muy raro, cara
y!... y una lástima,
sí, señor, una lástima; porque yo tengo mis razones

para creerlo así, y
sin que me ciegue la pasión de padre... sin que me
ciegue, eso es...
Digo que tengo mis razones, y verán ustedes por qué
... Como tiene
conmigo bastante confianza, porque al fin y al cabo
soy su padre, en
cualquier punto que tocamos en nuestras conversacio
nes se deja correr
guapamente... vamos, sin recelo mayor que digamos..
. eso es... sin
recelo; y el chico, entonces, habla y habla, no muc
ho, pero bien, hasta
con su poco de calor... y con arte, ¡caray!... con.
.. vamos, con fe en
su idea; y eso que se le conoce que no da todavía t
odo lo que tiene; que
ve en sus adentros... eso es, en sus adentros, bast
ante más que lo que
dice... Pues ¡caray! ocurre que sobre esos mismos p
untos le tira de la
lengua el primero que llega a la botica, o le coge
en la calle o en el
Casino; y ya es otro hombre diferente: ya le falta,
vamos, aquella
seguridad, y aquel mirar sereno, y aquel orden en l
os razonamientos... y
aquella firmeza de palabra... y ¿qué sucede? que am
ilanándose así, se
desconcierta, se confunde, y sale del paso con una
cuchufleta de
chicuelo, eso es, cuando no con una tontería... ¡Ca
ray! a mí no me gusta
eso, y se lo digo así... «Pero, hombre, tente firme
en tu puesto; habla
con formalidad, eso es, con el aplomo que tú sabes
cuando quieres...»
Pues nada, don Alejandro: me responde muy serio que
está convencido de
que no se le ocurre cosa ni idea que valgan dos cua
rtos; que es una pura
vulgaridad y un hombre enteramente insignificante,

¡caray! Y de aquí no
hay quien le saque.

--Es raro eso, ¿verdad, Nieves? ¡Y para lo que hoy
se usa!...

--Y les advierto a ustedes que lo mismo es en lo po
co que en lo mucho.
Por ejemplo: está cantando a media voz... en la bot
ica o en su cuarto,
porque él nunca está de mal humor... Digo que está
cantando, y cantando
bien, eso es... cosas de teatro que oiría en Madrid
, creo yo, porque no
se parece el cántico a los de acá... La voz es llen
a y de hombre, bien
templada... vamos, una buena voz a mi entender: pue
s llego yo, o llega
cualquiera: ya le tienen ustedes turulato, como si
hubiera cometido un
pecado mortal. Eso es... Otro caso más raro: tiene
mucho afición al
dibujo y a la pintura, y sus avíos correspondientes
para lo uno y para
lo otro... A lo mejor le ven ustedes encaramado en
el Miradorio, o
acurrucado en la vega, o delante de un paredón viej
o, con el pincel en
una mano, su cajita de colores en la otra, un pomit
o con agua a un lado
y su libreta sobre las rodillas, pinta que pinta. P
ues que le diga el
más guapo que le enseñe lo que ha pintado... ¡caray
! primero le enseñará
el hígado... Eso es. Que se arrime alguno a él cuan
do se halla en estas
operaciones: se pondrá encarnado como la grana, y y
a no sabrá lo que
hace...

--¡Conque también pinta?--exclamó Nieves que escuch
aba con suma atención

al boticario.

--¡Caray si pinta!--contestó don Adrián sobándose mucho el codo--; y hasta creo que bien, por lo que he logrado atisbar yo y lo poco que lo entiendo... Pero aguarden ustedes, que es posible que tenga alguna cosilla de esas en el cartapacio de su atril, donde suele guardar las recién acabadas...

Metiose el boticario en la trastienda, renqueando un poquillo; abrió una puerta que había a la derecha; entró por ella, y no tardó en volver con unas cartulinas en la mano. Púsolas en las de Nieves, porque ellas fueron las que más se adelantaron para cogerlas, y la dijo:

--Ahí está lo último que ha hecho. Ustedes, que lo entenderán mejor que yo, podrán decir si tiene algún mérito.

Nieves separó las cartulinas y pasó una mirada rápida sobre ellas, pero ávida y ardiente.

--¡Mira, papá!--le dijo con entusiasmo volviéndose hacia él--, qué acuarelas tan lindas! ¡Con qué facilidad y con qué valentía están hechas! ¡Qué frescura de color!... ¡Ay, don Adrián!--añadió mirando al boticario que se derretía de placer con el éxito de aquellas obras de su hijo--. ¡Si viera usted lo que cuesta hacer estas cosas! ¡Si supiera usted las fatigas y los años que se pasan para llegar siquiera a la mitad de este camino!

--Pero ¿dónde demonios ha aprendido su hijo de usted a pintar, y a pintar de este modo?--preguntó don Alejandro que todo se volvía ojo para mirar y admirar las acuarelas.

--¿De manera--dijo muy suavemente el boticario, soba que te soba el codo-- , que dan ustedes alguna importancia a esas pinturas?

--¡Muchísima!--respondieron unísonos Nieves y su padre.

--Me alegro, ¡caray! sí, señor, me alegro... Eso es . Pues Leto, según me ha dicho, aprendió a pintar así... porque algo ya lo sabía él desde el Instituto, con un compañero de posada que tuvo en Madrid, y parece que era pintor de nota... Eso es. Se querían mucho los dos y aún se escriben de vez en cuando. El pintor está en Roma ahora.

--¿De modo que ésta es la gran afición de Leto?--preguntó Bermúdez.

--¡Quiá!...--respondió el boticario, echando la cabeza a un lado y casi cerrando los ojos al recargar el acento de la palabra y de la sonrisa--; esa afición es la de los ratos perdidos... vamos, la última de todas. Otra muy distinta es la que materialmente le cautiva y le trae a mal traer... a mal traer, sí, señor, ¡caray! ¡Es mucho cuento lo que le emborracha!

--La caza, ¿eh?

--No, señor: la mar... Tampoco la mar propiamente, sino la embarcación con que anda por ella: su balandro... ¡qué balandro?... su _yacht_.

--¡Canástoles!

--¿Y tiene un _yacht_... un _yacht_ de veras?--preguntó Nieves, apartando sus ojos de las acuarelas para fijar en el boticario su mirada henchida de curiosidad.

--Un _yacht_, señorita--respondió don Adrián en tono muy ponderativo--: un _yacht_, así, en puro inglés; y de lujo, ¡caray! lo que se llama de lujo... eso es: vamos, un _yacht_ de regatas, de primera. Esos son sus amores verdaderos; lo que más le entusiasma en el mundo y de lo único que se atreve a hablar con calor y con fe y sin aturullarse delante de las gentes... Ya se ve: no es obra de sus manos ni de su idea, y por consiguiente... eso es.

--Pero, señor don Adrián--díjole su amigo chanceándose--: usted se ha corrido mucho, se ha despilfarrado... porque un _yacht_ de esas condiciones, no se compra con dos cuartos.

--¡Caray! ¡Yo lo creo!... Pero no se piense usted que el pobre boticario... ¡Quiá! ¡Pues están los tiempos, gracias a Dios, para esas sangrías... caray, caray! No, señor. La procedencia del _yacht_ es otra historia, señor don Alejandro. Verán ustedes. Leto, como le dije a usted, hace a todo... eso es; y lo mismo que pinta

y navega... porque lo
de navegar es ya viejo en él, anda por montes y bar
rancas con la
escopeta al hombro, y conoce la comarca yerba a yer
ba y canto a canto...
eso es. Pues, señor, que se descubrió aquí una mina
pocos años hace; que
la compró una compañía inglesa, y que vino un ingen
iero de allá para
explotarla. Este inglés era mozo, algo arlote como
todos los ingleses, y
muy campechano y muy resuelto para todo; que Leto y
él se conocieron en
el Casino; que resultó que tenían unas mismas afici
ones, y cata que
llegan a hacerse muy amigos. Al inglés le gustaban
las setas; pues ya
estaba Leto diciéndole dónde las había legítimas, s
in la menor sospecha
de hongo venenoso, y acompañándole a cogerlas... es
o es: medio día de
campo; que berros, pues en tal parte; y a buscar lo
s berros; que
caracoles o ranas o cualquier otra porquería de las
muchas que devoraba
aquel hombre... pues a ello los dos; que esta clase
de caza o que la
otra: lo mismo. Leto tenía un bote, malo por supues
to; pero andaba a
fuerza de vela; el inglés se las pelaba por esa div
ersión en que era
gran maestro... ¡caray, yo lo creo! como que era de
l Royal-Club de su
tierra, y había ganado no sé cuántos premios de hon
or en regatas
famosas... eso es... ¡uf! y hombre muy principal y
acaudalado, sí,
señor... y buen mozo... pues golpe al bote a todas
horas... y atrocidad
va y atrocidad viene... porque no sé cómo no quedar
on en una de ellas.
Eso es. Por otra parte, estaba enamorado de nuestra

bahía, que ya sabe
usted que es de lo mejor del mundo, dicho y confesa
do por inteligentes
extranjeros... ¡caray, si es cosa buena! y estando
enamorado de la bahía
y de la afición y el arte de Leto, no pudiendo adqu
irir aquí una
embarcación a su gusto, hizo traer, a fuerza de din
ero para que llegara
pronto, un hermoso _yacht_ de regatas que él tenía
en su país. Pues,
señor, que viene el _yacht_, y que Leto, al lado de
l inglés, aprende a
manejarle en cuatro días, y que se me vuelve medio
loco el hijo, ¡caray!
de puro gozar en aquel... vamos, en aquel deleite,
eso es, tan nuevo
para él... y échate mar afuera los dos hasta perder
se de vista, y vira
acá y vira allá, dando con los topes en el agua y h
aciéndome a mí pasar
las de Caín de susto y de congoja, eso es... hasta
que me convencí de
que no había tanto riesgo como aparentaba... En fin
, señor don
Alejandro, que Leto y el inglés andaban siempre com
o la uña y la carne;
que llegó la hora de marcharse a otra parte el inge
niero, porque la mina
salió huera, y que al marcharse le regaló el _yacht_
_ a mi hijo, ¡caray!
que quieras que no, con todos sus enseres y cachiva
ches... Eso es. Y por
eso tiene Leto un _yacht_ tan lujoso. Cada lunes y
cada martes le
zarandea por la mar. Ayer salió a media mañana, con
su correspondiente
pitanza, por si acaso... eso es. Pues volvió entre
día y noche, como
dije a usted en mi carta. Quise que subiera hoy a P
eleches... pues
¡caray! casi de rodillas me pidió que no le diera c

omisiones de esa
clase. Subir conmigo, ya era otra cosa, y hasta lo
haría con sumo gusto;
pero solo... ¡es mucho cuento! En eso quedamos al c
abo; y entre si me
animaba yo a subir esta tarde o no, llegó su amigo
el Ayudante de
Marina, con quien tenía pendiente un partido de bil
lar... porque ésta es
otra de sus aficiones y el único vicio, eso es, que
se le conoce; y
fuéronse al Casino poco antes de llegar ustedes...
Que lo siento en el
alma, ¡caray! porque se hubieran conocido aquí todo
s, y eso tendríamos
adelantado... Eso es.

--Y es bastante, ¡canástoles!--dijo Bermúdez revol
viéndose en su
banqueta--, y hasta sobrado para meternos en ganas
de conocer de cerca a
ese mozo tan simpático y tan... Hombre, se me ocurr
e una idea: súbanse
mañana los dos a comer con nosotros en Peleches...
Ello había de ser;
conque anticipémoslo, y de ese modo quitará el pobr
e Leto el escalofrío,
como los bañistas perezosos, de un chapuzón... ¡ja,
ja!... ¿No es
verdad, Nieves?

--Me parece una gran idea--respondió ésta entregand
o al mismo tiempo a
don Adrián las acuarelas--. Y dígame usted, de mi p
arte, que cuando vaya
nos lleve algunas obras más de esta clase, para ver
las... y
admirarlas... ¡Ay, qué bien lo hace, don Adrián! ¡Q
uién fuera capaz de
la mitad de ello siquiera!

--¿De veras, señorita?--preguntó el boticario conmo

vido de gusto.

--¡Y cuidado!--díjole don Alejandro--, que ésta es del oficio, y su voto, de calidad por consiguiente...

--¡Caray! de ese modo, ya lo creo... Sí, señor, eso es. Pues tocante a lo del convite, yo con alma y vida le doy por aceptado desde luego, mi señor don Alejandro... Del chico, no sé qué decir a ustedes: siempre me saldrá, por disculpa, con lo de costumbre cuando le conviene esconder el bulto: con que no puede faltar uno de nosotros de aquí, sabiendo, como sabe, que el mancebo se sobra y se basta, sí, señor, para el servicio ordinario; porque bien acreditado lo tiene... eso es... Pero en un caso como éste, puede que vaya... Irá, sí señor, irá. Es asombradizo, como les he dicho a ustedes, o corto, o no sé qué; pero ha corrido mundo, tiene luz allá dentro... justamente; sabe distinguir de colores, y a ustedes los considera... ¡caray, si los considera!.. Y una descortesía no la comete él con nadie aunque le ahorquen... Ahora, en cuanto a llevar consigo las pinturas, ya varía... y de eso sí que no respondo... En fin, se hará lo posible, eso es... Y un millón de gracias por la fineza, señores míos.

En esto entró don Claudio Fuertes, y se habló de otras cosas; y cuando llegó el momento de salir los tres a voltejear por la villa, dijo el boticario al comandante retirado:

--Si tocan ustedes en el muelle, enséñeles el _yacht_, aunque está fondeado un poco lejos. Ya van enterados de todo... Eso es.

--X--

De tiros largos

Así se presentaron en Peleches al rayar las doce y media, el boticario don Adrián Pérez y su hijo Leto: el primero radiante de gozo, y el segundo no tan acoquinado como era de temerse por lo que de él se sabe. El motivo de esta novedad consistía, siguiendo la imagen del bañista perezoso, apuntada por don Alejandro en la botica, en que Leto, antes de la gran zambullida en el caserón de los Bermúdez, había ido preparando el equilibrio de las dos temperaturas con un par de fregoteos bastante regulares. El uno se lo dio en el Casino; el otro, al salir de misa mayor al día siguiente, que era de fiesta, es decir, el día mismo del convite. En el Casino tuvo que picar algo en la conversación general, aludido de intento por Bermúdez; y más aún que en la conversación, en la golosina que irradiaban en aquel antro desabrido, los ojos y la silueta de la hechicera sevillana; porque Leto, al fin y al cabo, era mozo de buen gusto, y mujeres de aquel arte que le miraran a él con el interés bondadoso con que le miraba Nieves a menudo, no hab

ían pasado ni
pasarían jamás por Villavieja.

Esto por de pronto. Además, al deshacerse la tertul
ia y ya despidiéndose
de él, le había dicho don Alejandro con gran encare
cimiento, mientras le
apretaba una mano con las dos suyas:

--Mañana, después que _comamos_ en Peleches, iremos
a ver el _yacht_;
pero de cerca y como debe ser visto. Conste que est
á usted notificado.

--«¡Después que _comamos_... a ver el _yacht_!»--re
petía el mozo en sus
adentros, enredado en las confusiones más extrañas,
mientras respondía
al expresivo Bermúdez cuatro palabras, mal urdidas,
de cortesía--. ¿Qué
plural era aquél de «comamos»? ¿Cuántos y quiénes e
ntraban en él?

Sin desembrollar este lío, que pasó por su cabeza c
omo un relámpago, oyó
que le decía Nieves, por despedida también y tambié
n muy afectuosa:

--Y al subir _a comer con nosotros_, no se le olvid
en a usted ciertas
acuarelas que deseamos ver.

Esto ya estaba más claro; pero no todo lo que debía
de estar. Era
indudable que su padre se había despachado a su gus
to aquella tarde en
la botica.

En cuanto salieron del Casino los de Peleches, le f
altó tiempo a él para
largarse hacia su casa. En dos zancadas llegó; en b
reves palabras enteró

a su padre de todo lo que acababa de pasarle, y en pocas más le satisfizo el boticario la curiosidad, declarándole todo lo ocurrido aquella tarde en la botica. Por cierto que don Adrián subió la bocamanga izquierda hasta el codo, y el arco de las cejas hasta el casquete, a fuerza de rascarse y de admirarse al ver que Leto, de quien esperaba un estampido, en lo del convite no puso el menor reparo, y en lo de las acuarelas se despachó con tres «carapes» seguidos y unos muy dulces restregones de manos a las barbas.

Al salir la gente de misa mayor, Leto, como de costumbre, se quedó, con otros amigos, enfrente del pórtico echando un pitillo, un párrafo y algunas ojeadas maquinales a las villavejanas de todos los días; y hablando, fumando y mirando, vio salir a Nieves con su padre. Bien le había parecido la noche antes la sevillana en la penumbra mal oliente del Casino, con el sombrerito de paja y la túnica de color de barquillo; pero ¡cuidado si tenía que ver en plena luz meridiana, vestida de obscuro y con la cara monísima encuadrada en los pliegues graciosos de su mantilla de pura casta andaluza! No pudo menos de declarárselo así al fiscal que estaba a su lado comiéndola con los ojos, ni, al notar que le recordaba algo con los suyos, quizá lo de las acuarelas, dejar de acercarse a ella y a su padre para ofrecerles sus respetos, con la mejor intención, eso sí, pero bien sabe Dios que con las más fuertes ligaduras

de sus nativas desconfianzas en el espíritu.

Mientras hablaban los tres, la _goma_ villavejana se chupaba los dedos y no sabía de qué lado ponerse ni qué majadería inventar para que Nieves _se clavara_... ¡lo mismo que la goma de todas partes! y las hembras peripuestas la miraban de reojo al pasar a su lado, de los pies a la cabeza, ¡igual que todas las presuntuosas de todo el mundo! porque son achagues esos que están en la masa de la sangre, aun en la de los que usan taparrabo... Posible es que Nieves no se fijara en los unos ni en las otras, aunque cueste creerlo por lo que se sabe del prodigioso alcance de vista que tienen las mujeres guapas para esos lances y otros parecidos; pero podría apostarse algo bueno a que en la comparación que hizo mentalmente, después de mirarle de arriba abajo o en menos de dos segundos, del Leto que tenía delante, vestido de día de fiesta, con el Leto de la víspera, desaliñado, ardoroso y con el pelo alborotado y la barba revuelta, aunque ambos eran buenos mozos, optaba por el segundo; es decir, por el Leto del billar, en calidad, se entiende, de mujer artista y esforzada.

En esto salió don Adrián con la levita nueva, bastón de caña, sombrero de copa muy alto, y dos dedos de cuello de camisa fuera del corbatín; se arrimó al grupo y saludó muy cortés a los señores; apareció el juez e hizo lo mismo; después Rufita González con su madre; casi al mismo

tiempo Codillo y las tres Indianas, y enseguida hasta otra docena más de los notables que habían hecho ya la visita obligada a Peleches. Los Vélez, escurridos y lacios de vestido y de carnes, pasaron de largo hacia la izquierda, saludando con una cabezada muy ceremoniosa. Las chaparrudas Carreñas, hechas un brazo de mar, pero de mar siniestro y bravo, saludaron con los abanicos y carraspeando, y se fueron por la derecha.

El grupo seguía creciendo y llegó a ocupar media plaza con los gomosos adyacentes y otros desocupados de diferentes pelajes. Luego se puso en movimiento todo junto, aunque cambiando de forma como masa de agua que se acomoda al cauce que la guía, en dirección a la Costanilla, camino de Peleches y a la vez de la Glorieta, adonde se dirigían todos los elegantes de Villavieja entonces, por imperio de la moda.

En la Glorieta dieron Nieves y su padre unas cuantas vueltas con las adherencias que traían desde la Colegiata, y seguidos del propio _zaguanete_ de gomosos, cosa que encendió las iras de las villavejanas desperdigadas y desatendidas entonces por sus habituales cortejantes, y les dio motivo para despellejar viva a la pobre Nieves. Sábese que quien más apretó la dentellada en aquella puja de mordiscos fue la Escribana mayor, que, según fama, se bebía los vientos por el hijo del boticario. Le había visto al salir de misa y subiendo a la Glo

rieta, y en la
Glorieta misma, arrimado a la sevillana, y en gran
intimidad con ella
algunas veces. ¡El grandísimo pazguato que jamás tu
vo dos palabras al
caso para pagarla las muchas con que ella le había
buscado la lengua en
más de cuatro ocasiones! Así es que en cuanto se re
tiraron Nieves y su
padre a Peleches, que fue muy pronto, y el boticari
o y Leto a su botica,
se armó en la Glorieta la de Dios es Cristo entre l
os galanes
villavejanos y las respectivas damas, que no quería
n ser plato de
segunda mesa... mientras Maravillas, sentado en el
último banco hacia el
mar, solo, quietecito y sosegado, flagelaba con su
eterna sonrisa de
compasivo desdén, aquel cuadro de miserias humanas,
fruto natural y
lógico del lamentable resabio de ir a misa y creer
en Dios.

Viniendo a lo que importa, fue el caso que Leto baj
ó a la villa bastante
satisfecho de su hazaña; que a pesar de estar bien
vestido, cambió de
corbata y de chaleco después de arreglarse el pelo,
de cepillarse mucho
las barbas y la ropa y de lavotearse las manos; que
al volver a la
botica, donde le aguardaba su padre en conversación
con el mancebo,
llamó a _Cornias_ (luego se sabrá quién era este pe
rsonaje) y le dio
varias órdenes con mucho encarecimiento; que despué
s fue a su atril, y
de un cartapacio que tenía allí muy escondido bajo
papelotes y libracos,
sacó hasta una docena de obras suyas, entre acuarel
as y dibujos,

escogidas, muy escogidas, en su abundante colección ; que las envolvió convenientemente, y que diez minutos después, él y su padre atravesaban la plazoleta inundada de sol, que achicharraba, en dirección a Peleches.

--Ya ves, Leto--le decía muy regocijado su padre, y por lo bajo para que no se enteraran de la conversación las gentes que volvían de la Glorieta--, cómo el león no es tan fiero como le pintan. Muchas veces nos alucinamos... eso es... nos ofuscamos, por ver y juzgar de lejos las cosas. Y a ti, ¡caray! te ha pasado mucho de eso. Dígotelo, porque al fin vas, ¡caray! vas, sí, señor, y sin grandes resistencias, y hasta llevas esas pinturillas contigo... ¡bien llevadas, muy bien llevadas! eso es; muy bien llevadas, por lo mismo que te las han pedido y desean verlas... Yo pensé... ¡ahí tienes!... que no te prestarías a ello, porque hasta de mí las has escondido siempre, por esas rarezas, ¡caray! que nunca he podido explicarme... eso es... Pero la fuerza de las cosas ha querido que el león se te vaya a la mano; y, como te decía antes, no te ha parecido tan fiero como visto a larga distancia... eso es... y ya te das a partido, ¡caray!

Leto, sonriendo de cierta manera habitual en él, contestó a su padre:

--¡Si supiera usted la procesión que me anda por dentro!...

--¡Ay, Leto del alma!--replicó don Adrián parándose

en firme--. Pues si
a procesiones fuéramos... ¡quién, en casos tales, n
o las llevará
consigo, en más o en menos, caray, hasta hacerle te
mblar las
choquezuelas? Vamos a una casa extraña y de mucho v
iso, a una mesa
quizás opípara... eso es... dos hombres acostumbrad
os a la vida oscura
y metódica... de lo más metódica y sencilla... eso
es... La emoción...
el sobresalto si quieres, es de necesidad... Pero u
na cosa es eso, y
otra muy diferente lo otro que a ti te pasa, o te p
asaba... En fin, de
esto no hay para qué volver a hablar, Leto. Pero he
de repetirte, en
conclusión, lo que te dije anoche: hay que sacar fu
erzas de flaqueza en
ciertos lances de la vida... y hacerse superior, es
o es, a las nativas
debilidades... porque no hay hombre sin hombre... y
todos nos debemos
mutuos servicios y respetos... eso es... Tú eres mo
zo; nada te falta, es
verdad... y acaso no te falte nunca, por mucho que
vivas, si la
venturosa quietud de Villavieja continúa inalterada
y no te sale un
competidor en el oficio, como no me ha salido a mí
desde que soy
boticario; pero es posible que te salga, porque lo
malo cunde y no anda
ya lejos de nosotros... o que te convenga cosa mejo
r que la que poseas;
y entonces, ¡caray! bueno es tener valedores... y b
ien sabes tú que la
casa de Peleches raya en todas partes tan alto como
la que más... y
puesto que nos dan la vaquilla, corramos con la sog
uilla, ¡caray!... y
muy agradecidos, sí, señor; y el corazón en la punt

a de la lengua, eso
es; y el que tiene algo en la cabeza, como no dejas
de tenerlo tú, noble
y honrado además, sí, señor, que lo manifieste, ¡ca
ray! si llega el caso
de hacerlo, con entereza y con fe, que esto no está
reñido con la buena
educación, ni siquiera, eso es, con la cristiana hu
mildad. Cuando Dios
da al hombre el caudal de las ideas, no se le da, ¡
caray! para que le
guarde con avaricia, ni tampoco para que le despilf
arre, contrahecho o a
escondidas y con vergüenza: no, señor, ¡caray! no,
señor... como vienes
haciendo tú... Eso es.

Dio dos golpecitos con su caña en el suelo, y conti
nuó marchando calle
arriba.

Leto, pensativo y bastante risueño, pero sin contes
tarle una palabra,
hizo lo mismo a su lado.

Así llegaron a Pelechés, en cuyo saloncito de labor
, o mejor dicho,
estudio de Nieves, con las puertas del balcón abier
tas de par en par
para que entrara a borbotones el nordeste que corrí
a, saturado de los
efluvios de la mar, fueron recibidos por los señore
s de la casa y por
don Claudio Fuertes, que también estaba convidado a
comer.

Nieves había cambiado su traje obscuro por otro cas
i blanco; y al verla
así Leto, blanco el vestido, blanca, nacarina la te
z, azules los ojos y
el cabello rubio, como no se le ocurrían más que to
ntadas, enseguida se

la forjó nereida, o cosa así, de las fantásticas regiones submarinas, enviada allí por los genios protectores de Peleches, envuelta en una ráfaga salobre de las que inundaban la estancia sin cesar. En otra mirada rápida en derredor del saloncillo aquel, se le antojó haber visto la blanda, inteligente mano de un artista, colocand o cada mueble, cada libro y cada cachivache en el único sitio que le correspondía; y ¡otra bobada mayor! aun marcó con la vista en las paredes y sobre muebles determinados, los lugares y los aparatos en que sus acuarelas, a no ser tan malas como eran, hubieran hecho un lucidísimo papel.

Pensar esta bobada y clavar Nieves los ojos en el cartapacio que él llevaba entre manos, y hasta preguntarle enseguida con ellos si _las_ traía, fue todo uno. El mozo se halló con aquel tiro tan inesperado, como contrabandista cobarde delante de los carabineros. Sin detenerse apenas a saludar como debía, desató el fardo y entregó el contenido con las manos trémulas, pero resuelto a todo.

A creer a Nieves, y no hay serios motivos para lo contrario, en aquellas obras de Leto había verdaderas maravillas de arte. Bermúdez y Fuertes opinaron lo mismo; pero no eran sus votos de tan ganada autoridad como el de Nieves, la cual, para mayor confusión del aturdido Leto, no contenta con ver los cuadros sobre sus rodillas, fue colocándolos uno a uno... ¿en dónde, gran Dios! sobre los mismos muebl

es y en los propios
sitios de las paredes en que los había imaginado él
... Y a todo esto, la
sevillanita, con su entrecejo algo fruncido, su fra
se concisa y sobria,
sin extremos en la alabanza, sin apresurarse, sin s
onreír más que lo
preciso, deslizándose entre sillas y veladores sin
tropezar con nada,
sutil, airosa, discreta... en fin, que tanto por lo
que decía como por
el modo de decirlo, y hasta por el modo de andar, h
abía que creerla
inteligente en el arte, y desde luego sincera. Con
esto y con la
propensión natural de Leto a someter sus juicios al
imperio de los
extraños, por primera vez en su vida se creyó algo
pintor y no del todo
insignificante.

--Pues ahora va usted a ver mis obras--le dijo Niev
es muy templada,
dejando las de Leto sobre un velador--, siquiera pa
ra que aprenda usted,
en vista de lo malas que son, a no ser tan avaro de
las suyas.

Y como lo dijo lo hizo, sacándolas de un gran carta
pacio que estaba
sobre una mesita contigua a un caballete desocupado
.

--La mayor parte--decía Nieves a Leto solo, aunque
le acompañaban en la
escena los demás personajes allí presentes--, son c
opias y malas: las
originales son peores... No se sonría usted, porque
es la pura verdad...
Vea usted ese gitano... copia, dura y desentonada,
y hasta sin dibujo...
Una marina... ¡Qué olas, eh? Parecen de percalina..

. Una ventana con
flores y pajaritos enjaulados: de nuestra casa de Sevilla. Esta acuarela
es original: debe usted conocerlo por lo resobadita
que está de color...

Por este arte siguió mostrando y juzgando la mayor
parte de sus obras. A
veces, mientras Leto examinaba una, teniéndola cogida con las dos manos,
Nieves metía entre ellas otra suya, blanca, torneadita y olorosa, para
poner el índice primoroso encima del objeto censurado; y entonces Leto
perdía de vista la acuarela, porque los ojos se le iban detrás de la
mano, y la atención y hasta el olfato... a don Adrián y al comandante
les parecían inmejorables las pinturas, y así lo declaraban; y don
Alejandro, mal avenido con las sinceridades de su hija, quería
desautorizarlas explicando cómo y por qué... En cuanto a Leto, no
pudiendo concebir que de aquellas manos tan bonitas salieran obras
imperfectas, todo lo hallaba superior, y así lo daba a entender como
podía.

--Todo eso que ustedes me dicen--insistía Nieves muy serena--, es pura
cortesía. Ninguna de estas obras tiene otro mérito que el de estar hecha
con grandes deseos de hacerlo mejor. Lo conozco por lo mismo que sé
estimar las buenas, como las de usted; pero sigo pintando porque me
entretiene, y enseño lo que pinto, como ahora, por no hacerme de rogar
más tarde y porque no lo tengo a pecado mortal... Al óleo, con

franqueza, pinto algo mejor que a la aguada... Ya lo verá Leto, que lo entiende, cuando pinte algo aquí... porque pienso pintar mucho... y andar más... Todos los sitios en que he puesto ante las cartulinas de usted, han de quedar ocupados por obras mías... Cuenta con que me dejaré usted copiar las suyas para eso.

Leto, que ya había soñado con verlas honradas allí, se llamó a engaño y declaró a Nieves que no volverían al cartapacio de la botica aquellos insignificantes borrones, puesto que le gustaban a ella; y Nieves, sin andarse en ociosos disimulos, porque conocía la sinceridad de la oferta, la aceptó de plano con gran regocijo, aunque no tanto como el que produjo en don Adrián el galante rasgo de Leto.

Andando en éstas y otras tales, llegó Catana al saloncillo para anunciar que estaba la sopa en la mesa; y al disponerse todos para ir al comedor, Leto, recordando algo de lo que había visto y oído en Madrid y leído después, haciendo un esfuerzo sobrehumano y dando diente con diente por el temor de pasarse de fino, o de estar equivocado, ofreció su brazo a Nieves, que lo aceptó placentera y como la cosa más corriente y natural del mundo.

Los demás comensales abrieron paso a la pareja, a la cual siguieron Bermúdez muy complacido, Fuertes algo maravillado, y don Adrián hasta orgulloso con aquel gallardo arranque del empecatado muchacho.

--XI--

El «flash»

Durante la comida, que fue tan «opípara» como se la había anunciado en hipótesis don Adrián Pérez a su hijo andando hacia Peleches los dos, tuvo Leto varias pruebas más de que el león no era tan fiero como le pintaban: hasta llegó a encontrarse muy a gusto encerrado en la jaula con él.

Porque ocurrió también la feliz coincidencia de que apurado el punto de las opiniones pictóricas de Nieves, salió de golpe y porrazo don Claudio Fuertes diciéndola:

--En este mismo sitio y al oír a usted que le gustaban mucho los paseos marítimos, la prometí anteayer que no le faltarían medios de satisfacer ese gusto, si se empeñaba usted en ello.

--Y no he olvidado el compromiso--respondió Nieves-- , ni estoy dispuesta a perdonársele a usted.

--En hora buena--dijo don Claudio Fuertes; y luego añadió volviéndose al hijo del boticario--: ¿lo ha oído usted, Leto?

--Sí que lo he oído--respondió Leto--. Pero ¿por qué es la pregunta?

--Porque con usted va el cuento.

--¡Conmigo?...

--Sí, señor, con usted; porque cuando yo hice esa promesa a Nieves, contaba con el balandro de usted, con la competencia náutica de usted y con la galantería de usted. Conque a ver si se atreve a dejarnos mal ahora con esta señorita y con su señor padre, que no tiene otro afán que el de complacerla.

Bien poco trabajo le costó a Leto mostrarse cortés y hasta rumboso en aquel particular; porque precisamente el balandro, sus condiciones marineras, sus hechos y valentías, y las altas prendas del generoso amigo que se le había regalado, eran los temas de conversación que más le agradaban; los únicos acaso con que se dejaba ir, hablando, hablando, al sosegado curso de sus ideas, sin la menor protesta de aquel diablillo psicológico que se lo echaba todo a perder cuando sus elogios o sus juicios recaían en cosa nacida de su cacumen, o, aunque propia, no tuviera consagrados los méritos por otro juicio de indiscutible autoridad. ¡La maldita desconfianza! Habló, pues, del balandro durante una buena parte de la comida, después de ponerle, y de ponerse él mismo, a las órdenes de Nieves para dirigirle; de la hermosura y comodidad de la bahía para voltejear en ella, con una brisa bien _entablada_, las personas que se contentaran con poco; de la intensidad de este mismo

placer recibido en alta mar; del inglés, su amigo, con quien tantas veces le había gustado; de su destreza, de su valor, de su carácter... hasta habló algo de Cornias, porque fue de necesidad que hablara de él. Cornias era un mozo pequeñito de cuerpo y bizco de ambos ojos, nacido y criado en Villavieja. Desde muchachuelo anduvo en la botica para ciertos menesteres mecánicos. Entendía algo de cosas de la mar, porque era hijo de un pescador y de una sardinera. Cuando Leto tuvo un bote, Cornias se le cuidaba y le servía de marinero. Era listillo y valiente; y en cuanto llegó el balandro de Inglaterra, por recomendación de Leto se encargó de hacer en él los mismos servicios que en el bote. Si Cornias estaba entusiasmado con aquel barco tan hermoso, el inglés estaba chocho con Cornias, por su tipo, por su afabilidad y por su inteligencia para aprender las maniobras. En poco tiempo se puso al corriente de todo y en aptitud de manejar el balandro tan guapamente: le quería como a las niñas de sus ojos. A la fecha del relato, Cornias, sin dejar de ser plaza de a bordo, continuaba siendo obrero de la botica y sus accesorias; y lo mismo empuñaba la maza del mortero para moler cantárida, con la boca y las narices tapadas con un pañuelo, o a cara descubierta crémor o mostaza, y el mango de la azadilla para arropar la belladona, el estramonio y la cicuta que cultivaba el boticario en su huerto, que envergaba la mayor o encapillaba un obengue. No bebía ni

fumaba, ni podía resistir calzado, ni gorra, ni chaqueta. Ordinariamente no llevaba más prendas sobre su cuerpo que la camisa y los pantalones, con las perneras remangadas hasta la pantorrilla y las mangas hasta el codo; y, así y todo, Cornias resultaba limpio y simpático. De honradez y lealtad no se hablara, porque se le podía entregar a ciegas oro molido. Se le llamaba y conocía por aquel mote, porque era bizco. _Cornias_ era una corruptela o degeneración, forzada por los muchachos de la playa, de la palabra _bizcornio_; y por Cornias respondía, olvidado ya de su nombre de bautismo.

Después de hacer Leto, y no sin gracia, este esbozo de su marinero, ratificado por don Adrián que le quería mucho como sirviente de su botica, volvió sobre lo ya tratado. Se podía navegar en su balandro con la misma confianza que en un navío de tres puentes. Se convencerían de ello en cuanto le vieran, como habían de verle muy pronto. Nieves no lo ponía en duda; su padre, así, así; don Claudio negaba esa seguridad hasta en el navío de tres puentes; y en cuanto al boticario, tenía las pruebas de lo afirmado por su hijo en que había hecho éste con su balandro, doscientas veces, mucho más de lo sobrado para que a la primera se quedara en la mar, por los siglos de los siglos, cualquier otra embarcación de igual calibre.

Como la comida fue abundante y se habló mucho y sobre muchas cosas, la

sesión fue larga y muy entretenida; de modo que cuando don Claudio Fuertes y don Adrián Pérez dieron los últimos _latigazos_ a la última de las respectivas copas que don Alejandro había ido sirviéndoles con el café, era ya muy bien entrada la tarde; a Nieves, ausente del comedor rato hacía, la calzaba su doncella sus _brodequines_ de campo, de fino becerrillo sin teñir, y la brisa seguía fresca y bien entablada, por lo cual no molestaba fuera el calor, aunque el sol lucía sin el estorbo de una sola nube. Teniendo esto en cuenta, sólo aguardaban los del comedor la vuelta de Nieves para salir con ella a hacer la proyectada visita al balandro de Leto, número primero de los del programa dispuesto para aquella tarde.

Nieves no se hizo esperar mucho; y cuando apareció a la puerta del comedor poniéndose los guantes y con el sombrerillo algo caído sobre los ojos, muy ajustadito el talle y con un clavel en la boca, su padre la vio un instante con el mismo ojo suspicaz y alarmista que en la memorable ocasión de presentársele en Sevilla, recién vestida para ir a retratarse. Pero ¡qué diferencia de escenario, por más que las dos escenas fueran semejantes, casi idénticas! Allá, la atmósfera viciada y corruptora de una gran capital; en Peleches, los horizontes sin límites; el aire puro y saludable del campo y de la mar; las tentaciones de claudicar, en la ciudad a cada vuelta de esquina; en aquellas soledades

grandiosas, ni aunque se buscaran con un candil...
Y no lo pudo remediar
el buen Bermúdez: poseído de su tema y encantado de
verse donde se veía,
el mejor punto de la tierra para ponerle en ejecuci
ón y dormir tranquilo
al amparo de su milagrosa virtud, tomando pretexto
del rumor y el aroma
de la brisa que circulaba por todos los ámbitos y r
incones de la casa,
cantó un himno de admiración a la augusta Naturalez
a, y largó por final
de él el _sorites_ de costumbre al comandante y al
boticario, mientras
Leto daba el brazo a Nieves para bajar la escalera.

El camino elegido para ir al muelle fue el del Mira
dorio; y por él
tomaron los cinco en el mismo orden en que habían s
alido de casa: Nieves
y Leto delante, e inmediatamente después los tres s
eñores graves: el de
Peleches en medio. Desde lo más alto del sendero, c
ontempló Nieves la
mar y cuanto se abarcaba con la vista hacia la izqu
ierda; y se le
ocurrieron algunas cosas buenas, particularmente so
bre la mar. A Leto no
dejaba de ocurrírsele algo también; pero temiendo q
ue fueran majaderías,
se limitó a glosar un poco las ocurrencias de Nieve
s; la cual, en una de
éstas y por apretarle demasiado con los dientes mie
ntras hablaba, cortó
el rabillo del clavel. Leto le recogió del suelo ta
n pronto como cayó, y
se lo quiso devolver a Nieves...

--No sirve ya--díjole ésta después de mirarle un mo
mento--; puede usted
tirarle, si quiere.

Y Leto, sin más ni más, le tiró, por pura obediencia.

--Ya se ve el balandro--dijo al mismo tiempo.

--¿Cuál es?--preguntó Nieves.

--La única embarcación de aquellas cuatro, que está aparejada.

--¡Cuánta vela tiene!

--Cuántas hay en casa. Cornias no se ha andado en chiquitas: todos los trapitos ha echado al sol... ¡Qué hermoso día de mar!

--Oiga usted, Leto--le dijo Nieves muy en reserva y después de notar con el rabillo del ojo que no la oían los que venían de atrás--: cuando estemos en el balandro y le hayamos visto, proponga usted a mi padre que demos un paseo por la bahía.

--Ya estaba yo en eso--respondió Leto muy ufano.

--Y si papá consiente en ello, que sí consentirá--continuó Nieves más por lo bajo todavía--, así, como a la descuidada, se va usted echando hacia la mar... ¿eh?

--Perfectamente--respondió Leto--, y de ese modo iremos poniendo a prueba, poco a poco, la resistencia de usted para el mareo...

--¡Oh! por ese lado, yo respondo desde luego--dijo Nieves con gran confianza--. Tengo hechas buenas pruebas en Bonanza

y en Cádiz, y no hay
forma de que yo me maree.

--Pues tanto mejor entonces.

El muelle de aquel ignorado puerto se componía de un gran tablero rectangular, sobre una docena de pilotes achacosos que ya no podían con la carga cuando los ingleses de la mina los repararon convenientemente. Todo este artificio grosero estaba arrimado a un andén muy espacioso y firme, construido por la naturaleza, al cual venían a parar en uno solo, desde la anteúltima revuelta de la bajada, el camino de la mina, casi paralelo a la costa, y el sendero del Miradorio que desde el punto de empalme se dirigía hacia el sur.

Al llegar al muelle los cinco comensales de Pelechess, Cornias quiso atracar el balandro, que estaba separado cosa de dos o tres brazas, a la escalera de embarque, bien corta entonces porque la marea estaba muy alta; pero Leto le hizo señas para que no le moviera de allí. Tenía el balandro la bandera con corona real, en el pico, y un grimpolón azul con una _F_ blanca en el tope. Con todo el trapo desplegado y las escotas en banda, flameaban las velas al recibir el viento, y se oían desde el muelle sus restallidos o _gualdrapazos_. Cornias se había excedido algo de las órdenes recibidas: bien que el balandro tuviera en aquella ocasión cada cosa en su sitio, pero no tan a la vista; entre otras razones, porque el gualdrapeo de las velas desplega

das, tras de producir
balances al barco, hacía trabajar al palo inútilmen
te. Pero Cornias, que
tenía el entusiasmo de todo ello en conjunto, pensó
acertar mejor
ostentándolo de una vez en hora tan señalada. Error
del pobre muchacho.
El corcel de buena sangre, para lucir su gallardía,
o en pelo y en
libertad, o bien arrendado por su jinete. Entendién
dolo así Leto, a una
señal muy expresiva y cuatro palabras enérgicas end
erezadas a Cornias,
fue el balandro recogiendo todas sus lonas, como la
gaviota sus alas al
posarse blandamente sobre la onda marina.

--Ahora se ve mejor el casco en toda la pureza de s
us líneas--dijo Leto
a los que le rodeaban, pero particularmente a Nieve
s que parecía la más
atenta a la explicación que había comenzado a hacer
.

Según aquella explicación, de cuanto se veía desde
el muelle e iba él
señalando en el barquito, por iniciativa propia o r
espondiendo a
preguntas que se le hacían, el casco de su _Flash_
(Centella) tenía la
proa y la popa muy _lanzadas_, o salientes, y era c
hupado de amuras (la
cara de proa) y robado de codaste (pieza en que se
articula el timón),
es decir, en viaje hacia proa; casco, en fin, de lo
s llamados _de cuña_,
a la moda inglesa, de mucho calado. La ventaja de t
ener muy lanzadas la
popa y la proa, consistía en que cuando la embarcac
ión _escoraba_, es
decir, se inclinaba a una banda, los lanzamientos t
ocaban en el agua y

aumentaban la longitud del casco, dándole mayor estabilidad, razón por la que los de esta clase ceñían mucho y viraban facilísimamente. Para la debida compensación de la finura y estrechez del vaso con la altura excesiva de su aparejo, el _Flash_ tenía una zapata o quilla postiza de plomo, sujeta a la verdadera con unas cabillas pasantes. Seguridad completa, absoluta, de no dar, escorando, quilla al sol.

Aquel espacio hueco, a modo de escotilla, que se veía en el último tercio de la cubierta, hacia popa, con bancos alrededor y reborde algo saliente que formaba el respaldo, técnicamente _brazola_, era el sitio para el que gobernara y personas que fueran con él. El agujero se llamaba el _pozo_; y el templete que se alzaba entre el emplazamiento del palo y el lado del pozo de hacia proa, con lumbreras a los costados y barritas de metal para protegerlas, era el _tambucho_, o cúpula de la cámara que estaba debajo, bastante cómoda según iba a verse enseguida, porque ya no había en el balandro cosa que mereciera ser explicada ni vista desde el muelle.

Atracole a la escalerilla el diligente Cornias a una señal de Leto, y bajaron todos: Nieves de la mano del desconocido Leto; Bermúdez y el boticario muy a pulso, y don Claudio Fuertes protestando de que hasta allí y nada más. Cornias, según Leto le había pintado en la mesa, pero con pantalón blanco y camisa con lunares, si no nue

va, recién estirada,
aguantaba el balandro atracado a la zanca de la esc
alera, con las uñas
hincadas en los tablones.

Saltaron a bordo de él los visitantes por la cabeza
del último escalón
descubierto; y al ver lo _descarado_ que estaba el
suelo aquel, que
oscilaba además, todos, menos Nieves y Leto, se col
aron en el pozo.

--Desengañense ustedes--decía Fuertes sentándose--,
que esto no tiene
señal de juicio... ni los que andan en ello tampoco
... ¡Ah! pues dejen
ustedes que se inflen todos esos trapos y empiece e
l viento a enredarse
entre ellos... ¡Ni san Pablo para aquí entonces sin
romperse la crisma
con algo, o echar los hígados por la boca!...

--Verdaderamente--replicaba don Adrián guardando el
equilibrio con los
hombros, aunque era bien insignificante el balanceo
--, que no se explica
uno fácilmente, ¡caray! tanto entusiasmo y tanta...
eso es... como tiene
ese muchacho... y como tenía su amigo por estas div
ersiones... Por de
contado, señores míos, que esta es la primera vez e
n mi vida que me veo
aquí... y tan a nuevo me sabe, eso es, lo que voy v
iendo, como a
ustedes. Desde tierra he visto el barquichuelo este
varias veces, unas
quieto y otras andando... ¡y qué andar, caray! Vamo
s, ocasión hubo de
volver la cabeza... por no verlo... Es la verdad, s
í, señor, ¡caray!

--¡Digo, y eso usted, que es pez de la mar!... Pues

¡qué me pasará a mí
que soy de los secanos de Astorga?

--¡Canástoles--saltó aquí don Alejandro--, con los
valentones estos!...
Yo no me trago a los hombres crudos, ni mucho menos
; pero tampoco se me
arrugan las narices por echar una cataplera por esa
s aguas allá.

--Por de pronto, mi señor don Alejandro--contestole
Fuertes con cierta
socarronería--, ha sido usted uno de los tres valie
ntes que nos hemos
colado en el pozo por entrar en el balandro; y desp
ués, mire usted, yo
me he visto cara a cara con los moritos en Monte Ne
grón y en los
Castillejos, y hasta en lo de Wad--Ras, que fue más
agrio que lo que a
ustedes se les figuró; y sin echármelas de valiente
al decirlo, ni perdí
la serenidad, ni el coraje... ni las ganas de pegar
; porque aquello era
otra cosa: había siquiera suelo firme en que pisar.
.. y en que morir, si
era preciso, defendiendo la vida honradamente; pero
esto es entregarse a
la muerte atado de pies y manos y metido ya en el a
taúd...

Leto, mientras los del pozo hablaban de esta suerte
, explicaba a Nieves
las ventajas de un palo, como el del _Flash_, compu
esto de dos piezas
(la mayor, o _palo macho_, y la menor, o _mastelero_
_, con su tamborete y
cruceta entre ambas), sobre el palo _enterizo_, o d
e una sola pieza;
cómo se fijaba el palo en el fondo del casco, encaj
ando su espiga
inferior en una mortaja llamada _carlinga_, y se af

irmaba después por medio de las cuerdas que iba señalando y se llamaban obenques y estays: los obenques bajaban desde la encapilladura, junto a la cruceta, y los estays desde la suya en el arranque del galopillo, o remate superior del palo; cuál era la botavara, cuál el pico de cangreja, y cómo se manejaba y con qué cuerdas o drizas, cada vela de las cuatro que tenía el yacht (mayor, trinquetilla, escandalosa para los buenos tiempos, y foque volante para las empopadas). El agujero que había a media cubierta, entre el pozo y el costado de estribor, era el de la bomba de achique, muy usada, porque en las arfadas, ciñendo el balandro, embarcaba en el pozo bastante agua: rociones y garranchos, según el estado de la mar; tal pieza era el cabillero para las drizas de maniobra; cuáles otras, las cornamusas para afirmar las escotas del foque y las de la trinquetilla; otra en el suelo mismo junto al agujero del pañol de cadenas, el guindaste, en el cual se hacía firme la coza de botalón, etc., etc. Muchos, muchos detalles dio Leto a Nieves, llamando a cada cosa con su nombre técnico, porque así lo quería la animosa sevillana.

Cuando ya no tuvo nada que explicarla sobre cubierta, la dijo:

--Vamos ahora, si usted quiere, a ver la cámara.

A la cámara se entraba por el pozo, en cuyo lado de hacia proa estaba la

puerta, de dos hojas, con un cuartel de corredera. Abrió Leto y entraron las cinco personas, teniendo que descubrirse don Adrián, porque para un sombrero como el suyo, puesto sobre la cabeza, no había allí bastante altura de techo. Por lo demás, sobraba sitio en que revolverse los visitantes con desahogo. Nieves se admiró de ello y del primor con que estaba dispuesto y hecho todo en aquel microscópico salón, que resultaba hasta lujoso. A cada lado de la puerta había un armario, y otro más ancho enfrente de ella; a cada lado de los otros dos de la cámara, un cómodo diván, y en el centro una mesita atornillada en el suelo, con las alas dispuestas de modo que podía servir para una docena de comensales. Retirando Leto uno de los almohadones, levantó la tabla sobre la cual estaba tendido; y la tabla resultó ser tapadera de un largo cajón bien provisto ciertamente, pues fue sacando de él el hijo del boticario dos amplios y superiores impermeables; un vestido completo de mar; media docena de hermosas toallas y dos sábanas de baño, y algunos objetos más por el estilo; todo ello puesto allí por el precavido y rumboso inglés, lo mismo que los objetos de aseo y los útiles de pesca, licores exquisitos y confortantes, y libros (en inglés desgraciadamente para Leto) que trataban, con excelentes dibujos, de materias pertinentes a todos los destinos imaginables del barco, que se guardaban en los armarios. Todo lo conservaba Leto donde y como el inglés lo había

dejado, por respeto cariñoso a la memoria de su amigo. En el centro del copete del más grande de los armarios, había una chapa de metal bruñido, con dos nombres grabados sobre una fecha. Señalando a los nombres, dijo Leto:

--Este es el blasón de nobleza del balandro: _Mr. Watson_ y _Mr. Fife_: el ingeniero y el constructor de yachts más afamados de Inglaterra. ¡Deberé yo estar agradecido a un hombre que me dejó tan rica prenda de su amistad? ¡Y se extraña mi padre algunas veces de lo mismo con que la trato!... Pues hay que ver ahora, prácticamente, sus condiciones marineras que tanto les he ponderado, si no le molesta a Nieves y lo consiente el señor don Alejandro...

--Caballeros--dijo al oírlo don Claudio, levantándose de golpe y andando hacia la puerta--: aquí sobra uno, y ese soy yo.

--¡Pero, don Claudio!...--exclamaba Nieves, riéndose del arranque de su amigo.

--Nada, nada: cada uno es cada uno, y yo sé bien lo que me hago... Y también usted lo sabe al venirse conmigo, señor don Adrián--añadió Fuertes volviéndose un momento hacia el boticario--. Porque yo doy por supuesto que usted tampoco se queda, aunque le aspen.

--Verdaderamente--contestó el aludido, que estaba algo inquieto por falta de franqueza, moviéndose un poco hacia la pue

rta-- , que no soy de
lo más apto para este género... eso es... de divers
iones... Por otro
lado, ¡caray! la edad... eso es. De manera que, si
no se tomara a mal...

--¡Qué ha de tomarse, hombre!--díjole don Claudio,
volviendo para
cogerle por un brazo.

--Y aunque se tomara... Véngase, véngase, don Adriá
ni; y verá usted qué
guapamente estudiamos las condiciones marineras del
Flash... desde
tierra firme.

--Conste, señor matamoros--dijo Bermúdez desde la p
uerta de la cámara
cuando ya salía del pozo el comandante llevándose a
remolque al
boticario-- , que no solamente doy el permiso que me
ha pedido Leto, sino
que me quedo, y con gusto... ¡con mucho gusto, caná
stoles! mientras que
usted se larga.

--Con gusto, ¿eh?--respondió Fuertes sin volver la
cara-- . ¡Ay! mi señor
don Alejandro... ¡si hubiera espejos para ver a los
hombres por sus
adentros en determinadas ocasiones!... Cornias, arr
ima un poco más el
barco, hijo... Así... ¡Ajá! Cuidado, don Adrián...
Venga la mano... Eso
es... ¡Divertirse, caballeros!

¡Cómo le pusieron entre Nieves y su padre desde el
yacht!

--A la faena ahora--dijo Leto a su edecán, sin oír
a los unos ni a los
otros, porque ya estaba con la fiebre de sus gloria

s--. Usted, Nieves, a
sentarse aquí; y usted, don Alejandro, a su lado...
Perfectamente...
¡Cornias!... desatraca, y a franquearnos con el foque... Bueno... Ya
va... ¡Lista la driza de pico!... Yo a la de boca..
. ¡Iza!

Hecha la maniobra en regla, hinchóse la extensa lon
a, y cayó el barco al
lado opuesto, navegando ya.

--No hay que asustarse, Nieves--dijo Leto sonriendo
al notar en ella, y
particularmente en su padre, cierto movimiento de d
esagrado--: es el
saludo del _Flash_ a la llegada del viento.

--Bien me parece esa cortesía--respondió Bermúdez a
garrándose a la
brazola mientras Nieves se sonreía despreocupada--;
pero en todas
partes, después del saludo al aire libre, vuelven l
as gentes a cubrirse
y a enderezarse, y aquí observo que pasan las cosas
de otro modo: el
Flash, después de saludar, continúa inclinándose
y andando a más y
mejor.

--Es de necesidad, señor don Alejandro: como que va
mos casi de proa al
viento. Mucho más ha de inclinarse todavía.

--¡Buen consuelo, hombre!

--Ya le va tomando el gusto al agua... ¿Oyen usted
es cómo la paladea?

--Y también veo--respondió Bermúdez--, que la desti
na a otros usos.
¡Mira, mira, Nieves, cómo se tumba el condenado, pa

ra fregotearse las
costillas con ella! ¿Qué te parece de esto, hija?

--¡Muy bien!--respondió Nieves, fascinada por el lance, con los ojos voraces, la boquita entreabierta y palpitantes las rosadas ventanillas de la nariz.

El barco había entrado en su andar desembarazado y franco; y ciñendo siempre para ganar terreno hacia fuera, no cesaba de inclinarse.

Bermúdez lo notaba intranquilo, y oía el borboteo del agua debajo del lanzamiento de la popa; el crujir de la perchería del aparejo y el crepitar de las lonas, y hasta comenzó a ver una faja de espumilla hervorosa a todo lo largo del carel inclinado, como si pugnara por colarse adentro. Leyóle estos cuidados en la cara Leto, y le dijo para tranquilizar de paso a Nieves, que, ciertamente, no lo necesitaba:

--Repáre usted que vamos solamente con el foque y la mayor, y que la mar está como una balsa de aceite. ¿Qué diría usted si izáramos la escandalosa allá arriba, como la hubiera izado yendo solo?... ¡Si esto es navegar en una palangana! De todas maneras, hasta acostumbrarse más a estas posturas violentas, no dejen ustedes de agarrarse al respaldo.

--Ya, ya--respondió Bermúdez que no podía agarrarse más de lo que estaba--; pero lo que veo yo es que el agua anda si entra o no entra por este costado, y que vamos echando demonios.

--Y aunque entrara, ¿qué?

--¡Pues digo! ¡como si fuera lo más usual y corriente!

--Y lo es, señor don Alejandro; y va el _Flash_ tan guapamente con un par de tablas de la cubierta debajo del agua.

--¡Canástoles!

--¿Quiere usted verlo?... ¿Se atrevería usted, Nieves?

--¡Pues no he de atreverme?--respondió ésta como extrañada de que Leto lo pusiera en duda.

--Por visto, señores, por visto--dijo resueltamente Bermúdez--.

¡Canástoles! para prueba sobra con esto, que no es poco, sin necesidad de que tentemos a Dios.

Nieves y Leto, y hasta Cornias que atendía a la escena medio sentado arriba sobre el tejadillo del tambucho, se echaron a reír.

--Mira, papá--dijo de pronto aquélla--, qué bonita es esta costa de la bahía. ¡Cuántas islillas verdes que apenas se alcanzan a ver desde casa!

¿Y don Claudio y don Adrián? ¡Qué lejos quedan!... ¡Míralos!... Creo que saludan.

--Hija mía--respondió Bermúdez sin volver hacia ella más que la intención, porque la visual del ojo útil se la estorbaba la nariz--,

necesito ambos brazos para agarrarme, y toda la voluntad para guardar el equilibrio en esta postura. Contéstalos tú por mí, si te parece.

--Ya lo hago por todos--repuso Nieves volviendo el busto hacia el muelle y agitando el pañuelo con la mano izquierda. Después de unos instantes de silencio, añadió, con el oído muy atento hacia proa--: Fíjate bien, papá.

--¿En qué, hija?

--En el ruido que va haciendo el barco... Lo mismo que si fuera arrastrándose sobre papel de seda.

--Exactamente--confirmó Leto--; y si usted continúa fijando la atención en ese ruido, llegará a oír conversaciones, y cantos a la sordina... y todo lo que usted quiera, hasta acabar por dormirse.

Tras esto callaron todos por un buen rato, como si se tratara de poner a prueba las afirmaciones de Leto, mientras el _yacht_ continuó deslizándose al mismo andar. De pronto dijo Nieves dirigiéndose a Leto:

--Pues tiene usted razón: fijándose mucho en el ruido ese, se oye todo lo que se quiere oír... ¿No crees tú lo mismo, papá?... ¡Mira qué llana, qué brillante y qué hermosa está la bahía! Parece un espejo muy grande.

--Muy grande, muy hermosa y muy llana--respondió Bermúdez inmóvil y

rígido-- , y muy entretenidas esas cosas que decís que se oyen debajo del barco: todo está muy bien, menos esta condenada postura que no me deja gozarlo. Esto es un despeñadero.

--Pues cuidadito ahora--le advirtió Leto sonriéndose-- , porque va a inclinarse un poco más.

--¡Más todavía, hombre?--exclamó Bermúdez, queriendo clavar las uñas en la brazola-- . Y ¿por qué?

--Porque voy a preparar la virada, dando mayor andar al barco.

Dicho esto, metió la caña a estribor; con lo cual, presentando el _Flash_ mayor superficie al viento, recibió mayor impulso de él; y el festón espumoso que andaba lamiendo por fuera el carrel de babor, le echó unas cuantas lengüetadas por adentro. Entonces gritó Leto a su edecán:

--¡Cornias... a virar! ¡Salta escota foque!

Obedeció Cornias en el aire; orzó Leto vigorosamente, y el _yacht_ fue virando y enderezándose, hasta ponerse horizontal como le quería don Alejandro, y, según la lengua del oficio, _a fil de roda_ , es decir, cara a cara con el viento.

En esta posición el barco, las velas, deshinchadas y lacias, comenzaron a restallar, con tal estrépito, que asustó a Bermúdez y sorprendió a su hija.

--Pasen ustedes ahora a este otro lado--les dijo Leto, señalándoles el frontero al que ocupaban en el pozo.

Así lo hicieron, y con mucho cuidado para no dar con la cabeza en la botavara. Tomó el viento al balandro por aquella banda, cayó el aparejo hacia la opuesta; y henchidas de nuevo las velas, comenzó el _Flash_ a navegar hacia la derecha de idéntico modo que lo había hecho hacia la izquierda.

--Notarán ustedes--dijo Leto--, que vamos caminando en ziszás. Con el viento por la proa, no hay otro modo de subir estas pendientes. Vean ahora lo que vamos adelantando en la subida. Ya cuesta trabajo conocer a don Claudio y a mi padre, que se van alejando hacia la villa.

--La verdad es--respondió Bermúdez--, que con estas aventuras había vuelto a echarlos de la memoria.

De bordada en bordada llegó el _Flash_ a la ancha boca del puerto. Don Alejandro, que no apartaba el ojo del carel de sota vento, lo conoció por las cabezadas que daba el barco, a causa de la _trapisonda_ que ya había por allí, y por cierto malestar de su estómago. Dio entonces por más que suficiente la distancia recorrida; y con gran sentimiento de Nieves, que tenía los cinco sentidos puestos en los lances del paseo mar afuera, viró el balandro y se puso en rumbo al muelle. De esta manera iba empopado y sin las contrariedades que tanto molesta

ban a don Alejandro.

Teniéndolo en cuenta Leto, izó toda la lona; y navegando así como una exhalación, pudieron estimar Nieves y su padre lo merecido que tenía el hermoso _yacht_ el nombre de _Centella_ que le habían puesto.

--Esto ya es cosa muy diferente--decía Bermúdez al llegar al muelle--.

Así ya se puede navegar a pierna suelta.

--Pues a mí me gusta más del otro modo--contestó su hija--. Tiene más lances.

--Esa es la verdad--añadió Leto saltando del balandro a la escalera para dar la mano a Nieves, porque habiendo bajado bastante la marea, eran muchos y estaban muy resbaladizos los escalones descubiertos.

Ni don Adrián ni don Claudio andaban por allí rato hacía, ni se columbraba alma viviente en diez cables a la redonda de aquellos hermosos sitios que, por lo solitarios y mudos, parecían encantados...

--XII--

Después del paseo

Como tenía un plan en la cabeza, en cuanto los señores de Peleches, que habían elegido el camino de abajo para volver a su casa, mostraron

deseos de hacer un alto en la botica donde ya se hallaba el boticario
don Adrián, Leto se despidió de ellos pretextando ocupaciones urgentes
en su balandro.

El boticario se había puesto ya su gorro de terciopelo, y estaba sentado
entre puertas viendo pasar a la gente elegante en dirección a la
Costanilla para subir a la Glorieta. Sentáronse también los de Peleches;
y después de saber por don Adrián que don Claudio Fuertes se había
separado de él para ir un rato al Casino, comenzaron a contarle las
peripecias del paseo, con grandes elogios del barco y otros mayores de
la pericia náutica y extremada bondad de su hijo.

El cual, entre tanto, caminaba a todo andar hacia el muelle. Cuando
llegó a él, no pensó siquiera en meterse en el balandro que estaba a dos
brazas de la escalerilla: limitose a hacer a Cornias, ocupado en recoger
el aparejo a toda prisa, algunas advertencias sobre el particular, y
enseguida tomó el camino del Miradorio.

Le estaba preocupando a él la cosa aquella desde el momento mismo en que
había sucedido. No importaba dos ardites, bien examinada; pero debió
haber pasado de otro modo muy diferente... Anduvo, anduvo, pensando y
andando, sin mirar a un lado ni a otro, porque hart o sabía que el mirar
era innecesario hasta llegar al punto preciso, que estaba bien marcado
en su memoria... cosa de media vara a la derecha del camino... subiendo;

porque ello había sido bajando, y entonces quedó a la izquierda... Por allí, en tales días y a tales horas, no solía pasar gente; y aunque pasara, sería lo mismo para el caso. ¿Quién había de fijarse?... Y aunque se fijara, ¿valía ello para nadie, a la simple vista, el trabajo de doblarse por la mitad?...

Anduvo otro buen pedazo del camino, y se detuvo de pronto.

--Aquí fue--se dijo--, y aquí debe de estar. Miró... y allí estaba: sobre un tapiz de apretado césped, y entre dos helechos y un guijarro. El mismo clavel, doble, _reventón_ y encarnado, con el rabillo tronchado al rape: el que se le había caído a Nieves de la boca y había recogido él... para volverle a tirar porque a Nieves ya no le servía... Este era el caso.

Recogido el clavel, y después de contemplarle mucho, y hasta de examinar la huella de los dientecitos de la sevillana, le olió con avidez. Por un impulso maquinal... o no maquinal, se le llevó después a la boca; pero por otro impulso de mejor casta, le apartó de ella.

--No se trata de eso--se dijo, conservando el clavel en la mano con gran cuidado para que no se deshojara--, sino de cosa muy distinta... y más decente. Por de pronto, vuelta hacia abajo, porque no hay necesidad de que los badulaques de la Glorieta me atisben; y vamos poco a poco

poniendo el caso a su verdadera luz, como si le ventilara ante un tribunal de maliciosos que dieran a este acto mía una significación a su gusto.

Volvióse como lo pensó; y andando paso a paso, oliendo el clavel de tiempo en tiempo y con la otra mano en la cadera, iba discurrendo al siguiente tenor:

--El clavel se le cayó a ella de la boca; yo le recogí del suelo y quise dárselo; ella le miró, viole sin rabillo, y me dijo: «no sirve ya, puede usted tirarle...» palabras textuales; y yo le tiré, bien sabe Dios que contra mi gusto. Pero también me añadió: «si quiere». Es decir, que dejaba a mi elección tirarle o no tirarle. Tampoco se me escapó este particular. Pero supongamos que yo, en uso de mi derecho, me hubiera quedado con el clavel: ya daba al acto una significación grave, de cualquier modo que le ejecutara: callándome la boca, o explicándole. En el primer caso, ¿cómo justificar mi silencio sin autorizar a Nieves para que me creyera muy interesado en quedarme con el clavel?; y en el segundo, tenía que meterme en una rociada de galanterías, que con toda seguridad hubieran resultado cursis e impropias de un hombre serio que mira a esos señores con la estimación respetuosa con que los miro yo. En suma, que callando o hablando, al quedarme yo con el clavel, faltaba a muchas consideraciones y declaraba una cosa que no es cierta. Pero pudo

muy bien Nieves, mirando el hecho desde su punto de vista de mujer, o de niña mimada, decir para sus adentros: «¡qué grosero !...» o «¡qué pan frío!» Y esto es lo que me duele, por si lo ha pensado ella y por no merecerlo yo en buena justicia, y lo que me ha ido molestando toda la tarde en la cabeza, con el propósito, además, de volver por el clavelillo este en cuanto pudiera, y el temor de no hallarle cuando le buscara. ¡Carape, si me ha preocupado todo ello junto! Ahora ya es distinto: ya tengo en mi poder lo que buscaba... «Pues no comprendo», diría cualquiera, «ni los apuros de antes ni la tranquilidad de ahora; porque lo hecho, hecho está, y el clavel, por sí solo, no vale el trabajo que te has tomado viniendo a recogerle, según tú has declarado ser verdad.» ¡Carape si lo es! «Corriente», volveré a a decirme cualquiera: «si lo hecho ya no tiene remedio, y el clavel, por sí solo, no vale dos cuartos, ¿para qué te quedas con él?...» ¡Valiente reparo de mala fe sería ese! Recojo el clavel y le guardo, por... por pura rectitud de conciencia... vamos, para reparar yo, a mi modo, una falta cometida con buen fin... Nieves seguirá pensando de mí por ese acto, si por desgracia le notó, lo que mejor le parezca: santo y bueno; pues yo estaré tan satisfecho con saber que son equivocados sus juicios, y que tengo en mi poder la prueba de ello. ¡Qué carape! cada uno es como Dios le hizo; y yo soy así. Y no hay más ni menos... y al sol.

Al llegar al muelle guardó el clavel, después de verle, en su bolsillo de pecho, con mucho tiento para que no se viera ni se deshojara. El balandro estaba ya solo y en su fondeadero de costumbre. Siguió andando Leto; llegó a la botica, de la cual se habían ido y a los de Peleches; subió a la habitación sin detenerse, entró en su cuarto; y, como quien lleva ya su resolución bien meditada, sacó de un cajón de su cómoda un álbum-cartera lleno de apuntes hechos por él en el campo y en la costa, y allí guardó el clavel, con mucho mimo, entre dos hojas en blanco, después de haber pasado la vista por cada una de las que contenían dibujos, con una fuerza de atención poco acostumbrada en el asombradizo farmacéutico.

--Bien pudiera ser verdad--pensó mientras cerraba los broches de las tapas, dejando el clavel adentro--, que no lo hago del todo mal.

Volvió el álbum al cajón, cerrole con llave, bajó a la botica, y estúvose con su padre un buen rato hablando de los sucesos del día en Peleches y en la mar. ¡Muy satisfecho estaba de ellos el boticario! Y también de Leto. Se había portado como un hombre y dejado el pabellón bien puesto en todos los terrenos... Con algo más de soltura hubiera querido él verle en lo de pura cortesía; pero bastante había hecho, sí, señor, bastante, para lo que era de temerse; ¡caray, si había hecho!

La escena acabó por irse Leto al Casino, donde le esperaba el Ayudante de Marina para un partido de billar que dejaron los dos concertado la víspera, dándole hasta quince tantos Leto, además de la salida, como siempre.

En honor de la verdad, no estuvo el hijo del boticario aquella noche tan chiripero ni tan acelerado como lo tenía por costumbre, ni de tanta correa para las chanzas del fiscal; pero cierto es también que la brega de la bahía, tras de las inusitadas emociones del convite, le tenía algo desmadejado, y que el fiscal se permitió llevar las bromas a un terreno de bastante mal gusto. El que al señor de Bermúdez le faltaba un ojo, como podía faltarle a cualquiera, y que con su hija hubiera estado él, Leto, más o menos atento, no autorizaba a nadie para preguntarle a cada paso, y delante de ciertas gentes, por la salud y el valor, y el saque y otras mil cosas del Macedonio; ni si tomaba o no tomaba varas, o si era blanda o dura de cerviz «la hija de Darío». Era una gran inconveniencia hablar así de personas tan respetables, en un sitio como aquel... o en cualquier otro; y como así lo sentía, así se lo dijo al fiscal, con mucha pena, pero resuelto a que cesaran las bromas. Y cesaron; pero dejando en Leto ciertas heces que le amargaron mucho la fiesta; y eso que el fiscal, lejos de ofenderse con la protesta, aunque cambió de estilo y de asunto, se quedó tan fresco c

omo una lechuga, y
tan amigo de Leto como siempre. Poco después de est
e incidente, llamó al
fiscal don Claudio desde una mesa de las más aparta
das del billar, para
que fallara en la porfía en que estaba empeñado con
sus compañeros de
tresillo, sobre una jugada que había hecho uno de l
os jugadores.

Con irse el fiscal y no volver; marcharse enseguida
los abogados y el
médico que le acompañaban, y antojársele a Leto que
se quedaba el
Ayudante algo mustio sin los mirones que le entrete
nían, y que apestaban
más que de ordinario los reverberos de petróleo, le
fue entrando tal
flojedad y tal disgusto, que se dejó llevar de call
e la mesa para acabar
cuanto antes el partido.

--¡Carape!--se decía mientras iba andando hacia la
botica, con el
sombrero en la mano porque abrumaba el calor--, ¿no
parece mentira que
un hombre en la flor de la vida haya podido gastar,
como yo, lo mejor de
su tiempo libre en ese bochinche infame, dando tras
tazos a las bolas?...
Una mesa o dos, de vez en cuando, vaya; pero todos
los días dos o tres
horas de faena en ese billar mugriento... ¡con ese
olor!... ¡Carape, si
es tonta la diversión, bien mirada! Pues ¿y el fisc
alillo ese, con su
lengua de puñal?... Yo le estimo, es la verdad... y
suele tener los
grandes golpes... Vamos, que clava los apodos... Pe
ro ¡carape! a lo
mejor tiene unas cosas... como las de esta noche, p
or ejemplo... Aquello

no venía al caso, ni siquiera era decente... Son personas respetables... y amigas de uno... y acaba uno de comer a su mesa.. . Póngase cualquiera en mi lugar; y si es persona decente, a ver si no haría lo que hice yo... Sentiré que le haya dolido lo que le dije; pero él se tuvo la culpa, y yo cumplí con mi deber... como hubiera cumplido si él continúa con la broma y le rompo yo algo en la cabeza... ¡Carape si se lo rompo! Y cuidado que le quiero bien, lo que se llama bien.. . Pero hay casos en que se salta por encima de todo... como este caso.. . O es uno buen amigo o no lo es; o es uno persona decente, o un granuja. ¡Carape, carape, carape!... ¡Qué cosas, hombre!... ¡qué cosas más raras éstas!...

En la botica trabajó mucho sin gran necesidad, y canturreó bastante aquella noche hasta la hora de cenar. Cenó regularmente y habló con su padre, por largo, de lo que habían hablado ya antes de irse él al Casino. ¡Estaban, los pobres, tan poco hechos a francachelas como las de Peleches por la mañana, y a esparcimientos tan singulares como los de la tarde!...

A la hora de costumbre se cerró la botica, y se recogieron los dos... El padre, después de rezar sus oraciones, se durmió como un bendito. El hijo no atrapó el sueño con tanta facilidad: le pesaba mucho la ropa, aunque era la puramente indispensable para cubrirse, y no cabía en la cama buscando posturas. Al fin, hecho un aspa, se q

uedó dormido.

Qué le pasó entonces por las regiones aletargadas d
el cerebro; qué
revoltijo de ideas incongruentes y de bizarras imág
enes le poseyeron, no
se sabe a ciencia cierta; pero es cosa averiguada q
ue a las altas horas
de la noche, saliendo de repente de su batalla y po
niendo las manos
entrelazadas debajo del cogote, exclamó para sus ad
entros, en estado ya
de perfecta lucidez:

--¡Carape! ¿Será verdad que yo soy bastante buen pi
ntor de acuarelas, y
que dibujo muy bien? Pues estoy a dos dedos de cree
rlo a puño cerrado.
¡Y mire usted que el mismo pintor que era mi maestr
o y me lo estaba
afirmando cada día, se fue de España sin convencerm
e!...

¿De dónde vino aquella idea al cerebro de Leto? ¿cu
ál fue la inmediata a
la parte de allá del límite puesto entre el estado
lúcido y el de
sopor?... Leto, dispuesto a averiguarlo, tiró del h
ilo de la sarta de
todas ellas, y fue sacando del fondo tenebroso, una
a una, imágenes
borrosas que, al entrar en la zona de luz de su dis
curso, iban tomando
formas y colores de realidad. Así aparecieron, en e
xtraña procesión,
Nieves, con su túnica pajiza en la penumbra del Cas
ino, pidiéndole las
acuarelas; su padre convidándose a ver el _yacht_ y
convidándole a él a
comer en Pelechés; Nieves, con mantilla, a la puert
a de la Colegiata;
Nieves otra vez, vestida de blanco en su casa; las

acuarelas, el
saloncito de trabajo, el comedor, el balandro y el
inglés en apoteosis;
Cornias, un clavel rojo, unos dientes blanquísimos,
el _Flash_ virando
por avante y escorando mucho; Nieves afrontando ris
ueña lo que su padre
tenía por peligro, con la boquita entreabierta, la
mirada valiente, el
entrecejo... (¡qué entrecejo aquél! un poco fruncid
o) y aspirando con
avidez la brisa de la mar y el deleite del paseo...

--¡Cuidado si es templada la chica esa!--pensó Leto
, empezando a
discurrir en cuanto hubo pasado la última figura de
la procesión--. ¡Y
guapa!... ¡Carape si es guapa!... y modesta, y senc
illa para lo guapa y
principal que es... Otra en su pellejo ¡se daría un
lustre!... Resulta
que le gustan mucho los paseos marítimos, y que qui
ere darlos en mi
balandro... ¡Buena ocasión para lucirle en lo que v
ale!... la única, si
bien se mira. Por este lado, me alegro del antojo.
Pero adquiero un
compromiso que me ata; y no siempre está uno de igu
al humor... y luego,
con este condenado genio mío que no se puede amolda
r a ciertos
perfiles... Y no es porque no se me ocurran las cos
as, ¡quíá!... a mí se
me ocurre todo, y hoy se ha visto: yo la he dado el
brazo, y la mano;
pero no está en eso la gracia, ¡qué carape! sino en
hacerlo como es
debido, y no como yo lo hago... con esta maldita de
sconfianza... Lo
mismo que lo del clavel, que fue una burrada por má
s que se diga: pues

si yo tengo un poco de serenidad y el desparpajo que otros tienen, no le tiro, ¿qué había de tirar?... En el balandro, menos mal, porque en cuanto cojo la caña, ya estoy borracho y no conozco a nadie; pero para llegar a ese punto hay que pasar por otros... Vamos, que, por este lado, no me hace maldita la gracia el antojo ese: palabra de honor... Y no pinta mal, ¡vaya!... bastante mejor de lo que ella cree... Digo, se me figura a mí... Porque tiene un aplomo para afirmar y una fuerza de convicción, que se imponen... Luego, no habla al aire y por hablar; y en pintura entiende. ¡Carape si entiende! Hay en ella sentimiento del arte, y gusto... ¡mucho gusto!... Ciertamente que aquí, en Villavieja, ¡está uno hecho a tan poco, a tan poco y de tan mediana calidad, y tan visto!... Pero no, señor, no: esa sevillanita, donde quiera que se la ponga, aquí o en Valladolid... ¡Carape!... No, no, lo que es el primito de allá, el original de la fotografía que estaba sobre el piano... porque según me dijo ella misma, aquel retrato es el de su primo, el hijo de doña Lucrecia, vestido de toga y con birrete... ya puede estar satisfecho si es verdad lo que se cuenta... Y lo será por las trazas. Es demasiado el mimo con que trata ella a la fotografía, para ser retrato de un primo cualquiera... Y la pinta del mejicanito es buena: harán una parejita... ¡vaya!... A mí lo que más me llama la atención en Nieves, es aquella serenidad tan firme con que mira y anda y se expresa... vamos, que todo

es natural y sincero en ese diablo de chica; y luego aquel acento andaluz, aquel modo de llamar las cosas, con aquella voz tan bien timbrada... En fin, que el mejicanito... nació de pie... de pie... ¡Carape, carape... carape!... ¡Qué... cosas... éstas... hombre!...

Y volvió a quedarse dormido como un tronco.

No por obra de ningún diablejo de aquellos que, en opinión de don Alejandro Bermúdez, se entretienen en llevar por los aires chismes y cuentos de oído en oído, levantando los tejados o colándose por los resquicios de las puertas, sino por una prosaica y vulgar coincidencia, se despertaba Nieves en su lecho en el mismo instante en que volvía a dormirse en el suyo el hijo del boticario de Villavieja. A Nieves la despertó una pesadilla. Soñaba que al fin su padre había consentido en que Leto metiera en el agua dos tablas de la cubierta del balandro. Para conseguirlo más fácilmente, Cornias había llenado de velas todo el palo, hasta el mismo grimpolón azul con la F blanca. No cabía más lienzo allí. De este modo, el _yacht_, henchido de viento hasta el tope, iba sobre las aguas verdosas como una flecha, pero escorando, escorando, escorando, hasta tener que agarrarse ella también a unas cuerdas. Ya se había sumergido el carel y estaba sumergiéndose la primera tabla, cuando una recalcada imprevista revolvió las aguas e hizo saltar un chorro de ellas hasta el fondo del pozo, mojándola los pies.

Esta impresión
ilusoria fue lo que la despertó sobresaltada.

--Pero está visto--se dijo al darse cuenta clara de
que lo sucedido era
un sueño--, que se puede hacer eso... se entiende,
con un piloto como
él... ¡Qué paseo tan delicioso el de esta tarde!

Y colocada ya a la claridad de este pensamiento, también tuvo antojo de
sacar a plena luz toda la sarta de sus recuerdos adormecidos en la
memoria; y tiró del hilo, y fue saliendo la correspondiente procesión.
Por cierto que no parecía sino que estaba tirando del mismo hilo de que
había tirado Leto poco antes, al ver cómo iban apareciendo en el desfile
la mayor parte de las cosas y de los sucesos que acababan de desfilar
por la cabeza del hijo del boticario.

Éste (don Adrián Pérez) rompía la marcha en la procesión de
Nieves, describiendo en su estilo singular el carácter y las aficiones
del hijo; después el hijo, en cuerpo y alma, vistiéndose acelerado la
americana junto al billar del Casino, con su pelo alborotado, su cara
ardorosa y sus inexplicables encogimientos; luego Leto, el mismo Leto,
pintor de acuarelas; enseguida el propio hijo de don Adrián haciendo la
apología de su barco; y Leto arrojando el clavel que ya no le servía a
ella; y Leto describiéndola el barco sobre el terreno; y Leto
gobernándole por la bahía... en fin, la misma procesión de Leto, vista
desde opuesto lado y ocupando el hijo del boticario

el lugar que en ella
ocupaba la hija de don Alejandro Bermúdez, cuando la
procesión desfilaba
por la cabeza de Leto; sólo que en el mirar de Nieves
había de ordinario
menos curiosidad que en el de Leto. Cuestión de temperamento, sin duda.

Como persona, simplemente, a Nieves le había parecido Leto «un excelente
muchacho»: bondadoso, placentero y sencillito hasta
dejarlo de sobra;
como pintor de acuarelas, notabilísimo; dándole el
brazo a ella para ir
al comedor, un señorito de aldea; hablando de su barco, «otro hombre», y
gobernándole... ¡allí era donde había que verle! Era
raro, rarísimo, que
un mozo que pintaba con la maestría que él, no lo diera la menor
importancia, y hasta lo desconociera... Buena era la
modestia, pero
llevada a tal extremo, parecía sandez; y la sandez
se compaginaba mal
con el talento que era indispensable para pintar lo
que él pintaba y
decir lo que decía, por ejemplo, cuando hablaba de
su amigo y de las
valentías de su barco. Entonces, como pintando, era
un artista completo,
por su modo de ver, de sentir y de expresarlo. Hasta
su aspecto era otro
más gallardo y lucido que el del Leto que se vestía
la americana en el
Casino atropelladamente, o arrojaba al suelo el clavel
que ella había
tenido en la boca, por no atreverse a guardarle, no
por menosprecio
seguramente (¡qué inocente!... sería hasta capaz de
creer que ella no lo
había notado), o la daba el brazo, deslavazado y torpote,
en la salita

de su casa y en la escalera del muelle. Guapo era entonces también, eso sí, porque como guapo y buen mozo, lo era siempre; pero sin el desembarazo y la esbeltez varonil que le daban el olvido de sí propio y el calor y fortaleza de sus convicciones y entusiasmos. Por eso, donde más lucía era gobernando su yacht: le había llamado a ella varias veces la atención aquella tarde. ¡Qué actitudes tan hermosas tomaba en los momentos de mayor cuidado! Bien decía don Adrián que el balandro era la borrachera de su hijo... Como Nieves había tratado a muy pocos hombres y a esos pocos muy superficialmente, no se atrevía a asegurar si abundaban los que se componían de elementos tan incongruentes como los de Leto; pero abundaran o no, no podía dudar ella que Leto era un mozo muy raro... Por supuesto, que hablando de él con su padre, con el de Nieves, no le había comunicado todas estas observaciones, porque no le parecieran demasiado y la llamara reparona... De todas maneras, raro o no raro, guapo o feo, que esto la tenía a ella sin cuidado, Leto había sido una gran adquisición, porque era un estuche de cosas, cabalmente de las que más le gustaban a ella; y era preciso conservarle y sacar de él todo el partido posible... Era de creer que con la frecuencia del trato fuera él adquiriendo mayor confianza en sí mismo; y de este modo, lo que en aquellos momentos le parecería al pobre chico carga pesada tal vez, por razón de su cortedad, llegaría a resultarle lo contrario...

Entonces, satisfecho él... gozosa ella... todos contentos y entretenidos... Rufita González... escribir a Méjico... Leto mar afuera... Nachito con enaguas... ella _huerita_ y pintando... ¿qué cosa?... ¿con quién?...

Se le enredaban y confundían las especies; y la procesión de antes, con nuevas visiones ensartadas en el hilo entre las otras, volvía a desfilar, pero a la inversa: de la zona de la luz, medio a obscuras ya, a las profundidades más sombrías del cerebro. Pasó el último fantasma al extinguirse el último destello de la luz; acabaron de cerrarse los párpados entreabiertos; cayó sobre la almohada el perfil de la linda cabeza, y se quedó Nieves dulce y profundamente dormida.

--XIII--

Las primeras semanas

Después de haberla temido tanto Nieves, le resultó hasta entretenida la tarea de pagar las visitas que debía entre las recibidas de los villavejanos en Peleches; porque, bien mirado el asunto, tenía su lado original y pintoresco; y ella, al fin y al cabo, era algo artista y muy observadora.

Sorprendió a Rufita González en enaguas y en pernet

as, huyendo por el pasillo al conocer la voz de los que llamaban, después que su madre les había abierto la puerta. Tuvieron que esperarla un buen rato en la sala, que era pequeñita, como toda la casa desde el portal, y vieja, por supuesto, con puertas acuarteronadas, cerraduras y pestillos enormes, y vidrios muy chiquitines, donde los había. Se llenaba la salita, que no estaba sucia propiamente, con cinco sillas y un sofá de paja; una consola con su espejillo encima, dos floreros y el retrato de Nacho, de la misma _edición_ que el que tenía Nieves; un veladorcito en el centro con tapete de _crochet_; seis litografías con marco enchapado de caoba, en las paredes, y tres felpudos de colores en el suelo. Nada de cielorraso. En Villavieja apenas se conocía ese lujo ni aun en las casas más pudientes: el maderaje descubierto, con un par de lechadas o dos manos de una tierra amarilla que abundaba en un covachón de la sierra.

La vivienda de las Escribanas era mucho mayor y hasta mucho más vieja. Se entraba por un portal obscuro, con gallinero y todos sus accesorios y _consecuencias_. La escalera tenía dos tramos solos: el primero y más corto, de asperón desgastado por el uso; el segundo, que descargaba en el piso, de tablones de encina, negros y revirados ya de puro viejos. La sala de recibir era ancha y larga, pero baja de techo, y éste embadurnado de amarillo. Tenía dos alcobas y un gabinete; las puertas,

macizas también y de abultado herraje; y como allí «se daban» reuniones, abundaban las sillas más que en casa de Rufita González, y aun había algunas de tapicería de lana; las alfombras eran de fieltro; se contaban hasta cuatro rinconeras con baratijas del bazar de Periquet, y sobre la consola, amén de los clásicos floreros con fanal y un relojillo de bronce que no andaba años hacía, más baratijas valencianas y muchos caracoles y cascaritas de la playa. Debajo de la consola una guitarra, a cuyos sonos, arrancados por las uñas de la Escribana mayor o de dos «chicos» que alternaban con ella en las noches de reunión, se bailaba; mucho lazo de colores y sendas tiras moldeadas, de latón amarillo, en los cortinajes de las alcobas; las historias, en litografías iluminadas, de _Moisés_ y de _Ricardo en Palestina_, con marcos revestidos de papel dorado; los indispensables tapetes de gancho en los veladores del gabinete y de la sala, y hasta tres escupideras de caoba, con serrín sobre papel blanco, distribuidas en ambas piezas. Bastante aseo en todo lo que estaba a la vista, y mucho ruido _adentro_, como de metralla de vasar y cánticos en falsete arriba, y abajo el incessante cacarear del averío.

La morada de don Eusebio Codillo: en la Plaza Mayor, con el retrato del monarca reinante (porque era él, Codillo, del ayuntamiento) en el testero de la sala, grande, vieja y sin cielorraso también, con muchas

sillas, dos sofás, dos consolas, cuatro floreros, seis alfombritas, casi, casi de verdad, y mucho monigote valenciano por todas partes; un pianajo resobado, punto más que clavicordio, a juzgar por su vitola humilde y anticuada; guirnaldas y ramilletes de flores contrahechas en paredes, mesas y veladores... y mucho gato, vivo y efectivo, de todos pelos y tamaños, entrando y saliendo paso a paso, con el rabo en alto y muy derecho, enratonados unos, zalamerillos otros, y todos muy sobones y entrometidos.

Y así por este orden, alojadas todas las familias de igual pelaje, gato, perro, lorito, velador o colgajo más o menos.

En otra jerarquía más elevada, los Vélez en su caserón de alta y ennegrecida fachada, llena de escudos mohosos y de balconajes oxidados, empotrada y reventándose entre otras dos que, por lo humildes y despatarradas, parecían estar sosteniéndola por obra caritativa; el portal, enorme, obscuro, lóbrego y con el suelo de adobes; la escalera, ancha, de zancas trémulas y peldaños jibosos; luego el vestíbulo, tan grande y tan sombrío como el portal, con gran banco de madera con escudo de armas tallado en el espaldar, arrimado a la pared debajo de un tapiz descolorido ya y hecho jirones; después el estrado, como cuatro vestíbulos de grande, con su tillo de anchas, abarquilladas y viejísimas tablas de castaño; su techo de viguetería descubierta, de la misma

madera y del propio color que el suelo; sus claros abiertos a la fachada, como tragaluces de mazmorra, por lo bajos y lo espesos; sus sillones de alto copete, penetrados de la polilla; sus cornucopias desazogadas; sus alfombras raídas; sus retratos de familia pintados en lienzo, y su Ecce-Homo en cobre, borrosos y mordidos por la sarna de los tiempos; sus damascos lacios y descoloridos; sus dos consolas con columnitas de basa y capitel de metal dorado, sosteniendo los sempiternos candelabros de malaquita y bronce; y en fin, su péndulo asmático, de _carillón_ que ya no funcionaba; y el estrado y el vestíbulo y la escalera y cuanto podían distinguir los ojos del profano visitante, todo a media luz, y limpio y reluciente y silencioso, inmóvil, frío y con el vaho de las criptas, como si allí no hubiera hogar ni se viviera.

Al revés de la otra casa, el alcázar de la otra dinastía de Villavieja: la mansión de los Carreños, la menos vieja de todas las de la villa, con su poco de color en la fachada, vidrieras de a cuatro cristales, un jardinillo en la trasera, suelos firmes y a nivel y techos de cielorraso; la chimenea ahumando casi siempre; mucho ruido de sartén y mucho tufo de cocina; mucho barullo en todo, y para todo poco aseo; los muebles casi amontonados en la sala; los colores crudos y chillones; mucha jaula con pájaros de mucha voz y grande y sucio comedero, como el

mirlo y el malvís entre otros; palomar en la buhardilla y mastín suelto en el portal; en fin, dinastía sin abolengo, plebeya, encumbrada por la fuerza del dinero y de la intriga en tiempos no lejanos.

Algunas familias de las visitadas, las que habían subido a Peleches a ofrecer de todo corazón sus respetos a los señores, los agasajaron en la visita con vinos dulces, bizcochetas y rosquillas, como era costumbre allí; y si no la siguieron las Escribanas y otras gentes tales en idéntica ocasión, fue porque no se les había hecho a ellas el mismo agasajo en Peleches. Puntillos de etiqueta entre iguales.

Por supuesto que las Escribanas la armaron también aquel día. A media visita, la mayor de las tres, que, como se recordará, estaba algo picada por haber visto a Leto, tan desabrido con ella, despepitarse con Nieves, y además sabía lo del paseo marítimo y otra porción de cosas, ciertas o soñadas, y era de suyo tan vehemente, cogiendo la ocasión por los cabellos, ¡zas! allá va una catilinaria sobre la falta de educación de «ciertos villavejanos que tenían en poco a las Santas del lugar, y luego se desvivían por adorar al primer zancarrón que les traían de la Meca». Las otras Escribanas, conociendo adonde iba el golpe, trataron de desviar la puntería con unas chanzonetas a su modo; pero la Escribana mayor no estaba jamás para bromas de sus hermanas, y en aquella ocasión

menos que nunca. Largó, pues, el saetazo de protest
a; respondieron las
otras con las respectivas puñaladas; comenzó a reír
la madre sin ton ni
son; entrole miedo a Nieves; miró a su padre que la
comprendió
enseguida; despidiéronse con la mayor prudencia pos
ible, y sin saber,
afortunadamente, de qué se trataba, salieron de la
visita, oyendo desde
el portal--no obstante la batahola de aletazos y ca
careos del averío al
dispersarse temeroso--, la que quedaba armada arrib
a entre las cuatro
mujeres.

También Rufita González echó sus garbancitos fuera
de la olla,
disparándose sobre el tema de su «primo carnal» al
enseñar a los de
Peleches el gabinete que se le había dispuesto «en
aquella pobreza», por
si tenía a bien aceptarle cuando viniera, con el ca
riño con que había de
serle ofrecido. De aquí pasó de un salto a los rumo
res públicos, a las
bromas que a ella la daban amigos y conocidos, y a
lo equivocados que
andaban unos y otros en el supuesto. Fue largo el d
isparo y terminó de
este modo:

--Lo que yo les digo: eso a los comparientes de Pel
eches, si acaso. Allí
hay hermosura y elegancia y trigo por largo, ¡ja, j
a, ja!... para tentar
las codicias y los buenos gustos de un joven tan di
stinguido y tan
hermoso como mi querido primo carnal... ¡Ja, ja, ja
, jaaá!...

La canción aquella, por repetida y chabacana, puso

colorada a Nieves y
supo a rejalgar a su padre.

--¿Pero has notado qué tema el de esa chica?--díjole aquélla en cuanto
pisaron los dos el suelo de la calle--. ¿Por qué le
tiene?

--Porque es una tarasca--respondió Bermúdez--, que
se alampa por novio y
quiere que le cuelguen ése.

--Y lo que supone de él... y de mí, ¿de dónde sale
y por qué lo dice
ella?

--Esas cosas se suponen siempre por el público entr
e primos como
vosotros, o las dan por supuestas y se las espetan
a los interesados,
con distintos fines, marimachos imprudentes como Ru
fita González.

Durante estas tareas, los de Pelechés, antes de sub
ir a casa, tomaban un
respiro en la botica y echaban un párrafo con los b
oticarios sobre las
gentes y las cosas recién vistas y pasadas.

--Enséñeme usted más acuarelas--decía a lo mejor Ni
eves a Leto--, o más
dibujos.

Y Leto la complacía de muy buena gana; y con motivo
de los dibujos o de
las pinturas, otro párrafo mano a mano entre la sev
illanita y el mozo
farmacéutico, párrafo que a éste le sabía a gloria.

--Tiene usted que enseñarme--le dijo ella en una de
estas ocasiones--, a

pintar estas manchas de árboles. A mí no me salen más que emplastos, que lo mismo pueden ser peñascales que arboledas o que nubes de granizo... Suba usted esta tarde, si no tiene mucho que hacer. ..

Y subió Leto por la tarde.

Otro día le dijo en la botica:

--He echado a perder aquello que dejó usted empezado para que yo lo continuara. Suba usted esta tarde para enmendarlo, si es que tiene enmienda.

Y subió Leto también.

En éstas y otras, se acabaron las visitas, y los señores de Pelechés proclamaron la independencia del solar, con todos sus habitantes, usos y buenas costumbres.

Por remate del _acto_ dijo el padre a la hija:

--Hemos cumplido nuestro deber, no sólo como honrados, sino como héroes. Ahora, hija mía, buen corazón para todos y buena cara donde quiera que nos encontremos con ellos; pero nada más y como si no hubiera habitantes en Villavieja. Si ladran, que ladren; si muerden, que muerdan. ¡Viva la libertad con orden! como se gritaba en cierta ocasión, y a vivir a nuestro regaladísimo gusto, ¡canástoles! que para eso hemos venido aquí.

Desde aquel acuerdo solemne entró la vida de los Bermúdez en los

ordenados términos de los planes traídos de Sevilla en embrión. Puestos así en tela de juicio en Peleches, don Claudio Fuertes trazó las líneas generales del extenso programa, y el hijo del boticario, que fue llamado a aquel respetable consejo como elemento indispensable de acción y de inteligencia, completó la obra acomodándola en todo, por todo y para todo, a los deseos y a los gustos de Nieves.

Los días eran largos, el tiempo estaba a placer y Nieves en sus glorias madrugando mucho y acostándose tarde. Había, pues, tela abundante en qué cortar, y el buen humor, la salud y los recursos daban para todo: para el campo y para la mar; para lo de puertas afuera y para lo de puertas adentro; para la vida activa a la intemperie, y para la del arte y la de familia a la sombra de los viejos paredones de Peleches...

Con su tartana y sus rocines de alquiler, hizo un gran agosto en aquel mes de julio _Patafullera_, un mesonero cojo de la villa, que vivía de esas y otras industrias más o menos honradas. A estas expediciones en tartana, por el camino real unas veces, y las más de ellas a campo travieso, vega arriba, con el pretexto de haber feria en Rudaces, o mercado en Soletos, o romería en Campillos, concurría muy gustoso don Adrián.

Pero las excursiones que prefería Nieves eran las que hacía a pie con su padre, Leto y don Claudio, muy de mañana o a la caí

da de la tarde,
trepando de breña en breña, de altura en altura, pa
ra admirar nuevos
panoramas o descubrir más vastos horizontes; o desc
endiendo a las hondas
y sombrías cañadas para acopiar el musgo aterciopel
ado y el finísimo
helecho que andaban allí tirados por los suelos, y
no había modo de que
los produjera el de su tierra natal, con ser la «de
María Santísima».
Mucho le gustaban también estas expediciones a don
Alejandro, pero no
podía siempre con ellas; y en tales casos iba sola
Nieves con sus
amigos, que no se cansaban nunca y eran bien de fia
r. A Bermúdez no le
importaba un rábano tragarse delante de don Claudio
Fuertes cuantas
bravatas había echado por la boca en cierta ocasión
, a trueque de ver a
su hija satisfecha.

Con estas recreaciones se entreveraban de vez en cu
ando las de paseo y
pesca en el _yacht_; en las cuales, excusado es dec
irlo, no tomaba
parte, ni de lejos, el de los llanos de Astorga; y
aun el mismo Bermúdez
la tomaba de muy mala gana; tanto, que un día decla
ró a Nieves que no
podía más con aquello.

--No me mareo precisamente--la dijo--, y hasta _cre
o_ que pescar es cosa
divertida, y que dentro de la bahía no hay peligro
ninguno en el
balandro; pero no me siento bien allí, ni... vamos,
ni con toda la
tranquilidad que se necesita para que el placer res
ulte...

--¡Ay, papá!--exclamó Nieves con la más honda pena--. ¡Y a mí que me gusta tanto!

--Pues, hija mía, buen provecho--repuso don Alejandro--: mi gusto no perjudica al tuyo.

--¡Cómo que no?

--Como que no. Yo me quedo, y tú te vas...

--Pero ¿estará bien eso, papá?

--Y ¿por qué no ha de estarlo, canástoles? Leto y Cornias bien de fiar son en todos sentidos. ¿No te parece?

--A mí, sí... Pero pudiera chocar...

--Pues, hombre, ¿estaría bien que hubiéramos venido a Peleches para eso!
¡Bah, bah, bah! Y, por último, ¿no vas por tierra, sin que choque, con Leto y con don Claudio? Pues vas embarcada con Leto y Cornias; y pata.

La cuenta no fallaba así; y ateniéndose a ella, fue Nieves en el balandro más de una vez sin que la acompañara su padre.

Este género de vida duró dos semanas bien cumplidas; y al fin de ese tiempo cayeron la hija y el padre en que si ellos no habían venido de Sevilla con otro fin que divertirse, don Claudio Fuertes y el hijo del boticario estaban en muy distinto caso. Si no el primero, el segundo, con toda seguridad, tendría obligaciones desatendidas; y no había que

ser egoísta en los placeres. Bien que se contara si
empre con los amigos;
pero no para todo y a todas horas hasta mortificarl
os.

En virtud de estas reflexiones, se suspendieron por
unos días los paseos
campestres y los marítimos; cesaron también las ses
iones de dibujo y de
pintura que solían tener los dos jóvenes para desar
rollar apuntes del
natural, tomados por Nieves bajo la dirección de Le
to en sus excursiones
por mar y por tierra, y únicamente quedó como estab
a la tertulia del
anochecer, a la cual concurría también el viejo bot
icario.

A propósito de estas tertulias. En una de ellas, es
tando Leto de codos
al balcón del saloncillo, mientras Nieves tocaba ad
entro una melodía de
Schubert, se dejó llevar distraído de la impresión
que le causaba
siempre la buena música, y particularmente la que l
e era conocida, y
acabó por seguir a media voz el canto de la melodía
. Oyole Nieves,
empeñose en que la voz era excelente; y de tal mane
ra se empeñó y con
tal arte se compuso y con tales esfuerzos la ayudar
on en su deseo su
padre y don Claudio Fuertes, que Leto cantó la melo
día en el saloncillo
acompañándole ella al piano.

Se apunta este dato como una de las más visibles pr
uebas de que no
andaban muy acertados los señores de Peleches en el
supuesto de que a
Leto le mortificaba aquella vida en que le traían m
etido. Por el balcón

abajo se hubiera tirado él dos semanas antes, primero que cantar delante de alma nacida lo que acababa de cantar en presencia de unas personas tan respetables como aquéllas. ¡Si estaría domesticado y le parecería el yugo blando y llevadero!

Hasta los mismos señores de Peleches, mal acostumbrados a la compañía continua de los amigos, se hallaron desorientados sin ella. Sustituyeron las largas excursiones con paseos _racionales_; y a un para éstos, por quererlos dar su hija muy de mañana, se halló perezoso el padre. Endosó a Catana el cargo de acompañar a «la niña» a aquellas horas; pero la rondeña, tras de ser muy mala andadora, gruñía más que andaba al lado de Nieves; y prefiriendo ésta ir sola a tan mal acompañada, redujose a dar así, es decir, sola, unas vueltas alrededor de la casa y por la Glorieta... hasta que poco a poco, hoy por este herbacho, mañana por aquella flor, otro día por el detalle de más allá, fue alargando el radio de sus paseos. Y como le dijo su padre entonces:

--O se está o no se está en el campo; o hay o no hay libertad omnímoda en él; y por último, por aquí no andan perros ni ganados ni cosa alguna que temer, porque no es camino para ninguna parte del mundo.

Y así aprendió Nieves a andar sola por aquellas alturas, y a alargar los paseos, tan descuidada y contenta, hasta cerca del pinar, por una parte,

y hasta el Miradorio y aun hasta el muelle por otra
, con la sombrilla al
hombro y el libro o los avíos de dibujar en la mano
, durante las
primeras horas de la mañana.

No hay que decir lo que, por ley fisiológica, había
n influido en el
carácter de Leto las nuevas costumbres. No pasaba t
odavía el hijo del
boticario de ser un tertuliano satisfecho y un amig
o diligente y
afectuoso de los señores de Bermúdez, para andar co
n ellos por los
caminos trillados en que se le ponía _para que andu
viera_; pero esto
solo, que en absoluto parece tan poca cosa, en un h
ombre como él acusaba
unas modificaciones internas de mucha hondura. Y no
había más que verle
para convencerse de ello: ya era otro hombre; vestí
a con más esmero que
antes; miraba con más firmeza; andaba mejor; hablab
a menos, pero más al
caso... en fin, no era ya el muchachón aturdido y a
bandonado a sus
rarezas, sino el mozo discreto y convencido de _alg
o_, con su poco de
carácter y su sello de legítima personalidad. Todo
esto le mejoraba y
embellecía indudablemente, por lo que el viejo boti
cario no se cansaba
de mirarle ni cesaba de sorprenderse.

--Verdaderamente, Leto--le dijo en una ocasión--, q
ue lo tenía yo
pronosticado... porque, aunque no he visto mucho, l
os años, ¡caray! son
grandes maestros y enseñan de todo... eso es. Yo bi
en sabía que quien lo
tiene es quien ha de darlo, ¡caray! y no otro algun
o, sí, señor... Tú te

empeñabas en que no había nada dentro de ti; yo en que sí lo había... como está la chispa en la piedra... justamente, eso es, como la chispa en la piedra: lo que faltaba era el eslabón de acero, el eslabón, ¡caray! que diera el golpe... Pues ya pareció el eslabón... se dio el golpe... sí, señor, sobre la piedra... eso es... y saltó la chispa... Porque la había, ¡caray! porque la piedra era de dardos... y yo me salí con mi empeño... La vida que aquí traías, no era mala verdaderamente, porque tú eres bueno por naturaleza; pero tampoco era envidiable, eso es, ni la más al caso para que un mozo de tus prendas las hiciera fructificar en lo que valen... Vinieron esos señores... nos honraron con su trato... eran, por suerte, el eslabón... la piedra chocó con él... y saltó la chispa, Leto... la que tú tenías allá... eso es. Ya eres otro; ya estás donde yo quería y esperaba verte... no tan pronto, es verdad, y esto es lo que me sorprende y maravilla; pero, al fin, estás... estás, eso es; y puesto que estás, procura no perder lo adquirido; guárdalo, ¡caray! como un tesoro que es tuyo legítimamente, descubierto en tu propio terreno... Mañana o el otro, esos señores se irán por donde han venido, y sería una triste gracia, Leto, que en cuanto se quitara el puntal se nos viniera la casa abajo... No, señor, ¡caray! no, señor. Los buenos hábitos que has adquirido y vas adquiriendo, debes conservarlos siempre... eso es; porque esos hábitos, según vayas entrando en la vida,

te irán conquistando estimación y respeto. Por eso mismo representan un capital grandísimo, ¡caray! ¡Quién sabe, hijo mío, quién sabe cómo andarán las cosas del mundo en adelante, al paso que hoy vamos, y de dónde soplarán los vientos? Y en estas dudas, bien fundadas, Leto, bien fundadas... eso es... tener un rumbo bien marcado, una voluntad bien firme y un juicio como Dios manda, es estar fondeado en el puerto en medio de un temporal... Vive, vive agradecido a esos señores que tanto nos favorecen; cultiva su trato y sírvelos sin llegar a cansarlos ni a molestarlos en tanto así... ¡caray!... eso es; aprovecha sus lecciones, y vete, vete preparando debidamente la casa para cuando se vea sin puntal. Eso es...

No se sonrió Leto en aquella ocasión como en otras idénticas oyendo las especiales homilías de su padre, acaso porque estaba distraído en otras meditaciones, o quizá porque abundaba en las mismas ideas del predicador... Lo mejor fue para todos que, rebosándole al hijo de don Adrián los deseos de que estaba henchido, y siendo bien notorios también los de don Claudio, depusieron sus escrúpulos los Bermúdez, y volvió a restablecerse en Peleches la vida aventurera y divertida de las primeras semanas.

Crónica de un día

Era de los últimos de julio, por más señas, y se había acordado comer en el pinar, en un sitio de mucha sombra, suelo alfombrado de oloroso y tupido césped, con fuente fresca y abundante, y, a muy corta distancia de ella, unos detalles muy pintorescos de rocas, jaramagos y troncos viejos que Nieves no había visto nunca y le había ponderado mucho Leto. Éste tenía varios apuntes de ello en su cartera, y se trataba de que Nieves tomara otros a su gusto. Con ese fin por pretexto, se dispuso la partida; y muy tempranito salieron de Peleches los cuatro expedicionarios: don Alejandro y su administrador, armados de sendas escopetas para tirar a las tórtolas que se les metieran por los cañones, y Nieves y Leto con los avíos de dibujar. Nieves, como casi siempre que iba de campo o a la mar, llevaba el pelo recogido en una sola trenza caída sobre la espalda, con un gran lazo en el extremo inferior; un sombrero de paja de anchas alas y cinta del color del lazo del pelo; un vestido liso y muy claro, guantes de seda, botinas de recia suela y sombrilla de largo palo. Leto, que no tenía mucho en qué escoger, vestía un terno de dril ceniciento, recién planchado; y con esto y unos borceguíes de becerro en blanco, un hongo claro y una corbatita de lunares bajo un cuello a la marinera, _componía_ bastante bien al lado

de la esbelta sevillanita. Llevaba en una mano la cartera de Nieves, y en la otra la tijerilla desarmada, de Nieves también. Él no necesitaba esos utensilios para sus trabajos de campo. Se construía el asiento con lo que hallaba a sus alcances, lo mismo una piedra que un tronco... o el santo suelo en último caso.

Caminando los dos muy delante de los otros y a la mitad del recuesto para subir al pinar, se detuvo Nieves de pronto, se volvió rápida hacia atrás, paseó la mirada serena y honda por todo lo que se descubría desde allí, incluso el palacón de Peleches que descollaba en lo más alto, y preguntó en crudo a su acompañante, que también se había detenido y miraba cuanto miraba ella, y además y muy particularmente, el modo tan suyo que tenía de mirar:

--¿Qué es lo primero que usted siente en cuanto sale al campo, en un día como el de hoy, espléndido de luz, sin calor que sofoque ni viento que moleste, ni ruido de gente que te distraiga, y en que todo lo que se ve, el suelo, el árbol, la mata, el arroyo, hasta la peña desnuda, trasciende a una misma cosa... como a tomillo y mejorana, o algo así?

Muchas cosas sentía Leto en tales ocasiones; y por ser tantas y no atreverse a citar una sola y de repente, por miedo a que resultara una tontería, respondió a Nieves, después de pensarlo un poco.

--Y usted que me hace esa pregunta, ¿qué es lo que siente, si se puede saber?

--¡Yo lo creo que se puede saber!--respondió Nieves, volviéndose hacia el pinar y continuando la interrumpida ascensión--. Mire usted: lo primero que yo siento es un poco de envidia a los pintores, a los poetas y a los músicos buenos; porque ¡me entran unos deseos tan fortísimos de pintar, de describir y hasta de poner en música lo que voy viendo y oyendo! Para eso quisiera ser el mejor pintor y el mejor poeta y el mejor músico del mundo. ¿Le parece a usted mucho lo que envidio?

Leto se echó a reír; y como halló muy disculpables los deseos de Nieves, así se lo declaró, añadiéndola que a él le pasaba de los cuartos de lo mismo.

Un poco más adelante volvió a hablar la sevillanita, para decir a Leto, también en crudo, pero sin detenerse:

--Es una compasión que no sea usted tan aficionado a pintar al óleo como a la aguada.

--Ya le he dicho a usted en otra ocasión--respondió Leto--, que eso consiste en mi falta de paciencia: todo tiempo, por corto que sea, desde que concibo algo hasta que lo ejecuto, me parece una eternidad. No me entretiene, como a otros, el proceso de la obra puramente mecánica: por eso prefiero el lápiz a la misma acuarela: aunque s

in el realce del
color, me da primero que ella la expresión del pens
amiento o la imagen
del natural.

--Es raro eso.

--Sí, señora; y por lo mismo la ruego a usted que l
o tome como confesión
de un pecado feo, y no como alarde de un modo de ve
r digno de
imitarse... Ahora--añadió cambiando de tono y de ru
mbo-- , para llegar
primero donde vamos, echemos por este senderito de
la derecha... También
es un poco raro, ¿no es verdad? que en la propia ha
cienda de ustedes
tenga yo que servirlos de guía... porque el señor d
on Alejandro no hace
más que seguirnos los pasos... ¿ve usted?... y don
Claudio Fuertes lo
mismo... ¡Si lo tuvieran todo tan trillado con los
pies como lo tengo
yo!...

Otro ratito de andar en silencio, y otra pregunta e
n seco de Nieves:

--¿Conoce usted a Rufita González?

--¡Quién no la conoce en Villavieja?--contestó Leto
.

--¡Qué bachillera, eh?

De buena gana hubiera confirmado Leto esta opinión
con un ejemplo que se
le vino a la punta de la lengua; pero considerando
que podría mortificar
con él a Nieves, si no mentían ciertos rumores y ot
ras determinadas
señales, se limitó a decir, marcando mucho el acent

o admirativo:

--¡Muy bachillera!...

--Siempre que habla conmigo--añadió Nieves--, quier
e darme a entender
que nuestro primo Nacho desea casarse con ella.

--¡Carape!--exclamó Leto para sus adentros--; pues
ese era mi caso, y
ahora resulta que le importa a ella menos que a mí.
--Y en voz alta
dijo--: Eso precisamente es lo que más la califica.

--Y ¿por qué no ha de ser cierto lo que afirma?--pr
eguntole Nieves
vuelta un poquito hacia él y enviándole las palabra
s bajo los fuegos de
una mirada firme y serena.

--Porque no puede ser--respondió Leto con su corres
pondiente
serenidad--; porque no hay razón para que lo sea; y
, en cambio, hay una
de mucho peso para que resulte mentira.

Nieves no mostró el menor deseo de conocer aquella
razón, y así quedó el
asunto. Un poquito más allá, preguntó a Leto:

--Y a las Escribanas, ¿las conoce usted?

Con esta pregunta se quedó Leto bastante atarugado
y algo encendido de
mejillas: ¡le había dado tantas bromas el fiscal co
n la Escribana mayor!
Pero se rehízo enseguida, y contestó a Nieves:

--Otras bachilleras por el estilo.

No coló el disimulo; porque Nieves, aunque no le mi

raba de frente, le
pescó el fogonazo en la cara y la sacudida que le había precedido.

--No lo decía por tanto--repuso a buena cuenta y por si había dado en
blando la pregunta.

Un poco más adelante y bastante adentro ya del pinar, seguidos a corta
distancia de los dos señores mayores, que se despidían mirando acá y
allá por si se rebullía alguna tórtola en las inmediaciones del sendero:

--¿Llegaremos pronto al sitio ese?

--Antes de diez minutos--respondió Leto--. Ya estamos casi en la
explanadita en que hemos de comer; a poco más de veinte varas a la
derecha está lo que buscamos.

--Por supuesto, que traerá usted los dibujos de ellos, que le encargué
anoche.

--Como lo prometí--respondió Leto señalando uno de los bolsillos de su
americana.

--¿Quiere usted enseñármelos?--le preguntó Nieves.

--¿Ahora mismo?...

--Ahora mismo--respondió la sevillana con un mirar que no admitía
réplica.

Pasó Leto la tijerilla a la mano izquierda después de haber colocado
debajo del mismo brazo la cartera, o más bien, cart

apacio de Nieves, y
sacó del bolsillo derecho su álbum de apuntes... Pero en el momento de entregársele a Nieves, se atarugó más que la otra vez, y se puso, no rojo como entonces, sino pálido... ¡Carape! ¡buena la había hecho!
¡Pícara memoria y pícaros aceleramientos los suyos! No tuvo otra cosa en la cabeza toda la noche, y al fin se le olvidó hacerlo al echarse el álbum en el bolsillo, de prisa y corriendo; porque ya se iba sin él...
¡Carape!... Y que ya no había enmienda posible.

Pensando así, entregó el álbum a Nieves, con la forzada abnegación con que se entrega un criminal a la Guardia civil.

--Hágame usted el obsequio de abrirle--la dijo--, porque yo no tengo más que una mano desocupada... Esta es la tapa de arriba... Así... Yo le diré en qué hojas están esos dibujos.

--Es que pienso verlos todos--le advirtió Nieves abriendo el álbum como Leto quería.

Y es claro, en cuanto quedaron sueltos los broches, el álbum se abrió solito por las páginas entre las cuales estaba el contrabando que pensaba Leto escamotear al ir pasando las hojas con la mano libre.

La palidez del pobre mozo se trocó en carmín subidísimo.

Nieves le miró entonces con una sonrisilla muy picante.

--Perdone usted--le dijo al mismo tiempo--, si esto tiene algún valor especial... Yo no lo sabía.

--¡Qué ha de tener!--exclamó Leto, sin saber lo que se decía--. Eso es un clavel...

--Ya lo veo--interrumpió Nieves, como si no se enterara de la turbación del otro--; y rojo... y doble.

--Sí, señora: doble y rojo--repitió Leto--. Un clavel doble y rojo que yo tenía en la boca en cierta ocasión, mientras dibujaba... ¿Está usted? Pues bueno: estando así, se le partió el rabillo y se me cayó al suelo; y entonces yo... maquinalmente, le cogí... y, maquinalmente, le guardé donde usted le ve; y ahí se ha quedado hasta hoy...

--Muy bien hecho, Leto--dijo Nieves volviendo a mirarle con la misma sonrisita maliciosa--. Eso es lo que debe hacerse siempre con los claveles que se caen de la boca... y no lo que se hizo con uno que yo recuerdo... Rojo era también y doble, si no me engaña la memoria... y en el suelo se quedó el infeliz... Verdad que no valía la pena de ser guardado, porque la boca de que se había caído era la mía.

Leto, al sentir esta estocada, se estremeció de pies a cabeza y se puso de veinticinco colores; y Nieves, al verle así, soltó la risa con toda su alma.

--Suyo o ajeno el clavel--le dijo en seguida--, el encontrármelo yo aquí ha sido causa de un mal rato para usted. ¡Cuánto lo siento! Volvamos la hoja, si le parece, y veamos los dibujos.

¡Qué dibujos ni qué carape! ¡Bueno estaba Leto ya para entender en cosa alguna sino en el asunto del clavel que se le había caído a ella de la boca! Por las señales, no solamente había notado Nieves el suceso que tanto le había preocupado a él, sino que le había parecido muy mal, claro: como tenía que parecerle; como que había sido la mayor gansada que podía cometer un hombre acompañando a una señorita. La casualidad le brindaba una ocasión de acreditar que la falta cometida se había reparado en lo posible... Pues ¡carape! aprovechar esa ocasión sin pérdida de momento... Que este recelo, que el otro, que si podría tomarse la aclaración así o del otro modo, por este lado o por el de más allá... Que se tomara, ¡carape! que se tomara, aunque fuera por el extremo más absurdo: cualquier cosa menos pasar plaza de rocín en el concepto de una mujer como aquella... ¡Cuidado si tenía picante la alusión que le había hecho!...

Enardecido con el fuego de todas estas reflexiones que le pasaron en un instante por el magín, respondió con gran energía a lo dicho por la sevillana:

--No hay dibujo que valga, Nieves, mientras no quede orillado el punto

del clavel que se le cayó a usted de la boca... Hablamos de eso un instante.

Nieves se sorprendió un poco con el arranque de Leto, y le preguntó muy seria:

--¿Pero usted sabe a qué clavel me refería yo... en chanza?

--Sí, señora--respondió Leto impávido y resuelto a todo--: al que se le cayó a usted en el Miradorio, y recogí yo del suelo ... para volver a arrojarle; en una palabra... a ese mismo clavel que está usted viendo.

Entonces fue Nieves quien se inmutó, y no poco; pero se repuso al instante, y dijo a Leto en el mismo son de broma que antes y cerrando el álbum:

--Pero, hombre, ¿cómo puede ser eso, si el clavel quedó allí y nosotros continuamos andando?...

--Es verdad--respondió Leto sin perder una chispa de su ardimiento--; pero volví yo por él en cuanto me despedí de ustedes en la botica, después del paseo.

Nieves no dijo una palabra, ni mostró señal alguna por donde pudiera notársele la impresión causada en ella por la noticia: con el álbum cerrado, pero sin abrochar, en la mano izquierda, continuaba andando y mirando serenamente hacia adelante. Leto, después de una breve pausa,

prosiguió:

--Yo no soy hombre de perfiles galantes; pero a mi manera, sé distinguir de colores; y por saberlo, tan pronto como tiré el clavel conocí que no debía de haberle tirado de aquel modo... ni de otro, por si usted lo había notado... y aunque no lo notara: siempre era una cosa muy mal hecha... El caso es que toda la tarde estuve preocupado con ello... porque, créalo usted, Nieves: un hombre, por despreocupado y modesto que sea, se resigna a pasar por bandolero antes que por ridículo delante de una mujer; y con esta preocupación, en cuanto pude, volví por el clavel: encuentrele, y le guardé donde usted le ha hallado a hora, sin otro fin que reparar mi falta en lo posible y tener siempre conmigo la prueba de ello. Yo no soñé con que usted llegara a verla jamás; pero esta mañana, al coger de prisa el álbum, me olvidé de sacar de él el contrabando, como lo tenía pensado desde anoche; y le juro a usted a fe de hombre honrado, que no eché de ver el olvido hasta que fui a entregarle a usted el libro hace un momento. Me dolió un poco la alusión hecha a la inconveniencia mía, y sobre todo el averiguar que usted la había notado; y entre quedar con el sambenito encima, y el riesgo de que volviera usted a reírse de mí declarándole la verdad, opté por esto, que resulta menos desairado que lo otro... a mi manera de ver.

--Y ¿por qué había de reírme?--observó Nieves apartando con la contera

de su sombrilla cerrada algunas pedrezuelas del suelo que no estorbaban a nadie.

--Por lo que pudiera hallar usted de... inocentada en el caso, es un suponer--respondió Leto con entera sinceridad; y en seguida añadió--: de todas maneras, ahí está el clavel. Si a usted le pesa o le parece mal que le haya recogido yo, con volver a tirarle en cuanto usted me lo ordene...

--Y ¿por qué ha de pesarme tal cosa, ni he de darle a usted una orden semejante?--exclamó la sevillanita abriendo otra vez el álbum por donde estaba el clavel--. ¡Pobrecillo!--añadió contemplándole--. ¡Volver a arrojarle al suelo después de haber vivido tantos días en este alcázar del Arte!... Además, usted se le ha ganado en buena ley... Conque déjele donde está, si no le estorba, y vamos a ver los dibujos...

Leto, felicitándose por salir tan fácilmente del atolladero en que se había visto, se arrimó más a Nieves; la cual le entregó el clavel aplastado y marchito, para que no se cayera del álbum mientras le hojeaban.

Hojeándole y andando, llegaron al sitio apetecido; y por llegar a él, después de ponderarle mucho Nieves, dijo a Leto:

--Yo no quiero dibujar.

--¿Que no?--exclamó Leto asombrado--. ¿Y por qué?

--Porque después de ver lo que he visto en el álbum de usted, se me caería el lápiz de la mano. Dibuje usted solo algo nuevo de aquí, pero en mi _block_... digo, si no abuso...

No hubo modo de reducirla a que dibujara, aunque se unieron a las excitaciones de Leto, las de su padre que había llegado ya con su amigo, cansados de husmear tórtolas en balde.

--Y ¿en qué vas a entretenerte?--la preguntó al fin don Alejandro.

--Por de pronto, en coger florecillas y helechos, que abundan entre estas peñas sombrías. ¡Verás qué guirnaldas y qué ramilletes tan lindos voy a hacer!...

--Vamos, tu manía. A veces vuelves a casa hecha una varita de san José. Corriente. Ya tienes tu ramo de helechos y manzanilla atravesado en el pecho, como la banda de una gran cruz, y tu manojito en el pelo, y tu ramillete en la mano. ¿Y después?

--Después, y también antes, de rato en rato, veré lo que va dibujando Leto, y cómo cazan ustedes... hasta que llegue la comida, que de seguro llegará mucho antes de que pueda yo empezar a aburrirme.

Y así sucedió al cabo, para que se cumplieran las profecías de Nieves, y una más, hecha la víspera por don Claudio Fuertes a propósito de las comidas en el campo, a usanza pastoril. Estas comidas

as en el santo suelo,
con música de pajarillos y aromas silvestres, eran,
en opinión del
comandante, de lo más hermoso... pintadas en un papel;
pero gozadas al natural, resultaban un suplicio.

Todos convinieron con el preopinante, mientras buscaban posturas
insufribles para llevarse a la boca las viandas en salsa tibia, o el pan
con tábanos, o el fiambre con correderas. Pero había a que hacerse a todo
para saber de todo. Por último, o se estaba en el campo o no se estaba.

Ello fue que antes de las dos de la tarde, los de Peleches saboreaban
con delicia la frescura de la sombra de los hidalgos paredones; y el
comandante Fuertes y el hijo del boticario bajaban por la Costanilla en
busca de las respectivas madrigueras.

Media hora después hallábase Nieves en el saloncillo del nordeste,
contemplando y admirando los dibujos hechos por Leto en el pinar, y
confundiendo en sus mientes con esta admiración al talento de su amigo,
el análisis minucioso del otro caso, del extraño caso del clavel, que
ella había descubierto por una casualidad. Estando a vueltas con estos
pensamientos, entró su padre muy diligente, con una carta en la mano y
diciendo:

--Oye, oye, Nieves: una buena noticia.

Dejó Nieves lo que hacía y lo que pensaba, y se volvió hacia su padre

preguntándole qué noticia era ella.

--Acabo de recibir con el correo de hoy esta carta que es de tu tía Lucrecia. Según me dice la pobre mujer, que continuó a engordando sin consuelo, Nachito había salido la antevíspera. Deja para la vuelta la visita a los Estados Unidos, y viene por Inglaterra desde Veracruz. Contando con lo que piensa detenerse en Londres y en París, calcula que podrá estar en Villavieja, digo en Peleches, a últimos del mes que viene, de agosto... Nada, canástoles: mañana, como quien dice... Toma la carta: puedes enterarte de ella si quieres...

--¿Para qué?--dijo Nieves inalterable y serena.

--«¡Para qué!...» ¡Otra te pego!... ¿Para qué se enterara uno de las cartas que lee?

--Pues si ya estoy enterada, papá.

--Ya, ya; pero me parecía a mí que, en tales casos, debiera picarnos la curiosidad un poquito más de lo que nos pica... Eso es... Yo no sé qué canástoles me sucede contigo siempre que sale a danzar este punto... No acabo, vamos, de... En fin, que no veo a mi gusto las...

Nieves, que le miraba de hito en hito, viéndole tan apurado se echó a reír y le puso las manos sobre los hombros.

--¿Quieres que me ponga a bailar por la noticia?--le preguntó--. Dime que sí, y ya estoy bailando.

--¡Pataratas!--respondió Bermúdez fingiéndose más contrariado de lo que estaba--. Yo no quiero extremos, Nieves: no quiero otra cosa que lo regular. A mí se me figuró que la noticia había de alegrarte, y vine corriendo a dártela.

--Y me alegra, papá, y te la agradezco mucho; sólo que yo soy así, vamos, poco aparatosa para expresar lo que siento. No es culpa mía, qué quieres.

--¡Si lo sé, hija, si lo sé!... Pero se me figuraba a mí que, en vista de esta noticia, cuando menos confesarías la razón que tengo para apurarme muchas veces por un asunto que a ti te hace reír: el asunto de su gabinete, que continúa a estas fechas a medio arreglar.

--Abajo tiene el que le destina Rufita, bien emperifollado.

--¡Otra vez la broma! Pues mira, Nieves: me carga por ser broma, y por lo de Rufita; ya sabes que tengo atravesada aquí, detrás de la misma nuez, a esa tarasca de los demonios, grosera y sin pizca de educación.

--¡Es posible que lo tomes en serio? ¡Bah! A mí me incomoda un poco cuando la oigo disparatar... y eso por lo que va conmigo; pero en cuanto la pierdo de vista, te juro que me hace reír... Ríete tú también... Pero ¡ay, Dios mío!... Si Nacho ha salido de Méjico, ya no puede recibir allá

la carta que yo pensaba escribirle.

--Naturalmente.

--Yo le debía esa carta desde Sevilla; pero como en Peleches se va el tiempo por la posta... ¡Qué cabeza la mía!... En fin, ya no tiene remedio: le contestaré aquí de palabra; y... ¡quién sabe si así saldremos ganando los dos? ¿No es verdad, papá?

--¡Ah, picaruela, picaruela!--dijo Bermúdez dándole unos golpecitos en la cara con la carta de doña Lucrecia--. ¡Si tienes tú más trastienda cuando te conviene!...

Y se fue tan satisfecho. Nieves, con ojos cariñosos, pero que parecían algo compasivos, le vio salir; y enseguida se sentó al piano y comenzó a preludiar una melodía de Schubert, que ella sabía de memoria... y Leto también.

En la tertulia de aquel mismo día, el hijo del boticario no estuvo tan en lo suyo como de costumbre: se distraía con frecuencia y parecía que le hormigueaba algo sobre el cuerpo y sobre el espíritu. Cuando entró con su padre, don Alejandro y su amigo el comandante discutían sobre unas noticias políticas que el primero acababa de leer en los periódicos, y Nieves, sentada en el balcón, se adormecía al arrullo de las lejanas rompientes de la mar... Leto, que cabalmente flaqueaba por el lado de la travesura para entretener a las mujeres, y aquella noche

mucho más, iba y venía de la sala al balcón y del balcón a la sala, pescando aquí dos palabras y dirigiendo allá otras dos a Nieves que estaba muy poco habladora. En una de sus idas al balcón, después de haber contemplado en la salita maquinalmente el retrato de Nachito, dijo a Nieves, por decirle algo:

--Y es guapo de verdad el primito ese.

Se lo tenía dicho a Nieves en más de diez ocasiones, y en otras tantas le había contestado ella lo mismo que le contestó entonces:

--No está mal así.

--Ya luego vendrá--añadió Leto por primera vez.

--Pregúnteselo usted a Rufita González--contestó Nieves muy seria--, que lo sabrá con exactitud...

¡Carape si la picaba Rufita González en aquel particular! Pero no se dio por tentado de la sospecha, y dijo sencillamente:

--Y ¿por qué lo ha de saber Rufita mejor que usted?

--Porque ya tiene el gabinete preparado... y hasta los dulces para la boda. Aquí sólo sabemos, por carta que se ha recibido hoy, que vendrá a fines de agosto.

--¡Qué pronto!--exclamó Leto dejándose llevar, sin duda alguna, de su natural bondadoso.

Y no se habló más de Nacho. Nuevas idas y venidas de Leto.

En una de ellas, es decir, de las idas al balcón, le preguntó Nieves, en crudo como solía:

--¿Por qué se puso usted colorado en el pinar cuando le pregunté si conocía a las Escribanas?

Leto se alegró en el alma de que la noche fuera tan oscura como era, porque así no se desvirtuaría la sinceridad de la respuesta con la sofoquina que le había causado lo extraño de la pregunta.

--Me puse como usted dice--contestó sencillamente-- , porque, de un tiempo acá, le ha dado a ese culebrón de fiscal por embromarme con la mayor de las tres, sin maldito el fundamento; y ya sabe usted lo que soy en determinadas apreturas.

--Como coincidió lo de la sofoquina de usted--repuso Nieves abanicándose mucho--, con el hallazgo del clavel en el álbum...

Leto soltó una risotada; y enseguida dijo a Nieves:

--Gracias por el favor que usted me hacía.

--Hombre--replicó la sevillana--, sería un gusto como otro cualquiera: para mí todos son respetables. Pero, en fin, más vale que mintieran los síntomas; porque verdaderamente... no era de envidiar el gusto ese... Y a otra cosa: mañana no, porque estaré ocupada en ca

sa; pero pasado
mañana ¿podríamos dar otro paseíto en el _yacht_?..
.

--Ya sabe usted que está enteramente a sus órdenes.

--¡Cómo me gusta eso, Leto!... Cada día más... Pero
, hombre, ¿cuándo
haremos una escapadita afuera?

--Pues la haremos un día que esté la mar a propósi-
to y no vaya don
Alejandro, que tras de marearse, no tiene los ánimo
s de usted.

Se quedó en ello y se habló algo de la partida camp-
estre de la mañana y
de los dibujos de Leto; hasta que se dio por termin-
ada la tertulia,
yéndose a cenar los de casa y a la calle los de fue-
ra.

--XV--

Cartas cantan

«Queridísima Virtudes: ¡Cómo me habrás puesto, allá
a tus solas! ¡Qué
cosas habrás pensado de mí! Al despedirme de ti en
Sevilla, muchas
promesas; y después, si te he visto no me acuerdo.
No te lo digo porque
sea verdad, sino porque imagino que lo dirás tú cua-
ndo me tienes en la
memoria. Ni es verdad eso, ni siquiera de su casta.
.. Es decir, verdad
es que te prometí escribirte a menudo, y verdad que

no lo he hecho hasta
hoy; pero no es verdad que me haya olvidado de ti,
ni podría serlo
aunque yo hubiera querido y tú te hubieras empeñado
en ello también. Yo
me acuerdo de ti todos los días y a todas horas: lo
que hay es que con
los mejores propósitos de escribirte «mañana» cada
vez que apago la luz
para dormirme, viene el diablo con una trampa de la
suyas en cuanto me
despierto... y hasta la otra. Porque tú pensarás qu
e en una soledad como
la de Peleches, hasta por recurso de distracción de
biera ser yo muy
diligente en escribirte, y que cuando no lo hago ni
siquiera para
entretener el fastidio que debe de estar consumiénd
ome, señal es de que
no me acuerdo ni de la Virgen de tu nombre. Pues ah
í está, Virtudes de
mi alma, tu grandísima equivocación: en suponer que
yo me aburro en esta
soledad ni poco ni mucho, ni siquiera un solo insta
nte. Lejos de
aburrirme, son tantas las distracciones que tengo,
que me falta tiempo
para todo, hasta para escribirte; solamente me sobr
a para conocer mi
pecado y sentir sus mordeduras en la conciencia. ¡E
sta sí que es la pura
verdad!

»Hoy, no porque está el día lluvioso y no se puede
salir, sino porque ya
lo tenía decidido con toda resolución, te voy a con
sagrar la mañana
entera, y aun la tarde, si fuere menester, para esc
ribirte una carta que
valga por todas las que te debo, y un poquito más a
cuenta de las
posibles faltas sucesivas; porque ya sabes que somo

s pecadoras y que
caemos a cada paso, por mucho cuidado que pongamos
al andar.

»Pues verás tú, Virtudes, lo que pasa: yo sabía lo
que era Peleches por
lo que había oído a papá: un lugar muy alto y despe
jado, y en lo más
llano de él, nuestra casa, la única casa en todo Pe
leches, con grandes
vistas a la mar y hermosos campos por los otros lad
os: lo que a mí me
gusta sobre todas las cosas del mundo, como tú sabe
s muy bien; pero,
amiga de mi alma, ¡qué diferencia de lo pintado a l
o vivo! Maravillada
me quedé al ver con mis propios ojos el incomparabl
e panorama que papá
me fue enseñando desde los balcones de esta casa al
día siguiente de
llegar, de noche y obscura como boca de lobo; de ma
nera que todo cuanto
iba viendo aquella madrugada, era nuevo para mí. ¡Q
ué mar! ¡qué montes!
¡qué vega! ¡qué puerto! No me cansaba de contemplar
lo, ni me canso hoy,
ni me cansaría jamás, aunque me pasara la vida cont
emplándolo.

»Por aquí, no me había engañado la ilusión: para pi
ntar, para pasearme
por mar y por tierra, para sentir, para soñar... pa
ra todo y mucho más,
daba lo que tenía delante. Pero, amiga, quién te di
ce que, a lo mejor de
mis entusiasmos, ahí viene la etiqueta de las gente
s villavejanas... ¿Te
he hablado algo de Villavieja?... Espérate que repa
se lo escrito...
No... Pues Villavieja es el pueblo, la villa a que
corresponde el sitio
de Peleches: Peleches en lo más alto, y Villavieja

en lo más bajo, pero casi unidos por una calle muy mala y un paseo regular. Villavieja es un poblachón negro y antiguo, sucio y desmantelado, con mucha gente desocupada, unos señores muy raros, unas señoritas muy cursis y otras muy estrafalarias. También hay personas muy apreciables; pero pocas. Pues a lo que iba: sin darnos tiempo para sacudirnos el polvo del camino, ¡zas! una nube de visitas; y enseguida otra... ¡Ay, Virtudes de mi corazón! ¡qué fatigas aquellas... y qué tipos de señoritas, y de señoras... y aun de señores! De lo que hicieron y dijeron y las galas que traían, no te quiero hablar aquí, porque no puedo: es materia demasiado larga; y además, para que la pintura resulte fiel, hay que remedar voces y movimientos, gesticulaciones y otras cosas muy importantes. Quédese todo ello para pintado al natural cuando nos veamos, y conténtate con saber ahora que cuando me vi enredada entre tanta visita y con la obligación de pagarlas una a una, y hasta con ciertas amenazas sordas de festivales solemnes y de reuniones particulares, me espanté como si toda la mar y toda la villa, hecha escombros, se me vinieran encima. Pero me tranquilizaron papá y unos señores muy buenos que andan aquí con nosotros, asegurándome que aquello pasaría en media semana, y que en otra media quedaría pagado en lo que valía.

»Y así sucedió afortunadamente. Hecha nuestra últim

a visita, vivimos
libres e independientes como el aire que respiramos
en estas alturas; y
tan ocupadas tenemos las horas, que, según te dije
al principio, hasta
para escribirte me ha faltado tiempo; y verás como
no hay exageración en
lo que te digo. Sabes que tengo la pasión del campo
, la pasión de la
mar, la manía de andar mucho, y el vicio de embadur
nar lienzos y
papeles, por no decirte que tengo el vicio de pinta
r; pues para saborear
y dar fomento a estos vicios y pasiones, hay aquí n
o solamente los
medios abundantes que ofrece la Naturaleza, sino ci
ertos recursos
accesorios, pero de grandísima importancia, que me
ha proporcionado la
casualidad. Hay, por ejemplo, quien conoce este pai
saje senda a senda y
palmo a palmo, y tiene, como yo, el vicio de andar
por él; hay quien
pinta y dibuja admirablemente; hay un barquito de p
aseo, un balandro...
un _yacht_ primoroso que está a mi disposición, y q
uien le gobierna con
una destreza y una serenidad, que te pasmarían... h
asta hay, por haber
de todo, quien oiga con corazón de artista algo de
lo que yo toco al
piano, y aun cante, con hermosa voz, parte de ello,
acompañado por mí.
Con esto no podía contar yo, racionalmente, al veni
r a Villavieja; y
mucho menos con que el incansable guía, el andarín
entusiasta de la
Naturaleza, y el pintor y el diestro piloto, y el d
ueño del hermoso
yacht, y el aficionado a la buena música, estuvie
ran reunidos en una
sola persona, un mozo que no pasará de veintiocho a

ños. Pásmate ahora
más: este mozo es farmacéutico; y ¡pásmate más toda
vía! se llama Leto de
nombre y Pérez de apellido; es decir, Leto Pérez, b
oticario de
Villavieja, como le pondrán en los sobres de las ca
rtas. ¿No parece
mentira?... También nos acompaña mucho, casi tanto
como él, un señor de
muy buena sombra, don Claudio Fuertes y León, coman
dante retirado y
administrador y apoderado de papá aquí. Pero éste,
aunque es muy bueno,
y fino y cariñoso, y con caídas deliciosas, es ya u
n señor mayor, y
además, con un miedo a los paseos marítimos, que no
s hace morir de risa.
Figúrate que él es de Astorga... A estos dos sujeto
s y a don Adrián el
boticario, padre de Leto (un viejecillo todo negro
de arriba abajo,
menos la cabeza que es gris, y la carita trigueña,
muy bueno,
¡buenísimo!), que nos acompaña un rato hasta la hor
a de cenar, está
reducida nuestra sociedad en Peleches. Pues con ell
a sola y lo que Dios
ha esparcido con tanta abundancia y hermosura alred
edor de este «solar
de mis mayores», como dice papá, resultan maravilla
s de placer... Por
supuesto que a ti que te espanta la soledad, y te e
ntristece el ruido de
las arboledas, y te hechiza el de la calle, y te em
briaga el vaho de los
salones, ha de parecerte inconcebible lo que te afi
rmo; pero te advierto
que no trato de que me envidies, sino de que sepas
lo que me pasa.
Recuerda, para que te cueste menos trabajo creerme,
en cuántas cosas he
andado yo al revés de las demás. Por ejemplo (y te

le cito porque me le
has citado tú bien a menudo, como de lo más asombro
so de mis _rarezas_):
yo entré en el colegio, por gusto mío tanto o más q
ue de mi padre, a la
edad en que algunas colegialas dejan ya de serlo; y
todo el afán que
tuviste tú, y de ordinario se tiene entre _vosotras
_, por vestirse _de
largo_, le tuve yo por continuar vestida de corto,
y si no de corto
precisamente (porque a ciertas alturas de la vida h
ubiera sido eso una
ridiculez además de una grande inconveniencia), de
entre día y noche
siguiera, a modo de crepúsculo indeciso, que no te
obliga a nada y en
cambio te deja libre entre la muchedumbre anónima,
con los sentidos muy
espabilados: vamos, una ganga para verlo todo sin s
er vista de nadie.
Así fue que cuando por primera vez me vestí de seño
rita _disponible_, ya
estabas tú de vuelta buen rato hacía. De las cosas
del mundo _por
dentro_, no conozco sino lo que vosotras me habéis
contado; otro poquito
más que he atisbado por las rendijas _al pasar_, pr
incipalmente con mis
Mary, aquella institutriz inglesa que despidió papá
de muy buena gana al
entrar yo en el colegio, y había tomado un año ante
s; lo poco que he
aprendido con el trato de las amistades de casa, y
lo que se ve o se
trasluce en las páginas de algunos libros y entre r
englones de otros.
Con estos antecedentes a la vista y lo que sabes de
mis gustos e
inclinaciones, ¿podrá chocarte lo más mínimo que co
n los enumerados
elementos de diversión que hay en Pelechés, y a ti

te matarían de
pesadumbre, me pase yo las horas sin sentir las?

»Mis contrariedades correspondientes llegué a tener
dentro de ello, no
te creas, y aun empecé a sentir las un poco, porque
los amigos no son de
hierro, y papá no está ya, por falta de costumbre,
para abusar de
ciertas valentías; pero todo se fue venciendo con la
mayor facilidad y
hasta con ventajas para mí; pues me he avelado a an
dar sola cuando no
tengo quien me acompañe por estos despejados alrede
dores, y sola voy
también con Leto en su _yacht_, cuando papá no se e
ncuentra de humor
para venirse con nosotros. Esto de _sola_ con Leto,
no lo tomes al pie
de la letra; porque Leto siempre va acompañado de su
marinero, un tal
Cornias, un tipo muy original y muy simpático, au
nque es bizco de los
dos ojos. Por de contado que esta tercera persona i
ndispensable en el
barco para ayudar en la maniobra a su piloto, maldi
ta la falta haría
allí para otra cosa, sino por el bien parecer; y si
tú conocieras a Leto
como le conozco yo, pensarías de la misma manera. L
e creo capaz de las
más heroicas abnegaciones. No te rías; porque te ju
ro que es de lo más
singular que se ha visto este sujeto. Primeramente
es un gran mozo, no
por la talla, que no pasa de la regular, ni por lo
aparatoso ni
relumbrante, sino por lo varonil y lo que puede lla
marse _bien hecho_ de
pies a cabeza; guapo, muy guapo, de hermosos ojos,
preciosa barba, pelo
abundante, cutis algo tomado por el sol y el aire,

pero jugoso... de
hombre sano... en fin, un hombre, lo que se llama un
hombre en toda
regla. Esto es lo primero que se echa de ver en Leto
o Pérez... si él no
sabe que se le mira; porque si lo sabe, ya es otro.
Y ésta es una de las
singularidades de este chico: se empeña (o mejor dicho,
se empeñaba,
porque últimamente ya no se empeña tanto) en que es
una persona
enteramente insignificante en hechos, en dichos y en
pensamientos; y
esta idea le amilana, le acoquina... vamos, hasta le
desmorona. No puede
llevarse a mayor extremo la modestia, de todo corazón.
Te he dicho que
dibuja y pinta acuarelas admirablemente; pues ha sido
preciso que se lo
afirme yo con insistencia, para que llegue a creerlo
un poco y se atreva
a dibujar o a pintar delante de nosotros. Algo parecido
sucede con lo
poco que canta, con una hermosa voz de barítono; y
otro tanto con su
conversación: ya no se corta delante de mí... ¡y si
vieras qué bien
habla y con qué expresión tan interesante, cuando se
deja ir confiado en
sus propias fuerzas! Al principio era delicioso hablar
conmigo: aunque
en la mirada inteligente se le conocía que no ignoraba
dónde estaba la
salida de su apuro, siempre salía por lo peor y lo
más desairado. Tan
atolondrado se ponía. ¡Y qué manera tan deliciosa tenía
a veces de
enmendar lo que él llamaba sus gansadas! Te asombrarías
de lo candoroso
y noblote que es, si te contara el caso de cierto cavel
que a mí se me
cayó de la boca y recogió él del suelo; cómo le vol

vió a tirar porque ya
no me servía; cómo y cuándo y de qué manera tan ori-
ginal volvió a
buscarle y le guardó como oro en paño, y cómo llegu-
é yo a descubrirlo
todo. Por supuesto que no me di por ofendida con la
inocentada, ni había
motivos para ello. Esto le alentó algo; y puede dec-
irse que desde
entonces data la relativa serenidad con que se cond-
uce delante de
nosotros.

»Pero donde hay que verle es en su balandro primoro-
so, regalo de un
inglés espléndido que vivió en Villavieja dos años,
y llegó a
entusiasmarse con las raras prendas de este chico.
¡Allí sí que es otro
hombre, Virtudes! Allí no conoce a nadie, ni se int-
imida por nada. Él es
señor y rey de la escena y del escenario. Lo mismo
que el jinete con su
caballo brioso, parece que se identifica él en la m-
ar con el esbelto
barquichuelo que la domina. Allí es Leto, en cuerpo
y alma, en pleno
señorío de sí mismo y tal como Dios quiso que fuera
. No se temen
peligros a su lado; y viéndole sonreír, con la nobl-
e e inteligente
mirada puesta en todo, me dejaría llevar en aquella
cáscara de nuez
hasta los confines del mundo sin el menor recelo...

»Y hagamos un alto aquí, porque me asalta de repent-
e una sospecha
reparando en el calor de lo que dejo escrito sobre
el hijo del boticario
de Villavieja, y recordando lo maliciosa que eres t-
ú. Aunque no lo

fueras, te reconocería cierto derecho ahora para dudar del desinterés de mis elogios; porque yo misma, con ser como soy, cuando he visto en algún libro entretenerse a la heroína en semejantes ponderaciones de un galán circunvecino, al punto me he dicho: «cogidita te tengo, clavadita me estás.» Ya ves si soy franca, Virtudes. Pues te equivocarías si tal pensaras de mí con relación a este mozo, por lo mucho que te le ensalzo. Ni barruntos hay siquiera de lo que pudieras presumir, ni trazas de que a él le haya pasado por las mientes la menor idea de esa especie, ni razón para que pase tampoco por las mías... Empiezo a vivir ahora; acabo de salir, como quien dice, del nido, con hambre de libertad y de espacio en que gozarla sin estorbos; ¡y había de?... ¡qué locura, Virtudes! Simpatía profunda; estimación grandísima; amistades sinceras, eso sí, porque todo se lo merece... Lo positivo, lo cierto, es que si se me preguntara hoy por quien tuviera en su voluntad el don de arreglar las cosas al capricho de la mía, qué es lo que más ambiciono, respondería sin titubear y con el corazón en la lengua: «que no tenga fin esta vida que ahora traigo.» Y nada más ni nada menos, Virtudes; créasme o no me creas.

»Y vamos a otra cosa. Mi primo Nacho debe de estar aquí dentro de quince o veinte días: nos ha escrito ya su llegada a Inglaterra. Con este motivo le hemos arreglado su gabinete del mejor modo que nos ha sido

posible con los pocos recursos que hay a mano. Yo creo que ha quedado muy bien; pero a papá todo le parece poco para ese sobrino...

»Como él es tan menudito de formas y parece, por el estilo de sus cartas, la misma languidez en carne y hueso, me temo mucho que no sirva maldita la cosa para la vida que hacemos aquí. Si resulta esto verdad, y por miramientos de cortesía tenemos que acomodarnos nosotros a su modo de andar... ¡entonces sí que me voy a divertir! Hoy por hoy, me apuran un poco estas dudas. Esto no es decirte que sienta la venida de mi primo; pero si me dijera que por su gusto renunciaba a venir, o que lo aplazaba hasta el otro verano, puede que me alegrar a la noticia. ¿Me quieres más franca?

»Pienso comenzar muy pronto una larga tanda de baños de ola: no porque los necesite, sino por probar de todo lo bueno que hay aquí; y la playa esta es de las mejores del mundo, en opinión de los villavejanos que no la usan nunca para eso... ni para cosa alguna.

»Se espera dentro de unos días la llegada de _El Atlante_, un vaporcillo costero, el único barco que entra en este puerto y da que hacer a su aduana. Viene cada seis u ocho meses a cargar el carbón de piedra que se ha ido acopiando en una mina de ello que tiene un sujeto de aquí. Dicen que la entrada de ese vapor es siempre un acontecimiento en Villavieja, y la única ocasión en que se ven villavejanos en el

muelle y sus
inmediaciones. Es curioso, ¿verdad? Por eso te lo c
uento, y también
porque no tengo cosa mejor que contarte, por ahora.

»Con motivo tan poderoso y la promesa formal de ser
más diligente para
escribirte en lo sucesivo, termino aquí esta carta
ofreciéndote su
extensión y las franquezas de que va henchida, como
ejemplos que estás
obligada a imitar cuando me contestes; sobre todo e
l de la franqueza.
Con ella y el acopio que habrá _en casa_, ¿qué mejo
r novela para mí que
la carta que me escribas?

»En espera de ella, te abraza con toda su alma tu a
miga

»NIEVES.

»Agosto 5 de 18...»

«G. P. SHAPCOAT ESQ.»

»119, Grave Street-Liverpool.

».....
.
.....
.

»Tal es la historia fiel de los sucesos, limpia y d
escarnada de todo
comentario. Con la idea que tiene usted formada, y
bien formada, de mi
carácter, ¿no le parece inverosímil el papel de gal
án que hago yo en
ella, e imposible que haya logrado acomodarme a él?
No en vano le he

pronosticado a usted varias veces, hablando de la imperturbable quietud de Villavieja, que la primera novedad que ocurriera aquí había de ser muy extraña. Pues ya se han cumplido mis pronósticos... El milagro se obró como se obran casi todos los de su especie: con un poco de casualidad y otro poco de... ¡qué carape! me voy convenciendo de que, la mayor parte de las veces, la culpa de las propias debilidades estriba en los resabios ajenos; en la falta de compensaciones mutuas; en el empeño tonto de tomarle a uno por su lado más inútil para el destino que se le quiere dar. Lo contrario de lo que ha sucedido aquí. Ya le he hecho a usted la pintura física y moral de Nieves: pues imagínese usted ahora a esa criatura tan linda, tan inteligente, de alma noble y esforzada, y de corazón limpio y sano como una bolita de oro, con los mismos gustos y las propias aficiones que yo; supóngala empeñada en que pinto mejor que Velázquez, que canto como un ruiseñor, que soy el más diestro piloto del mundo, y que no tengo precio para dirigir y disponer expediciones campestres; añada usted que me hace su maestro, su guía inseparable, su confidente y su amigo más íntimo, y añada usted también que es persuasiva por la fuerza de su talento clarísimo, y otro tanto por la virtud de su belleza; y ¡qué carape, hombre! o ha de ser uno un adoquín, o ha de creer y entregarse: entonces o nunca. Y cuando se ha dado este paso, se concluye mirando hacia dentro, metiendo la sonda en el meollo,

desmenuzando lo que hay allá, viéndolo con ojos de aumento, estudiándolo con calma, estimándolo con cariño y dándose por muy satisfecho del hallazgo, por mezquino que sea; satisfacción que trae consigo cierta seguridad, cierta confianza que antes no había en las propias fuerzas morales... Todo esto creo yo que es muy disculpable y hasta natural en la mísera condición humana. Cada cosa pide su elemento propio para vivir y desenvolverse. Las ideas del hombre están en el mismo caso: se educan, se fortalecen y aun se iluminan con el concurso de ciertos agentes externos que parecen providenciales en determinados casos de la vida.--¡Carape si se me ocurren cosas bonitas ahora!--El _quid_ está en que esos agentes salgan de su escondite y la quieran tomar con uno, como la han tomado conmigo en esta ocasión... y Dios se lo pague, por el buen servicio que me han hecho. Bien se está en el limbo de la insignificancia; pero se está mejor, porque se vale mucho más, donde yo me encuentro ahora; no en la región de los soles, porque no soy águila, pero sí donde se ve claro y no se anda a tientas. Pero ¿qué más? ¿No ve usted mi lenguaje? ¿No ve usted mi estilo? ¡Leto filosofando! ¡Leto metafísico! ¡Leto sentimental! ¿Quiere usted novedad más extraña ni milagro más patente, para un lugarón como Villavieja? ¿Se han cumplido o no mis pronósticos?

»Pero supongamos que está usted de acuerdo conmigo en este punto, y que

da por bueno el modo de obrarse el prodigio: «Corriente», piensa usted enseguida, «ya veo que _porque quiso_ ella, Nieves Bermúdez, la bella, la inteligente, la rica, la discreta, la de alma noble y corazón de oro; porque lo quiso, en fin, una mujer como no se ha visto en Villavieja ni volverá a verse en los siglos de los siglos, tú, Leto mísero, te levantaste y andas; pero ¿_adónde_ vas?» ¡Carape si es usted malicioso! ¿Qué sé yo adónde voy? Voy a todas partes y a ninguna, y ando porque me va bien así, porque me gusta andar. No vale confundir la luz con el astro que la produce: ¡bueno fuera que no pudiera amarse la una sin codiciar al otro! ¿Habría locura mayor? Pues tan grande como ella la cometería yo si mis devociones cayeran del lado de las sospechas de usted. Lo quiero advertir en tiempo: soy un admirador agradecido, no un enamorado: lo primero le es lícito a cualquiera; para lo segundo se necesita un atrevimiento que no cabe en mí, ni cabrá jamás, porque no hay razones para que quepa. ¿Cómo he de desconocer yo que lo que por más entra en la inclinación de Nieves hacia mí, es la identidad de aficiones que existe entre los dos? Sin esa coincidencia, yo sería para la hija de don Alejandro Bermúdez un villavejano más; a lo sumo, el hijo del boticario don Adrián, antiguo y buen amigo de su padre. ¿Ni por qué había de ser otra cosa mejor? Tampoco pretendo llevar mis escrúpulos hasta el extremo de suponer que Nieves me agasaja solamente porque me

necesita; pues si tan delgado lo hiláramos en el mundo, ¿adónde iríamos a parar, ni en qué pondríamos nuestros afectos que los creyéramos bien colocados? La estimación entre dos personas, por algo ha de empezar; y por cierto que no siempre este algo es de tan buena ley como el que ha engendrado la amistad con que me honra la hija de don Alejandro Bermúdez. Puestas las cosas en este punto, el único en que deben ponerse, el hecho final resulta (que es adonde yo me dirigía): la luz se hizo y el milagro se obró en mí. ¿Lo quiere usted más claro? Pues le juro que temo enturbiarlo si insisto en esclarecerlo.

»Por lo demás, ¡qué carape! en casos tan excepcionales como éste, las sospechas de cierto género son casi de necesidad. ¡Si a mí mismo me asaltan algunas veces! Ya se ve: en el ir y venir de las ideas, en el menguar y en el crecer de los entusiasmos, los límites y los terrenos se confunden, y se hace un amasijo allá, tan enmarañado y tan rebelde, que para deshacerle no basta en ocasiones toda la fuerza analítica del discurso. Pudiera citar a usted muchos ejemplos de ello. Vaya uno de muestra, por de pronto: Nieves tiene un primito mejicano, con quien se ha de casar según se dice; y el retrato de este primito, que está para llegar a Peleches de un día a otro, ocupa en el estudio de Nieves un lugar de preferencia. Por ese retrato sé yo que el primito es muy guapo; y por lo que me han contado, que es muy rico y muy

bueno. De todo ello
me alegraba yo en los primeros días de conocerle: nada más natural, ¡qué
carape!... como lo es hoy, porque sigo estimándole
en todo lo que merece
por las trazas, que son superiores, como he dicho;
sólo que en algunas
ocasiones, desde que sé que está para llegar, lo mismo es acordarme del
retrato o ponerme a contemplarle, que ya me tiene usted con cierto
disgustillo de ver guapo al galancete, y de saber que es rico y
bondadoso... vamos, que me nace en el corazón algo, como deseo vago de
que el primo no asome por acá en todos los días de su vida, y de que, si
asoma, resulte picado de viruelas, y tonto por añadidura y pobre por
remate. ¿Ha visto usted barbaridad semejante? Tan enorme me parece a mí
y tan fuera de toda disculpa, que por sentirla escarbándome las mientes,
ya estoy abominando de ella. «¿Quién eres tú, gaznápiro», me digo, «para
atreverte a esas cosas? Si es guapo, si es rico, si es despierto y
honrado, y Nieves le quiere, y en quererle y en hacerle su marido cifra
su felicidad, ¿a ti qué te importa? ¿Así la pagas las distinciones con
que te honra y la estimación que te da? ¿Te abrieron de par en par las
puertas de Peleches para eso? ¿Está bien que entrando por ellas como
amigo honrado, pretendas quedarte adentro como amo y señor de los
señores mismos? ¡Tú, obscuro villavejano, prosaico farmacéutico,
gusanejo vil de la tierra, atreverte al sol mismo que con su calor te
dio la vida! ¿Dónde se ha visto cosa semejante?...

Paga, paga, tus
deudas de esclavo, barriendo los suelos donde ella
pise, y avergüénzate
de haber levantado los ojos tan arriba.» ¡Carape qu
é cosas tan tremendas
me digo en esas ocasiones; y cómo me zumban los oídos
con el sonrojo,
solamente con imaginarme que pudieran haberme leído
tan malos
pensamientos en la cara! Y todo por la arrastrada c
onfusión de ideas;
por el feo vicio que una tiene de afinar con el aná
lisis las que mejor
le parecen. Una pregunta, un gesto, una mirada, que
no son la mirada, el
gesto y la pregunta de todos los días, ya nos da qu
e cavilar, que pesar
y que medir para un buen rato... hasta que viene el
sentido común dando
la medida exacta de las cosas y poniendo a cada una
de ellas en su
correspondiente punto de vista; y se acaba la aluci
nación.

»He dicho a usted que me parecen las regiones de la
luz que ahora
habito, mejores que el limbo de antes, y lo son rea
l y efectivamente,
pero esto no impide que si se dejara a mi arbitrio
el volver o no las
cosas a lo que fueron sin quedar de las actuales el
menor rastro de su
paso en la memoria ni en el corazón, vacilara yo mu
cho antes de
decidirme. Bueno, saludable, hermoso es lo presente
; pero cada vez que
considero que puede tener su fin a la hora menos pe
nsada; que los
moradores de Peleches desaparecen de aquí; que el p
alación se cierra y
vuelve a dormitar silencioso en sus alturas, ¡ay, q
ué triste de color lo

veo todo! ¡qué negro me parece el solar de los Bermúdez; qué turbio el mar; qué largas las horas, y qué insulsa la vida! En estas lóbregues de la fantasía, acepto al mejicanito rico, docto y sin viruelas, si con él, por amo y señor de la señora y ama de Peleches, quedan las costumbres de allí en el mismo ser y estado en que ahora se hallan; con lo que le doy a usted una prueba bien evidente de que mis entusiasmos no pasan de los límites racionales que les corresponde; de que mis ambiciones se cifran en el goce de la luz, no en la absurda codicia del astro luminoso; en vivir como ahora vivo, en una palabra.

»Y vea usted lo que son las cosas: cifrando en este método de vida todos mis goces, esos buenos señores de Peleches creen por estarme un gran servicio aliviándome de vez en cuando de lo que ellos juzgan pesada carga para mí. ¡Pesada carga conversar con Nieves, recoger sus impresiones de artista y de mujer observadora, y sus confidencias siempre originales y espontáneas y tan pintorescas como todo lo que brota de su luminoso pensamiento! Con un pretexto cualquiera se hace un alto en el programa y se nos licencia temporalmente a don Claudio Fuertes y a mí. Ahora estamos en uno de esos parentesis fastidiosos, o compases de espera, como los llama el comandante, que los deplora bastante menos que yo. Llevo tres días sin ver a los señores de Peleches más que un ratito al anochecer; y como las horas de

socupadas se me hacen
siglos y el tiempo está hermoso y los entretenimien-
tos viejos del Casino
no me satisfacen, el _yacht_ lo paga.

»Sobre esto del _yacht_, sólo le he dicho a usted q-
ue Nieves se parece
por andar en él, y que su padre, menos aficionado q-
ue ella a esta
diversión, cuando no quiere o no puede acompañarla,
tolera muy gustosa
que vaya sola conmigo y con el famoso Cornias; pero
nada le he hablado
de lo intrépida que es allí; de cómo se le revela e-
l placer de que va
poseída en el ardor de la mirada y en la gallardía
de sus posturas; ni
de cómo me tienta y seduce con palabras o con gesto-
s más tentadores que
ellas, a que fuerce y obligue al balandro a hacer l-
o que yo no quiero
que haga, ni debe de hacer cuando lleva una carga t-
an preciosa... ¡Y el
demonio del barquichuelo, como si lo conociera, hom-
bre! Hasta al mismo
Cornias se le antoja que parece otro cuando va Niev-
es dentro de él.
¡Carape, cómo se gallardea entonces, y con qué grac-
ia escora y hace
hablar al aparejo, y se desliza y gatea! En fin,
una pura monada.
Verdad que siempre fue una maravilla en estos parti-
culares; pero así y
todo, cabe mejorarse, y bien sabe usted lo que infl-
uyen en el aspecto de
las cosas la distancia, la clase y el punto de la l-
uz que las ilumina.
«Al fin», me digo yo en estos casos, «la largueza d-
e mi incomparable
amigo halló su merecido premio; ya tiene la joya un
empleo digno de su
gran valor.» Y entonces, amigo mío, no me remuerde

la conciencia por ser
dueño de lo que no merezco, y hasta me felicito de
no haber opuesto
mayores resistencias que las que opuse a la rumbosa
dádiva de usted.
¡Bien empleada está ahora! Así me la conserve Dios
muchos años.

»Pero a todo esto, ¿hago yo bien o mal en entretene-
rle a usted con estas
fantasías que me tienen como niño con zapatos nuevo
s? ¿Qué juicio
formará usted de ellas y de mí? Por el amor de Dios
, no se ría, y
considere que estando obligado a referirle los suce
sos, como se los he
referido al principio de la carta, no podía dejarlo
s sin la salsa de lo
que añadido al relato, so pena de quedar usted sumido
en más hondas
confusiones, o de tomarme por un solemnísimo embust
ero; porque,
verdaderamente, el caso de arriba resultaría increí
ble sin la
explicación de abajo, para todo el que me haya cono
cido como usted me
conoció. Lo que a mí me ha faltado, y de aquí nacen
mis temores, son
uñas para arrancar de mis adentros la entraña del a
sunto, tan limpia de
adherencias y piltrafas, que llegara usted a verle
con la misma claridad
que yo le veo. ¡Ay, carape! como yo tuviera esas uñ
as metafísicas, ¿qué
colores le hubieran resultado al cuadro ese y qué t
ranquila estaría
ahora mi conciencia de narrador! Pero es lo que suc
ede siempre: pasan
las cosas; va usted sintiéndolas y estimándolas una
a una, y
confiándolas de igual modo al dictamen o al afecto
del amigo, y todas

ellas van pareciendo naturales y corrientes, y orde
nándose y
acomodándose sin reparos, ni asombros ni aspa
vientos de nadie; pero
devórelas usted solo; almacénelas adentro, y a la h
ora menos pensada,
suelte el acopio entero y verdadero para que se vea
y se estime en su
legítimo valor: ya parecen cosas diferentes, y hast
a resulta montaña lo
que quiso usted que resultara granito de salvadera,
o al revés... Por
supuesto, voy hablando de lo que me pasa a mí de or
dinario, para venir a
parar a que lo que ha de asombrarle a usted, sin ll
egar a entenderlo
claro, viéndolo derramado en esta carta, le hubiera
asombrado menos y lo
habría apreciado mejor siendo testigo presencial de
los sucesos.

»De todas maneras, ríase o no se ría de la confiden
cia, guárdela usted y
téngala siempre como prenda segura del entrañable a
fecto que le profesa
su mejor y más agradecido amigo

LETO PÉREZ.

Agosto 10 de 18...»

--XVI--

Gacetilla

En una ocasión, dando los de Pelechés unas vueltas,
de pura cortesía, en
la Glorieta a la salida de misa mayor, observó Niev

es algo de extraño en
el continente de las villavejanas; algo como forzado
o que las desfiguraba
a todas de la misma manera y por un mismo patrón, si
pudiera decirse
así. Consultó la observación con Leto que iba a su
lado, y Leto la dijo:

--Fíjese usted bien, particularmente en la Escriban
a mayor, que es la
que más lo exagera... ¿No cae usted?

--No caigo.

--Pues consiste en que han dado todas en la gracia
de imitarla a usted
en el modo de andar y en el de vestir.

Nieves se hizo cruces.

Aquella misma tarde se encontró Leto con las Escrib
anas yendo él hacia
la botica y ellas hacia la Glorieta. Nada tenía est
o de particular; pero
sí lo tuvo el que al pasar Leto codo con codo con l
a Escribana mayor,
dijo ésta en voz airada volviendo la cara hacia él,
que había saludado
muy cortésmente:

--¡Escandaloso!

El pobre chico se quedó viendo visiones. ¿Por qué t
al impropio?
¿Dónde, cuándo ni cómo había escandalizado él?... ¡
Carape con el
dicho... y en mitad de la calle, y a quemarropa!..
Y aunque hubiera
escandalizado, ¿qué le importaba a ella?... ¡Vaya c
on la grandísima!..
Pero ¿no era creíble también que la palabrota que p
arecía un insulto a

él, fuera simplemente una de las dichas por la Escribana en el calor de la riña sorda en que iría empeñada con sus hermanas, como de costumbre?... En fin, no lo entendía; y después de todo, ¿qué más le daba?

Leto, con la vida que traía últimamente, andaba muy atrasado de noticias. El sabía que a poco de llegar de Sevilla los de Peleches y de darse Nieves a ver, los chicos de la crema villavejense trataron de dar a la sevillanita una «velada de honor» en el Casino; sabía que Mona Codillo y Celia Tejares (la Indiana mayor) se prestaban a tocar a cuatro manos las tres piezas que tocaban siempre allí y en el salón del ayuntamiento; y sabía, por último, que había disponible una metralla de más de diez _Poemitas y Meditaciones_ para acompañar al estruendo de la música; algunos _levisacs_ ribeteándose de nuevo, y hasta media docena de fraques en remojo; pero ignoraba que desde que se había notado en los Bermúdez el propósito de aislarse en su castillón de Peleches, y, lo que era aún peor, desde que se les había visto excluir de sus «altivos desdenes» a «un soldadote incivil, a un boticario chocho y al gandulón de su hijo», es decir, «a lo más ínfimo y despreciable de Villavieja», las cosas habían mudado de aspecto: las chicas se negaban en redondo, las unas a tocar, las otras a concurrir; los chicos, que tal vez aspiraran a ser tertulianos de Peleches y caballeros rompe--lanzas de la

fermosa castellana, comenzaron a cerdear; y aunque hubo algunos menos quisquillosos que querían entrar con todas a trueque del festival, Maravillas les apagó los fuegos, demostrándoles a su modo que «sólo al genio del hombre debían de tributarse festejos, no a una quimera teológica ni a la vanidad de un poderoso que se complacía en humillarlos.» Que los festejara el lacayo miserable (Leto, clavado) que les barría los suelos de rodillas por el mendrugo que le daban. Todo esto, solamente por lo de los primeros días; porque en cuanto se supo que Nieves andaba sola por las escabrosidades y umbrias de Peleches, y llegó a vérsela, sola también, por la bahía con el hijo del boticario, los aspavientos no tuvieron límites, y se indignaron las mujeres, que, al mismo tiempo, se afanaban por imitarla en el corte de los vestidos y en la manera de andar.

Bien ciego y bien sordo necesitó estar Leto entonces para no ver ni oír lo que se hizo y se dijo en Villavieja contra la «desvergonzada andaluza, el estúpido Macedonio» (había cundido el mote, por lo visto), y contra él, contra Leto, «el majagranzas enfatuado y corruptor escandaloso» de las buenas costumbres de allí. Porque las Escribanas y las de Codillo, y Rufita González, pero principalmente las Escribanas, eran las que lo cernían en tertulias y en paseos, y las que escupían de medio lado y se tapaban las narices en mitad de la calle en cuanto oían

nombrar a los Bermúdez o cosa que les perteneciera;
lo que no impedía
que cuando los tenían delante se despepitaran buscá
ndoles el saludo.

La Escribana mayor, que tenía, por lo visto, sus mo
tivos particulares
para ir a la cabeza de aquella conjuración de mujer
es y de mozuelos
desocupados (porque de aquí no pasó la riada), pesc
ó un día a tiro a
Maravillas y le dijo que no tendrían agallas ni pun
donor él y cuantos
con él andaban en el fregado de un periódico en let
ras de molde, si no
le echaban cuanto antes a la calle, pero lleno de m
etralla contra
ciertos malos ejemplos que corrompían las honestas
costumbres de ciertos
pueblos honrados, y contra los traidores escandalos
os que ayudaban a los
de fuera en la corrupción de los propios. Maravilla
s cantó sus ansias
civilizadoras y sus «convicciones positivistas», en
demostración de sus
grandes deseos de complacer a la Escribana; pero a
renglón seguido
expuso las dificultades viles y mecánicas que había
para realizarlos:
una de ellas el desánimo de sus colaboradores para
dar el dinero que se
necesitaba.

--Por eso no quede--dijo la otra en ademán trágico
de aficionado
casero:--nosotras somos ricas; y por el bien y por
la honra de
Villavieja, daremos hasta las enaguas.

Maravillas la estrechó la mano en silencio, y se la
rgó prometiendo que
El Fénix Villavejano no se haría esperar mucho.

Nada de esto ni de otro tanto más sabía Leto aquella tarde; como no sabía que habiendo husmeado estas cosas los Vélez desde su palomar de la Costanilla, y manifestado por aquellos días el entristecido Manrique propósitos de intimar el trato de los Bermúdez para realizar un determinado plan que había ideado y declaró a su hermana, ésta le dijo, irguiéndose pálida y seca, como una tibia muy grande:

--Te juro que arderá este palacio por las cuatro esquinas, en cuanto tú me traigas a él una cuñada de esa traza.

Por lo cual había _renunciado_ Manrique Vélez, a casarse con Nieves Bermúdez.

--XVII--

Mar afuera

Le digo a usted, ¡carape! que éste es un problema que me marea. Vengan aquí todos los sabihondos de la tierra, y pruébenme que cabe dentro del sentido común el que un hombre con barbas se pase media noche en claro, por el disgusto de no haber subido a Peleches en cuarenta y ocho horas. ¡Qué han de probar? Y mucho menos si yo les digo: «reparen ustedes que el hombre de mi ejemplo no tiene obligaciones que cumplir allí, ni debe

una peseta al padre, ni está enamorado de la hija,
ni Cristo que lo
fundó; que no es más que un tertuliano de la casa y
un amigo que pasea a
menudo con los señores de ella, no desde el princip
io de los tiempos,
sino de dos meses acá; que si no ha concurrido a la
s dos últimas
tertulias del anochecer, es porque a esas mismas ho
ras ha tenido
ocupaciones de importancia en la botica de su padre
, que le da el pan de
cada día; que ese hombre jamás ha conocido el mal h
umor, ni tomado en
serio cosa alguna de tejas abajo y de puertas afuer
a; que rebosa de vida
y de salud, y que nada teme, ni nada debe, ni nada
envidia... Por
último, ese hombre existe en carne y hueso; y soy y
o, Leto Pérez, el
hijo del boticario de Villavieja, y boticario tambi
én.» Y entonces los
sabios me contestarían, por poco sabios que fueran:
«pues Leto Pérez, el
hijo del boticario de Villavieja, no tiene sentido
común.» Y no le
tengo, ¡carape! no le tengo, y a eso iba; pues sí l
e tuviera, no me
sucedería lo que me sucede; porque a un hombre de s
entido común no puede
sucederle eso más que en un caso, y yo niego ese ca
so; y no solamente le
niego, sino que la suposición de él me parece el má
s enorme de los
absurdos, y además una irreverencia... ¡qué digo ir
reverencia? un
sacrilegio. De donde se deduce claramente que me qu
edé corto cuando,
escribiendo al inglés, le dije que entre ser lo que
ahora soy y volverme
a lo que fui, vacilaría... ¡Vacilar, carape! a cie
gas me agarro a lo de

ayer. Ayer era yo el hombre más descuidado y venturoso de la tierra; y hoy me carga a lo mejor cada murria que me parte. ¡Qué más? ¡Hasta el mismo oficio de que vivo empieza a caérseme de las manos! Es una mala vergüenza confesarlo; pero es la pura verdad. Nada, ¡carape! que, según van poniéndose las cosas, como si yo hubiera nacido hace dos meses. De esa fecha para atrás, el limbo... Con decir que hasta el _yacht_ me impone condiciones para hacerse querer de mí... ¿Se ha visto otra? Pues así es. O con _ella_ a bordo, o que nones. Y en estos remilgos, seis días de holgueta el muy tunante... Pero por esto no paso, porque sería ya de lo inaudito... Hoy se me han hinchado las narices, y te voy a dar tres tazas, por lo mismo que no quieres caldo...»

Por este arte despotricaba en sus adentros Leto Pérez bajando una mañana hacia el muelle, sin corbata ni chaleco, con una ancha boina en la cabeza y, por todo ropaje exterior, una americanilla y unos pantalones de lienzo. Como arreglaba la marcha al compás de los pensamientos, andaba con relativa lentitud, algo cabizbajo y con las manos en los bolsillos.

Cornias aparejaba el _yacht_, atracado a la escalera.

--¡Aviva!--le dijo en cuanto pisó el primer peldaño, --para ver si podemos _desabocar_ con la vaciante y el terralillo que nos quedan.

Enseguida bajó y se puso a ayudar a Cornias para acabar primero.

Terminada la faena, le previno:

--A desatracar para franquearnos.

Cornias, con la agilidad y presteza de un mono, empezó a cumplir la orden desanudando la estacha de proa para largarla.

--¡Espera!--le dijo de pronto Leto, con una inflexión de voz que revelaba algo de extraño para Cornias.

Suspendió éste la tarea y miró a Leto, que estaba a popa y sobre las puntas de los pies, como fascinado, con los ojos fijos en la blanca silueta de Nieves que acababa de aparecer en lo alto del Miradorio.

--¡Ay, carape!--se dijo:--con esto no contaba yo ahora. ¿Habrá visto el _yacht_ aparejado desde allá arriba? ¿Vendrá acá?.. . Por las trazas, sí... ¡Pues buenas están las mías para recibirla, carape!... Pero, bien mirado, no estoy sucio ni roto... ¿Y si no nos ha visto, ni viene a lo que yo presumo? ¿Espero?... ¿Me largo?... ¡Largarme! ¡Tendría que ver! ¿Podría, aunque quisiera? ¡Pues no están vibrándome las fibras todas como si de pronto me hubiera henchido de la salud que me faltaba?... ¡Carape, carape, hombre, qué cosas éstas tan extrañas!... Ya no la veo... ¿Por qué no serán transparentes los breñales que me la tapan ahora? ¿Por dónde echará? ¡Por dónde, por dónde! ¿Tienes más que ir a

verlo, simplón, cuanto más que estás deseándolo?...

Eso sí; pero ¿cómo lo tomará? ¿A bien? ¿A mal? ¡Ay, qué arrastradas de sconfianzas estas mías, que no acaban de curárseme! A la una... a las dos...

¡Cornias!--dijo en voz alta--, atraca otra vez... y aguárdate así, que vuelvo enseguida.

Saltó a la escalera, la subió en dos zancadas, atravesó el muelle y el andén en muy pocas más, tomó el camino del Miradori o; y al dominar el primer recuesto se halló cara a cara con Nieves que venía por el entrellano a todo andar también, algo sofocadita y un poco anhelante; pero muy mona, ¡muy mona!

La pobrecilla temía llegar tarde: había visto desde allá arriba el grimpolón azul, y por él había presumido que estaba el _Flash_ atracado al muelle; y estando atracado al muelle, sería para salir a navegar por alguna parte... «Pues buena ocasión», se había dicho entonces. «Puede que Leto quiera llevarme»; y hala, hala, hala... ¡qué ira le daba aquel pedazo de camino tan escondido del muelle, donde era inútil hacer una seña o dar una voz! ¡Y si entre tanto se largaba el _yacht_? ¡Y ella que tenía tantas ganas de darse otro paseo en él! Desde el último, once días lo menos... y dos sin subir Leto a Pelechés, ni dejarse ver por ninguna parte. ¿Había estado enfermo? ¿estaba enfadado, resentido de alguna cosa? ¡Qué injusto sería en ello! En Pelechés, todos, todos le estimaban

mucho y le estaban muy agradecidos.

Bien poco le quedaba que hacer a Leto en aquella es
cena que tanto le
imponía desde lejos. Todo se lo daba hecho Nieves;
todos los caminos le
abría ella; y ¡con qué dulzura de mirar, con qué ti
mbre de voz tan
melodioso, con qué volubilidad tan espontánea y hec
hicera! Había que ser
un leño para no atreverse, con aquel estímulo que l
e parecía sobre
humano, a ser un poco sincero y expresivo también;
y se atrevió a serlo.
Dijo el por qué de no haber subido a Peleches en do
s días. ¡Él enfadado,
él ofendido! ¡Eso sí que era no conocerle!.. ¡cuand
o precisamente las
horas de esos días se le habían hecho siglos! Para
entretener el tiempo
mejor hasta la noche, en que pensaba volver a la te
rtulia de Peleches,
había resuelto pasar la mañana en la mar; y estando
ya desatracando el
yacht para franquearse, la había visto a ella baj
ar por el Miradorio,
y había salido a su encuentro para ponerse a sus ór
denes, por si no
había visto el balandro aparejado, o no venía con á
nimos de embarcarse
en él. ¡Carape, si recalcó lo de las horas largas,
y estuvo valeroso y
ocurrente en otras finezas semejantes el hijo del b
oticario! Y Nieves,
tan ufana con ellas y tan agradecida. ¡Que le pregu
ntaran entonces si la
cruz de su nueva vida le pesaba, y si, para descarg
arse de ella, quería
volver al limbo por que suspiraba poco antes!

Pero ¿por qué andaba Nieves por allí a aquellas hor
as? También se

atrevió Leto a preguntárselo, caminando ya los dos hacia el muelle; y resultó que Nieves y su padre, después de dar un largo paseo en dirección a la mina, se habían sentado a leer en la Glorieta: don Alejandro un periódico, y ella aquel libro que traía a debajo del brazo; don Alejandro se cansó muy pronto de leer, y se volvió a casa con propósito de destinar toda la mañana a despachar su correspondencia atrasada; ella se quedó leyendo, y advirtió a su padre que pensaba darse después una vuelta por el Miradorio, como hacía muchas veces. Desde el Miradorio había columbrado el palo del balandro con su grimpolón azul, y las pícaras tentaciones habían hecho lo demás.

--De manera, Leto--dijo en conclusión y deteniéndose para decirlo--, que ese paseo va a ser de contrabando, porque papá no sabe nada de él. Téngalo usted muy en cuenta y dígame qué tiempo se necesita para darle por la mar... porque ha de ser por la mar el paseo de hoy, o no me embarco.

--Pues por la mar será si usted quiere--respondió Leto, hechizado ante el aire resuelto de la animosa sevillana--, y podemos estar de vuelta antes del mediodía.

--Corriente--repuso Nieves después de meditar unos instantes, con el entrecejo fruncido.--Y dígame usted ahora, en conciencia de buen amigo y hombre honrado: ¿hago yo bien o mal en estas cosas?

--¿En qué cosas?--la preguntó Leto algo sorprendido .

--En venirme sola a correr aventuras de esta especie... Es pregunta que me he hecho a mí misma muchas veces, y una no más a papá.

--Y ¿qué le ha respondido a usted su papá?--volvió a preguntarla Leto, entrando en más hondas aprensiones.

--Ya ha visto usted cuántos paseos he dado sin él en el balandro, con muchísimo gusto suyo... Algo le inquietan los peligros del barco, por su poco juicio; pero como yo no los temo y usted es buen piloto, con tal de que yo me divierta... En lo demás, él es de opinión de que no se viene aquí a guardar etiquetas, ni a hacerse esclavo de miramientos vanos.

--Muy bien pensado.

--Eso creo yo también; pero ¿y ciertas gentes? ¿pensarán lo mismo?

--¿Se fía usted de mí, Nieves?

--Como de mi padre: se lo juro a usted.

--Pues entonces, ¿qué le importa a usted el juicio de esas ciertas gentes? Haga usted su gusto y ríase de ellas.

--¿Lo cree usted, Leto?

--De todo corazón.

--Pues no se hable más de esto...--Y dígame usted. ¿

está el día a
propósito para salir a la mar?

--¿Lo intentaría yo si no lo estuviera, Nieves? Y dígame usted a mí: ¿no se incomodará don Alejandro conmigo cuando sepa que sin su permiso he consentido en hacer eso que tan poco le gusta a él?

--No, señor, con tal de que estemos de vuelta antes de que él pueda alarmarse con mi tardanza.

--Eso corre de mi cuenta. Son las nueve menos cuarto... a poco más de las once puede usted estar en Peleches... porque no hemos de llegar a la Isla de Cuba... digo, cuento con que no se te antojará a usted.

--¿Me hace gracia la ocurrencia!... ¿Y si se me antojara, Leto?

--¿Si se le antojara a usted?... También eso me hace gracia a mí. Pues tenga usted la bondad de que no se le antoje, por donde pronto... ¿Se cansa usted con el paso que llevamos?

--¿Bah!

--Es que no hay tiempo que perder si hemos de salir con la vaciante y antes de que salte la brisa. Por eso me he permitido...

--¿Quiere usted que corra más todavía?

--No hay necesidad: ya estamos a dos pasos del muelle.

--¿Quién es ese tipejo que se pasea en él?

--Un tal Maravillas: algunas veces anda por aquí, para que crean las gentes que estudia en el gran libro de la naturaleza: es filósofo y ateo.

--¡Jesús!

--Sí, señora: un chico atroz. Ahora le trae al retortero la idea de publicar un periódico, y no acaba de publicarle.

--¡Con qué sonrisilla nos mira!...

--De puro ateo y compasivo que es; sólo que el mejor día le va a borrar alguno la sonrisilla esa de un bofetón... digo, me parece a mí...

¡Ajá!... ya estamos... Hoy no basta la mano, porque son muchos los escalones descubiertos y están algo resbaladizos: tenga usted la bondad de tomar mi brazo... ¡Atraca bien, Cornias, y ten firme!... Poco a poco, Nieves... Déjeme usted pasar primero al balandro... Deme usted su mano ahora... Muy bien... Ya estás botando, Cornias; y en el aire... ¡Listo el foque para hacer cabeza!... Pase usted a su sitio de costumbre, Nieves, que es el más seguro... Eso es... Avante vamos... ¡Listo el aparejo!

Se izó todo el trapo en un momento; y con el terralillo que aún duraba, aunque en la agonía, y la vaciante, comenzó el _Flash_ a navegar hacia fuera. Como el impulso del aire era tan leve y el agua no oponía

resistencia, la quilla se deslizaba sin el cortejo de espumas y rumores que Nieves echaba muy en falta.

--Ya vendrá a su tiempo, y en abundancia--la dijo Leto-- , porque el día está que ni de encargo para esas cosas... si usted no se arrepiente.

--¿Me cree usted capaz de arrepentirme--le preguntó ella mirándole fijamente y con expresión de asombro--, después de desearlo tanto?

--Como nunca se ha visto usted en ello... replicó Leto, pesaroso de haber apuntado la sospecha.

--Aquí, no; pero ya le he dicho a usted que en otras partes, sí; y aunque ésta fuera la primera vez, ¿tan poca confianza tiene usted en la fuerza de mis resoluciones?

--En cuanto dependan de la voluntad de usted, no--dijo Leto--; pero como en cosas de la mar hasta los más avezados a ella no cortan siempre por donde señalan...

--Pues luego va a verse, señor marino, si hay aquí o no hay valor para cortar por donde se ha señalado. Mientras tanto, le prohíbo a usted aventurar juicios sobre el particular.

Leto casi se ruborizó por falta de una sutileza galante con que responder a la reprimenda sabrosísima de Nieves.

--¡Qué bonito acopio ha hecho usted hoy!--la dijo porque no se acabara

la conversación y aludiendo a la media guirnalda de
yerbas y flores que
llevaba Nieves sobre el pecho.

--¿Usted ha visto--respondió ella bajando la cabeci
ta para mirarlas y
acariciándolas al mismo tiempo con la mano--, qué h
elechos más
primorosos? De tres clases y a cual más fina... Pue
s ¿y estos penachitos
de farolillos carmesí?... ¿Cómo me dijo usted el ot
ro día que se
llamaban?

--Brezos.

--Es verdad, brezos: ¡qué preciosos! Pues ¿y estas
otras florecitas
azules que estaban a su lado? ¡Cosa más fina y deli
cada!... Vea usted
qué bien componen con todo ello estas margaritas si
lvestres tan blancas,
con el centro dorado... ¡Qué primor de campiña!

Hablando Leto con Nieves de éstas y otras cosas par
ecidas, con entero
descuido, porque la marcha igual y monótona del bar
co no le exigía gran
atención, muy a menudo la llevaba puesta, más que e
n las palabras que
dirigía a su linda interlocutora, en el batallar de
los pensamientos que
le infundía la presencia de aquella criatura, confi
ada a su pericia y a
su lealtad en aquel chinarrito del mundo, entre el
cielo y la mar, en
medio de la augusta quietud de la Naturaleza. Cuant
o de honda y humana
poesía palpitaba bajo la costra del humilde boticar
io, se conmovía y
agigantaba entonces, llenándole la mente de luz y e
l pecho de

desconocidas sensaciones; y hubiera sido cosa digna de verse estampada en un papel, la imagen interior del vehemente y desapercibido Leto, perdido entre las evoluciones de su pensamiento, y por el ansia de analizarlos todos, volar de los más rastreros a los más altos, de los más grandes a los más pequeños; trastocar las especies muy a menudo, y apurarse por lo nimio y vulgar después de haberse mecido sereno en las alturas de lo sublime. Así, por ejemplo, tras de parecerle una herejía haber creído posible trocar por el limbo insulso de su pasado, el dulce presente con todas las contrariedades y amargores que necesariamente había de traerle aparejado, le sonrojaba de pronto la idea mezquina de verse allí, tan cerca de Nieves, vestido como un ga napán... quizá en el mismo instante en que Nieves, mirándole a hurtadillas, le veía mucho más hombre y más apuesto que nunca, con aquellos limpios, holgados y simples atavíos.

Duraron estas cosas tan entretenidas para Leto, y también para la sevillanita probablemente, poco más de un cuarto de hora; hasta que el balandro _desabocó_, y comenzó a sentir Nieves esas inexplicables impresiones, mezcla extraña de pavor y de alegría, que se apoderan de los novicios entusiastas como ella, al verse de pronto mecidos por las ondas salobres de aquel abismo sin medida.

--Ya estamos fuera--la dijo Leto que leía esas impresiones en su cara--.

Los síntomas no pueden ser mejores: _calma cernida_
. Observe usted esa
especie de muro de niebla que hay en el horizonte:
es lo que llaman ceja
los marinos; la mejor señal, en verano, de que va a
echar tieso, es
decir, a soplar luego una brisa fresca y bien entab
lada, como lo
demuestra también este poco de trapisonda que hace
balancear al barco y
restallar las velas abandonadas a su propio peso...
¡Cornias! atesa
acolladores y quinales, que trabaja demasiado el pa
lo... De manera que
nos hallamos en las mejores condiciones para poner
a prueba las del
yacht... o para volvernos al puerto dentro de die
z minutos, en popa,
si usted se halla arrepentida de haber llegado hast
a aquí... Con toda
franqueza, Nieves.

Con toda franqueza y hasta con entusiasmo, se ratif
icó la animosa
sevillana en sus deseos de llevar adelante su acari
ciado proyecto.
Cierto que las embarcaciones en que ella había sali
do a la mar dos veces
en Andalucía, eran mayores, bastante mayores que el
Flash; pero ¿y
qué? Lo que se perdía en holgura se ganaba en gozar
más de cerca los
lances del paseo. Conque adelante.

--Pues adelante--repitió Leto muy regocijado--, y n
o se hable más del
asunto... ¡Listo, Cornias! que ya viene la brisa pi
cando. Ha tardado
menos de lo que yo esperaba, y me alegro; así empez
aremos primero para
acabar más pronto... porque usted está algo de pris
a, Nieves, ¿no es

verdad?

--Esté o no esté--respondió Nieves con donosa formalidad--, el paseo ha de ser en toda regla. Conque aténgase usted a eso, y a nada más que eso... ¿Estamos?

¡Carape, cómo electrizaban a Leto aquellas monaditas de la sevillana! De pronto la dijo:

--¿Ve usted aquel rizadillo gris que tiene la mar allá lejos y viene avanzando hacia nosotros? Pues es el polvo que levanta la brisa en el camino que trae... ¡A qué paso viene!

Enseguida, dirigiéndose a Cornias, gritó:

--Ya está ahí... Caza escotas, que vamos en vuelta de fuera, y a ceñir... Y usted, Nieves--dijo volviéndose hacia ella--, agárrese bien a la brazola, y no se descuide un instante, porque esto no es la bahía... Y perdóneme si desde ahora no la hago los honores de la casa como yo quisiera, porque este caballerito es algo ligero de cascos y voy a necesitar muy a menudo poner los cinco sentidos en él.

En esto, sintiendo el Flash en su aparejo las primeras rachas de la brisa, se inclinó sobre el costado de babor; y Leto dijo entonces:--¡A la buena bordada!

Y comenzó el balandro a navegar, ciñendo y escorando; pero no como en la bahía, en plano perfectamente horizontal, sino entr

e balances y
cabezadas, que iban acentuándose a medida que refrescaba la brisa y la
mar se rizaba, cubriéndose de _carneros_ y _garranc
hos_.

Nieves se sobrecogió algo con las primeras _arfadas
_, que llegaron a
meter el carel debajo del agua revoltosa y espumant
e; pero la
inalterable serenidad de Leto y aquella su honda y
tenaz atención al
aparejo, a la caña, a todo el organismo del barco y
a su rumbo, y
algunas miradas a ella de vivo y cariñoso interés,
la tranquilizaron
bien pronto, y hasta llegó a encontrar muy divertid
o aquel incesante
cuneo, que la hacía el efecto de un columpio.

Tenía razón Leto al decir a Nieves que no le pidier
a cortesías en cuanto
empezara el barco a navegar: diez minutos después d
e decirlo, ya _no
estaba en casa_; ya estaba fuera de sí mismo, de su
naturaleza carnal y
propia; ya era como el espíritu, el alma del barco
que regía; el ser
activo e inteligente se había infundido en la armaz
ón y las lonas del
yacht; no pensaba ni observaba ni sentía Leto Pér
ez como hombre, sino
como barco; venía a ser a modo de _yacht_ inteligen
te, o un ser racional
con formas de balandro: lo que se quiera.

Bien claro le leía Nieves esta trasfiguración en lo
s ojos y en las
actitudes, y se embebecía contemplándole así, segur
a de no ser observada
por él, que llevaba toda la mar, toda la brisa y el
barco entero y

verdadero metidos en la cabeza.

De vez en cuando, pero siempre muy a tiempo, hacía una salidita a lo suyo, mirando o hablando breves palabras a Nieves, como Leto mortal, vivo y efectivo; cosa que la complacía mucho, porque no la gustaba verse allí tan sola como en ocasiones creía verse.

--¿Va usted bien?--la preguntaba.

Y volvía a ser barco en seguida...

--Buen andar llevamos--pensaba para sus maderas--; pero no todo lo que debemos. Hay que arribar un poco... un poquito más. .. Ya metimos el carel... Lo menos echamos seis millas... Orza ahora un poco para que adricemos y vayamos con más desahogo, aunque con menos velocidad... ¡Bien, bien!... Ahí están esos condenados, en regata conmigo... _ (Alto)_. Mire usted los delfines, Nieves, en rebaños, dándola a usted escolta de honor, y haciendo, volatines fuera del agua para que usted los admire. ¡Cómo quieren lucir su ligereza pasándonos por la proa a lo mejor!

Nieves los admiraba, y hasta los temía al verlos surgir del abismo junto al carel, volteando como pedazos de rueda negra con aguzadas cuchillas de acero enclavadas en la llanta.

--No hay cuidado--la dijo--, que son unos animalejos enteramente inofensivos, y además bobos.

Y con esto volvió a infundir su espíritu en el organismo de su barco y a pensar por él:

--Este andar no es para sangre marinera, con esta mar y esta brisa; hay que arribar otra vez, aunque los garranchos abundan... Cuestión de achicar, si es necesario. Dos garranchos a bordo. _ (Alto.)_ Cuidadito los pies, Nieves... y agarrarse... ¿Puede usted volver un poquito más la cabeza a la izquierda?

--¡Yo lo creo! ¿Para que?

--Para que vea usted a Peleches desde aquí.

Volvióse Nieves como Leto quería, y exclamó al punto:

--¡Ay, qué bien se ve! Pero ¡qué en alto y qué lejos está y qué iluminada la casa por el sol! Parece que nos está mirando con las ventanas... ¿Nos verá alguien desde allí, Leto?

--Al balandro, como un papel de cigarro, puede; pero a nosotros, difícilillo es a la simple vista... Agárrese usted, Nieves, que hay mucha trapisonda y son muy fuertes los balances. Aquí no se puede decir, como en bahía, que el barco paladea el agua; sino que la escupe y la abofetea y la embiste, ¿no es verdad?... y hasta riñe con ella, que, como usted puede observar, no se muerde la lengua tampoco... Vea usted allá lejos unas lanchas corriendo un largo... Son _boniteras_, de fijo... Así se pesca el bonito, a la _cacea_.

Poco después preguntó a Nieves, en cuya cara, más p
álida que de
costumbre, no se leía otra expresión que la de una
curiosidad
intensísima, si se daba por satisfecha con la prueb
a, o quería apurarla
más.

--Hasta ahora--respondió Nieves intrépida,--no ha m
etido el _yacht_ más
que una tabla; y usted me tiene dicho que puede con
tres.

--Dos, Nieves...

--Tres, Leto: lo recuerdo bien.

--Conmigo, sí; pero llevándola a usted, no me atrev
o.

--¿Teme usted dar la voltereta?

--Eso nunca; pero hay otros peligros...

--Pues las tres tablas quiero. Ya estoy acostumbrad
a a los balances, y
esto me va pareciendo delicioso.

Leto, a reserva de engañarla con un artificio bien
disimulado, la
prometió complacerla, porque no tenía fuerza de vol
untad para
contrariarla.

--Pues a ello--dijo--, y agárrese usted bien que vo
y a preparar la
arribada.

Apartó su atención de Nieves, y la puso toda en el
yacht.

--La verdad es--pensaba--, que la ocasión es de oro para hacer eso y aun otro tanto más; pero ¡carape!... no señor, no señor : tiento, tiento, que no llevas a bordo sacos de paja... Y lo está deseando el maldito. ¡Qué luego sintió la caña! ¡Allá vas! Ya está sorbido el carel... ¡Hola, hola! garranchitos a mí por la proa, ¿eh? Toma ese hachazo por el medio... y ese par de rociones para duchas... ¡Cara pe con la recalcada!... Una tabla... Esto ya es andar... y embarcar agua también... Pues otro poquito más de caña ahora... para probar... ¡nada más que para probar!... Ya está la segunda. _(Alto)_ Vaya usted contando, Nieves: dos tablas...

--Una y media--respondió Nieves al punto--. Hasta tres...

--¡No sea usted tentadora! Dejémoslo en las dos, y crea usted que es bastante.

--¿Hay miedo, Leto?

--¡Tendría que ver!

--Pues lo parece.

--Vea usted los delfines otra vez... Los puede usted alcanzar con la mano. ¿Serán capaces de pretenderlo, los muy sinvergüenzas? Pues al ver lo que se arriman y se presumen... Las gaviotas... Mire usted esa nube de ellas escarbando con las alas en el mar: allí hay un banco de sardinas...

--Lo que usted quiere--dijo Nieves pasando su mirada a firme de los delfines y de las gaviotas a Leto--, es distraerme a mí del punto que estábamos tratando; pero no le vale... ¡Las tres tablas, Leto!

Leto empezó a creer que no había modo de resistirla ni de engañarla...

--Pues las tres tablas--dijo--; pero ¡muchísimo cuidado, Nieves!

Y se dispuso a complacerla, comenzando por olvidarla a para no ser más que barco inteligente.

--Hay que volver a empezar--se decía--; y para esto, mejor era haberlo hecho del primer tirón, porque la brisa arrecia y la trapisonda crece...

El carel... ¡por vida de la arfada!... De ésta, va a ser el pozo un baño de pies... Más caña... ¡Uf!... ¡qué sensible y qué retozón está hoy el condenado! En cuanto se le tocan las cosquillas, ya no le cabe en la

mar... Una tabla... y un garrancho. Después hablaremos de estas

rociadas, amigo Cornias... ¡Buena cabezada! Gracias que dimos en

blando... La arribada ahora... Dos tablas, y sin carnero a bordo... ¡y

qué andar, carape! Que nos alcancen galgos ni las toninas siquiera...

Pues toma más, ya que te gusta... ¡así! que no has de desarbolar por

ello ni por otro tanto encima... Y eso que parece que te duele el

aparejo, por lo que gime y se cimbrea y se tumba...

¡Ay, carape! que

esto tiene su borrachera como el vino... ¡Si me dejara llevar de ella!... Pero, en fin, hasta las tres tablas, siquiera, que debemos... falta una... ¡Toma más, bebe más, que más puedes! ¡Vaya si puedes!... Hay que repetir la arribada con mayor energía... ¡Allá va!... ¡Ah, carape, que se me fue la mano!...

Salió el barco como una exhalación, levantando lumbres del agua; saltaron a bordo grandes chorros de ella; oyose un grito horripilante, y desapareció Nieves entre las espumas que revolvía el _yacht_ por la banda sumergida.

--¡Divino Dios!--clamó entonces Leto en un alarido que no parecía de voz humana--. ¡Vira, Cornias!

Y se lanzó al mar detrás de Nieves.

--XVIII--

Bajo el tambucho

Creo que se nos desmaya, Cornias... Era de esperar... El horror, el frío... ¡Desgraciada de ella... desgraciado de mí... desgraciados de todos, si esto ocurre antes de llegar tú a recogerlos! Ya no podía más... me faltaban palabras para alentarla; fuerzas para sostenerla... y para sostenerme yo mismo. ¡Qué situación, Cornias! ¡Qué cuarto de hora

tan espantoso! Anda más de prisa... Ten firme... Aquí, sobre este banco... ¡Santo Dios! ¡si me parece que sueño!... Arolla la colchoneta por esa punta para que sirva de almohada... Así... Ahora convendría reaccionarla; pero ¿cómo?... Con qué tenemos; pero ¿cómo? vuelvo a decir... Destapa ese otro banco y saca cuantas ropas haya dentro del cajón... ¡En el aire!... Yo, al armario de las bebidas alcohólicas... ¡Inspiración de Dios fue el conservarlas aquí!... ¡Y se resiste la condenada vidriera!... Pues por lo más breve... ¿para qué sirven los puños?... Hágase polvo este cristal, y el armario entero si es preciso... Este ron de Jamaica es lo más apropiado... Una copa también... Ampara tú esto de los balances, sobre la mesa... pero dame primero una toalla de esas para secarme las manos, que chorrean agua... ¡Qué ha de suceder con esta chaqueta que es una esponja?... ¡Fuera con ella!... Vete echando ron en la copa... Venga ahora... Pero aguárdate que la enjague antes la cara... ¡Dios de Dios! ¡que yo no pueda hacer aquí lo que es más necesario... casi indispensable!... aflojarla estas ropas empapadas... quitárselas de encima. ¡Si me fuera dado ver y no ver; maniobrar con los ojos cerrados!... La copa en seguida... Ron en las sienes... en las ventanillas de la nariz... entre los labios... ¡Pero si con ese talle tan oprimido no pueden funcionar los pulmones!... Yo bien veo dónde está la abertura de la coraza... pero ¡no sería una

profanación poner las manos ahí?... ¡No se me caerían de las muñecas?...

Y hay que hacer algo por el estilo, y sin tardanza. .. Por la espalda si acaso... justo: la misma cuenta sale... Tu cuchillo, Cornias... Ayúdame a ponerla boca abajo... ¡Dios me dé uno suficiente! ... Por si acaso, el filo hacia arriba... Ya está cortada la tela del vestido... Ahora las trencillas del corsé... y estos cinturones... Esta es obra más fácil... Trae aquel impermeable y tiéndele encima de ella y de mis manos, que no tienen ojos... Así... Ya queda el tronco libre de ligaduras... a volverla ahora de costado... ¿Ves cómo respira con menos dificultad?...

Más ron enseguida... ¡en el aire, Cornias! Le siente en los labios... Ten la copa un instante mientras la incorporo yo... Así... ¡Nieves!...

¡Nieves!... Dame la copa tú. ¡Nieves!... un sorbito de esta bebida para entrar en calor... A ver, poquito a poco... Allá va ... ¡Lo paladea, Cornias, lo paladea... y entreabre los ojos! ¡Sea Dios bendito!... Otro sorbo más, Nieves, hasta apurar la copa, aunque le repugne a usted: es esencia de vida... ¡Ajá!... Prepara otra, Cornias, por si acaso... Mira, hombre, ¡todavía conserva en el pecho parte de las flores que se había prendido esta mañana!... Sobre que se están cayendo ... Toma. No las tires: guárdalas en ese armario abierto... por si pregunta por ellas...

¿Se siente usted mejor, Nieves? ¿Quiere usted otro poco de la misma bebida para acabar de reaccionarse?... ¡Mira, Cornias, qué fortuna en

medio de todo! Ya vuelve en sí... ya está en sus cabales... ¡Bendito sea Dios!

El pudor, que es el sentimiento más afinado en la naturaleza de la mujer, fue lo primero que vibró en la de Nieves al recobrar ésta el dominio de su razón. Notó la flojedad del cuerpo de su vestido, mirose, le vio desentallado, reparó en el impermeable que la cubría los hombros; Y con una mirada angustiosa preguntó a Leto la causa de ello.

--Lo he rasgado yo--respondiola el mozo, tan ruborizado como la interpelante--, porque era de necesidad abrir por algún lado para que usted respirara con desahogo.... y elegí ese lado de atrás por parecerme menos... vaya, menos... y aun eso se hizo, al llegar al corsé, bajo el impermeable que no se le ha vuelto a quitar a usted de encima. ¿Es cierto, Cornias?

Cornias dijo que sí; y Nieves bajó la cabeza, estremeiose, y se arropó con el impermeable. Estaba pálida como un lirio, casi amoratada; chorreábale el agua por cabellos y vestido, y había una verdadera laguna en el suelo de la cámara; porque Leto, por su parte, era una esponja inagotable, de pies a cabeza.

--Ahora, Nieves--la dijo éste casi imperativamente, pero traduciéndosele en la voz y en la mirada la compasión y el interés de que estaba poseído--, va usted a hacer, sin un momento de tard

anza, lo que debió de
haberse hecho en un lugar de lo poco que yo hice...
porque no me era
lícito hacer más: está usted empapada en agua, está
usted fría; y eso no
es sano: hay que quitarse esa ropa... ¡toda la ropa
! enjugarse bien,
friccionarse si es preciso, y volverse a arropar: y
o no tengo vestidos
que ofrecerla a usted, ni en estas soledades han de
hallarse a ningún
precio; pero tengo algo seco, limpio y muy a propós
ito para que pueda
usted envolverse en ello y abrigarse... Vea usted u
na... dos... tres
grandes sábanas de felpa... dos toallas... unas pan
tuflas sin estrenar,
algo cumplidas de tamaño; pero donde cabe lo más, c
abe lo menos... Otro
impermeable... ¿Se acuerda usted de la tarde en que
les enseñé estas
prendas visitando ustedes esta cámara? ¡Mal podía i
maginarme yo entonces
el destino que les estaba reservado para hoy! En me
dio de todo, bendito
sea Dios, que menos es nada... Conque a ello, Nieve
s... y tome usted
antes otros dos sorbos de ron para rehacerse un poq
uito más... No
insistiría, porque sé que le repugna este licor, si
tuviera usted quién
la ayudara en la tarea en que va a meterse; pero, d
esgraciadamente,
tiene usted que arreglarse sola, y hay que cobrar f
uerzas... Vamos, otro
sorbito... y tú, Cornias, ¡listo a pasar un lampazo
por estos suelos!...
Vea usted bien, Nieves: sobre la mesa pongo, para q
ue las tenga usted
más a la mano, las sábanas, las toallas y las babuc
has... Allí queda el
capuchón impermeable; y la botella del ron para el

uso que la indiqué
antes y la recomiendo mucho, en este armario... Después se pasa usted a
aquel otro banco que está seco, y se acuesta un ratito... Para su mayor
tranquilidad, voy a correr las cortinillas de los tragaluces... No hay
ojos humanos en el _yacht_ capaces de un atrevimiento semejante; pero
usted no tiene obligación de creerlo... ¿Ve usted? Después de corridas
las cortinillas, queda sobrada claridad para lo que tiene usted que
hacer... ¡Ah! por si le ocurre llamar mientras esté sola aquí adentro:
esta puerta de entrada tiene un cuarterón de corredora: observe usted
cómo se abre y se cierra... Por aquí puede usted pedir lo que
necesite... ¡Listo, Cornias, que apura el tiempo!... Conque ¿estamos
conformes, Nieves? ¿Hay fuerzas? ¿Sí? Pues a ello sin tardar un
instante. Y ¡ánimo! que Dios aprieta, pero no ahoga.

Nieves, que había estado con la mirada fija en Leto, sin perder una
palabra, ni un movimiento, ni un ademán del complaciente muchacho en su
afanoso ir y venir, cuando le tuvo delante, a pie firme y en silencio
pidiéndola una respuesta, se la dio en una sonrisa muy triste, pero muy
dulce.

Enseguida se llevó ambas manos a la frente y se estremeció de nuevo,
exclamando:

--¡Dios mío, qué ideas me acometen de pronto, tan negras, tan raras!...

¡qué sobresaltos, qué visiones!... Estoy como en una pesadilla horrorosa... Mi pobre padre, tan tranquilo y descuidado en Peleches; yo, sin saberlo él, aquí ahora, de esta traza, en este mechinal... y un momento hace... ¡Dios eterno!... Leto... yo estoy viva de milagro... yo he debido de ahogarme hoy.

--No, señora,--respondió Leto muy formal.

--¡Que no? Pues si no es por usted, primero, y por la destreza de Cornias enseguida... confesada por usted mismo cuando le veía acercarse...

--Cornias ha cumplido con su deber, como yo he cumplido con el mío; pero usted no podía ahogarse de ningún modo...

--¿Por qué?

--Porque... porque no: porque para ahogarse usted era preciso que antes me hubiera ahogado yo, y después el _yacht_ con Cornias adentro, y después los peces de la mar, y la mar misma en sus propias entrañas, ¡y hasta el universo entero!... porque hay cosas que no pueden suceder ni concebirse, y por eso no suceden... Y ¡por el amor de Dios! esparza usted ahora esos tristes pensamientos, como yo esparzo los míos... que son bien tristes también, y muy mortificantes y muy negros, y conságrese sin perder minuto a hacer lo que la tengo recomendado; porque no da espera. Tiempo sobrado nos quedará después para hablar de eso... y

entregarme yo a la Guardia civil para que, atado codo con codo, me lleve a la cárcel, y después me den garrote vil en la plaza de Villavieja.

--¡A usted, Leto?

--A mí, sí; porque, en buena justicia, debió de haberme tragado la mar en cuanto la puse a usted en brazos de Cornias.

--Pero ¿habla usted en broma o en serio?--le preguntó Nieves, contristada con el tono y el ademán casi feroces de Leto.

--Pues ¿no ha conocido usted que es broma para distraerla de sus visiones?--respondió éste fingiendo una risotada de mala manera, abochornado por su imprudente sinceridad--. Lo que la repito en serio es que urge quitarse todas esas ropas mojadas.

--¿Y las de usted?--le dijo a él Nieves viendo cómo le chorreaba el agua por las perneras abajo--, ¿son ropas mojadas?

--Las mías--respondió Leto,--no hacen daño donde están ahora: somos antiguos y buenos amigos el agua salada y yo... Además, ya están casi secas y acabarán de secarse al aire libre, adonde voy a ponerlas enseguida con el permiso de usted. Vamos a ir empopados, y cuento con llegar al puerto en tres cuartos de hora; echemos otro hasta el muelle: la hora justa desde aquí... Téngalo usted presente para hacer su toilette... y hasta luego.

Con esto salió de la cámara, cerró la puerta y voceó a Cornias, que ya estaba esperándole con la maniobra aclarada y la sangre helada aún en sus venas con el recuerdo del espantoso lance que no se le borraría de la memoria en todos los días de su vida.

Se izaron las velas, se puso el _Flash_ en rumbo al puerto, y cayó su piloto, no en su embriagadora obsesión de costumbre en casos tales, sino en las garras crueles de sus amargos pensamientos. Volaba el _yacht_ cargado de lonas, arrollando garranchos y carneros, saltando como un corzo de cresta en cresta y de seno en seno, circuido de espumas hervorosas, juguetón, ufano... ¿Y para qué tanta ufanía y tanta presteza? Para tortura del pobre mozo, que veía en la llegada al puerto la caída en un abismo sin salida para él... Mirárase el caso por donde se mirara, siempre resultaba el mismo delincuente, el mismo responsable: él, y nadie más que él fue débil complaciendo a Nieves, sin consentimiento de su padre, en un antojo tan serio, tan grave, como el de salir a la mar a hurtadillas y con, el tiempo medido; fue un mentecato, un majadero, haciendo valentías en ella, sin considerar bastante los riesgos que corría el tesoro que llevaba a su lado; fue un irracional, un bárbaro, rematando sus majaderías con la bestialidad que produjo el espantoso accidente... No lo había dicho en broma, no: merecía ser entregado por la Guardia civil a los tribunales de justicia,

y agarrotado después en la plaza pública, y execrado hasta la consumación de los siglos en la memoria de don Alejandro Bermúdez y todos sus descendientes. Y si don Alejandro Bermúdez y la justicia humana no lo consideraban así, ni el uno ni la otra tenían sentido común ni idea de lo justo y de lo injusto... ¡Que Nieves vivía! ¡Y qué, si vivía de milagro, como había dicho muy bien la infeliz? Su caída había sido de muerte, con el andar que llevaba el barco; y en esta cuenta se había arrojado él al mar... Si se obraba el milagro después, bien; y si no se obraba... ¿qué derecho tenía él a vivir pereciendo ella, ni para qué quería la vida aunque se la dejaran de misericordia? Esto no era rebelarse contra las leyes de Dios; era sacrificarse a un deber de caridad, de conciencia, de honor y de justicia. Él la había puesto en aquel trance; pues quien la hizo que la pagara. Esta era jurisprudencia de todos los códigos y de todos los tiempos, y de todos los hombres honrados... ¿Comprometes la vida ajena? Pues responde con la propia. ¿Qué menos? Esto entre vidas de igual valor. Pero ¿qué comparación cabía entre la vida de Nieves y la vida de Leto? ¡La vida de Nieves! Todavía concebía él, a duras penas, que por obra de una enfermedad de las que Dios envía, poco a poco y sin dolores ni sufrimientos, esa vida hubiera llegado a extinguirse en el reposo del lecho, en el abrigo del hogar y entre los consuelos de cuantos la amaban; pero de aquel otro modo,

inesperado, súbito, en los abismos del mar, entre horrores y espantos...
¡y por culpa de él, de una imprudencia, de una salvajada de Leto!... Lo
dicho: aun después de salvar a Nieves, quedaba su deuda sin pagar; y su
deuda era la vida; y esta deuda debió habérsela cobrado el mar en cuanto
dejó de hacer falta para poner en salvo la de su pobre víctima... Todo
esto era duro, amargo, terrible de pensar; pero ¿y lo otro, lo que
estaba ya para suceder, lo que casi tocaba con las manos y a veces se
las inducía a dar contrario rumbo a su _yacht_? ¿Cuándo éste llegara al
puerto, y hubiera que pronunciar la primera palabra, dar la primera
noticia, las primeras explicaciones, aunque por de pronto se disfrazara
algo la verdad que al cabo llegaría a conocerse?...
Don Alejandro, sus
servidores y amigos... la villa entera, la misma Nieves, después de
meditar serenamente sobre lo ocurrido... cada cual a su manera, ¡todos y
todo sobre él!... Merecido, eso sí, ¡muy merecido! Pero ¿dónde estaban
el valor y las fuerzas necesarias para resistirlo? Hasta con el mar se
luchaba y en ocasiones se vencía; pero contra la justa indignación de un
caballero, contra el enojo de sus amigos, contra la mordacidad de los
malvados y contra el aborrecimiento de ella... ¡Oh, contra esto sobre
todo!... Aquí no cabía ni hipótesis siquiera. Antes que tal caso
llegara, aniquilárale Dios mil veces, o castigárale con la sed y la
ceguera y todas las desdichas de Job: a todo se allanaba menos a ser

objeto de los odios de aquella criatura que le parecía sobrehumana.

Después de subir Leto tan arriba en la escala de lo negro, sucedióle lo que a todos los espíritus exaltados movidos de las mismas aprensiones: que no pudiendo pasar de lo peor ni teniendo paciencia para quedarse quietecito donde estaba, comenzó a descender muy poco a poco, para cambiar de postura; y de este modo, quitando una tajadita a este supuesto, y un pellizquito al otro, y dando media vuelta al caso de más allá, fue encontrando la carga más llevadera y el cuadro general a una luz menos desconsoladora.

Para mayor alivio de su pesadumbre, al abocar al puerto se halló de pronto con la carita de Nieves asomada al cuarterón de la puerta de la cámara, mirándole muy risueña, con una rosetita arrebolada en cada mejilla y cierta veladura de fatiga en los ojos... El alma toda se le esponjó en el cuerpo al aprensivo mozo. Aquellos celajes tan diáfanos, tan puros, no eran signos de la tempestad que él temía...

--Ya está usted obedecido--le dijo--, en todo y por todo. ¡Si viera usted qué bien me encuentro ahora! Siento hasta calor, y he cobrado fuerzas... Pero huelo a ron que apesto... Lo peor es que no puedo manejarme a mi gusto, porque estoy lo mismo que un bebé: en envolturas. Además, el capuchón por encima.

Leto bajó un poco la cabeza y apretó los párpados y las mandíbulas, como si tratara de arrojar de su cerebro alguna idea, alguna imagen que, contra su voluntad, se empeñara en anidar allí.

--Bien sabía yo--dijo por su parte y sólo por decir algo, que el remedio era infalible; sobre todo, aplicado a tiempo... Y aunque yo me privara del gusto de verla ahí tan repuesta, ¿no estaría usted mejor descansando sobre el almohadón que no se ha mojado?

--Ya lo he hecho durante un ratito--contestó Nieves--; pero me he levantado para preguntarle a usted una cosa que ha empezado a inquietarme bastante... Como yo hasta ahora no he tenido el juicio para nada... En primer lugar, ¿por dónde vamos ya?

--Entrando en el puerto.

--Y cuando lleguemos al muelle, ¿cómo salgo yo de aquí, Leto? Porque no he de salir en mantillas. ¿Ha pensado usted en esto también?

--También he pensado en eso--respondió Leto devorando el amargor que le producía el recuerdo de aquel caso, que era la primera estación del Calvario que él había venido imaginándose--. En cuanto lleguemos al muelle, irá Cornias volando a Peleches en busca de la ropa que usted necesite... Se dirá, para no alarmar, que se ha mojado usted, no lo que ha sucedido...

--Me parece muy bien, y en algo como ello, había pe

nsado yo para salir
del primer apuro. Después, Dios dirá... ¿no es así,
Leto?

--Así mismo,--respondió éste algo mustio otra vez.

--Pues yo creo--dijo Nieves notándolo, que hacemos
mal en apurarnos por
lo menos, después de haber salido triunfantes de lo
más... Dios, que me
oyó entonces, no ha de ser sordo ahora conmigo... p
ara una pequeñez;
porque después de lo pasado, todo me parece pequeño
, ya, Leto... ¡muy
pequeño!... hasta el enojo y las reprensiones de pa
pá... ¡Virgen María!
Me veo aquí sana y salva y hablando con usted, vivo
y sano también, y me
parece mentira... ¡Qué horrible fue, Leto, qué esp
ntoso! ¡En aquella
inmensa soledad!... ¡qué abismo tan verde, tan hond
o... tan amargo!...

Amargos y muy amargos le parecieron también a Leto
aquellos recuerdos
que él quería borrar de su memoria, y por ello pidi
ó a Nieves, hasta por
caridad, que hablara de cosas más risueñas.

--¡Si no puedo!--le respondió Nieves con una ingenu
idad y un brío tan
suyos, que no admitían réplica--. Estoy llena, henc
hida de esos
recuerdos, como es natural que esté, Leto... porque
no ocurren esas
cosas todos los días, ¡ni quiera Dios que vuelvan a
ocurrirle a nadie!
Me mortifican mucho calladitos allá dentro, y me al
ivio comunicándolos
con usted... ¡y usted quiere que me calle!... Pues
caridad por caridad,
Leto: también yo soy hija de Dios... ¿Le parezco eg

oísta? ¿Le importuno?

¿Le canso? ¿Va usted a enfadarse conmigo?

¿Habría zalamera semejante? ¡Enfadarse Leto por tan poca cosa, cuando sería capaz!... Pidiérale ella que bebiera hieles para quitarla una pesadumbre, y hieles bebería él tan contento, y rescoldo desleído. No se atrevió a decírselo tan claro; pero como lo sentía, algo la dijo que sonaba a ello y le valió el regalo de una mirada que valía otra zambullida. Enseguida dijo Nieves, volviendo a pintársele en los ojos la expresión del espanto:

--Todo lo recuerdo, Leto, como si me estuviera pasando ahora: qué tontamente desprendí las manos del respaldo para llevarmelas a la cara, cuando sentí el chorro de agua en ella; la rapidez con que caí enseguida, y la impresión horrorosa que sentí al conocer que había caído en la mar; lo que pensé entonces y lo que recé; el desconsuelo espantoso de no tener a qué asirme ni dónde pisar... ¡Ay, Leto! si tarda usted dos segundos más, ya no me encuentra... Me hundía, me hundía retorciéndome desesperada... ¡qué horror! Cuando me vi agarrada y suspendida por usted, me pareció que resucitaba... Después empezar con los peligros de ahogarnos los dos por mi falta de serenidad para seguir los consejos que me daba usted... Empeñada en asirme a usted, como si estuviéramos los dos a pie firme sobre una roca... Pero ¿quién puede estar serena entre aquellos horrores, Virgen María! Después ya fue otro

a cosa: a fuerza de
suplicarme usted y hasta de reñirme, ya logré colocarme mejor y dejarle más libre y desembarazado... a todo esto, alejándose el _yacht_, y usted explicándome por qué lo hacía... después todas sus palabras para darme alientos, hasta que el barco volviera por nosotros. .. ¡si volvía, Leto, si volvía a tiempo!, porque a pesar de sus palabras, demasiado conocía yo lo que pasaba por usted: las fuerzas humanas no son de hierro; y aquella espantosa situación no daba larga espera... Recuerdo la alegría de usted cuando vio el _yacht_ encarado a nosotros; sus temores de que a Cornias no se le ocurrieran ciertas precauciones, y el barco, por demasiada velocidad, pasara a nuestro lado sin poder recogernos; y su entusiasmo cuando vimos caer las velas una a una, quedarse el barco desnudo, y al valiente Cornias de pie, con la caña en la mano y conduciéndole hacia nosotros hasta ponerle a nuestro lado, dócil y manso, y creo que hasta risueño... No parecía barco, sino un perro fiel que iba en busca de su señor. ¡No he de recordarlo, Leto? ¡Pues es para olvidado en toda mi vida por larga que ella sea?... Como lo que usted dijo en cuanto llegó a nosotros el _yacht_, y el pobre Cornias, pálido como la muerte, se arrojó sobre el carel con los brazos extendidos... ¿Se acuerda usted, Leto?

Leto, con la frente apoyada en su mano izquierda y el codo sobre la rodilla, no respondió a Nieves una palabra. Estaba

aturdido, fascinado,
quizá por los recuerdos que evocaba el relato; quiz
á por el acento
conmovedor y la expresión irresistible de los ojos
de la relatora.

La cual, después de contemplarle con cariñosa avide
z unos momentos,
añadió:

--Pues yo sí: «¡A ella, Cornias; a ella sola!» Mal
andaba yo de fuerzas
entonces, ¡muy mal!... no podía andar peor; pero me
hubiera atrevido a
jurar que estaba usted gastando las últimas en pone
rme en manos de
Cornias... ¡Ay, Leto! Yo creía que en determinadas
ocasiones de la vida,
estaban excusados los hombres de ser galantes con l
as damas; pero, por
lo visto, la regla tiene excepciones; y una de ella
s me ha tocado a mí
hoy, por dicha mía... ¡Y quiere usted que eche de l
a memoria todos estos
recuerdos, o que los conserve y me calle!... Y a to
do esto--añadió,
observando la emoción hondísima del original muchac
ho (que tenía que ver
entonces, desgredado, en cuerpo y mangas de camisa,
aún no bien seca, y
los pantalones más que húmedos todavía)--, ¿dónde e
stá Cornias?... Yo
quisiera verle.

Como el _yacht_ continuaba navegando en popa y no h
abía que tocar la
maniobra, Cornias iba a proa sentado al borde del t
ejadillo del
tambucho, con los brazos cruzados sobre el pecho, l
a cabeza algo caída,
pálido el color, y los ojos completamente en blanco
; porque todo su

mirar era entonces hacia adentro, donde le hervían las imágenes terribles de los recientes sucesos en que le había alcanzado tan importante papel.

Acudió a la llamada enérgica de Leto, el cual le dijo:

--La señorita desea hablarte: baja.

Y bajó al fondo del pozo. Allí levantó la cabeza, y enderezó lo más que pudo la mirada al ventanillo de la puerta; y tal efecto le produjo la expresión dulce y melancólica de la carita de Nieves, incrustada en el hueco, y el cariñoso interés con que le miraba a él, al ínfimo Cornias, que comenzó a inflar los carrillos y amagar sollozos; con lo cual Nieves se enterneció también algo, y ninguno de los dos articuló palabra.

Observado por Leto y queriendo dar fin a la escena que tan dificultosamente empezaba, con el pretexto de que andaba el yacht en las proximidades del muelle, pidió permiso a Nieves para enviar a Cornias a su sitio; y la dijo en conclusión:

--De eso ya hablarán ustedes otra vez.

Fuese Cornias y preguntó Nieves a Leto:

--¿Tan cerca estamos ya?

--En cinco minutos llegamos...

--¡Ay, Dios mío!--exclamó Nieves, palideciendo algo, --¡qué hormiguillo

me entra ahora!... ¿Será miedo?

--Hay para tenerle,--contestó el otro tiritando en su interior.

--Pues ánimo--repuso ella con la voz algo insegura--
-, y pensemos en lo
más para no temer lo menos. Antes se lo dije también.
Y ahora me vuelvo
a mi escondrijo, hasta que pueda salir de él vestida
de persona mayor...
¡Ah!... se me olvidaba--añadió después de haber retirado un poco la
carita del ventanillo--: he visto en el armario unas
flores iguales a
las que llevaba en el pecho esta mañana, si no son
las mismas...

--Lo son,--respondió Leto hecho una grana, como si le hubieran achacado
el robo de un panecillo.

--Pues ¿cómo están allí?--preguntó Nieves gozándose en el bochorno de
Leto.

--Porque se le estaban cayendo a usted del pecho cuando la tendimos
desmayada sobre el banco... y le dije yo a Cornias,
después de
recogerlas con mucho cuidado, que las guardara...,
por si preguntaba
usted por ellas.

--Muchas gracias, Leto, aunque ya no me sirven. Puede usted tirarlas, si
le parece.

--¡Eso no!--contestó Leto sin pararse en barras, acordándose del lance
del Miradorio--. Bien están donde están, puesto que
usted no las quiere.

--Y ¿no estarían mejor--preguntóle Nieves, con una sonrisilla que hablaba sola--, en otra parte... por ejemplo, con cierto clavel rojo, en el mismo libro, como apunte de dos fechas importantes?... En fin, al gusto de usted... y hasta luego... y corrió la tablilla de cuarterón.

--¡Lo propio que yo estaba pensando!--exclamó Leto para sí--. Dos fechas: el principio y el fin; porque esto es ya el acabose... ¡Cornias!--gritó de pronto--. ¡Arría!

Arrió Cornias el aparejo que le sobraba al balandro; y así continuó éste deslizándose hasta atracarse a los maderos del muelle, con la misma precisión que si llevara medidas a compás las fuerzas y la distancia.

--XIX--

En la villa

Dos pescadores que estaban trajinando en un bote cercano al muelle, vieron la llegada del _Flash_ y el estado en que venía Leto; cómo salió Cornias enseguida escapado hacia Peleches; cómo el hijo de don Adrián, descompuesto y airado de semblante, no sabía lo que se hacía, y, en ocasiones, hablaba palabras sueltas con alguien que estaba encerrado en la cámara; cómo volvió Cornias después a todo andar

, con un gran
envoltorio entre brazos y acompañado de «la Gitana
de Peleches» (así
llamaban a Catana las gentes de Villavieja); cómo e
ntregó Cornias a la
andaluza el envoltorio, estando los dos en el _yach
t_; cómo la andaluza
y el envoltorio pasaron a la cámara; cómo Cornias t
ornó a subir al
muelle y tomó a escape el camino de la villa; cómo
no tardó un cuarto de
hora en volver, con otro lío que puso en manos de L
eto; cómo al cabo de
otro cuarto de hora y salieron de la cámara la seño
rita de Peleches, muy
elegante, y Catana con otro envoltorio que goteaba;
cómo, después de
darse la mano la señorita y Leto, muy afectuosament
e, y de cambiar
algunas palabras, Cornias cogió el lío que goteaba,
y, echándosele al
hombro, salió del _yacht_ con las dos mujeres; cómo
Leto desde abajo y
la señorita desde el muelle, volvieron a despedirse
con la mano, de
palabra y con los ojos; cómo los tres desembarcados
se fueron por el
camino del Miradorio, y Leto se encerró en la cámar
a con su
correspondiente lío, para salir, un buen rato despu
és, mudado de pies a
cabeza y vestido «de cristiano»; cómo anduvo trajin
ando en el _yacht_...
y cómo, en fin, reapareció Cornias en el muelle, su
dando el quilo, sin
pizca ya de negro en los ojos, y bajó al _yacht_, y
se quedó en él, y se
marchó Leto hacia su casa... con un manojito de her
bachos y de flores
ruines en la mano, pero que debían tener algún méri
to, por el cuidado
con que las guardó en un bolsillo. Todas estas cosa

s y la cara de susto
que notaron en la señorita, en la gitana y en Corni
as, y de veneno en el
hijo de don Adrián, tan alegrote de suyo, pusieron
la curiosidad de los
pescadores en una tirantez insoportable. Por lo cua
l, en cuanto se
perdió Leto de vista, ya estaban ellos al costado d
el balandro acosando
a Cornias con preguntas.

Cornias era sobrio de palabras naturalmente, y en a
quella ocasión fue
hasta mezquino; pero como aún tenía el susto bien p
atente y lo visto por
los pescadores no se veía a todas horas en un _yach
t_ como aquél, de
vuelta de un paseo por la mar, la mezquindad de las
respuestas agravaba
el aspecto del asunto. Pronto cayó Cornias en esta
cuenta; y para salir
del paso honradamente, despilfarrose un poco más, b
arajando de mala
gana, a media voz y de medio lado, sin desatender s
u faena «una virada
en redondo», «mucho trapisonda», «garranchos como a
rena» y «los rociones
hasta la cara». Replicáronle que cómo pudieron empa
parse los demás y
quedar él tan enjuto como estaba a lo cual, y viénd
ose cogido por el
medio, respondió que no había más, y que bastante e
ra para lo poco que
les había costado y lo menos que les importaba.

Idéntica explicación había hecho a don Adrián, por
encargo de Leto, al
pedirle ropa con que mudarse éste; pero don Adrián
lo creyó a puño
cerrado desde luego, y no pasó más allá de lamentar
el caso, dar a
Cornias el equipo que le pedía, y rogar a Dios en s

us adentros que no
ocurrieran cosas semejantes cuando fuera en el bala
ndro la señorita de
Peleches, de la cual nada había dicho el mensajero
de Leto al boticario;
mientras que los pescadores, con más datos a la vis
ta y mayor
experiencia que don Adrián en achaques de aquel gén
ero, y maliciosos de
suyo, se forjaron el lance a su capricho; y dándole
por cierto, le
narraban diez minutos después, con minuciosos detal
les, en la taberna de
Chispas, delante de varias personas, entre ellas
la criada de don
Eusebio Codillo que iba en busca de la media azumbr
e diaria de clarete
que se bebía en la casa entre los seis de familia.

Esto ocurría a las doce y media, minutos arriba o a
bajo: a la una menos
cuarto se _sabía_ en casa de las Escribanas (que ya
tenían, por
Maravillas, conocimiento de la salida de Nieves a l
a mar, sola con el
hijo del boticario) que el uno y la otra, por andar
de remosco en el
balandro, habían caído juntos al agua, de donde sal
ieron con muchas
dificultades; que ella había venido desnuda en la c
ámara, y él a medio
vestir un poquito más afuera... Eso, al llegar al m
uelle; porque antes,
sabe Dios dónde vendría.

Rufita González _supo_ más que esto a la una en pun
to. Supo que,
habiendo salido Nieves de la mar sin conocimiento,
hubo necesidad de
desnudarla y darla friegas _en todo el cuerpo_, par
a que volviera en sí,
y dárselas con un esparto sucio, por no haber allí

otro recurso de que
echar mano. Y lo que decía Rufita a las tres Indian
as babeando de
indignación:

--No lo siento por ella, la verdad, ni por el paren
tesco que nos une, ni
tampoco me extraña; porque, con el modo de vivir qu
e traía la muy
pindonga, en eso había de venir a parar... o en cos
a peor que también
puede haber sucedido... ¡vaya usted a saberlo!... ¡A
y, si tenía yo buena
nariz cuando despreciaba sus arrumacos! «Que no te
dejas ver, Rufita...
que vengas a menudo por aquí... que te echo mucho d
e menos... que entre
personas de familia debe haber mucha unión y mucho
cariño... que a
comer... que a refrescar... que no seas ingrata ni
orgullosa...» ¡Pícara
lagarta sin vergüenza del demonio! ¡Como si fueran
de juego los motivos
que yo tenía para despreciarla!... Pero por quien s
iento el escándalo es
por mi pobre primo carnal, Nachito: tan joven, tan
guapo, tan caballero
y tan poderoso; porque le pone en _redículo_, despu
és de las voces que
han echado a volar ella y su padre, sobre casamient
o arreglado de los
dos primos. ¡Para ella estaba, la muy escandalosa!
¡En eso piensa el
hijo de mi tío Cesáreo! Por otros caminos más decen
tes y honrados han de
ir, si Dios quiere, las miras de mi pobre primo...
Y si no, al tiempo...
Pero ellos están haciendo creer otra cosa para ver
si cuaja... ¡Como no
cuaje! Que cargue, que cargue con el zagalón de la
botica... y gracias
que no lo tenga el gandulón a menos, porque para el

la sobra, ¡Ja, ja,
ja, jaaa!

En la Campada se recibió la misma historia, con nuevas ilustraciones, a las dos; y todos los Carreños cayeron sobre ella como una piara de cerdos sobre un costal de patatas: a dentellada limpia entre gruñidos de placer.

Los Vélez, que lo supieron a las dos y media, lo tomaron en tono muy diferente. Don Gonzalo miró a Juanita con cara de compasivo menosprecio; Juanita, en ademán de profetisa triunfante, miró a su hermano Manrique; y Manrique, que estaba mirando al suelo, según costumbre, y columpiando una pierna cruzada sobre la otra, bajó un poquito más la cabeza y corrió la mirada dos rendijas hacia el sillón... Enseguida leyó Juanita en alta voz una revista de _Asmodeo_, como para desinfectar la casa y endulzar los paladares; y no volvió a mencionarse allí el nombre de los Bermúdez, cuanto más el inaudito suceso que en aquellos instantes corría de boca en boca por toda Villavieja.

Don Claudio Fuertes le pescó en el Casino, muy atenuado y confuso, porque delante de él nadie osaba decir todo lo que sabía. Pero como era evidente que algo había sucedido, alarmose y corrió a la botica para averiguar lo cierto. Don Adrián sabía ya para entonces algo más de lo que le había contado Cornias: sabía que Nieves iba también en el _yacht_, y que también se había _mojado_; y esto lo

sabía porque Leto
había creído de necesidad contárselo en justificaci
ón de su invencible
disgusto, y por temor de que su padre supiera por o
tro conducto toda la
verdad y la creyera. El pobre boticario estaba tran
sido de pesadumbre.
«Nada tenía de particular el caso en sí, aislada, c
oncreta y
separadamente, eso es»; pero considerando que Nieve
s había salido aquel
día a la mar por primera vez y sin permiso ni conoc
imiento de su padre,
¡qué no estaría pensando y sintiendo a aquellas hor
as su bondadoso y
respetable amigo el señor don Alejandro Bermúdez Pe
leches, si era
sabedor de todo? Por aquí, por aquí le dolía al apa
cible don Adrián
entonces; y como Leto se quejaba también del mismo
lado, y ninguno de
los dos tenía serenidad bastante para presentarse e
n Peleches con
aquellos temores sobre el alma, Fuertes les reprend
ió la cobardía, y les
dio razones que les obligaban a lo contrario: si lo
sabía don Alejandro,
para disculpar Leto a Nieves y disculparse él mismo
honradamente; si lo
sabía y no le daba importancia, para que viera que
tampoco se la daban
ellos; y si nada sabía, tanto mejor para todos. Él
subiría aquella misma
tarde a Peleches a la hora de costumbre, como si na
da hubiera pasado, y
esperaba que hicieran ellos lo mismo: que no faltar
an a la tertulia de
la noche. Le pareció de necesidad también informar
y prevenir a los
amigos de don Alejandro, para que no se dieran por
entendidos del suceso
con él por sí aún le ignoraba, y que se hiciera la

propio con las
personas que fueran llegando a la botica, como ya h
abían llegado
algunas, en demanda de datos ciertos acerca de lo q
ue se propalaba por
la villa.

De acuerdo los tres sobre este punto y los demás al
lí tratados, don
Claudio salió de la botica para volver al Casino. C
erca ya de él, le
alcanzó Leto y le dijo:

--Lo que acaba usted de saber en la botica no es ni
sombra de la verdad;
y como quiero que usted la conozca, porque me parec
e que debe de
conocerla, y aquí no podemos hablar en reserva, llé
veme usted a su casa,
si tiene un cuarto de hora disponible.

Estando la casa de don Claudio a dos pasos de allí,
y habiéndole metido
las palabras de Leto en mucho cuidado, en un instan
te llegaron a ella y
se encerraron en el gabinete que servía al comandan
te retirado de
despacho y de dormitorio.

--Como lo que usted ha oído en el Casino,--comenzó
diciendo Leto a media
voz y espeluznado--, y lo que se estará propalando
a estas horas por
toda la villa, no son más que conjeturas sobre lo q
ue vieron dos boteros
en el _yacht_ atracado al muelle, y algunas palabra
s que tuvo que
decirles Cornias para engañarles el hambre, necesit
o yo, para alivio y
desahogo de mi conciencia, declarar toda la verdad
a un amigo tan
honrado y tan discreto como usted. Mi padre no sabe

más que lo que yo he
querido que sepa, y el público ¿quién podrá adivina
r hasta dónde llevará
las invenciones?

Y le refirió el suceso con los más minuciosos detal
les.

Don Claudio le escuchó sobrecogido; y no pudo menos
de alabar, con su
corazón de soldado viejo, el generoso rasgo de Leto
.

--No haga usted caso--replicó éste notoriamente mor
tificado con el
elogio--, de ese detalle del cuadro; porque le juro
, a fe de hombre de
bien, que no hubiera salido a relucir si hubiera po
dido explicar sin él
el salvamento de Nieves...

--Pero, alma de Dios--le dijo Fuertes para sacarle
del negro desaliento
en que le veía sumido--, ¿cómo se ha de prescindir
de ese detalle si en
la situación en que usted se halla y para el caso q
ue usted teme, es él
toda la cuestión?

--¡Toda la cuestión?

--Toda la cuestión, Leto, o yo no sé lo que traigo
entre manos. Si por
excesiva condescendencia, primero, y después por un
a distracción de
usted, estuvo Nieves a punto de perecer, y usted la
salvó con riesgo de
la propia vida, ¿qué mil demonios le ha quedado a d
eber al señor don
Alejandro ni al lucero del alba tampoco? Ahora, que
la lección le sirva
de escarmiento y que haya su sermoncito con espanto

s para arreglar a él
la conducta venidera, ya es distinto, y hasta me pa
recería muy al caso;
pero, esto ¿qué le quita a usted ni qué le pone?

Leto, con la cabeza baja, se atusaba las barbas, mi
raba al suelo sin ver
lo que tenía delante de los ojos, y no daba señales
de convencerse.
Volvió Fuertes a machacar sobre el mismo yunque, y
nada: Leto sin
resollar. Al cabo se enderezó y dijo:

--Eso que a usted se le ocurre es algo; pero no tod
o ni la mitad
siquiera; y apurándolo, un poco, nada.

--¡Nada?

--Mire usted, señor don Claudio: yo quiero dar por
hecho que don
Alejandro Bermúdez, al enterarse de todo, no solame
nte me disculpa y me
perdona, sino que me sienta a su mesa; que, Nieves
se queda tan
satisfecha y tranquila como si nada la hubiera ocur
rido, y que a mí no
me duelen pizca los comentarios irrespetuosos y las
fábulas y las zumbas
de las gentes... ¿quiere usted más? Pues con todo e
llo quedaba la
cuestión, para mí, en el mismo punto en que ahora s
e halla.

--¿Qué es lo que pretende usted entonces? ¿Qué es l
o que quiere?

--Lo que quiero yo--respondió Leto con los ojos esp
antados y la melena
erizada--, es que considere usted que la hija de do
n Alejandro Bermúdez,
yendo confiada a mi cuidado en un barquichuelo gobe

rnado por mí, por una
imprudencia mía ha estado a punto de perecer... ha
debido de ahogarse...
¿Puede usted considerar esto? Pues imagínese usted
ahora que esa
criatura se hubiera ahogado esta mañana, como debió
de ahogarse, don
Claudio, como debió de ahogarse, se lo vuelvo a rep
etir... y póngase
usted en mi lugar por un instante...

--Hombre--dijo aquí don Claudio frunciendo el ceño
y atusándose nervioso
los bigotes grises--, tomadas por ahí las cosas, ci
erto que no era
envidiable la situación de usted al volver a Villav
ieja.

--¡Qué volver!--exclamó Leto con la más candorosa n
aturalidad--. No
habría tal vuelta; porque Nieves no habría perecido
sin perecer antes yo
que la sostenía... Pero ella, ella, don Claudio, ¿p
or qué había de
perecer así? Este es el caso tremendo; lo demás son
accesorios que no
tienen otra importancia que la que reflejan de él.
¡y quiere usted que
no piense en ello... y que no me horrorice al pensa
rlo? Pues suponga
usted, por último, que se entera del suceso don Ale
jandro. ¿No es
natural que este buen señor se meta en las mismas s
uposiciones en que yo
acabo de meterme? ¿No es natural que, metido en ell
as, se horrorice
también? Y ¿no es natural igualmente que me tiemble
n a mí las carnes,
por miedo a esos justificadísimos horrores del seño
r de Bermúdez?
Llámeme nervioso, chiquillón y visionario, como me
lo llamó usted en la

botica por muchísimo menos de lo que ahora sabe...
Este clavo podrá
arrancarse mañana u otro día, o me iré acostumbrand
o a él; pero, hoy por
hoy, se le regalo al hombre más duro de entrañas; y
a ver cómo se las
arregla con la herida.

Don Claudio Fuertes, que había continuado atusándose
e los bigotes, con la
cabeza algo gacha y los ojos muy parados, en cuanto
acabó de hablar Leto
metió las manos en los bolsillos del pantalón y dio
media docena de
paseos maquinales, sin rumbo determinado y mirándose
e las puntas de los
pies. De pronto se detuvo, se encaró con Leto, y ra
scándose suavemente
la cabeza con dos dedos, le habló así:

--O yo no soy perro viejo, o me he olido hasta la c
alidad de ese clavo,
cuanto más la hondura de la brecha que ha abierto e
n usted. Natural es
que le duela, natural es que usted se queje; pero c
omo le duele a usted
en varias partes, porque el clavo es largo y atravi
esa muchas cosas
sensibles, confunde usted los dolores; y a veces, c
reyendo estar
quejándose del bazo, resulta, para el que oye, que
lo que a usted le
duele es el hígado... A mí me dejan sin cuidado esa
s equivocaciones, que
ni siquiera me sorprenden, porque, como lo he dicho
, soy perro viejo y
hace dos meses que andamos juntos; pero no a todos
les sucederá lo
mismo; y por lo que pueda tronar, le aconsejo que h
aga de tripas corazón
cuanto antes... y sobre todo en Peleches.

Se le cambió el color oyendo esto al hijo del boticario, de resultas de un aleteo y dos volteretas de _algo_ que sintió en las honduras del pecho; protestó con energía de la _sencillez_ de su pesadumbre, y rogó a don Claudio que se explicara con mayor claridad, para acabar de entenderle y de desengañarle; pero el comandante se hizo el sueco, y con dos golpecitos en la espalda y otra cordial alabanza de su valeroso arranque, dio por terminada la entrevista, despidiéndose de Leto «hasta la noche» y recomendándole mucho que no faltara.

--XX--

En Peleches

Rayana la hora de comer, don Alejandro Bermúdez hizo un montón con las cartas que había escrito en toda la mañana sin levantar cabeza; se restregó las manos muy satisfecho, como aquél que alivia la conciencia de un gran peso; dio unas pataditas para desentumecerse mientras guardaba las gafas de oro en el estuche, y salió del gabinete a la sala; precisamente en el mismo instante en que entraba Nieves en ella para ir al suyo, en traje de campo, algo agitada de respiración, y hubiera jurado don Alejandro que un tantico desencajada de semblante y despeinada, a lo que podía verse por debajo del ala del sombrero, muy

caída sobre los ojos...

--¡Torna!--dijo Bermúdez, parándose delante de ella
--: ¿habías vuelto a salir?

--¿Vuelto?--repitió Nieves muy azorada--. Sí... no..
.. Vengo ahora, papá.

--¿De dónde, hija?

--Pues de pasear...

--¿Desde que yo te dejé?...

--Desde que tú me dejaste. Cabal.

--¡Canástoles con el paseo! Pues ¿hasta dónde has l
legado?

--Hasta... hasta donde siempre... sólo que, verás,
me estuve en el banco
en que tú me dejaste en la Glorieta, lee que te lee
hecha una tonta, y
me bajé después muy despacio hasta el Miradorio...
Viéndome allí ya,
como estaba la mañana tan hermosa, alargué el paseo
hasta cerca del
muelle; pero cuando más descuidada estaba, oigo el
reló de la Colegiata,
me pongo a contar, ¡Dios mío! y cuento las doce. En
tonces tomé la cuesta
muy corriendo; y por esa me ves algo agitada. ¿Te h
e hecho esperar,
papá?...

--No, hija; esperar, precisamente esperar... no.

Mientras Bermúdez respondía así, con aspecto y adem
anes de extrañeza,
Nieves, inquieta y nerviosa, le miraba... le miraba
... como codiciando

algo que no se atreviera a pedirle.

--¿Me dejas darte un beso?--le preguntó al fin.

Y sin aguardar la respuesta, con los ojos empañados y casi llorando, se colgó del cuello de su padre.

--Pero, hija mía--le dijo éste, costándole trabajo desprenderse de ella--, ¿a qué vienen esos extremos ahora? ¿qué te pasa?

--Nada, papá,--respondió Nieves dominando su emoción--; sino que como nunca me ha ocurrido... venir sola tan tarde, y te habré tenido con cuidado... Me lo perdonas, ¿verdad?

--¿Si no he salido de mi gabinete en toda la mañana, alma de Dios, ni contaba con que estuvieras tú fuera de casa!... ¿qué cuidado ni qué?... Ahora lo sé porque tú me lo dices...

--Pues tanto mejor entonces--dijo Nieves esforzándose por echar el punto a broma--. De todas maneras, me perdonas el pecadillo, ¿no es cierto?

--Naturalmente--respondió Bermúdez sin acabar de salir de su extrañeza ni cesar de mirarla de arriba abajo--. Pero, mujer--añadió tras una breve pausa--: ¿dices que no has vuelto a casa desde que nos separamos en la Glorieta?

--Sí.

--Pues si yo juraría que te había dejado allí vestida de color de

barquillo, y ahora lo estás de blanco con rayas azules.

Aquí tuvo Nieves que emplear toda la fuerza de su buen ingenio y de su voluntad, para fingir una carcajada con que salir del apuro en que la puso la observación de su padre.

--¡Estás en tu juicio?--exclamó después de reírse bastante bien.

--¡Yo lo creo que lo estoy!--respondió su padre empezando a dudar--. Y ¿por qué no he de estarlo?

--Porque lo del vestido que dices, fue ayer.

--¡Ayer?

--Ayer, sí... ¡Cuando yo te lo aseguro!

Don Alejandro concluyó por encogerse de hombros.

--En fin... ¡si tú lo aseguras!...

Y no se atrevió a decir más.

En la mesa tampoco fue Nieves, en opinión de su padre, la de todos los días. Comió muy poco y se distraía a cada paso. Don Alejandro no la quitaba ojo.

--¡Canástoles!--pensaba sin cesar--. En esa cara hay algo de extraordinario: ese mirar no es suyo, ni ese color, ni esa expresión de sobresalto, ni... ni ese vestido es el que llevaba puesto esta mañana paseando conmigo, ¡ea! aunque lo diga quien lo diga... Hasta en el pelo,

¡canástoles! si me apuran un poco, encuentro ya algo que me extraña:
parece más apelmazado y obscuro...

También le llamaba mucho la atención Catana. Juraría que se cruzaban entre las dos ciertas ojeadas recelosas de tarde en cuando... Además, la rondeña paraba en el comedor lo menos que podía, huyendo siempre de encontrarse con la mirada de su amo. Acosó a Nieves a preguntas sobre una multitud de cosas traídas por los cabellos, y las respuestas fueron siempre al caso; pero... pero aquel tonillo de voz, aquel reír a veces sin venir a pelo, o aquella seriedad marmórea cuando estaba indicada la risa... Nada resultaba natural; todo, todo era pegadizo y contrahecho allí... Nieves no había sido nunca aquello.

La sobremesa fue más breve que de costumbre. Se le antojó al padre que la hija estaba deseando levantarse, y se levantó él para darla gusto.

--Voy a anticipar un poco la siesta hoy--la dijo por disculpa--, porque con el madrugón y la tarea de esta mañana, me estoy cayendo de sueño.

En cuanto Nieves se fue del comedor, llamó él a Catana con una seña; y llevándosela al rincón más escondido, la preguntó por lo bajo:

--¿Qué tiene la niña hoy?

La rondeña recibió la pregunta como el diablo una rociada de agua bendita, y contestó bajando mucho la cabeza:

--Ná, zeñó...

--¡Yo digo que tiene algo!--afirmó con energía desusada el manso Bermúdez.

--Po zi zu mercé lo zabe, zabe má que yo.

Y no dio más lumbres la rondeña, ni tampoco la cara una sola vez, por más que se la buscaba don Alejandro con gran empeño en cada pregunta que la hacía.

Con todos estos misterios, se le aguzaron las aprensiones. Se encerró en su cuarto y se dio a cavilar sobre ellas. Peor. Hasta los granitos de arena se le antojaron montañas. La intranquilidad le consumía. Era indispensable poner a Nieves en la precisión de aclarar aquel misterio; pero ¿cómo? ¿por buenas? ¿por malas? ¿mandándola venir? ¿yendo él a buscarla? Y si resultaba al postre que todo era una pura alucinación suya y que Nieves tenía razón, ¿qué pensaría de él? ¿Qué disgusto para la pobre niña!... Pero ¿y si había algo?

En estas dudas mortificantes, salió de su cuarto y se dirigió poco a poco y refrenando mal sus impacencias, al saloncillo donde suponía que estaría ya Nieves, y estaba, en efecto, haciendo la bor, en su sitio de costumbre, junto a la puerta del balcón. Hora y media permaneció allí Bermúdez sin adelantar un paso en sus proyectos. Midiendo y pesando gestos, palabras y actitudes de Nieves, a ratos se

afirmaba en que sí, y
a ratos le parecía que no. No sabiendo a qué atener
se, abstúvose de
indagar por derecho cosa alguna, y salió del salonc
illo tan a obscuras
como había entrado en él, pero menos intranquilo; p
orque viendo y oyendo
a su hija, le parecía imposible que en ella cupiera
misterio por el cual
debiera él alarmarse.

--Supongamos--pensaba andando hacia su gabinete--,
que hay algo que no
quiere declararme ahora: ¿qué será todo ello? Algun
a niñería de las
suyas que me hará reír cuando se descubra... Por de
pronto, ese dolor de
cabeza de que se me ha quejado y dice que siente de
sde esta mañana, ya
justifica su inapetencia y ciertas salidas de tono
que parecen
distracciones: si a esto se añade el sobresalto y l
a agitación con que
la pobre vino al mediodía desde el muelle, y que lo
de Catana puede ser
una aprensión mía, nada más que una aprensión, y lo
del vestido...
¡Canástoles!... esto del vestido es de lo más raro
que puede darse;
¡pero lo afirma de un modo!...

A las seis llegó don Claudio, como todos los días..
. Y también en don
Claudio vio Bermúdez algo de sospechoso y de alarma
nte: también miraba y
hablaba con recelo, como si anduviera a media luz e
n el terreno que
pisaba. No parecía sino que iba a una visita de due
lo, y que intentaba
conocer el estado de los ánimos para acomodar al de
ellos el temple del
suyo propio. ¿Cuándo se había visto cosa igual en e

l despreocupado
comandante?

--Hoy nos quedamos sin paseo, don Claudio--habló Bermúdez sin quitarle
ojo para no perder el más mínimo gesto de su amigo--
; digo, me quedo yo.

¡Ni la menor señal de extrañeza en don Claudio Fuertes! ¡Como si le
pareciera excusada la noticia!

--Pues lo siento,--respondió algo retrasado, pero m
aquinal y fríamente.

--Nieves anda algo malucha hoy... y no saliendo ella...

Tampoco le sorprendió esta otra noticia al señor don Claudio Fuertes.

Como si contara ya con ella, dijo muy sosegadamente
a su amigo:

--Cosa de nada, por supuesto, sin consecuencias...

--Un dolor de cabeza--repuso don Alejandro, mirando
de hito en hito al
otro--, que cogió esta mañana...

--¿En dónde?--preguntó don Claudio después de carraspear.

--En el paseo--respondió Bermúdez, sin dejar de mirar a su amigo--. Le
alargó algo más que de costumbre, y volvió un poquito sofocada.

--¿De dónde?

--¿De donde!... Pues ¡canástoles! del paseo; ¿no se lo estoy diciendo a usted?

--Quería yo decir que por dónde había paseado.

--Pues por donde acostumbra cuando yo no voy con ella: por estas alturas... hasta el Miradorio... Primero habíamos paseado juntos por la costa hacia la mina... Yo la dejé leyendo en la Gorieta, y me vine a casa a despachar mi correspondencia atrasada... Cuando acabé, al mediodía, la vi entrar en su gabinete, de vuelta del paseo y muy apurada, porque no sabía que era tan tarde... Por lo visto se enfrascó en la lectura; y con la agitación y el sobresalto... y el sol... ¡Si yo la contaba en casa dos horas hacía!

Aquí ya se reanimó don Claudio y volvió a su tono y maneras habituales:

--En resumen--dijo a su amigo--, que por efecto del paseo, o del sol, o de su apuro por creer que estaba usted con cuidado, o por un poco de cada cosa, Nieves llegó con dolor de cabeza y sigue con él.

--Justamente,--respondió don Alejandro, muy sorprendido por lo súbito del cambio en el humor del comandante.

--¿Y por supuesto--añadió éste--, estará levantada y tan campante?

--Tan campante y levantada--repitió Bermúdez--, y haciendo labor en el saloncillo.

--Pues ¿qué pito tocamos aquí nosotros entonces?--exclamó Fuertes hecho

un cascabel--.

--Vamos a acompañarla y a darla conversación... Digo, si no la molesta, o yo no estorbo.

--¡Qué estorbar, hombre, ni qué canástoles!--respondió Bermúdez que no deseaba otra cosa desde que había pescado _algo_ también en don Claudio. A ver si a fuerza de acumular factores allí, salía siquiera una chispa de luz.--Ya estamos andando.

Y se fueron los dos al saloncillo.

En el cual no ocurrió nada, absolutamente nada de que pudiera tirar el avispado Bermúdez para descubrir lo que andaba buscando.

Hasta que, ya de noche, llegaron a la tertulia el boticario y su hijo... y le hundieron un codo más en el piélago de sus aprensiones. ¡Qué cara la de don Adrián, y qué voz, casi llorosas, y qué aspecto tan cobardón y azorado el de Leto! Ni el uno ni el otro articularon palabra clara al saludar a don Alejandro; y Dios sabe qué término hubiera tenido aquella escena a no desenlazarla don Claudio Fuertes de este modo:

--Aquí, caballeros, no hay otra novedad que un levísimo dolor de cabeza que ha cogido Nieves esta mañana en un largo paseo, a pie y al sol: una verdadera temeridad... cosas de chicas jóvenes, muy fiadas de su resistencia. Pero ya está casi bien, y desde hace un instante, de codos

en ese balcón, tan entretenida que ni siquiera les ha oído llegar a ustedes.

Los dos farmacéuticos parecían haber revivido con las oficiosas advertencias de don Claudio Fuertes; pero, en cambio, el receloso Bermúdez entró en nuevas confusiones, porque si sospechoso le había parecido el aire de las palabras del comandante, más sospechosos le resultaban los efectos causados por ellas en el ánimo de los dos Pérez. No podía negarse que existían cuatro fenómenos, cuatro cosas raras, cuatro síntomas extraños, que, aunque independientes entre sí, convergían en un punto común a todos ellos: el caso misterioso de Nieves. Si a Nieves le había ocurrido algo, Catana, Fuertes y los dos farmacéuticos lo sabían. Esto ya era un hallazgo: el de un camino nuevo y más llano para ir en busca de la verdad. Pero ¡qué pena le daba el haberle descubierto! ¡De qué buena gana hubiera lanzado en medio de la tertulia el enigma de sus mortificaciones para que se le devolvieran aquellos amigos resuelto y aclarado en el acto: por caridad, si a las buenas se prestaban, o por deber, si le obligaban a usar de su derecho por las malas! Pero ¿y si no tenían bastante fundamento sus sospechas? ¡Qué campanada tan imperdonable! Optó por dejar las cosas como estaban, pero sin perderlas de vista.

En cuanto Nieves oyó pasos y barruntó que podían ser los de Leto, se

salió al balcón y se puso de codos sobre la barandilla. Nada tenía el suceso de particular, porque la noche estaba, muy calurosa. Hízose la desentendida a la llegada de los dos Pérez; y sólo cuando la saludaron desde la puerta, se volvió hacia ellos para contestarlos, pero sin separarse de la balaustrada.

--Dispénsenme--les dijo--, que les reciba con tanta confianza, porque en lo obscuro y al fresco, como estoy aquí, se me alivia mucho el dolor de cabeza.

Don Adrián se atrevió a indicarla dos remedios infalibles para curarse de él, y Leto, para explicárselos mejor, se llegó hasta ella... Hablando, hablando, se fueron volviendo los dos de espaldas a la tertulia; y puestos ya ambas de codos sobre la barandilla, dijo Nieves a Leto, bajo, muy bajo:

--Papá no sabe nada.

--Ya lo he conocido--respondió Leto entre palpitaciones de su corazón y estremecimientos de sus fibras--. ¡Qué miedo traía de que lo supiera, Nieves!

--No sé--replicó la otra, tampoco muy firme de voz--, si hubiera sido mejor que lo supiera, porque está muy receloso; y ni encuentra sosiego el pobre, ni puedo tenerle yo viéndole así.

--¿De qué recela?

--Verá usted: sucedió lo que dijo Catana que podía suceder: que llegáramos a casa sin que él hubiera salido de su cuarto, donde estaba encerrado toda la mañana escribiendo. Ya se sabe, cuando coge una tarea de esas, que la coge de tarde en tarde, siempre hay que entrar a llamarle para comer. Pues bueno: llegamos sin que nos viera nadie, guardó Catana el contrabando de la ropa mojada, y yo me fui corriendito hacia mi gabinete; pero al entrar en la sala, ¡zas! salía él del suyo, y me pescó. Aunque muy sobrecojada, me disculpé bastante bien; y ya se había tragado el embuste que urdí en el aire, de un paseo muy largo después de haber estado leyendo muchísimo tiempo en la Glorietta, donde él me dejó, cuando, hijo, mirándome y remirándome, se empeña en que el vestido que yo tenía puesto era distinto, ¡ya la creo! del que llevaba por la mañana... Tan cogida me vi entonces, que estuve sí canto o no canto; pero dominándome un poco, probé a negar, y negué, con la mayor desvergüenza, que hubiera cambiado de vestido en toda la mañana. Por de pronto le dejé en dudas y no aguardé a más. Pero ¡ay, Leto! cuando salí a la mesa... figúrese usted con qué ánimos saldría y con qué ganas de comer y con qué trazas; pues, por mucho que quise componerme y arreglarme de manera que se borrarán las marcas de lo pasado, ¡eran tan hondas! Con todo esta y lo receloso que él había quedado, y, para ayuda de males, con el poco disimulo de Catana al servirnos, el pobre hombre

se puso en ascuas y pregunta va y zancadilla viene,
y ojeada a Catana y
ojeada a mí. Se acabó aquello, yo no sé cómo, y emp
ezó otra indagatoria
en el saloncillo... hasta que se cansó, poco antes
de llegar don
Claudio. Y yo a todo esto, niega y ríe sin cuenta n
i razón y muerta de
pesadumbre por la violencia en que vivo y los malos
ratos que estoy
dando al pobre papá... Y, otra cosa, Leto, ¿qué sé
yo lo que le pasará
por la cabeza? Porque lo que menos sospecha él es l
a verdad; y como el
caso es que yo he faltado de casa toda la mañana, y
no quiero declarar
lo que me ha sucedido, ni puedo convencerle de que
no me ha sucedido
nada... ¿No le parece a usted que lo más llano serí
a descubrirle?...

--¿No lo descubra usted, por todos los santos del c
ielo, Nieves!--la
suplicó Leto con el alma entre los labios.

--Pero ¿por qué, hombre de Dios? ¿No le parecen a u
sted de peso las
razones que le he dado?

--Sí que me lo parecen; pero yo también tengo otras
que no dejan de
pesar en contrario sentido.

--A verlas.

¡A verlas! Temo que le parezcan a usted razones de
egoísmo, Nieves;
porque lo cierto es que se dan un aire, así de pron
to... En primer
lugar, el señor don Alejandro es incapaz de que la
desfavorezca; y al
pensar de usted cosa que la desfavorezca; y al ver

que usted sigue
negando y ha vuelto a ser en todo y por todo lo que
antes era, como
volverá a serlo desde mañana, en cuanto esta noche
duerma con sosiego
algunas horas, que sí las dormirá aunque al principio
la desvelen algo
las pesadillas, se le disiparán todas las aprensiones
y acabará por
reírse de ellas. Le juro a usted que si yo no lo creyera
así, le aconsejaría que esta misma noche le descubriera
usted la verdad.

--Pero puede descubrirla alguien que la sepa, como
ha de saberse, y
venga por ahí con la mejor intención; o en la calle
cuando él salga...

--Ya está previsto el caso y conjurado el riesgo en
lo posible; y si no
alcanza el conjuro... entonces será ocasión de explicárselo
todo como se pueda, y de calmarle.

--¿Esa es una de las razones?--le preguntó Nieves.

--¿No le parece a usted de algún peso?--preguntó a su vez el otro.

--Lo que no me parece es egoísta...

--La egoísta va ahora--dijo Leto armándose de resolución--: óigala
usted: el día en que el señor don Alejandro sepa lo
ocurrido, se quedó
el espacio sin aire y el cielo sin sol para mí.

--¡Qué exageraciones, hombre! Y ¿por qué?

--Porque ese día, en justo castigo, se me cerrarán
a mí las puertas de

esta casa.

Temió Leto que esta aclaración de las otras dos hipérboles sonaran demasiado recio en los oídos de Nieves, y se apresuró a decirla:

--La ruego a usted que no dé a estas palabras otro alcance que el muy modesto que llevan: las mayores bondades de usted conmigo no harán jamás que yo confunda los puestos ni las distancias: desde el suyo humildísimo goza el más pobre de la tierra los beneficios del sol y del aire que le dan la vida... No sé si habrá acabado usted de comprender lo que he querida decirla.

No le sacó Nieves de la duda con palabras, por de pronto, ni con un gesto, porque, si le hizo, Leto no pudo pescarle en medio de la obscuridad que los envolvía; pero tras un breve rato de silencio, oyó que le decía la hija de don Alejandro Bermúdez, siempre muy bajito:

--Tenemos fama de exageradores los andaluces; pero ¡cuidado que usted!... Y además de exagerador, es visionario: ¡pensar que han de dejarle sin aire y sin luz por un hecho que otros publicarían a voces para darse importancia!... ¿Por quién toma usted a mi padre, Leto? ¿Tantos harían por su hija lo que hizo usted esta mañana?

--¡Si eso--replicó Leto con mucha vehemencia--, no fue hacer Nieves, sino deshacer; enmendar en parte una brutalidad mía

anterior. ¡Si lo saliente del caso ese no está en haberme arrojado y o al mar detrás de usted, sino en haber consentido en llevarla a escondidas en mi barco, y sido causa luego de que usted cayera! ¿Qué importaba ya mi vida, ni cien vidas que hubiera tenido disponibles, después de poner en peligro la de usted? Y por aquí, por este lado, es por donde habría de ver el caso don Alejandro, y le verá cualquiera que discurra con serenidad.

--¿De manera--observó Nieves con una ironía que se transparentaba perfectamente en el acento de la voz y hasta en el modo de volver la cabecita hacia Leto--, que si como fui a escondidas en su _yacht_ y caí por culpa de usted, voy por encargo expreso de mi padre y caigo por culpa mía, en la mar me quedo sin auxilio de nadie?

--¡Eso no!--replicó Leto al instante y con una viveza que ardía--. Yo me hubiera tirado lo mismo detrás de usted; sólo que en ese caso el hecho hubiera tenido la poca importancia que no puede ni debe tener hoy.

¡Si Leto hubiera podido ver entonces la cara de Nieves!... En cambio oyó que ésta le decía:

--Es usted muy mal juez en causa propia, está visto. ¿Quiere usted dejar ese caso de mi cuenta? ¿Quiere usted que quede a mi arbitrio el descubrir o no descubrir a papá el misterio que con tantos afanes anda

buscando el pobre?

--Yo no quiero más--respondió Leto--, que lo que usted quiera... Al fin y al cabo, entre usted y yo, la razón no puede vacilar...

--Será porque me pertenezca--replicó Nieves--. De todos modos, muchas gracias por los poderes que me da, y óigame dos palabras en respuesta a aquello de los puestos para tomar el aire y el sol. En casos como el que citaba usted y temía que me ofendiera, no admito arribas ni abajos; porque, si a medirnos fuéramos, ¿quién sabe, Leto, a quién le correspondería en justicia el puesto más elevado? Es posible que volvamos a hablar despacio de esto mismo... A mí no me pesaría. Por ahora, quédese como está el asunto; es decir, en que le he comprendido a usted, y en que no es el que usted merece el puesto con que se conforma para tomar el sol y el aire... Otra cosa: ¿oye usted la mar?... ¿No parece que está relatando la historia por lo bajo, para que se entere papá, y murmurando contra usted porque la dejó sin la presa que ya estaba devorando? Toda la tarde he estado sintiendo la misma ilusión en los oídos... ¡Pícara memoria, qué malos ratos me está dando!... Si yo pudiera arreglarla a mi gusto, borraría lo amargo en ella; y entonces ya sería otra cosa bien distinta... Temí que no, viniera usted esta noche, Leto. ¡Como le dejé tan preocupado y es usted tan... especial!... Por otra parte, casi sentía que viniera, pensando en qu

e al verle entrar de pronto... ¡qué sé yo? ¡Depende de tan poco el que papá, con lo receloso que anda, me haga declararle la verdad! Por ese temor, en cuanto sentí los pasos de ustedes, me vine aquí con un pretexto. .. Lo peligroso para mí era la primera impresión. Además, tenía deseos de que habláramos algo. Ya ve usted, después de lo sucedido, ¿qué cosa más natural? Y ese poco que habláramos, no había de ser a gritos delante de la gente, ¿verdad, Leto?... Pues cuénteme usted ahora todo lo que le ha pasado desde que nos despedimos en el _yacht_.

¿Por qué extraña combinación de sensaciones y de ideas, llegó Leto a imaginarse entonces que, contemplados los enojos de Bermúdez contra él a través de la parrafada de Nieves, adquirirían proporciones colosales? En esta alucinación metido y disponiéndose a responder a Nieves, le sorprendió la voz del propio don Alejandro, diciéndolo desde la puerta del balcón:

--Niña, que te va a hacer daño el relente.

Los dos de la barandilla se volvieron cara adentro. Nieves, más serena que Leto, respondió al punto:

--Al contrario, papá: me va sentando muy bien.

--Se te figurará a ti--insistió secamente Bermúdez--; pero yo sé que te hace daño...

--Tiene razón don Alejandro--se permitió decir Leto

como si tratara de
congraciarse con él--. Dentro estará usted mejor.

Y pasaron los dos al saloncillo, donde se aburrían
soberanamente los
tres señores mayores.

La tertulia se acabó poco después...

Al bajar a la villa convinieron don Adrián y el com
andante en que el
pobre don Alejandro andaba en vilo. No había habido
modo de interesarle
en ninguna conversación. Leto no se había enterado
bien de ello, porque
se había pasado la mayor parte del tiempo en el bal
cón, «demasiado
tiempo» en opinión, muy recalcada, de Fuertes; porq
ue en la tirantez de
espíritu en que se hallaba el buen señor, hasta los
dedos se le
antojaban «huéspedes.» También esto de los huéspedes
s se lo recalcó mucho
don Claudio a Leto. El cual disculpó su conducta co
n el deseo que le
manifestó Nieves de permanecer allí, por temor a la
s pesquisas
incesantes de su padre, y de hablar sobre lo más co
nveniente para todos,
entre decirlo o callarlo.

--Y ¿en qué han quedado ustedes?--preguntóle, Fuert
es con la mayor
sencillez del mundo.

Tan escamado estaba Leto con la _nariz_ del comanda
nte, que se
sobresaltó con la pregunta, pensando que iba endere
zada _a otra cosa_ de
las que se habían tratado en el balcón y llevaba él
guardadita en la
memoria y paladeaba a ratos con avidez para endulza

r los amargores de
sus recuerdos de la mañana. Pero se repuso al instante, y contestó:

--En que ella haga lo que le parezca más prudente.

--Muy bien acordado, ¡caray!--observó entonces don Adrián Pérez deteniéndose para dirigirse a sus dos interlocutores, que también se detuvieron--. Verdaderamente la situación moral del excelente amigo, no es para prolongarla mucho tiempo... eso es... ni tampoco la nuestra, no, señor, ni tampoco la nuestra... Puede vencer las aprensiones que le inquietan; pero pudiera no... y las aprensiones comprimidas son pólvora que al fin revienta, ¡caray! y entonces, lo que pudo curarse con dos cuartos de ungüento, es una carnicería... Y hay que huir de estos extremos... eso es... mayormente cuando el asunto, bien mirado, bien mirado, eso es, no vale la pena, como en el caso presente; sí, señor, como en el caso presente. ¿De qué se trata en fin y remate?... Eso es, ¿de qué se trata? Pues, ¡caray! a todo echar, de una futesa... de una muchachada, eso es... Que el señor don Alejandro se entera de ella... se entera de ella, corriente... que se incomoda un poquito... eso es, y te echa a ti, Leto, un rifirrafe, y otro rifirrafe a su hija... Pues pongámoslo en lo más... y que haya rifirrafe: para mí igualmente, ¡caray!... y hasta para usted también, don Claudio... eso es, sí, señor, un rifirrafe para cada uno... ¿Y qué?... Por más vueltas que le demos,

siempre saldrá en limpio, en limpio, eso es, lo que antes dije: una muchachada... que servirá de gobierno para en adelante, y que se acabarán esos recreos peligrosos para ella... ¡muy bien acabados, caray! ¡Ojalá tuviera yo influjo bastante para obligarte a ti a lo mismo! Eso es... Pues ya está el señor don Alejandro desfogado y satisfecho, ya estamos nosotros tranquilos, tranquilos y satisfechos igualmente, eso es, y las cosas en su centro, y la paz restablecida en Peleches. Pues pongámonos en el otro extremo, y que el señor don Alejandro comienza a ver torres y montañas, ¡caray! y a sospechar de todos. Ese caballero no merece, no merece, eso es, una mortificación tan grande por motivos tan pequeños: tan pequeños, sí, señor, si somos buenos amigos suyos, buenos amigos, ¡caray! ¿No le parece a usted, señor don Claudio?

--Al pie de la letra, señor don Adrián--respondió el comandante rompiendo la interrumpida marcha--, y me permito aconsejar a Leto que si la interesada no resuelve sus dudas en este mismo sentido, influya con ella con todo su prestigio, para que lo haga así, por la cuenta que les tiene; y a usted, Leto, en particular.

--¡Eso es, caray, sí, señor, eso es!

Y no se habló más del asunto, ni de otro tampoco en aquella ocasión, entre los tres tertulianos de Peleches.

--XXI--

Al día siguiente

Durante las primeras horas de la alta noche, Nieves se despertó muchas veces: aun dormida oía aquel borboteo de la mar relatando el suceso a todo el mundo y reclamando la presa que le habían arrebatado de las fauces; pero estaba en la flor de la vida, a la edad en que las heridas no ahondan tanto como duelen; su quebranto físico era grande, porque el batallar del día había sido de prueba; y al cabo, la rindió un sueño reparador y tranquilo del que no despertó hasta bien entrada la mañana.

Pero el bendito de su padre no pegó el ojo en toda la santa noche. ¡Lo que él se revolvió en aquella cama buscando posturas para ahuyentar las quimeras que le desvelaban! ¡Los espacios que él recorrió con la imaginación en tantas, tan largas y tan calladas horas! En ocasiones, hasta se dolía de haber permitido tomar tan altos vuelos a «la loca de su casa».

--No tanto, ¡canástoles! no tanto--se decía--, que tan malo es pasarse como no llegar. Que hay algo, no tiene duda; pero ¿por qué hemos de echar las corrientes hacia ese lado y no hacia otro? ¡La condenada malicia humana que jamás se arrepiente ni se enmienda!... No estoy

conforme, no, señor, ni puedo estarlo. Hay que buscar por otra parte, y con juicio, y con equidad... y con lógica...

Y se daba de nuevo a cavilar; pero por donde quiera que echara sus cavilaciones, siempre, tenían el mismo paradero. Había tomado ya un vicio su máquina de discurrir; y en cuanto se ponía en movimiento, un poco más acá o un poco más allá, caía hacia el lado de siempre. Y este vicio era una idea que se le había metido entre los cascos en fuerza de indagar precedentes, amontonar supuestos y analizar indicios. No creía haber descubierto el caso limpio y morondo; pero sí su progenie, su parentesco. Comprobado este hallazgo, no era imposible encontrar lo que buscaba y cuyo valor positivo no era otro, estaba bien seguro de ello, que el misterio en que se lo envolvían. De todas suertes, existiera o no, halláralo o no lo hallara, de los desbroces hechos ya en aquel terreno había resultado una enseñanza para él, que no debía ser olvidada: había pecado, estaba pecando de optimista en determinadas cosas muy delicadas de por sí; y por grande que fuera su confianza en la virtud de ciertos principios fisiológicos, eran mayores los riesgos que se corrían en el caso actual, a la menor equivocación. Y en la duda, abstenerse. Lo primero que había que hacer, era un cambio de costumbres en su casa: más disciplina, más hogar, menos égloga. Bueno era el aire puro y libre; pero no en tanta cantidad ni a todas horas; bueno el

ejercicio de las fuerzas físicas, buenas la holgura y la despreocupación campestres; pero con discreción y sin menoscabo de otras leyes y de otros respetos muy atendibles y muy racionales. Por suerte de don Alejandro, aquel cambio de costumbres podía hacerse, se haría forzosamente sin necesidad de que se traslucieran sus sospechas ni sus arrepentimientos, ni se ofendieran pundonores ni de licadezas de nadie: con la venida de su sobrino Nacho. Desde el momento en que Nacho se alojara en Peleches, hasta por cortesía estaban obligados él (don Alejandro Bermúdez) y su hija a acomodar sus costumbres a los gustos del forastero, que de fijo los tendría muy diferentes de los que venían privando allí. Por su cuenta, Nacho no tardaría una semana en llegar a Peleches; de un momento a otro esperaba carta suya que se lo confirmara, desde Madrid.

--Y en viniendo él--concluyó Bermúdez, volviéndose hacia el otro lado, todo cambiará de aspecto y marchará como una seda por donde debe marchar... Sí, señor, ¡canástoles! aunque el demonio se empeñe en otra cosa, que no se empeñara, porque no hay razón de fuste para que se empeñe.

Llegó el día, moviose la gente del solariego caserón, púsose a su faena cada cual, apareció Nieves en escena a media mañana; y tan en su centro acostumbrado, en tan completa serenidad, tan semejante a sí misma la

halló su padre, que sintió como remordimientos de haber caído en las aprensiones que le tenían sin sosiego veinticuatro horas hacía. «¡Ah, pícaras suspicacias!--se decía viéndola trajinar y revolverse tranquila, descuidada y risueña.¡Condenadas flaquezas del meollo, que así arrastráis por los suelos los más hidalgos propósitos y las esperanzas mejor puestas!... Sin embargo--añadió por final de su _confiteor_--, no se ha perdido todo en esta batalla innoble y deshonorosa para mí, puesto que he sacado de ella una enseñanza que no se paga con dinero, ni con la mala noche que me ha costado... Porque la enseñanza queda, ¡vaya si queda, canástoles!... Porque lo que no ha sido, puede y podrá ser».

Como esta evolución del ánimo de Bermúdez se le reflejó en la cara, y se la tornó risueña y apacible, y fueron también risueñas y apacibles sus palabras, Nieves renunció al propósito con que se había levantado de revelar el secreto, en la mejor forma que pudiera, si continuaba el pobre hombre en las torturas de la víspera.

Todo iba, pues, a pedir del deseo en aquel día; y para que nada le faltase a don Alejandro, hasta recibió carta de Nachito; de Nachito, que anunciaba su salida de Madrid al día siguiente. Se detendría cuatro en la capital; y enseguida, de un tirón, a Peleches. Sacó Bermúdez la cuenta por los dedos, temblones de gusto... Era jueves... Al anochecer

del martes le tendría allí... ¡Canástoles, qué fortuna!... A Nieves con la noticia...

Estaba en el saloncillo muy descuidada; se la espetó de golpe su padre, y como un golpe en la espinilla la recibió.

A don Alejandro se le alargó la cara medio palmo.

--Mujer--la dijo plantado delante de ella, con la carta en una de las manos, caídas al desgaire--, va ya picando en historia este delicado particular. Si no son cuatro, no bajan de tres con ésta las veces que has recibido las noticias de tu primo como el diablo la presencia de la cruz; y ¡qué quieres que te diga?... me disgusta, me... vamos, que no me parece bien, porque no es justo... en fin, ¡qué canástoles! que hasta me desazona un poco...

También se desazonó un poquito Nieves con esta reprimenda de su padre, a juzgar por el ceño que puso y otras señales que se le notaron; pero se dominó pronto y respondió con entereza, aunque en calma:

--Es que das tú tanta importancia a eso que llamas delicado particular, que todo te parece poco para él. A ti te entusiasma; pues a mí no: ya te lo he dicho en otras ocasiones. Esto no es un pecado, papá. ¿Quieres que reciba esas noticias dando brinquitos y batiendo las palmas? Pues te engañaría si hiciera eso. ¿Me quieres hipocritilla y mentirosa, o me quieres llana y a la buena de Dios? ¿Me has visto a

alguna vez más
entusiasmada que ahora con tu sobrino? Pues si me qu
uieres sincera y
llana y nada hago ahora que, en rigor de verdad, pu
eda saberte a nuevo,
¿por qué te enfadas conmigo cuando no recibo esas n
oticias con la
alegría que tú?

--¿Si no me enfado, hija mía!--replicó don Alejandr
o dulcificando el
tono de sus palabras y la expresión de su semblante
--, lo que se llama
propiamente enfadarme... ni siquiera te pido que te
alborotes de
alegría; y me conformo con mucho menos: con que no
te causen disgusto
estas noticias. Pues ni eso poco me concedes: ya ve
s que no puedes
concederme menos... y es natural, muy natural, que
lo sienta; y
sintiéndolo, que te lo diga; lo cual no debe extrañ
arte, porque también
tú me querrás sincero antes que falso... ¿No es así
, Nieves?... En este
supuesto, todavía tengo que decirte más, y te digo
que es cierto que
nunca te vi entusiasmada con tu primo; pero que tam
bién es verdad que lo
de ese disgustillo de que te acabo de hablar, es co
sa nueva en ti: desde
que estamos en Peleches.

--Como que antes de estar en Peleches nosotros no s
e había tratado de su
venida.

--¿De manera que vienes a confesarme explícitamente
--dijo don Alejandro
volviendo a nublárselo un poco la cara--, que te di
sgusta la venida de
tu primo?

--Precisamente la venida por sí sola, no, repuso Nieves sin amilanarse con la consecuencia sacada de sus palabras por su padre.

--Pues ¿qué es lo que te disgusta entonces?--preguntó Bermúdez seriamente interesado ya en la conversación.

Nieves, luchando con resolución contra ciertas dificultades fáciles de presumir, que hallaba en la empresa en que se había empeñado, respondió, jugueteando con la tijerita con que cortaba las hilachas del bordado en que se entretenía:

--Me disgusta... o mejor dicho, no me gusta, algo que tiene que ver, o que puede tenerlo, con la venida esa.

--Y ¿cuál es ese algo? Será cosa nueva también, como el disgusto.

--No por cierto.

--Y ¿cómo no te ha disgustado antes de ahora?

--Porque la veía más de lejos, y no me apuraba.

--Pues no te entiendo, hija mía.

Nieves pinchó con la tijera muchas veces el bordado, que ninguna culpa tenía de sus apuros, y se calló; pero su padre no se satisfizo con tan poco, y añadió a lo dicho:

--Si me hicieras el favor de explicarte... Porque el caso lo merece.

--¡Yo lo creo!--respondió Nieves sin titubear.

--Pues entonces...

--Quería yo decir--repuso ella algo a rastras--, que si esa venida no fuera más que... venir por venir... vamos, una venida como otra cualquiera...

--Ya estoy--observó don Alejandro rascándose la coronilla con un dedo--. Pero eso es volver adonde estábamos antes... Lo que yo necesito es que me expliques el algo especialísimo que trae consigo esa venida.

Aquí volvió Nieves a pinchar el bordado con la tijera, y además se puso a balancear con la otra mano el bastidor que tenía sobre las rodillas. Su padre entonces, lleno ya de alarmante curiosidad, arrimó una silla a la de su hija y se sentó pidiendo, casi por el amor de Dios, una respuesta. Nieves le contestó, armándose de la mayor firmeza que pudo:

--Mira, papá, yo hablaría contigo de muy buena gana sobre ese asunto, y muy despacio, porque lo merece bien, como tú has dicho; pero no me atrevo, no sé... Soy una mozuela sin experiencia y sin arte... Tengo acá mi modo de ver y mis ideas... pero nada más: en mis adentros y a solas, me lo explico y lo siento bien; y si me pongo a explicártelo a ti, temo decir lo que no debo y callarme lo que debiera decir... Es falta de costumbre... y de valor. ¿No te parece esto muy natural?...

--Muy natural--confirmó su padre, que ya estaba en ascuas, arrimándose más a ella--; muy natural y disculpable en una niña tan bien educada como tú; pero como el punto es de importancia, de muchísima importancia, y una de las cosas que con más empeño te he enseñado yo es a que te acostumbres a ver en tu padre al mejor de tus amigos, espero que has de vencer enseguida esos reparos, para que acabe yo de entenderte; y si lo crees necesario, hasta te lo suplico... Conque ya te escucho, hija mía. Habla, ¡habla por el amor de Dios!

Y habló de esta manera Nieves, con mayor frescura de la que ella se había imaginado:

--Una vez, en Sevilla, te empeñaste en saber si me interesaba mucho o poco la venida de Nacho a vivir con nosotros aquí. Fue unos días antes de ponernos en camino. ¿Te acuerdas?

--Sí que me acuerdo: adelante.

--Pero me lo preguntaste de un modo tan particular, que me aturdí. Tú tomaste aquel aturdimiento mío como mejor te pareció, y así quedaron las cosas... ¿No es cierto, papá?

--Puede que lo sea... ¿Y qué más?

--Por algo que te dejaste decir entonces--continuó Nieves con voz bastante insegura, pero con bien hecha resolución-- , y otras señales que yo conocía desde mucho tiempo atrás, sospeché que e

entre mi tía Lucrecia
y tú había... ciertos planes que tenían mucho que ver con la venida de
mi primo a España... Con franqueza, papá: ¿los había o no los había?
¿los hay o no los hay a la hora presente?

Respingó sobre la silla don Alejandro al sentirse acometido tan de golpe
y tan de lleno por aquella pregunta, y, después de unos instantes de
silencio, preguntó él, a su vez:

--Y si yo te dijera que los hay, ¿qué me responderías tú?

Sin vacilar respondió Nieves:

--Que esos planes tienen la culpa de que yo no me entusiasme con la
noticia que me has dado.

--¿Canástoles!--exclamó aquí Bermúdez, saltando otra vez sobre la
silla--. ¿así estamos ahora?

--¿Cuándo hemos estado de otro modo, papá?--repuso Nieves que por
momentos iba alentándose--: ¿cuándo me has oído cosa en contrario?

--Mujer, tanto como en contrario, no te diré; pero creerte enterada y
perfectamente consentida, eso sí.

--Enterada, pase; pero consentida, no, papá: registra bien la memoria.

--¿Canástoles! hartos consientes quien se calla y deja hacer... Tanto más,
cuanto que llegué a creer que vosotros, por vuestra parte, estabais

proyectando lo mismo que nosotros.

--Pues ese ha sido tu error.

--Admitido; pero ¿por qué no me has sacado tú de él ?

--Porque ni tiempo me diste para ello la única vez que hubiera venido al caso, como viene ahora.

--Pero observo que ahora te apura, y antes no te apuraba. ¿Por qué así?

--Ya te lo he dicho: porque lo veo muy de cerca ya.

El pobre don Alejandro no cabía en la silla, de inquieto y de nervioso que le ponía aquel desencanto que sufrían sus candorosas ilusiones. Algunos recelillos habían arraigado en su magín, tiempo hacía, de que el asunto no caminará, por el lado de Nieves, al paso a que deseaba llevarle él; pero aquellas repugnancias expuestas con tanta entereza y a tales horas, rebasaban mucho de la línea de sus cálculos. Del montón de reflexiones que le llenaron atropelladamente el cerebro, sacó estas pocas, que le parecieron las más llanas y más propias del momento:

--Demos de barato, hija mía, que yo he estado viviendo en una equivocación continua sobre ese particular, con el mejor y más honrado propósito, y ten entendido que te quiero demasiado para que, con cálculos o sin ellos, llegara yo nunca a desatender tus repugnancias en

asuntos de tanta entidad; porque una cosa es que lo que se cree útil y conveniente y beneficioso para ti, se persiga y se acaricie, y otra muy distinta la imposición forzosa de ello, que en mí no cabrá jamás; en este supuesto, ¿qué mal hallas en la venida de ese pobre chico, ni a qué te comprometes, para que tanto la temas?

--La temo, papá--respondió Nieves al instante--, porque barrunto que Nacho viene para algo más que conocernos, y porque le creo enterado por su madre de esos propósitos vuestros que se conocen ya hasta en casa de Rufita González... ¿No se lo has oído más de una vez? ¿Quién se lo ha dicho sino tú tío, el padre de Nacho, o la tía Lucrecia... o Nacho mismo? Porque para supuesto, me parece excesiva la matraca de esa simple en cuanto me ve.

--¡Vete tú a saber!... ¿Te ha insinuado él algo a ti?

--Lo suficiente para darme otra prueba de que está bien enterado; y no me ha hablado con mayor claridad, porque en ese punto siempre le he tenido yo a raya. Pues bien: figúratele ya en Peleches con esas intenciones y muy pagado de lo mucho que se le desea; y considérame a mí con las manos atadas por los respetos que tengo que guardar a los proyectos consentidos y ensalzados por ti. Con todo esto y lo pegajoso y azucarado que él es, no hay remedio, papá: o tiene que darme a mí muy malos ratos, o tengo que dárselos yo a él peores. D

e cualquier modo, la
cosa no es divertida.

--¡Canástoles!--saltó don Alejandro entonces--. Es
que tú das por hecho
que ese chico ha de serte molesto y aborrecible; y
¿por qué no ha de
resultar todo lo contrario después que le trates?

--Porque es imposible eso,--respondió Nieves con un
acento de convicción
tan absoluta, que dejó suspenso a su padre.

--¡Imposible!--replicó éste después de observar con
gran fijeza a Nieves
que parecía algo pesarosa de su arranque--. Y ¿por
qué ha de serlo? ¿Qué
motivos hay para que lo sea? Hasta ahora todo te pa
recía simpático en
él. La mayor tacha que le ponías era su lenguaje; y
no porque te sonara
mal, sino por extrañarte el sonido. ¡Bien poca cosa
tenías que tacharle!
Pues de ayer acá, todo ha cambiado en el pobre chic
o, como si para
mirarle te pusieran un velo negro delante de los oj
os. ¿Es verdad esto?
¿sí o no? Respóndeme, hija mía, pero acordándote de
que te has alabado
hace un momento de ser llana y a la buena de Dios.

--Otra exageración tuya, papá--dijo Nieves eludiend
o la respuesta
terminante que se la pedía--. No es ese el caso.

--Corriente--añadió Bermúdez tomando nueva postura
en la silla--.
Pasemos también por eso, y quédense las cosas donde
y como tú quieres
ponerlas. Pero bueno o malo, blanco o negro, ya est
á tu primo llegando a
las puertas de Peleches: ¿qué hacemos con él? ¿se l

as cerramos? ¿le
dejamos entrar?

--Tampoco se trata de eso, papá: repáralo bien.

--¡Otra te pego! Pues ¿de qué se trata, hija mía?

--Se trata de responder a una pregunta que me hicis
te al principio.

Querías saber por qué no me alegraba yo con la noti
cia que me diste, y
ya lo sabes. No se trata de otra cosa.

--Perdona, hija del alma--repuso Bermúdez con una s
onrisilla muy
amarga--. Me has explicado, a tu modo, las repugnan
cias o disgusto, o lo
que sea, que te produce la noticia que te he dado;
pero el por qué, la
causa generadora de todo ello, te has guardado muy
bien de declarármela.

Algo vivo y muy sensible debió herir en los adentro
s de Nieves esta
salida de su padre, porque no halló reparo que pone
rle ni serenidad
bastante para suplir con un ademán o un gesto la fa
lta de una palabra.

--¡Ay, Nieves!--la dijo Bermúdez entonces moviendo
desalentado la
cabeza--: tampoco yo soy lo que fui en el modo de m
irar ciertas cosas;
también tengo, de poco acá, mi correspondiente velo
que me cambia los
colores. ¡Si supieras qué fantasmas veo algunas vec
es, y con qué
claridad en otras! Por de pronto, veo que no he viv
ido solamente en el
error que me citaste, sino en otros muchos; y voy t
emiendo que uno de
los mayores ha sido el de traerte aquí tan de prisa

y con los fines con
que te traje.

--Pues si eso ha sido un error tuyo--saltó Nieves emocionada, nerviosa, con la sinceridad de lo que decía bien reflejada en sus ojos--, a tiempo estás de enmendarle. Volvámonos desde mañana, desde hoy, si es posible, a Sevilla. Puede que hasta te lo agradezca yo mucho ... Créeme, papá, porque te lo digo de todo corazón...

--¡Eso es!--dijo Bermúdez casi aplanado ya--, huido s... ¡huidos, Nieves!... ¿Y de qué... o de quién, hija mía? ¿Del pobre mejicanillo? Tiene muy poca sombra ese para infundirte tanto miedo. Algún otro coco habrá de mayor talla por ahí... sabe Dios en dónde. Pero ¿qué te importa a ti que le haya o no le haya? dirás tú. Y con muchísima razón. A mí ¿qué me importa, ni qué motivos hay, ni quién soy y o para que me importe?

El pobre don Alejandro se conmovía por momentos; y Nieves, que se lo notaba en la voz, acabó de perder la poca serenidad que le quedaba, y rompió a llorar de firme con la cara entre las manos. Acudió su padre a consolarla, y ella entonces le echó los brazos al cuello.

--¡Pobre papá!--le decía entre besos y lágrimas--, tú no mereces que yo te dé un mal rato... y sin causa ni motivo... porque no los hay... yo te lo aseguro... Es que sucedió lo que temía... que no sé dar a esas cosas

serias su propio valor... cuando quiero explicarlas
; y no hay más... Yo
no haré sino lo que a ti te agrade... ¿Te parece mu
cho dejarme libre la
voluntad en esos planes vuestros?... Pues ni eso te
pediré. Y te juro
que nunca trataré de imponerte la mía, aunque me fu
era en ello la vida
entera... ¿Qué más he de decirte? ¿Lo encuentras po
co todavía... para
perdonarme... y para quererme como siempre me has q
uerido? ¿Virgen
María!... ¡Papá del alma!... ¡Si tú supieras!...

Bermúdez no podía contestar a Nieves con palabras,
porque no hallaba
medio de articular la más sencilla. Suplía esta def
iciencia pasajera
apretando o aflojando los abrazos a su hija; y así
se entendieron los
dos tan guapamente.

Por remate de la escena, que fue larga, logró decir
con regular firmeza
don Alejandro mientras enjugaba las lágrimas de Nie
ves con el pañuelo.

--¡Ea, se acabó esto, canástoles! Y ahora, a su cua
rto la niña para
refrescarse la cara, y sobre todo los ojos, que se
nos han puesto como
dos puños... ¡Y unos ojos tan bonitos!... ¡Por vida
de!... ¡Vaya,
vaya!... Se nos va a lo mejor el santo al cielo; se
deja uno ir detrás a
lo tonto, y luego suceden estas cosas tan desagrada
bles...
¡Canástoles!... ¡como si no hubiera tiempo de sobra
en la vida para irse
diciendo los secretillos más guardados, poco a poco
y cuando mejor nos
convenga! ¿No es así, hija del alma?... Conque a re

cogerse y refrescarse
un poquito.

Nieves, que estaba deseándolo, complació bien fácilmente a su padre; el cual, al verse solo y al reconocer su herida, observó que con el final de la reciente escena había desaparecido el clavo, pero dejando la punta dentro.

Cerca del anochecer, llegó don Claudio Fuertes. Mandó pasar don Alejandro a su gabinete, y allí se estuvieron encerrados los dos hasta la hora de cenar; porque Nieves se acostó muy temprano; y con este pretexto, despidió Catana desde la puerta, cumpliendo las órdenes de su señor, a los dos Pérez cuando llamaron a ella a la hora acostumbrada de todas las noches.

Don Adrián sorprendido y Leto atolondrado, bajaron hasta muy cerca de la botica sin decirse una palabra. Allí fue donde el boticario padre enderezó estas pocas al farmacéutico hijo:

--Verdaderamente es raro, ¡caray! sí, señor... es raro. Ni siquiera de cumplido, hombre: «pasen ustedes un momento... avisaré a don Alejandro...» para hacerle el homenaje de amigos... eso es... Pues nada, Leto... portazo, ¡caray! ¿Se habrá sabido aquello? ¿Habremos caído en desgracia?... Si es de cuidado lo de ella... por lo mismo; y si no lo es, igualmente... Vamos, que no hallo razón para el ... llamémosle desaire, eso es, inmerecido... Y no me duele por de

saire, no, señor: me duele como síntoma, como síntoma de un enojo... eso es, del señor don Alejandro... ¡Caray! con lo que yo le estimo y le.. . ¿Lo ves tú de otro modo, Leto?

--Falta saber--dijo éste--, si a don Claudio le ha pasado lo mismo que a nosotros; y eso lo sabré mañana, si no lo averiguo esta misma noche.

--Me parece bien pensado, hijo; muy bien pensado... eso es.

--Y si resulta que no ha habido portazo para él, démonos usted y yo por muertos en Peleches.

--¡Caray, caray!

--XXII--

Un incidente grave

En buen grado de tensión estaban las impaciencias de Leto para dejadas así hasta el día siguiente, sin el riesgo de un estallido! En cuanto entró en la botica le dijo a su padre:

--Me voy a buscar a don Claudio.

Y se fue. Le buscó en el Casino: no estaba allí. En su casa: tampoco. Anduvo por los sitios en que solía vérselo paseando algunas veces: ni la menor huella de él.

--Pues está en Peleches sin remedio--se dijo consternado--. Mi desgracia es indudable.

Enderezó los pasos hacia la botica; y al entrar en la plazuela, vio, entre las sombras del fondo, junto a la desembocadura de la Costanilla, un bulto negro que se movía hacia él.

--Es la silueta de don Claudio,--pensó dirigiéndose a su encuentro.

Lo era efectivamente. Se reconocieron; y dijo al instante Leto:

--He andado buscándole a usted por todo Villavieja.

--Y yo venía dudando--dijo a su vez el comandante-- , si colarme ahora en la botica para hablar con usted delante de don Adrián, o dejarle recado para que se viera conmigo en mi casa.

--¿Luego tiene usted algo grave que decirme?--observó Leto casi afónico y temblándole todas las entrañas.

--Tanto como grave--repuso Fuertes--, no; pero algo que les conviene saber a ustedes por más de un concepto, sí.

--«A ustedes»--pensó el mozo repitiendo con cierta fruición estas palabras de don Claudio--. Luego no va conmigo solo el cuento; y no yendo conmigo solamente, puede ser otro cuento distinto del que tanto miedo me da. A salir de dudas--. Pues hágame usted el favor--dijo a su

amigo, lo bastante bajo para que no lo oyera nadie más que él--, de referirnos lo que haya, sea malo o pésimo, pues bueno, ni casi regular, no lo espero; porque desde el portazo que se nos dio esta noche en Peleches, estamos mi padre y yo que no nos llega la camisa al cuerpo...

--Lo presumía--respondió Fuertes--, y por eso no me ha chocado oírle a usted decir que anduvo buscándome por toda la villa ... Porque yo estaba dentro cuando ustedes llegaron, y sabía lo que había de suceder, si llegaban, desde un rato antes por haber oído el recado que dio don Alejandro a Catana... Situaciones que el demonio prepara y no puede uno remediar. Al caso.

Y comenzó a referir a Leto lo que afirmó ser «lo único» que él sabía. Según el relato aquél, Nieves y su padre habían tenido una escena un poco desagradable con motivo de la próxima llegada del mejicanillo. Discordancias radicales en el modo de estimar cada uno de los dos aquel suceso. A Nieves, nerviosa y algo trasmutada desde el tremendo de la antevíspera, que continuaba ignorando su padre, se le habían escapado ciertas franquezas que cayeron sobre las suspicacias de don Alejandro como la pólvora sobre el fuego. Porque don Alejandro andaba muy suspicaz desde aquel día, como le constaba a Leto muy bien. Se había dado en él un caso que no dejaba de ser frecuente: el de hallar algo en que no pensaba, buscando otra cosa muy distinta; y lo que

había encontrado sin
buscarlo, era el fuego en que habían caído las fran-
quezas de su hija; o
si lo quería más claro Leto, las franquezas de Niev-
es le demostraron, no
solamente que su hallazgo no era ilusorio ni soñado
, sino que el mal
estaba ya hecho y con hondas raíces en la víctima.
Bermúdez no había
llegado con sus sospechas más que hasta el arranque
del camino que
conducía a ese mal: no era difícil presumir el efec-
to que le habría
causado el descubrimiento, teniendo, como tenía, su-
s cálculos hechos y
sus ilusiones acariciadas, con otros derroteros muy
distintos. A él, a
don Claudio, le había confiado sus cuitas, para ped-
irle informes, si
podía dárselos; algo de luz clara con que guiarse e-
n la lóbrega sima en
que habla caído tan de repente; porque no podía con-
tarse con lo que
espontáneamente declarara Nieves entonces, ni conve-
nía apurarla más en
el estado de exaltación en que se hallaba. Más adel-
ante ya se vería.
Fuertes se había guardado, muy bien de decir a don
Alejandro lo que
pensaba acerca de tan delicado particular: al contr-
ario, puso todo su
empeño en convencerá su amigo de que estaba alarmad-
o sin fundamento
alguno. Tarea inútil: don Alejandro quedaba en sus
trece y resuelto a
poner de su parte todos los medios que considerara
prudentes para
combatir el mal como debía combatirle. ¿Qué medios
eran ellos? No lo
sabía aun con certeza; pero no tardaría en saberlo.
Él no culpaba, no
quería mal a ninguno; porque la mayor parte de las

veces se causaban los
daños más graves con los propósitos más honrados; p
ero se hallaba en una
situación de ánimo tan apurada, en un temple tan si
ngular de espíritu,
que temía cometer, en presencia de las personas que
eran el principal
motivo de su disgusto, algún acto que le pesara des
pués. En este pasaje
del diálogo se había dado a Catana la orden de no r
ecibir a Leto ni a su
padre. «Esto, por de pronto»--había dicho enseguida
don Alejandro--, «y
bien sabe Dios que me duele en el alma. Iremos tira
ndo con paliativos
así, lo que se pueda; y después... ya se verá. Uste
d me hará el favor de
entretener a esos señores, con la mejor disculpa qu
e su discreción le
dicte, alejados de aquí por unos días, si no le par
ece que abuso de su
bondad».

--Esto es lo que hay en substancia, Leto--le dijo d
on Claudio en
conclusión--. No sé si refiriéndoselo a usted como
se lo he referido,
falto o no falto a la confianza depositada en mí po
r don Alejandro; pero
sé que no es usted hombre que se conforma con parvi
dades en tragos de
esta naturaleza; y, sobre todo, sé que en ninguna s
ima más honda, ni en
arca mejor cerrada que usted, puede guardarse este
secreto. Ahora,
refiera usted de él lo que mejor le parezca a su se
ñor padre, como yo
pensaba hacerlo, para que se cumplan las órdenes de
nuestro amigo, sin
contratiempos como el de esta noche para ustedes...
y ánimo ¡voto al
chápiro! que más amargo y más duro fue lo de anteay

er, y se portó usted
como un hombre.

El pobre muchacho, con las manos en los bolsillos y
la cabeza caída
sobre el pecho, no dijo una palabra. El comandante,
después de
contemplantarle unos momentos con expresión compasiva,
le puso blandamente
la mano sobre la espalda y le preguntó, con esa aspereza cariñosa, tan
propia de los hombres que han educado sus afectos entre los rigores de
la ordenanza militar:

--¿Duele, amigo?

Irguióse entonces el valiente mozo, y le respondió,
oprimiéndole una
mano con las dos suyas:

--¡Ay, señor don Claudio! si después de salvarse Ni
eves me hubiera
quedado yo en el fondo, de la mar, ¡qué fortuna para
ellos y para mí!

Y sin poder averiguar el comandante si aquel relucir extraño de los ojos
de Leto eran lágrimas o no, le vio caminar a largos
pasos hacia la
botica, y sin entrar en ella, subir a casa por el portal contiguo.

Don Claudio Fuertes entonces, hiriendo el suelo con
un pie antes de
echar a andar, exclamó entre dientes con verdadero
coraje:

--¡Y qué mejor empleada que en ti, voto al demonio?

Leto subió en derechura a su cuarto con el doble fi

n de serenarse un
poco y de pensar lo que debía referir a su padre, e
ntre todo lo que el
comandante le había referido a él. Fue tarea de tre
s cuartos de hora
escasos. Al cabo de ese tiempo, bajó a la botica a
menos de media
serenidad y con el relato en hilván. No le permitió
mayores lujos su
pícaro temperamento.

Poco fue lo que dijo a su padre, encerrados los dos
en el despacho de la
trastienda, como explicación del portazo de Peleche
s; pero de tal modo y
con tal arte de voz, de miradas y de greñas, que de
jó al pobre boticario
más aturdido de lo que estaba.

--De manera, hijo--observó don Adrián, dale que dal
e al codo, pero muy
suave y lentamente, con el gorro sobre las cejas y
la carita
rechupada--, que por fas o por nefas... eso es, pue
s propiamente luz, no
resulta del relato: por fas o por nefas, repito, es
a nube no ha cogido a
nadie más que a nosotros... a nosotros dos, eso es.
¡Caray si es duro
eso de pensar! Aflige, Leto, aflige... contrista, s
í, señor,
verdaderamente; apenas considerarlo, ¡caray! porque
si uno sospechara
cuando menos... si a la dureza, eso es, del castigo
, correspondiera
la... vamos, la falta; pero si por más que reflexio
no, que repaso la...
Hombre, ¿a ti te dice algo la conciencia?... Pero ¡
qué te ha decir...
supongo yo? ¿Por qué camino andamos hijo y padre...
eso es, con esos
señores, que no sea llano y descubierto, caray? Si

se nos llamara, es un
suponer, a residencia, podría uno... Pero ni eso, L
eto: ni eso que es
tan... de justicia... ¿Habría, hijo, de por medio al
gún informe, eso
es... algún informe alevoso? Porque verdaderamente,
¡caray! sin una
razón así, no se penetra... Por último, hijo del al
ma: hagámonos
superiores mientras pasen esos pocos días que dice
el señor don
Claudio... y Dios dirá, eso es; Dios dirá luego...
Pero por lo pronto,
duele, sí, señor... ¡caray, si duele!

Mala noche pasó el pobre boticario a vueltas con su
s inútiles
investigaciones mentales; peor que Leto, mucho peor
; porque éste, al
fin, logró encontrar en medio de sus escozores y es
pasmos, ya que no un
calmante de ellos, un remedio para sufrir hasta con
gusto sus rigores; y
fue que de pronto cayó en una idea en que hasta ent
onces no había caído
de lleno, a causa de tener la sensibilidad fuera de
quicio por la fuerza
de sus aprensiones extremadamente pesimistas. Él ha
bía _sentido_ con lo
dicho por don Claudio, que era un estorbo en Pelech
es, y un motivo de
perturbación para ciertos planes de don Alejandro B
ermúdez. Así,
considerándolo en montón; pero estudiándolo mejor d
espués; separando las
cosas y examinándolas una por una, acordose de que
los enojos del señor
de Pelech es contra él, dimanaban, según don Claudio
, de ciertas
franquezas de Nieves que le habían confirmado en
las sospechas que ya
tenía. ¡Santo Dios, lo que él vio, lo que él sintió

en aquellos
momentos! ¡Qué efusiones tan hondas, jamás experime
ntadas! ¡qué terrores
tan nuevos y tan sublimes! ¡qué recelos tan extraño
s!

Póngasele el sol de repente en las manos a un hombr
e que le haya estado
adorando sin otro fin que adorarle. Pues en una sit
uación por el estilo
se vio Leto al dar a las _franquezas_ de Nieves la
única interpretación
que podía darlas por la virtud de los hechos y la f
uerza de la lógica.
El peso de la mole le aplastaba, la luz resultaba f
uego; pero ¡qué
martirios, qué torturas, qué muerte tan adorables!
Porque él se daba por
muerto, como dos y tres eran cinco. Que no estorbab
a a Nieves en ninguna
parte; que Nieves le había entendido la metáfora de
l aire y del sol y
del humilde puesto para tomarlos, y que lejos de of
enderse con el símil,
hasta le había reprendido a él porque no colocaba s
u banqueta en primera
fila, bien sabido se lo tenía, y bien justipreciado
en las entretelas de
su corazón; pero que el sol descendiera de su trono
para... ¡Dios
clemente! ¡Cómo no había de execrarle el señor don
Alejandro Bermúdez?
Por otra senda bien distinta esperaba él aquella ex
ecración; pero ya que
había llegado y pues que era de necesidad que llega
ra, bien venida fuera
por donde había venido. Ciertamente que el abismo result
aba así más hondo
para él que de la otra manera; pero, en cambio, men
os frío y solitario;
y eso salía ganando en definitiva.

Así entretuvo las largas horas de aquella noche y las del día que la siguió. Poco más o menos, como las entretenía su padre en la botica y en la cama, y los señores de Peleches en su empingorotado caserón.

Se cruzaban poquísimas palabras entre la hija y el padre; no por enojos mutuos, sino porque temían entrar en conversación. Ella, ya en plena posesión de sí misma y sabiendo por Catana la orden dada por su padre contra los dos Pérez de la botica, le preguntó, muy serena, al tercer día del percance gordo:

--¿Sabes tú por qué no han vuelto por aquí esos señores?

--¿Qué señores?--preguntó a su vez don Alejandro, descubriendo en su turbación que por demás sabía de qué sujetos se trataba.

--Don Adrián y su hijo,--respondió Nieves con la mayor tranquilidad.

Bermúdez se quedó lo que se llama cortado; amagó una respuesta evasiva, y lo puso peor. Su hija no pudo menos de sonreírse al verle tan apurado, y le dijo muy templada:

--Mejor pago merecían de ti: créeme.

Esto ocurría al irse cada cual a su agujero después de la sobremesa.

A media tarde recibió el correo don Alejandro; y en el correo, nueva carta de su sobrino Nacho, fechada la víspera en la

ciudad. Debía llevar en ella, por su cuenta, dos días y medio. ¿Le anunciaría ya la salida para Peleches?... ¡Pues en temple estaba el horno para aquella clase de rosquillas! ¡Canástoles, qué lío! Leyó la carta, que era breve, y se le cayó de las manos convulsas.

«Según noticias de buen origen--decía el mejicanillo--, que acabo de recibir, mi alojamiento en Peleches podría originar grandes contrariedades a mi prima, cuyos entretenimientos y placeres, autorizados y consentidos sin duda alguna por usted, son incompatibles con la presencia continua de un extraño que hasta pudiera suscitar recelos de cierta especie en el afortunado conquistador de los entusiasmos de Nieves. Como no tenía la menor idea de estas cosas y se aproxima la hora de emprender la marcha que le anuncié a usted en mi carta anterior, le pido la merced de una declaración explícita sobre lo indicado, para saber a qué atenerme antes de salir de aquí, o para no salir con ese rumbo, si hasta este sacrificio fuere necesario en bien de ustedes, y particularmente de mi encantadora prima» .

Don Alejandro Bermúdez permaneció un buen rato como descoyuntado sobre la silla en que se sentaba, con la cabeza gacha y mirando la carta, que estaba a sus pies, hasta con el ojo huero.

De pronto se sintió poseído de una comezón irresistible; recogió de una

zarpada el funesto papel; y estrujándole con los de
dos temblones, salió
de su gabinete a todo andar en busca de Nieves que
estaba en el
saloncillo.

--Entérate de esa carta que acabo de recibir--la di
jo poniéndola en su
regazo--. Otra prueba más de lo injusto que estoy s
iendo con tus buenos
amigos, y dime, después que te enteres de ella, qué
contestación he de
darla.

También a Nieves, que ya se había alarmado no poco
al ver el continente
de su padre, le tembló la carta entre las manos: pr
imeramente por zozobra, y
después por indignación. Ésta le prestó fuerzas; y
con la ayuda de ellas
pudo decir a su padre, devolviéndole al mismo tiempo
la carta de su
primo:

--Esto es una infamia, y nada más.

--¿De quién?--la preguntó su padre dando diente con
diente.

--De Rufita González: apostaría la cabeza--respondi
ó Nieves sin
vacilar--. Ya sabes el empeño que tiene en que su p
rimo vaya a vivir con
ellas.

--Es posible que no te equivoques--dijo Bermúdez me
nospreciando aquel
detalle del asunto--; pero ¿por qué sabe Rufita Gon
zález esas cosas?
mejor dicho, ¿por qué han de ser ciertas esas cosas
que?... Tampoco es
esto: ¿por qué lo que yo me sospechaba viene a conf

irmarlo Rufita

González, o quien sea el que haya dado la noticia a que se refiere tu primo? Este es el caso, Nieves: éste es el caso de importancia para mí.

Niega ahora mis supuestos y llámame injusto, y, sobre todo, dime qué contestación he de dar yo a ese pobre muchacho.

--Si has de darle la que merece--respondió Nieves con gesto despreciativo--, no hay que calentar mucho la cabeza para discurrirla.

--A ver.

--Rufita González--prosiguió Nieves muy entera--, podrá haber cometido una infamia, disculpable en su mala educación, dando las noticias que le ha dado a tu sobrino; pero ¿con qué disculpará él la trastada de haberte venido a ti con el cuento sin más ni más? ¿Te parece eso a ti rasgo de hombre de fuste, ni siquiera de persona decente?

--Poco a poco--repuso don Alejandro tomando con entera decisión y completa buena fe la defensa de su sobrino--. Para fallar sobre ese caso, hay que ponerse en lugar de tu primo. Está para llegar a nuestra casa, y se le dice que va a servir de estorbo en ella en el sentido, que a él le duele mucho, porque cabe que traiga el infeliz sus planes muy acariciados... Pues, mujer, qué menos ha de hacer en tales casos una persona sensible y delicada, que preguntar, para evitarse un portazo en las narices: ¿estorbo o no estorbo? ¿voy o no voy? Y digo, ¡una persona

que viene desde un extremo del mundo, solamente para eso! ¿Te parece que tiene vuelta el argumento, Nieves? Pues no la tiene, aunque otra cosa se te figure. De todas maneras, no se trata aquí de ese particular que, por ahora, es secundario. Mi tema es otro bien distinto, que más tarde o más temprano había de ventilarse entre los dos, y quisiera yo ventilar ahora mismo, puesto que la oportunidad se nos ha venido a las manos. ¿Estás pronta a complacerme, hija mía?

Nieves, pasando y repasando maquinalmente la aguja con que bordaba, por el cendal finísimo que cubría su bordado, y la vista perdida en el aire, dio a entender con un gesto y una leve sacudida de sus hombros, que lo mismo le daba.

--Pues a ello--prosiguió su padre optando, por lo que prefería--. Anteayer, aquí mismo y a estas mismas horas, tuvimos una escena que nos dolió mucho a los dos, por un motivo muy emparentado con el de hoy... Yo te acusé entonces, y tú ni confesaste claro ni negaste, ni tampoco te defendiste; pero dijiste y otorgaste con tu silencio lo suficiente para que yo pudiera formar juicio de todo, como le formé; y teniéndole por bien fundado, tomé una resolución que tú has calificado de injusta pocas horas hace. ¡Es tan distinto del mío tu punto de vista! Pero es el caso que el otro día nos anduvimos tú y yo, por salvar ciertos respetillos, con paños calientes y figuritas retóricas, y que hoy piden las

circunstancias que dejemos esos respetillos a un lado y llamemos las cosas por sus nombres para acabar de entendernos...
¿No te parece así?...

--Como quieras,--volvió a decir Nieves con el mismo ademán y el mismo gesto de antes, pero algo más descolorida y emocionada.

--Pues allá va en plata de ley--añadió Bermúdez, no muy sereno tampoco--. Entre ese muchacho y tú ha llegado a desenvolverse un... vamos, un afecto, digámoslo así, más... más hondo, más fuerte que el de la amistad...

--¿Qué muchacho?--preguntó Nieves, casi sin voz y temblosa, con ánimo de alejar un poquito más la respuesta que se la pedía tan en crudo.

--El hijo de don Adrián... Leto, vamos.

--No sé yo--dijo aquí la pobre niña aturrullada y convulsa--, cómo responderte a eso; porque no está bien claro...

--A ver si puedo yo ir ayudándote un poquito--interrumpió Bermúdez con un gesto, como si mascara ceniza--. Tú eres una jovenzuela sin experiencia y sin malicias; y él un mozo que, aunque no largo de genio, al fin ha rodado por las universidades; se ha visto agasajado en Peleches y muy estimado por ti, que no eres costal de trigo; y ¡qué canástoles! hoy una palabrita y seis mañana, habrá ido insinuándose y

atreviéndose poco a poco, hasta despertar en ti...

--¡Él?--exclamó Nieves, reviviendo de pronto por la virtud de aquella injusta suposición de su padre.

--Él, sí--insistió éste con verdadera saña--. ¿De qué te asombras?

--De que seas capaz de creer eso que dices,--respondió Nieves más serena ya--. ¡Él, que es la humildad misma! Se le había de presentar hecho y aceptado por nosotros todo cuanto tú supones, y no había de creerlo. Te juro que no me ha dicho jamás una sola palabra de esas, y que ni le creo capaz de decírmela.

--Pues entonces, ¿qué hay aquí?

--Y ¿lo sé yo acaso, papá? Tú mismo le has traído a casa; tú mismo me has ponderado mil veces sus prendas y sus talentos; si yo me ha confiado a él y le he tomado por guía en unas ocasiones, y por maestro y confidente en otras, por tu consejo y con tu beneplácito ha sido. Tratándole con intimidación y a menudo, como le he tratado delante de ti, casi siempre, he visto que vale mucho más de lo que juzgábamos de él, y que es capaz de dar hasta la vida por nosotros sin la menor esperanza de que se lo agradezcamos. Todo esto sé de él. ¿Tiene algo de particular que yo lo sepa con gusto y que me complazca con el trato de un mozo de tan raros méritos? Pues no hay más, papá, y en eso se estaba cuando me anunciaste la venida del otro.

--Y ahí está el dedo malo precisamente--replicó Bermúdez arañándose las palmas de las manos con las respectivas uñas--. Resultó el contraste, y ¡pum!... a la cárcel Nacho.

--Yo no me opuse a que viniera, recuérdalo... y recuerda también lo que te prometí.

--¿Qué fue lo que me prometiste? porque, a la verdad...

--Te prometí que dejándome libre la voluntad para... esas cosas, jamás me empeñaría en imponértela a ti, aunque me fuera en ello la vida. Pues hoy te repito la promesa, y sin esfuerzo, papá, créemelo. Yo empiezo a vivir ahora, y me encanta esta libertad que gozo a tu lado y entre pocos y buenos amigos. ¡Cómo han de caber en mí otros planes tan contrarios, ni siquiera tentaciones de hacerlos?

--Concedido que no me engañas en eso que dices... ni en nada, porque la condición de veraz tampoco quiso negártela Dios; pero no basta para remate de este condenado pleito. Por lo mismo que careces de experiencia para discernir ciertos achaques del alma, es de necesidad que yo estreche un poco más los argumentos para saber a qué atenerme sobre el particular de que tratamos. No tienes planes de cierta especie, ni la menor idea de imponerme tu voluntad ni tus caprichos: corriente; pero suponte ahora que yo te digo: es indispensable, absolutamente

indispensable, cambiar de vida, de estado... en fin
, hija, casarse,
porque, de otro modo, ahorcan. Aquí tienes dos aspi
rantes: tu primo
Nacho y Leto. Elige.

--Pues a Leto,--eligió Nieves sin vacilar.

--¡Muy bien!--dijo su padre dando pataditas en el s
uelo para desahogar
la inquietud que le consumía--. Pues ahora te pongo
delante al propio
boticario ese, y al mejor mozo y más rico y más hon
rado y decente de
Sevilla, y te vuelvo a decir: elige.

--A Leto,--insistió Nieves.

--¡Canástoles!--exclamó don Alejandro en los último
s extremos ya de la
congoja que le ahogaba--: ¡qué aberraciones, hombre
! Pues ahora te mando
elegir entre el propio desastrado farmacéutico y el
Príncipe de
Asturias, si le hubiera, y soltero y galán... el Em
perador de todas las
Rusias y del Universo mundo...

--Pues también a Leto...

--¡Y afirmabas que no había planes ni!...

--¡Pero si vas tú dándomelos hechos, papá!...

--Pues arderá Troya, hija... y por los cuatro costa
dos, antes que las
cosas vayan por donde no deben de ir.

Mascullando estas palabras se apartó de Nieves sin
detenerse a observar
el estrago causado en ella por sus nunca vistas des
templanzas.

En parecido temple de nervios le halló poco tiempo después don Claudio Fuertes. Cabalmente llevaba encargo de don Adrián, muy encarecido y casi llorado, de interceder por ellos, de suavizar asperezas, y propósito muy bien hecho de complacer al bendito boticario, por creerlo conveniente y hasta de justicia.

¡En mal hora lo intentó!

--No solamente--le dijo don Alejandro, hecho un erizo--, mantengo la resolución tomada el otro día contra ellos, sino que la adiciono con el propósito firme de que en todos los días de su vida vuelvan a poner los pies en mi casa. Que lo tengan entendido así.

Don Claudio Fuertes no halló modo de calmar la iracundia de su amigo, a quien desconocía en aquel estado, ni siquiera de hacerle soportable ninguna conversación. Sospechando que preferiría estar solo, despidiose de él a poco de haber llegado, y se fue sin poder averiguar qué nueva mosca había picado al buen señor de Bermúdez para ponerle tan rencoroso como estaba contra los dos Pérez de la botica, aunque presumiendo que todo sería obra de alguna «franqueza» de Nieves, por el estilo de las de marras.

Dióle mucho que cavilar la racional sospecha; vio las cosas con espíritu sereno y por todas sus caras a la luz de los antecedentes que tenía, y sacó en limpio que, saliera pez o rana en definitiv

a, era de necesidad,
por de pronto, enterar a don Adrián del mal éxito d
e sus negociaciones,
para que Leto, que se hallaría presente, lo tuviera
entendido en la
correspondiente proporción.

Y se fue derecho a la botica donde, por haber halla
do a los dos Pérez
solos, les informó, con las debidas atenuaciones de
caridad, de lo mal
que andaban sus negocios en Peleches.

A don Adrián le faltó poco para desmayarse.

--XXIII--

La tribulación del boticario

Media hora después, con la faz macilenta y alargada
, el ojo triste, las
rodillas trémulas y la respiración anhelosa, subía
el pobre hombre hacia
Peleches. El sobrepeso agregado por don Claudio a s
u cruz, se la había
hecho insoportable. No podía vivir así. Formó su re
solución con voluntad
heroica; y en cuanto llegó el mancebo a la botica,
y se marchó el
comandante, y Leto subió al piso, cogió él el sombr
ero y la caña... y
¡hala para arriba! Podría suceder que no se le fran
queara la puerta al
primer golpe: él insistiría una, dos y ciento y mil
veces, hasta que los
mismos robles se ablandaran; o se colaría por los r
esquicios, o tomaría
la casa por asalto... Que el señor don Alejandro, a

l verse con él cara a
cara, se la llenaba de oprobios... ¿y qué? Cualquiera
afrenta, la más
dura agresión. «antes, eso es, que aquellas incertidumbres,
¡caray! sí,
señor; que aquel estado violento, eso es, en que no
podía él vivir».

Iluminaban a Peleches las últimas tintas sonrosadas
, pero frías, del
crepúsculo, cuando el viejo boticario, con la mano
lívida y convulsa,
empuñaba el llamador (un lebrel de hierro dulce con
una bolita entre las
garras delanteras) de la puerta de ingreso al piso
principal del caserón
de los Bermúdez. Dio tres golpes muy desconcertados
, como los que a él
le producía en el angustiado pecho el acelerado latir
de su corazón, y
salió Catana. En cuanto vio a don Adrián le dijo sin
acabar de abrir la
puerta:

--El zeñó no pué...

Pero el boticario se coló en el vestíbulo por la ab
ertura, y desde allí
interrumpió a la rondeña de esta suerte:

--Ya, ya; pero esa orden no reza, eso es, conmigo;
porque vengo, sí,
señor, con su beneplácito... Tenga usted la bondad
de prevenirle, eso
es, de avisarle, que estoy aquí a sus órdenes.

Y por si esto era poco, mientras Catana iba con el
recado, él la siguió
de lejos, como si tratara de ponerse en el rastro d
e su presa para que
no se le escapara por ninguna parte. Así llegó al e
xtremo del pasadizo

que conducía al estrado. Era indudable que don Alejandro estaba en su gabinete... hasta creyó percibir su voz momentos después; su voz algo destemplada, por cierto. «¡Caray, caray, qué desmayos!»

Volvió a aparecer Catana. Con un gesto bravío le reprendió su atrevimiento de colarse hasta allí, y con otro no más dulce y un ademán adecuado, le mandó que pasara al gabinete que le señaló con el índice cobrizo.

Pasó don Adrián entre vivo y muerto, y se plantó a la puerta con el altísimo sombrero en una mano y el bastón en la otra, inmóvil, derecho, rígido. Desde allí vio a don Alejandro dando vueltas desconcertadas en el fondo del gabinete. En una de aquellas vueltas se encaró con él, se detuvo y le dijo, con una sequedad a que no tenía acostumbrado al excelente farmacéutico de Villavieja:

--Pero ¿qué hace usted ahí?

--Esperando, señor don Alejandro--contestó el pobre hombre con la voz como un hilo--, a que me dé usted su licencia.

--Según mis noticias--replicó Bermúdez sin ablandarse más--, esa licencia la traía usted ya desde su casa.

--Mi señor don Alejandro--dijo aquí don Adrián enjugándose el rostro macilento con su pañuelo de yerbas, y entrando a cortos pasos en el gabinete,--me he permitido afirmar esa... mentirilla

a, eso es, para que
se me franquearan, sí, señor, estas puertas... ¡Mal
hecho, caray, mal
hecho! Verdaderamente lo conozco, eso es... pero no
había otro modo de
lograr, eso es, una entrevista, una entrevista con
usted, mi señor don
Alejandro.

--Y ¿para qué necesita usted, señor don Adrián, una
entrevista conmigo?

--¡Para qué, mi señor don Alejandro?--preguntó el f
armacéutico relajando
todos los músculos de su cara--. ¡Para qué?... Para
mi sosiego... para
dormir, para comer... para vivir; ¡caray! para vivi
r, mi señor don
Alejandro... Para todo eso.

Bermúdez que, por lo que le decían aquellas palabra
s y lo que leía en la
voz y en el aspecto lastimoso de aquel hombre a qui
en tanto había
estimado y estimaba, calculaba la intensidad del da
ño que le había hecho
con su violenta medida, sintió muy hondos pesares d
e no haberla meditado
más, y maldijo la negra fortuna que le conducía a e
xtremos tan
rígidos.

--Siéntese usted, amigo mío--le dijo apiadándose de
él--; repóngase un
poco, y dígame luego cuanto tenga que decirme.

Le arrimó una silla y se sentó en ella don Adrián.
Él permaneció de pie
delante del boticario, y con las manos en los bolsi
llos. Don Adrián
Pérez, después de colocar el sombrero en la silla i
nmediata y de

enjugarse otra vez la carita lacia con el pañuelo, comenzó a hablar de esta suerte:

--Yo, señor don Alejandro, me encontré antes de anoche... precisamente antes de anoche, eso es, cerradas las puertas de esta casa... quiero decir, nos las encontramos; porque mi hijo venía conmigo: veníamos juntos, eso es... El caso era de notar por nuevo... por nuevo, es verdad, pero no por cosa peor; porque cabía creer que fuera medida, sí, señor, medida general. ¡Caray, si cabía! Pero no lo fue, mi señor don Alejandro, ¡no lo fue!; fue medida propia y particularmente para nosotros; para nosotros dos, eso es: para mi hijo y para mí. El señor don Claudio Fuertes tuvo la bondad de informarnos de ello, con tino, eso sí, y con todo miramiento, porque es persona de suma delicadeza; como usted sabe muy bien... Nos dio algunas esperanzas de que, corridos unos días, eso es, mejorarían las circunstancias... Pero el hecho, mi señor don Alejandro, estaba en pie; y dolía, dolía... Preguntamos la razón, eso es; y la ignoraba el buen amigo... Pasó la noche... sin sueño, por de contado; y otro día, el de hoy, sin apetito naturalmente... Ya ve usted, mi señor don Alejandro: el castigo notorio y la culpa desconocida, ¡caray! en corazones de bien... aflige, eso es, agobia... Y así todo el día de hoy, hasta que el señor don Claudio Fuertes, después de hablar con usted, nos ha venido a advertir, un momento hace, que

nuestro litigio aquí, iba ¡caray! de mal en peor...

Esto fue ya cegar,
mi señor don Alejandro, para los que estábamos a ob-
scuras; eso es, cegar
verdaderamente, ¡cegar, y cegar en la agonía!... Pue-
s, muerte por muerte,
me dije en cuanto me vi solo, démela el amigo irrita-
do, eso es, si me
cree merecedor de ella... Y aquí estoy, señor don A-
lejandro.

Éste dio dos medias vueltas, conservando una de las
manos en el
bolsillo y resobándose con la otra la barbilla; y d-
espués, deteniéndose
de nuevo delante de don Adrián, que no apartaba de
él la vista anhelosa,
y volviendo a enfundar la mano en el bolsillo corre-
spondiente, dijo al
boticario:

--Continúe usted, señor don Adrián, todo lo que ten-
ga que decirme:
después hablaré yo, si le parece.

--Pues en dos palabras termino--contestó el boticar-
io tomando nueva
postura en la silla--. Así las cosas, mi señor don
Alejandro, y téngalo
usted bien entendido, eso es, bien entendido, desde
luego, por
anticipado, le doy a usted la razón por ser una per-
sona incapaz de
faltar a la justicia... Yo me confieso culpable, y
mi hijo, sí, señor,
también se confiesa: los dos, nos confesamos culpab-
les; los dos le
habremos faltado a usted... no admite duda, cuando,
teniéndole ¡caray!
por el más cariñoso y noble, eso es, de los amigos,
y el más caballero
de los hombres, nos castiga... Pero ¿por qué? ¿En q

ué ha consistido la
falta, eso es, o la ofensa? Este es el clavo, mi se
ñor don Alejandro;
éste es mi mate día y noche. ¿Cuál es nuestro delit
o? Sépale yo, sépale
mi hijo, para la debida reparación, eso es; porque
de otro modo, ¿de qué
vale el buen deseo, caray? ¿de qué la voluntad mejo
r dispuesta? De nada,
mi señor don Alejandro, de nada, ¡caray! de nada. Q
ue no cabe
reparación, eso es; que usted no la admite ni la qu
iere... que estas
puertas continúan cerradas para nosotros... cerrada
s, eso es... Malo,
triste, ¡caray! muy triste, muy malo, sí, señor; pe
ro se sabe el motivo,
se reflexiona sobre él; resulta justo, justa y mere
cida la pena; y ya es
distinto, eso es; ¡pero muy distinto, caray!.. Y es
to es todo lo que
verdaderamente tenía que decir a usted, sí, señor;
nada más, eso es.

Y mientras don Alejandro Bermúdez daba otras dos vu
eltas en corto, él se
pasó nuevamente el pañuelo por toda la cara, reluci
ente de sudor frío.
El de Peleches, al regreso de su última vuelta, dijo
al boticario:

--Empecemos, señor don Adrián, por declararle a ust
ed, como le declaro,
que soy tan amigo de usted como lo era antes, y que
no le estimo menos
de lo que le estimaba.

--Gracias, mi señor don Alejandro--contestó el boti
cario desde el fondo
de su corazón. Eso ya consuela mucho, ¡caray si con
suela!

--Y declarado esto--continuó Bermúdez voltejeando a la vez por el gabinete, porque seguía nervioso y espeluznado--, le declaro además que no es tan fácil como parece la tarea de decirle a usted todo lo que desea saber.

--¡Es posible?

--Sí, señor: como que es cierto. Y vamos a ver si consigo explicarme de modo que usted me comprenda, sin decirle más que lo que debo. Figúrese usted que el amigo a quien más usted quiere, resulta inficionado de una peste ¿dejará usted de querer bien a ese amigo por tomar ciertas precauciones... sanitarias contra él?..

--Conformes--observó don Adrián abriendo mucho los ojillos y la boca, como si le sorprendiera la gravedad del ejemplo--. Conformes, señor don Alejandro: no querría mal a ese amigo... inficionado, eso es, apestado, mejor dicho, por alejarle de mi familia; no, señor: medida prudente y de conciencia... de conciencia, eso es; pero le advertiría en debida forma... del mejor modo posible, eso es, para que no extrañara, para que no se doliera... En fin, mi señor don Alejandro, entiendo el símil; pero con la debida dispensa de usted, verdaderamente nada me dices sino que por apestados, eso es, por inficionados de algo, se nos han cerrado estas puertas, de repente, a mi hijo y a mí. Que haya peste en nosotros, ya se lo he concedido a usted antes de todo, sí, señor, concedido; pero

¿qué peste es ella, mi señor don Alejandro? Este es el punto... digo, me parece a mí, y el clavo, sí, señor, muy doloroso.

--Efectivamente--repuso Bermúdez mordiéndose los labios de inquietud--,
nada resuelve mi ejemplo en el sentido que usted desea. Vaya otro más al caso. Imagínese que usted no es don Adrián Pérez, sino don Alejandro Bermúdez; que siendo don Alejandro Bermúdez, tiene una hija exactamente igual a la que tengo yo: vamos, que Nieves es hija de usted; que usted se ha consagrado en cuerpo y alma al cuidado y a la educación de esa hija; que desde que su hija era niña, trae usted formados y acariciados ciertos planes que, una vez realizados, han de hacer su felicidad, la felicidad de esa hija por todos los días de su vida; que está usted en la cuenta, por señales que parecen infalibles, de que su hija consiente y aprueba y hasta acaricia los mismos planes que usted; que en esta inteligencia, y para afirmarlos y asegurarlos mejor, de la noche a la mañana, y de mutuo y entusiástico acuerdo, dejan ustedes su residencia de Sevilla, y se plantan, llenas las cabezas de ilusiones, en este solar de Peleches; que limita usted su trato de intimidad aquí a tres personas, muy estimadas, muy queridas de usted: de esas tres personas, una soy yo, don Adrián Pérez, y la otra, mi hijo, Leto de nombre; usted continúa abriéndonos su casa y recibiéndonos en ella con la mayor cordialidad; y nosotros correspondiendo a ese afecto con otro tan

hidalgo como él, e independientemente de todo esto, usted, Alejandro Bermúdez, llevando adelante y por sus pasos contados, el plan consabido; que se deja usted correr así tan guapamente, tranquilo y descuidado, y que un día, con motivo de un suceso muy relacionado con ese plan, descubre usted que se le han llevado los demonios, encarnados para ello en su hija de usted y en mi hijo; o si lo quiere más claro aún, en Nieves y en Leto... ¿Me va usted comprendiendo mejor ahora, señor don Adrián?

Don Adrián, amarillo y desmoronándose por todas partes, apoyó la frente entre las dos manos cadavéricas colocadas sobre el puño del bastón, y no dijo una palabra.

Don Alejandro, hondamente condolido de él, para dulcificarle en lo posible el amargor de las suyas y acabar de explicarse, continuó en estos términos:

--Yo no tengo nada que tachar en Leto, amigo mío, y mucho menos en usted: por donde quiera que se les considere, valen tanto como nosotros, más si es preciso; pero yo, como le he dicho, tenía mis planes; los vi desbaratados de repente y cuando más seguros los creía; supe la causa de ello; y ¡qué canástoles! don Adrián, hice, por de pronto, lo que hubiera hecho usted en mi caso: aislarme del peligro para pensar a solas, para discurrir sobre él... No es uno dueño de los primeros movimientos del

ánimo; y la amarga sorpresa me ofuscó. No me detuve a elegir un pretexto que, sirviendo a mis fines, no le causara mortificaciones a usted: lo confieso. Además, contaba con que la ráfaga pasaría pronto, si es que no era una ilusión de mis sentidos; pero sucedió lo contrario, don Adrián: lo sospechado resultó evidente, de toda evidencia, y entonces acabé de cegarme. Este es el caso. Perdóneme usted lo que le haya alcanzado indebidamente de mi enojo; y para conseguir ese esfuerzo de su corazón, póngase, como antes dije, en mi lugar.

Callóse Bermúdez; y alzando enseguida la cabeza el boticario y levantando poco a poco los ojuelos hasta él, exclamó entre acobardado y aturdido:

--Verdaderamente, sí, señor,--es sorprendente... y espantoso, el caso ese... ¡lo que se llama espantoso!... Vamos, que necesito haberle oído en boca de usted, para darle crédito, sí, señor. Algo así tenía que ser para un castigo como el impuesto... que es dulce, ¡caray, muy dulce! para la enormidad de la falta, eso es. Pero, señor, ¿cómo la ha cometido ese chico? ¿qué espíritu malo le emborrachó? Porque él es incapaz de atreverse a tanto, verdaderamente, de por sí: la misma cortedad andando, eso es, y el respeto, ¡caray! y la gratitud... Es más: él me ha visto en las angustias de estos días, sí, señor, y me ha oído o amontonar, eso es, conjeturas y supuestos; y nada, ni una palabra, ¡él, que es todo

franqueza y sencillez!... Vamos, señor don Alejandro, que lo creo, eso es, pero que no me lo explico.

Los dos podemos tener razón, señor don Adrián--replicó Bermúdez continuando sus paseos en corto--. Cabe perfectamente que su hijo de usted haya hecho el daño sin propósito de hacerle, y que ignore a estas horas lo que ha hecho. El corazón humano es así muy a menudo: para saber el valor positivo de lo que contiene, necesita, como ciertos metales, probarse en la piedra de toque. Eso hice yo en mi casa, don Adrián: someter un afecto, quizá desconocido del alma que le contenía, a aquella prueba... Y así le descubrimos los dos. La misma prueba hecha en casa de usted, hubiera producido idéntico resultado.

--No me atrevo a negarlo ni a ponerlo en duda, señor don Alejandro: después de lo que usted me ha dicho, eso es... creo, creo hasta en agüeros... ¡y hasta en las brujas mismas, caray!

--El caso es, amigo mío, que el daño existe, para mi desgracia.

--Esa es, mi señor don Alejandro, la que yo lamento: no la mía, que ya no me preocupa.

--Y vuelvo a repetirle que no me quejo de nadie, sino de mi mala fortuna; que no alzo ni bajo ni estimo en más ni en menos a su hijo de usted, ni le quito ni le pongo al acudir a ciertos extremos y al expresarme de cierto modo; pero yo tenía mi rumbo t

razado, mis planes
hechos...

--Sí, mi señor don Alejandro: usted tenía sus planes, ¡muy bien tenidos!... eso es, y muy bien hechos; planes ¡cara y! de toda la vida, que son, sí, señor, los más estimados; y si esos planes, supongamos, le hubieran fallado por una causa... ordinaria y corriente, eso es, y común de todos los días, usted hubiera formado otros a su gusto; mientras que de este otro modo, eso es...

--Por consiguiente, señor don Adrián, no debe chocarle a usted que, sin dejar de estimarlos a los dos, a usted y a su hijo, en lo que valen, persista por ahora en mi determinación... Esto no es cerrar a usted las puertas de mi casa, entiéndalo usted bien...

--¡Chocarme a mí nada de eso!--exclamó don Adrián levantándose de la silla, tembloroso y con los ojos empañados--. ¡Cree que me cierra usted las puertas de su casa... cuando voy, eso es, a cerrármelas yo mismo! Porque debo cerrármelas, eso es, y no volver a llamar a ellas mientras no traiga en las manos, sí, señor, las pruebas de haber reparado la ofensa inferida a usted... Y se reparará, sí, señor, yo lo fío.

--No es fácil, amigo don Adrián.

--Yo repito que lo es, mi señor don Alejandro... ¡Yo repito que lo es!
Yo conozco a mi hijo; yo sé que es de noble condición, honrado, sí,

señor, y pundonoroso como él solo... Yo sé que es incapaz de levantar, eso es, los ojos más arriba de la talla, digámoslo así, que le pertenece; que estima y considera la amistad de usted, ciertamente, por encima, eso es, de toda otra ambición; que no ignora lo que yo me pago y me enorgullezco de ser... de haber sido, el amigo más estimado, eso es, del señor don Alejandro Bermúdez Peleches; mi hijo sabe, finalmente, que es gusano de la tierra, sí, señor, y tiene demasiada inteligencia, y rectitud por demás, para atreverse... con las águilas de las alturas. Eso es.

--Pero don Adrián--díjole Bermúdez mientras encendí a con una cerilla una vela puesta en un candelero sobre la mesa, porque había anochecido ya-- , si no se trata...

--Por anticipado, desde luego, mi señor don Alejandro continuó el farmacéutico sin hacer caso de la interrupción--, le prometo a usted que mi hijo cumplirá con su deber, como yo cumplo ahora, y he de cumplir en adelante, con el mío; eso es. Si tiene también sus planes, que lo dudo, contrarios a los de usted, yo le diré, sí, señor, que los destruya; y los destruirá; que no mire jamás hacia Peleches, eso es; y cegará antes, sí, señor, que faltar a mi mandato; que se hunda en el polvo de la tierra; y se hundirá, eso es; se hundirá hasta los abismos, sí, señor, más tenebrosos y profundos. Lo fío, porque le conozco, y por ser además

todo ello de justicia... de reparación debida a usted, verdaderamente, por una parte; y por otra, de pundonor ¡caray! para nosotros, eso es.

--Repito que usted extrema las cosas, amigo don Adrián.

--¡Ojalá fuera verdad! Pero estoy en lo justo, sí, señor, por mi desgracia, don Alejandro; en lo que debo, eso es, en lo que debo, en lo que debemos a usted mi hijo y yo, eso es, como le decía, y en lo que nos debemos a nosotros mismos. En el mundo, señor don Alejandro, aquí, en este rinconcito de Villavieja, hay muchos ojos ¡caray! y muchas lenguas; no todos los ojos ven las cosas por una misma cara, ni todas las lenguas explican de un mismo modo lo que los ojos ven. La señorita Nieves es hija del rico caballero don Alejandro Bermúdez Pelches, y el padre de Leto es el pobre don Adrián Pérez, boticario de Villavieja... eso es; y en un paño como éste ¡caray! pueden entrar muchas tijeras, como haya ganas de cortar, que nunca faltan... En fin, ya puede usted comprenderme; y yo, mi señor don Alejandro, que he conservado con honra durante setenta y cinco años, eso es, la vida que recibí de Dios, con honra quiero entregársela el día en que me la reclame, que bien cercano está ya... Eso es.

Bermúdez ya no daba vueltas por el gabinete: se había detenido delante del boticario; y a pie firme y con la cabeza algo gacha y la mirada de

su único ojo clavada en los humedecidos de él, escuchaba sus ardorosos razonamientos.

--Y ahora--dijo en conclusión el atribulado farmacéutico, que ya llevo lo que venía buscando, y aun algo más, eso es, si bien se mira, y sé a lo que debo atenerme, si usted me da su permiso me vuelvo a mi casa... para terminar debidamente lo comenzado a tratar aquí... Pero me atrevería, por término, eso es, y por remate de nuestro coloquio, a pedir a usted una gracia... ¡la última, señor don Alejandro, por no molestar!

--Yo tendré siempre--le respondió Bermúdez afablemente--, el mayor gusto en servirle en cuanto pueda, señor don Adrián: no lo dude usted un momento.

--No lo dudo, señor don Alejandro--replicó el otro--. Y voy, en prueba de ello, a la súplica. El camino hasta mi casa no deja de ser largo y escabroso, y ya ha cerrado la noche, eso es; ordinariamente, no me las arreglo bien con las tinieblas; pero en el estado ¡caray! en que me encuentro ahora... a la verdad, fío poco de mis fuerzas; y una caída a mis años... ¡caray! ¿Tendría usted inconveniente en que me acompañara un ratito, por lo más obscuro nada más, eso es, su criado Ramón?

--Sí, señor, que le tengo--respondió Bermúdez dirigiéndose a la alcoba de su gabinete--, porque quien le va a acompañar a

usted, soy yo.

--¡Usted, señor don Alejandro?--exclamó asombrado el boticario.

--Yo mismo, señor don Adrián--respondió Bermúdez desde allá dentro--, en cuanto me calce las botas. Así como así, no me vendrá mal orear un poco la cabeza fuera de casa. Don Adrián sintió la fineza de su amigo, como una lluvia serena en el estío las plantas mustias.

Apareció pronto don Alejandro con todos los pertrechos necesarios para ponerse en marcha, y el boticario le dijo:

--No he intentado siquiera saludar, eso es, ofrecer mis respetos a la señorita Nieves, porque verdaderamente es mejor que ignore, eso es, que yo he hablado con usted.

--Nieves anda otra vez maleando de la cabeza, y se había tendido sobre la cama un poco antes de llegar usted. Sin eso, la hubiera usted saludado, porque no quita lo cortés a lo valiente, señor don Adrián. Con que cuando usted guste...

Salieron ambos del gabinete; entró don Alejandro en el de su hija; volvió a la sala a poco rato, dando al boticario la noticia de que Nieves estaba mejor, y se fueron los dos pasillo adelante.

Al desembocar en la plazuela de la Colegiata, se despedió Bermúdez de su viejo amigo con un fuerte apretón de manos.

--Ya está usted en sagrado--le dijo--, y yo me vuelvo a mi escondite.

--Gracias por todo, ¡por todo, sí, señor!--respondió el boticario trémulo de voz y conmovido, como si se despidiera de don Alejandro hasta la eternidad.

Retrocedió Bermúdez hacia Peleches; y andando cuesta arriba y meditando, dejó escapar de su pensamiento, y como si fueran el resumen de sus meditaciones, estas palabras:

--¿Qué apostamos ¡canástoles! a que ese pobre boticario vale mucho más que yo?

--XXIV--

«El Fénix villavejano»

Acompañado del propio Maravillas, que para eso y para dirigir y _mejorar_ a su gusto la edición, había ido dos días antes a la ciudad, entraba en Villavieja el paquete de los quinientos ejemplares, húmedo todavía y exhalando el tufo que enloquece a los pipiolos y regocija a los veteranos en la esgrima de la péñola, al mismo tiempo que subía hacia Peleches don Alejandro Bermúdez.

Tinito el sabio se encaminó a su casa por los callejones más extraviados, para no ser visto por sus amigos y col

aboradores, pues así convenía para sus planes; y una vez encerrado en ella y después de encargar muy encarecidamente que se dijera a cuanto s llegaran a preguntar por él, si alguien llegaba, que no había venido aún, procedió a romper las ligaduras del paquete con mano codiciosa y a dividir su contenido en cuatro porciones: una para cada repartidor de los tres que tenía apalabrados, y la más pequeña para dejarla de reserva. Era cosa convenida con «los chicos de la redacción» que el periódico se repartiría de balde en la villa entre todas las personas cuya lista se había formado con la mayor escrupulosidad, sin perjuicio de distribuir el sobrante entre «lo menos irracional de la masa anónima» (palabras textuales del propio Maravillas).

El periódico era de corto tamaño y llevaba por nombre, en letras muy gordas, el que se ha puesto al frente de este capítulo, adicionado con esta leyenda: Revista literaria y de altos intereses sociales, políticos y religiosos. La primera plana y gran parte de la segunda, iban atestadas de prosa sarpullida de signos ortográficos, bajo el rótulo de Nuestros ideales. Después versos, ¡muchos versos! Una Melancolía, dedicada «a la distinguida señorita doña I. G.» (la Escribana segunda); un Éxtasis «a M. C.» (Mona Cordillo); tres Ovillejos «al ilustrado Fiscal de este juzgado, mi distinguido y bondadoso amigo don F. R., en señal de consideración

n y afecto
entrañable»; unos _Cantares tiernos_ «a la encantad
ora joven villavejana
A. C.» (Adelfa Codillo); _Mis confidencias_, «compo
sición graciosa, a la
chispeante señorita R. G.» (Rufita González); algun
as coplas más por
este orden, varios sueltos en prosa, y en prosa tam
bién una _Variante
histórica a la fábula de Hero y Leandro_. Cada poes
ía llevaba al pie
todos los nombres y apellidos de su autor. Maravill
as firmaba con los
suyos el artículo de _entrada_, y sólo con iniciales
la _Variante_.

--Y de todo esto, ¿cuál es lo tuyo, hijo?--le pregu
ntó el tabernero su
padre, que presenciaba, por no atreverse a cosa may
or, las operaciones
de deshacer el fardo y contar ejemplares para separ
ar los
correspondientes a cada lista de las tres desplegad
as sobre la mesa.

--¿Pues no lo ve usted?--le respondió el sabio poni
endo el dedo sobre la
firma del programa y las iniciales de la fábula--.
Todo lo que no son
coplas estúpidas y sin substancia: lo que ha de lev
antar ronchas. ¡Vaya
si levantará!... hasta estos sueltecitos, que tambi
én son míos, y de
pronto no parecen nada: ya lo verá usted.

--Y ¿lo conocen, lo conocen ya tus amigos, esos de
las copias?

Miró el sabio a su padre con el gesto de más altivo
desdén, y le dijo:

--¡Qué han de conocer esos mentecatos, ni a título

de qué? Lo conocerán
mañana cuando el periódico circule y no les quepa l
a vanidad en el
cuerpo al ver el magnífico resultado de mi aparició
n en _El Fénix_.
Ellos son los que me han buscado: yo he consentido
en que colaboren bajo
mi dirección en el periódico, que dirá lo que yo te
nga por conveniente,
y nada más. ¿Les parece poco? ¿Qué más honra pueden
desear? ¡pues buena
sindéresis es la suya para que yo me hubiera rebaja
do a consultarles lo
que pensaba publicar en _El Fénix_! ¡Estúpidos y pu
silámines! Capaces
eran de no consentir la salida del periódico.

--Verdaderamente--contestó el tabernero, electrizad
o con aquel pensar,
aquel decir y aquel mirar de su hijo--, que no son
quién para lo que tú
sabes, esos muchachuelos ignorantes y desaplicados.
.. ¿Y de veras crees
tú que esos escritos meterán bulla?... No haga el d
iablo que te traigan
algún disgusto...

--¡Bah!--repuso Maravillas creciéndose dos palmos--
; no irán los
huracanes por donde usted se figura. El efecto de m
i primer artículo
será de asombro, como el de la centella, como el de
l relámpago. El de la
fábula le sentirán pocos; y éstos se guardarán muy
bien de decir lo que
les duele y en qué parte. Vea usted unas muestras d
e la calidad
científica y filosófica del artículo, o mejor dicho
, del programa.

Arrimose en esto Maravillas a la cómoda, sobre la c
ual estaba la luz con

que se alumbraban allí él y su padre; subió las gafas hasta dejarlas encaramadas sobre las cejas; levantó el periódico que tenía entre las manos, bajando al mismo tiempo la cabeza, de manera que no quedó el espacio de dos pulgadas entre los ojos y el papel, y comenzó a leer con voz nasal, atiplada y clamorosa, mientras el tabernero se le acercaba de puntillas, con una mano colocada detrás de la oreja y mordiéndose el labio inferior.

--«Nuestros ideales...»

Aquí se detuvo de repente; y cambiando su tono campanudo por el llano y de todos los días, advirtió a su padre:

--Ha de saber usted, ante todo, que el fénix es un pájaro fabuloso o imaginario, del que se cuenta que renacía de sus propias cenizas, como la muerta planta renace de la semilla que ha producido en vida... ¿Se entera usted?

El tabernero contestó afirmativamente con una cabezada, sin apartar la mano de la oreja, y añadió a la contestación otro ademán y otro gesto que querían decir: «adelante».

Entendió la mímica Tinito el sabio; y metiendo nuevamente los ojos por el papel, volvió a su interrumpida lectura y al registro campanudo de su voz:

--«Nuestros ideales... Sal de tu sueño letárgico; despierta ya, ¡oh,

Villavieja, pueblo fósil, merecedor de más honrosos destinos!...

¡Despierta y sacude la ignominia de tu mortaja enmohecida por la

lobreguez insana de tres siglos de barbarie! ¡Despierta, levántate y

contéplate! Nosotros te pondremos delante de los ojos el gran espejo de

la Verdad, iluminado por la esplendorosa luz de los nuevos días. Mírate

en él... ¡Ah, desdichada! Te turbas, te sonrojas...

¡te avergüenzas!...

¡Lo comprendemos, sí, lo comprendemos! Te ves andrajosa y fea, y esclava

vil, y degradada y sola, entre la muchedumbre de otros pueblos risueños,

hermosos, libres y florecientes...»

--Sigue a esto--dijo a su padre Maravillas, interrumpiendo la lectura--,

un largo párrafo muy bonito y de gran efecto, de conjuros y de

apóstrofes por el estilo de los que ha oído usted, que duran hasta la

mitad de esta segunda columna, y digo enseguida...

«¿Sabes por qué eres

andrajosa, y fea y esclava vil y degradada, ¡oh, Villavieja infelice?

Porque el templo de tu Dios está henchido de riquezas, y sus criminales

derviches adormeciéndote con sus cánticos soporíferos, como adormece el

vampiro a sus víctimas con el aire de sus alas para chuparles la

sangre...»

--Continúa después otro párrafo, también muy hermoso, todo lleno de

respuestas de esta, clase, con unos ejemplos y unas comparaciones

admirables por lo oportunas y la mucha erudición que revelan, y concluyo

diciendo: ¿Quieres ¡oh, mi villa natal infortunada!
romper tus cadenas,
y ser grande y rica y bella? Pues demuele tus templ
os; sepulta entre sus
escombros a tus ídolos grotescos, y arroja su recue
rdo de tu memoria, y
de tu mente la idea que los derviches te han crista
lizado en ella de un
Dios incompatible con la extensión que alcanzan a e
stas horas las
exploraciones hechas en las regiones científicas po
r la razón humana. No
por eso ¡oh pueblo de las grandes melancolías! qued
arás huérfano y
desamparado de ideales que te sublimen y ennoblezca
n, algo más que las
absurdas abstracciones metafísicas con que hoy te e
ngañan. ¿Quieres
saber a quién adoramos nosotros? a la Razón. ¿En qu
é templo? En el
gabinete de estudio, en el laboratorio, en el talle
r. ¿Cuál es nuestra
Biblia? La Naturaleza, con sus leyes físicas y su g
énesis racional y
científicamente comprobada. ¿Nuestros Santos? Todos
los hombres ilustres
que han concurrido y concurren a la obra colosal de
nuestra Redención
verdadera, sustentando y propagando los dogmas impe
recederos del
positivismo materialista, que es nuestra religión y
nuestra fe; las
mismas que venimos a predicar entre vosotros, porqu
e os amamos y
queremos vuestro bien...»

--¿Eh? ¿Qué tal, padre? Me parece que está bien rem
atadita la cosa; y
picante... y hasta la empuñadura, ¿eh?

El tabernero trasladó la mano que tenía junto a la
oreja, al cogote,

entre cuyos pelos grises, cerdosos y tupidos metió las uñas para rascarse.

--No he comprendido cosa mayor--dijo mientras se rascaba, la entraña de todo eso que has plumeado ahí. Como gustar, me gusta el palabreo y la... ¡Vaya! de lo mejor. Es manufactura de sabio: se ve al golpe; pero todo es de echar la iglesia abajo y otras cosas al simen... ¿qué te diré yo? Pudiera caer mal en Villavieja.

--No lo crea usted--observó Maravillas riéndose del candor de su padre--. Aquí, en este pueblo, hay materia dispuesta para todo: lo que faltaba eran manos. Pues ya están acá. Sorprenderá, deslumbrará el artículo, como la dije a usted antes; pero la luz se habrá visto, y las gentes vendrán a ella, como pájaros bobos... No lo dude usted.

--Más valdrá así--dijo el tabernero bajando la mano y apoyando el codo sobre la cómoda--. ¿Y qué más, hijo?

--A este programa--continuó el sabio--, siguen, como usted ve, unos versos, tontos y malos, como todo lo que pueden escribir estos majaderos villavejanos; a los versos, un sueltecillo sobre policía urbana; al suelto, más versos, detestables también; y así alternando versos chabacanos con gacetillas mías, concluye la tercera plana, y comienza la cuarta con esta noticia que voy a leer a usted, y dice así: «_Percance grave_: El jueves último salieron a voltejear fuera

de la bahía, como lo
tienen por costumbre, en un balandro de recreo, un
joven muy conocido,
de esta población, y una linda y elegante señorita
forastera que reside
en sus inmediaciones. No sabemos si por distracción
de los dos o por
algún accidente imprevisto, porque escribimos de re
ferencia, se fueron
al agua de repente, uno tras otro, en alta mar; y e
n ella hubieran
perecido, porque el balandro llevaba mucho andar, s
in la serenidad y la
destreza del marinero que los acompañaba a bordo y
logró recogerlos.
Celebramos de todo corazón que el percance no tuvie
ra otras
consecuencias que el susto del momento y los sinsab
ores subsiguientes
por la falta de recursos con que se halló el joven
para socorrer a la
señorita en el estado angustioso y a todas luces la
mentable en que salió
de la mar. Afortunadamente, la necesidad, que es in
geniosa de suyo,
suplió por todo, y la robustez y el buen ánimo hici
eron lo demás.
Nuestra más cordial enhorabuena a los entusiastas e
xpedicionarios del
hermoso _yacht_.»

--En esta noticia--dijo Maravillas a su padre--, no
hay nada,
absolutamente nada de particular; de particular mal
icioso, se entiende:
la relación, hasta galante y cortés, del caso que s
e refiere de público
en la villa. Pues enseguida viene la _Variante hist
órica..._ fíjese
usted bien, _histórica_, a la fábula de Hero y Leand
ro_. Hero y Leandro
fueron dos personajes imaginarios también, como el

pájaro fénix. Hero una zagala y Leandro un zagal, vivían separados por el Helesponto, un brazo de mar, casi mar. Hero y Leandro se amaban, y Leandro de costa a costa nadando para echar un párrafo con Hero. En una de éstas, se enfurruñaron las aguas y pereció Leandro. Pues en la _Variante_ se cuentan las cosas de otro modo: Hero visitaba a Leandro, no pasando el Helesponto a nado, sino en un barquichuelo, y a la vela. Un día se le puso el esquife quilla al sol, y Leandro, que lo presenciaba, se arrojó al mar y sacó a Hero medio asfixiada y hecha una sopa. En aquella soledad no había con qué socorrerla. Desnudola el infeliz, lleno de angustia; y, a buena cuenta, la dio unos fregoteos de arriba abajo con unos herbachos secos que había a sus alcances: lo que me ha dado ocasión para pintar una escena muy notable del género naturalista, que es el que impera hoy en todas las manifestaciones del arte... Resultado, que la chica vuelve en sí; que se pasa la mañana con el chico; que, en tanto, se le va secando la ropa al sol; que se la viste al fin, y que arreglado también el barquichuelo por el diligente y placentero galán, Hero se vuelve a su casa tan despreocupada y campante como si no hubiera roto un plato... Tampoco en este cuentecillo, considerado aisladamente, hay cosa en que pueda cebarse la malicia del lector al primer golpe; pero vaya usted observando que el cuento sigue inmediatamente, en el orden de colocación en el periódico, a la relación del perca

nce del jueves; y va
seguido, a su vez, de esta noticieja, que no puede
ser más inocente:
«Dentro de muy pocos días llegará a Villavieja un a
caudalado, culto y
distinguido joven, ciudadano de una de las más flor
ecientes repúblicas
hispano-americanas, e hijo de dos ilustres villavej
anos, cuyos deudos y
tierra nativa viene a conocer el ilustre viajero, d
espués de haber
recorrido lo más digno de verse en Europa. Es casi
seguro que entre los
dos alojamientos que se le tienen dispuestos en la
parte más _alta_ y en
la _baja_, respectivamente, elegirá el último contr
a lo que se esperaba
hasta hace pocos días. Como las razones que pueda t
ener para ello no son
de nuestra incumbencia ni de la del público, nos li
mitamos a consignarlo
y a anticiparle la más cordial bienvenida».

--Colocada esta última pieza, ¿no ve usted cómo van
formando las tres
seguidas un solo cuerpo con una misma intención, bi
en manifiesta y
clara?

El tabernero confesó, bien a su pesar, que no lo ve
ía tan manifiesto y
claro como su hijo afirmaba: vamos, que no caía en
la malicia.

--Eso consiste--díjole el sabio sin apurarse por la
respuesta de su
padre--, en que no está usted en antecedentes, como
lo están las
personas para quienes se ha escrito eso: verá usted
que luego lo
pescan... Lo que ahora importa es que no sepan mis
colaboradores la

llegada del paquete ni la mía; porque andarán, como novicios que son, con un palmo de lengua fuera de la boca, por la curiosidad de ver y oler el periódico; y si le ven y le huelen, lo mejor que puede ocurrir es que relaten lo más substancioso de él esta misma noche en el Casino, quitándole así el interés a los asuntos. ¡Pues me he dado yo poca fatiga para lograr que el paquete esté aquí cuando debe de estar para que el reparto se haga a su debido tiempo! Mañana, domingo, cuya fecha lleva el periódico, ha de quedar distribuido en Villavieja antes de las ocho de la mañana. No se le olvide a usted volver a advertírselo a los repartidores, cuando les entregue, muy tempranito, la lista y los ejemplares correspondientes, que quedan aquí, como usted ve, ni encarecerles mucho las instrucciones que le tengo dadas para el reparto... ¿Se entera usted? Corriente. Pues a su sitio ahora todo el mundo, y que me suban algo de cenar enseguida, porque vengo desfallecido y con muchas ganas de acostarme.

A la mañana siguiente, antes de la misa segunda, que se decía a las ocho, ya no quedaban en manos de los repartidores de El Fénix otros ejemplares que los destinados a la masa anónima. Todos los demás se habían distribuido de casa en casa, conforme a lo acordado. En algunas de ellas y en determinados puntos, se dejaron varios ejemplares: cincuenta en la de las Escribanas; otros tantos en el Casino; diez a

Rufita González; cinco a las Corvejonas; igual número a las de Codillo y a las Indianas doce a los Carreños, y doce también a los Vélez, contando Maravillas con que todas estas gentes habían de tener señalado gusto en que la cosa circulara y se fuera propagando por la villa y fuera de ella.

A don Alejandro Bermúdez, que había ido con Nieves a misa primera, le entregaron su correspondiente ejemplar a la salida de la Colegiata, ahorrándose el repartidor una subida a Pelechés. Allí mismo se repartieron otros muchos ejemplares de los destinados «a la masa». Don Alejandro, después de mirar el papel con más indiferencia que curiosidad, le plegó en tres dobleces y le guardó en el bolsillo. Nieves, entre tanto, echaba una ojeada a la botica, en cuyo fondo solamente vio al mancebo con los brazos en alto y una botella en cada mano, trasegando líquido de una a otra. Ni señal de Leto ni de su padre. Éste, contra su costumbre de toda la vida, no había madrugado aquel día. Las emociones y las batallas de los anteriores le habían pegado a la cama a aquellas horas, bien a pesar suyo.

En cuanto a Leto, que se había pasado la noche en claro, después de la larga entrevista que tuvo con su padre recién llegado de Pelechés, estaba encerrado en el cuartucho de la trastienda con El Fénix Villavejano. Por bajar a la botica se le entregó el mancebo con una

mano, poniendo el índice de la otra, y sin hablar una palabra, sobre el renglón en que se leía: _Percance grave_. Diez minutos después no parecía Leto un hombre, sino una fiera recién enjaulada.

Por este lado, los vaticinios de Maravillas se cumplían bastante bien: las malicias resultaban donde las había puesto él; por otro, el éxito había sobrepujado a sus esperanzas: el periódico fue una bomba en cada casa, particularmente en las de «los chicos de la redacción», que se espantaron al pasar la vista por el artículo programa, motivo de indignación y de escándalo hasta para el más tibio de los villavejanos. ¡Qué no sería para los pobres chicos que con sus firmas se habían hecho solidarios de aquellas empecatadas doctrinas? ¡Cómo convencer a nadie de que habían sido engañados y sorprendidos? Buscáronse, en ayunas y en chancletas, como estaban; halláronse, reuniéronse y deliberaron. ¿Qué hacer? Romperle la crisma. En eso convinieron todos, sin discusión; pero ¿y después? Arrancarle una declaración y dar ellos un manifiesto; pero faltaba la imprenta para propagarle con la abundancia y la rapidez que la urgencia del caso pedía...

Deliberando sobre esto quedaban a las nueve y media todavía, mientras Tinito, que tenía su plan, continuaba encerrado en casa, donde había recibido, por conducto de su padre, las felicitaciones de los cuatro prosélitos que, como se sabe, tenía entre los gremi

os de zapateros y
mareantes.

Esto había enorgullecido mucho al tabernero, y le había parecido a él signo de buen augurio. A un recado que se le mandó de parte de sus colaboradores, respondió por él su padre diciendo que había salido de casa.

Así hasta las diez y media. A esa hora, muy planchado y repeinado, erguido hasta la rigidez, risueño de oreja a oreja, y solemne y augusto en su apostura, apareció delante de la Colegiata, dispuesto a aceptar los honores del triunfo que habían de decretarle allí, en el momento de salir de misa mayor, las gentes más importantes de la villa.

Entre tanto ocurría dentro, en la iglesia, un suceso muy extraordinario. El párroco don Ventura, después de leer dos proclamas de casamiento y de anunciar las fiestas de la semana, cogió otro papel que a prevención tenía sobre la mesa del altar; reclamó con mucho enojo la atención de sus feligreses, y comenzó a leerle, en voz recia, pero alterada por una gran emoción. Era una protesta firmada por los seis colaboradores de Maravillas, contra todo lo que pudiera contenerse en El Fénix Villavejano, de ofensivo para las creencias religiosas o el honor y la fama de las familias de aquel pueblo; ofensas ingeridas en el periódico, sin el conocimiento ni la menor aquiescencia de ellos. Se

valían de aquel medio de publicidad para su protesta, por no tener otra a sus alcances, y a reserva de utilizar cuantos les sugiriera su vehemente deseo de entregar al juicio de la conciencia pública la conducta incalificable del tal y del cual... ¡Bueno le ponían!

De todo ello tomó pie don Ventura para alabar la conducta de los declarantes y condenar las doctrinas impías, objeto principal de la protesta. «Atacar la religión de cierto modo, vamos, se ve a menudo; pero, hombre, ¡negar a Dios; a Dios Uno y Trino, Grande, Omnipotente y Misericordioso!... ¡y en Villavieja! ¡Qué barbaridad!» Y lloraba de espanto y pesadumbre el bendito varón. Y sus feligreses, indignados antes, se conmovían con sus lágrimas y lloraban también.

Y Maravillas que oía estos rumores desde afuera, pensaba que eran rezos de los «fanáticos», y se reía de ellos a la vez que se impacientaba por lo que la gente tardaba en salir de la iglesia. Para entretener sus impaciencias, paseaba arriba y abajo en la faja de sombra que proyectaba la mole, observado de una media docena de muchachuelos y otros tantos menestrales que andaban por allí matando el rato. Desde que había salido de casa, donde quiera que había puesto los ojos o el oído, había visto el periódico suyo, o pescado alguna palabra referente a él; y los que le veían pasar, le miraban, le miraban, ¡con una fijeza y un interés!...

Hasta los menestrales y los muchachos aquéllos que andaban por la plazuela, le comían con los ojos. Pues ¡cuantos no había detrás de las vidrieras en las casas inmediatas, mirándole y admirándole? Y en estas ilusiones, media hora larga; y la gente en la iglesia.

En esto apareció Leto en la bocacalle inmediata a la botica. Aquel domingo (Dios se lo perdonara) se había quedado sin misa. Se le pasó la de ocho corriendo el temporal desaforado en el cuartucho de la trastienda. Después, por no ahogarse allí de ira y de indignación, había salido sin saber por dónde ni a qué: de calle en calle; y si al paso se topaba con Maravillas... Porque no podía ser de otro la lacería aquélla de la cuarta plana del periódico: la Fábula desde luego lo era, porque llevaba sus iniciales. Pues, carape, ¿qué menos que un par de bofetadas para desahogarse un poco? Esto no podía chocarle a nadie: era de razón y de necesidad. En una de sus viradas, tropezó con el fiscal que le detuvo para decirle:

--Vamos, amiguito, «si buenos azotes me dan, bien caballero me iba». No hay que quejarse.

--¿Lo dice usted--le preguntó Leto enronquecido y algo convulso--, por lo del libelo ese?

--Hombre--respondió el fiscal recogiendo velas delante de aquel huracán a la sordina, sí y no. Con pretexto de ello quería

yo aconsejarle a
usted que lo echara a risa; porque comparado con el
bollo que tantos le
envidian a usted, ¿qué vale el coscorrón que le cue
sta?

--Pues mire usted, fiscal, y para que le vaya sirvi
endo de
gobierno--respondió el otro temblándole los labios--
: si quiere usted
que no se le atragante el bollo ese, guárdese mucho
de volver a tomarle
en boca delante de mí; porque por encima de cuanto
le estimo a usted y
hasta del sol que nos alumbra, pongo yo el respeto
que se debe a la
persona a quien apunta usted en su broma de mal gus
to. Y dejémoslo aquí
si le parece.

Y allí se dejó, con mucho placer del fiscal, que no
tenía interés alguno
en probar sobre su persona la fuerza de los puños d
e Leto embravecido.
Fuese cada cual por su lado; y de esta aventura vol
vía, con la espina de
su recuerdo atravesada en la garganta, el hijo de d
on Adrián Pérez,
cuando se le ha visto aparecer en la plazuela por e
l lado de la botica.

--¡Carape!... Allí está,--se dijo estremeciéndose t
odo al reparar en
Maravillas.

Y se fue derecho a él con propósito de abofetearle;
pero al llegar a su
lado y verle tan poca cosa y empalidecer de susto,
cambió de idea por
escrúpulos de su conciencia hidalga, y se conformó,
después de volverle
de espaldas tirándole de las orejas, con administra

rlé una descarga de
puntapiés, algunos de los cuales le levantaron más
de un palmo sobre el
encachado de la plazuela. Huyendo de los golpes que
le contundían, trató
de refugiarse en la iglesia; pero cabalmente comenz
aba a salir entonces
la gente; y aun quiso su mala fortuna que el primer
o que salía fuera
Nilo Chuecas, el colaborador poeta de los _Cantares
tiernos_; el cual,
al verse cara a cara con el sabio, le plantó en ell
a el mejor par de
bofetones que se había dado en Villavieja muchos añ
os hacía. Ocurrió
también que detrás de Nilo salía de la iglesia _Tap
as_, uno de los
zapateros _ateos_ admiradores de Maravillas; pero m
uy devoto rezador al
mismo tiempo, y hermano de la Orden Tercera de San
Francisco. Era mozo
robusto y fuerte, y al ver a su ídolo huir de los p
uños de Nilo para
caer en las punta; de los pies de Leto, fuese hacia
éste en actitud de
pedirle cuentas de lo que pasaba allí. ¡A buena pue
rta llamaba y en
buena ocasión! Cabalmente estaba Leto deseando habé
rselas con alguno en
quien desfogar sus iras sin que protestara su conci
encia por abuso de
poder. Y respondió a la interpelación del zapatero
con una bofetada que
sonó en toda la plazuela, e hizo dar a Tapas tres v
ueltas en redondo;
salió entonces a la defensa del abofeteado uno de l
os menestrales que
contemplaban a Maravillas poco antes, y obtuvo igua
l recibimiento que
Tapas del hijo del boticario, púsose Nilo Chuecas a
l lado de éste;
salieron de la iglesia otros dos ateos de los prosé

litos de Maravillas,
y uniéronse a los que peleaban por él; fueron entra
ndo en pelea por aquí
y por allá gentes que no habían soñado en ello ni t
enían por qué
soñarlo; comenzaron los gritos de las mujeres y los
conjuros de los
hombres pacíficos; presentáronse en escena otros do
s colaboradores del
maldecido periódico; llegó el mancebo de la botica;
salió de la iglesia
don Adrián, y detrás don Claudio Fuertes, que tomó
sitio junto a Leto y
comenzó a sacudir garrotazos a diestro y a siniestr
o; huyeron hacia la
izquierda los Vélez y hacia la derecha los Carreños
, que tenían un miedo
horrible a los alborotos populares; desmayáronse do
s Escribanas, una
Codillo y Rufita González, y abriéronse todos los b
alcones que daban a
la plaza y llenáronse de gente que se llevaba las m
anos a la cabeza y
estaba sin color y sin pulsos al ver a los combatie
ntes de aquel campo
de Agramante, rodar aquí en montón confuso por los
suelos, allá
esgrimiendo los puños en el aire, acá forcejeando e
ntrelazados, y acullá
a Leto y al comandante segando hombres en un espaci
o de tres varas en
rededor, que siempre estaba desembarazado de estorb
os. Por todo se reñía
allí entonces menos por la obra empecatada de Marav
illas, de quien nadie
se acordaba ya y de cuyo paradero no se sabía.

Por último, vino el juez de primera instancia acomp
añado de la Guardia
civil; y así y todo costó Dios y ayuda deshacer aqu
ella maraña de carne,
y apaciguar las olas de aquel mar encrespado por pr

imera vez en cuanto
alcanzaba la memoria de los más viejos de la villa.
Créese que influyó
mucho en la feliz terminación de la lucha y en el m
ás pronto despejo de
la plaza, el haberse oído de repente el silbato de
El Atlante,
anunciando su entrada en el puerto; suceso que arra
stró al muelle a la
mayor parte de los espectadores de la refriega, y a
un a algunos de los
combatientes que estaban _desocupados_ en el instan
te de oírse las
pitadas del vapor.

.....

Mientras estas cosas tan graves ocurrían abajo, arr
iba, en Peleches, sin
tenerse la menor noticia de ellas, también pasaba a
lgo que merece
consignarse aquí por remate de la crónica de aquell
a mañana de eterna
remembranza en los futuros anales de la perínclita
Villavieja. Fue el
caso que don Alejandro Bermúdez, olvidado ya de que
había guardado en
uno de sus bolsillos el periódico que le habían ent
regado al salir de
misa primera, topó con él a media mañana; y por cas
ualidad, al
desdoblarle, quedó ante sus ojos la cuarta plana, c
omo pudo haber
quedada la primera. Fijó la vista en el epígrafe _P
ercance grave_, que
estaba en letras de mucho relieve; tentole la curio
sidad, y leyó lo que
seguía. Se quedó hecho una estatua al concluir. Rep
asó su memoria...
«Justo y cabal», se dijo. Y voló en busca de Nieves
, con el periódico en
la mano y las gafas en la punta de la nariz.

Sin sentarse y temblándole el papel entre los dedos
, leyó a su hija lo
del _Percance grave_. Cuando acabó de leer, Nieves
estaba pálida, pero
atenta y muy en sí.

--En este puerto no hay más que un _yacht_--dijo Be
rmúdez mirando muy
fijamente a su hija por encima de las gafas--, ni m
ás señorita forastera
que ande en él, que tú; y para inventada, me parece
mucho esta
noticia... Después, se da por ocurrido el suceso el
jueves, el mismo día
de aquéllas mis confusiones... Vamos, que las señas
son mortales...

--¡Ojalá--respondió Nieves--, que entonces, como es
tuve tentada a
hacerlo, te lo hubiera confesado todo!

--¿Luego es cierto?

--Si me prometes oírme sin enfadarte conmigo, ni co
n nadie--dijo ella
subrayando esta palabra con una sonrisilla algo for
zada--, yo te
referiré el caso con todos sus pormenores, que no d
ejan de ser de
importancia.

--Yo te prometo cuanto quieras, hija mía repuso Ber
múdez trasudando de
congoja y sentándose al lado de Nieves--. Pero cuen
ta, ¡cuenta, por el
amor de Dios! y sácame cuanto, antes de esta terrib
le curiosidad en que
estoy metido.

Y empezó Nieves a relatar; y relatando ella punto p
or punto todo lo

ocurrido aquel día memorable, con la más escrupulos a minuciosidad, y aun recargando los trazos y los colores en algunos pasajes, como si intentara grabarlos hondamente en la memoria y en el corazón de su padre; oyendo él absorto, estremeciéndose a menudo, aterrado en ocasiones, descolorido y suspenso siempre; preguntando y repreguntando a veces para apurar la materia, y llevando, por último, ella y él la conversación a los sucesos domésticos que tuvieron origen en el relatado por Nieves, se les fue pasando la mañana hasta la hora de comer; llegó entonces don Claudio Fuertes, y aconteció lo que el lector verá en el siguiente capítulo, que, si no es el último de la presente historia, ha de andar muy cerca de serlo.

--XXV--

En el que todos quedan satisfechos menos el lector

Aconteció, primeramente, que don Alejandro Bermúdez, sin dar tiempo a que su amigo se sentara, ni acabara de saludar siquiera, le informó de lo tratado allí con Nieves; noticia que alegró mucho a don Claudio, porque había temido, al ver los extraños continentes del padre y de la hija, y al primero con el endiablado papel entre manos, que se hubieran tragado el veneno vertido en su cuarta plana con ese fin por Maravillas.

Ventilado aquel punto a la ligera, el comandante di
o por supuesto que
los señores de Peleches estarían enterados de lo qu
e acababa de suceder
en la villa. No tenían la menor noticia de ello.

--Y ¿cuál ha sido la causa?--preguntó Bermúdez desp
ués de la ligerísima
pintura del suceso, que les hizo don Claudio.

--La causa verdadera y fundamental de todo--respond
ió éste--, ha sido el
artículo que le habrá chocado a usted, por lo desfa
chatadamente impío,
que va a la cabeza del periódico que tiene usted en
la mano.

--No he leído de todo él--respondió don Alejandro--
, más que la noticia
ésta, que nos ha dado qué hablar y qué pensar a Nie
ves y a mí para toda
la mañana.

--¡Hombre!--exclamó Fuertes como si se alegrara muc
ho de ello--. Pues
tanto mejor entonces... a ver, a ver, mi señor don
Alejandro: como fiel
cristiano que es usted, está obligado a entregarme
ese periódico...
Venga.

Don Alejandro se le entregó siguiendo lo que le par
ecía broma de su
amigo.

--Y yo--añadió éste--, tengo el deber, como fiel cr
istiano que también
soy, de hacer trizas el papelejo y arrojarlas por e
l balcón.

Y como lo decía lo iba haciendo.

--Porque han de saber ustedes--prosiguió después de volver a su asiento--, que este periódico ha sido excomulgado desde el altar por don Ventura en misa mayor, con encargo muy encarecido a sus feligreses, de que destruyan cuantos ejemplares lleguen a su poder o vean en el de sus deudos o amigos... Es el demonio el tal Maravillas. ¡Lo que él ha revuelto hoy!

Estando en esto, avisó Catana que estaba servida la sopa.

--Pues mientras ustedes comen--dijo don Claudio levantándose--, les daré cuenta minuciosa de todo lo ocurrido; porque ese solo fin es el que me ha traído aquí a estas horas.

--Lo mejor será--contestó don Alejandro, apoyado en seguida por Nieves--, que coma usted con nosotros.

--Aceptado el envite--dijo Fuertes--, contando con que también se me hará el favor de mandar un recadito a mi casa para que no me esperen.

Así se hizo.

Don Alejandro comió poco y Nieves menos. En cambio don Claudio Fuertes no cerró boca, más, en verdad sea declarado, hablando que comiendo. Refirió el motín y el suceso que le precedió en la iglesia, con todos sus pelos y señales. Hasta Leto y él, y Cornias y el mancebo, y casi, casi, don Adrián, habían tenido que andar en la greca. No recordaba él

haber dado más garrotazos en su vida... ni a los mo-
ros de África. Triste
era haberse ensañado tanto en sus propios convecinos;
pero se habían ido
hacia aquel lado todos los ganapanes de Villavieja,
y hubo que
defenderse y ayudar a los amigos. La botica se había
a colmado después de
desmayadas y contusos; y a don Adrián, y a Leto y a
l mancebo, y al mismo
Cornias, les faltaba tiempo para disponer antiespas-
módicos y aplicar
compresas de árnica y vegeto, y hasta alguna que ot-
ra tira de
aglutinante. No se había visto otra ni se volvería
a ver tan pronto, en
Villavieja. Las gentes formales estaban indignadas
con el mequetrefe; y
las familias de sus colaboradores engañados, pensab-
an llevar el asunto a
los tribunales de justicia. También se hablaba de t-
omar alguna medida
gubernativamente, por haberse repartido el periódic-
o, sin la debida
autorización oficial. Había bastante _tolle, tolle_
, contra las
Escribanas, por ser cosa corriente que la mayor de
ellas había pagado a
Maravillas los gastos de la edición. De Maravillas
se afirmaba, y sería
verdad, que había huido de Villavieja durante lo má-
s recio de la
refriega, a uña de caballo, hacia la ciudad. Su pad-
re había cerrado la
taberna, muerto de miedo; y desde una ventana de ar-
riba había declarado
al pelotón de curiosos que le apostrofaban desde ab-
ajo, que estaba
dispuesto a comerse todos los ejemplares del periód-
ico que se le
presentaran, si con ello se calmaban las iras reina-
ntes contra él. Del

hijo, que no se le hablara: era un trastuelo, un he
reje, que tenía que
acabar mal si no cambiaba de ideas, como se lo tenía
a él bien
advertido... Se creía que bajaría muy poca gente po
r la tarde a ver el
vapor que había entrado; porque los espíritus estab
an muy soliviantados,
y se aguardaba en el Casino un lleno después de com
er, y quizá algún
disgusto entre los chicos colaboradores, que ardían
, y cualquiera que
tuviera la mala ocurrencia de «tomarles el pelo» o
defender al fugitivo.
En fin, que podía dar juego todavía el programa del
sabio Maravillas. El
pobre don Adrián no había salido aún de su espanto.
Leto, después del
desahogo que se había dado a todo su gusto sobre Ma
ravillas y sus
defensores, estaba ya tan sereno y en sus quicios o
rdinarios; a él, a
don Claudio, con verle bastaba.

Se continuó hablando del suceso; acabose antes que
el tema la comida;
retirose Nieves de la mesa; alzáronse los manteles;
sirvióse el café a
los dos comensales que quedaban en ella; tomaronlo,
bien interlineado
con sorbos de excelente licor y chupadas a muy exqu
isitos habanos; y a
medio consumir éstos aún, rogó don Alejandro Bermú
ez a don Claudio
Fuertes que pasara con él a su gabinete, porque ten
ía que hablarle en
secreto de cosas de sumo interés.

Encerrados ambos, muy picado de la curiosidad don C
laudio Fuertes, y muy
preocupado, pero muy sereno y armado de resolución
don Alejandro

Bermúdez, dijo éste:

--¿Usted había notado algo de esa que podemos llamar enfermedad de mi hija, que yo descubrí, y de la cual le hablé anteayer en este mismo sitio?

--¡Pshe!--respondió don Claudio después de meditar un instante y comprendiendo, por el tono de la pregunta y por el aire de Bermúdez al hacerla, adónde iba a parar éste con el asunto en aquella ocasión--; algo, algo, no era difícil de notar: ya ve usted, a perro viejo... Pero cuando me convencí de que lo había, y mucho, quizá sin haberlo notado ninguno de los dos, fue cuando él, espantado con la idea de que pudiera llegar a oídos de usted la noticia del suceso que Nieves le ha referido hoy, me buscó para referirmele a mí en el mayor secreto, ¡Qué cosas adiviné entonces, don _Alejandro_! y francamente, ¡qué grandes y qué hermosas y cuán de admirar en aquel noble y valiente muchacho!

--Sí, señor--dijo Bermúdez sacudiendo con el dedo meñique en un cenicero de porcelana que había sobre la mesa--escritorio, la ceniza de su medio cigarro:--para que nada falte en este malhadado asunto, hasta hay de por medio su rasgo de novela; ese toque romántico del salvamento de la protagonista.

--¡Buen romanticismo nos dé Dios, señor don Alejandro! ¡Romántico un lance de una realidad tan tremenda, que todavía me

pone los pelos de
punta cuando le recuerdo en toda su imponente sencillez!

--¿Los pelos de punta, eh? Mire usted los míos, don Claudio, que aún
chisporrotean desde que oí el relato hecho por Nieves. ¡Y si viera usted
cómo está la sangre de mis venas, y lo que pasa en el fondo de mi
corazón, y las ideas que hierven en mi cerebro!...

--Por visto, don Alejandro, por visto. Pero le he oído a usted calificar
de malhadado el asunto principal, y me voy a tomar la libertad de
decirle que no hallo el calificativo arreglado a justicia.

--¡Canástoles!... ¿Cómo que no?

--Pues como que no.

--Yo tenía mis planes, señor don Claudio; yo tenía mis planes.

--Corriente: tenía usted sus planes.

--De lo que me dio a entender mi hija el viernes; de lo que ayer sábado
me declaró sin ambages, y de lo que hoy ha dejado traslucir en su
relato, se deduce que su enfermedad, como le he dicho a usted antes, no
tiene más que un remedio; y ese remedio es incompatible con los planes
que yo tenía.

--Y ¿qué iba usted buscando en esos planes, señor y amigo mío? ¿el bien
de su hija o el bien del otro?... Entendámonos: dando por hecho que yo

tengo noticias de esos planes, porque ciertas cosas no se pueden ocultar.

--Concedido, y me parece ociosa la pregunta de usted. ¿Qué otro bien he de perseguir en esos planes, sino el bien de mi hija?

--Conformes; pero verá usted cómo no fue mi pregunta tan ociosa como cree: ¿qué garantías le han dado a usted de que la felicidad de Nieves ha de hallarse por el camino de esos planes?

--Hombre... cuantas pueden darse en un caso así.

--Ninguna, señor don Alejandro, ninguna. Usted solamente conoce a su sobrino... porque del hijo de doña Lucrecia se trata, ¿no es verdad?... Corriente: usted no conoce a ese sobrino más que por el retrato, por sus cartas y por los elogios que de él le habrá hecho su madre; y todo esto es muy poco.

--¿Poco?

--Sí, señor, muy poco... nada; porque con todo ello junto, y a pesar de las ponderaciones honradísimas de su madre, sin que ella lo sepa puede ser el chico un perdulario, o llegar a serlo, o un descastado, o un hombre inútil y un detestable marido...

--¡Eche usted, canástoles! ¡eche usted más peste si le parece poco todavía la que ha echado sobre el pobre chico! Amigo de Dios, llevando las cosas a tales extremos...

--He hablado en hipótesis, señor don Alejandro, y nada inverosímil por cierto... Y ¡qué demonio, hombre! desde luego puede apostarse la cabeza a que ese caballerito, con todos sus caudales y sus vuelillos y hopalandas de letrado, no es capaz de arrojarse a la mar para sacar de ella a su prima, como lo ha hecho el otro.

--¡Bah!... Ya salió otra vez el rasgo novelesco.

--Porque ha venido al caso que salga; no por lo que tiene de novelesco, que no tiene nada, como usted mismo cree, aunque no me lo confiese, sino como revelación del alma más noble y generosa que ha encarnado en cuerpo humano.

--¡Qué entusiasmos, hombre!... No parece sino que todos...

--Es justicia, señor don Alejandro, créalo usted; y porque viene a pelo.

--De todas maneras, yo tengo mis compromisos con mi hermana desde muchos años hace, y su hijo viene a España confiado en la seriedad de ellos.

--¿Se habían formado esos compromisos con el consentimiento de Nieves?

--Siempre estuve en cuenta de que sí; pero al oírla a ella ahora, resulta que no.

--¿Y es posible que usted, el mejor de los padres y el más caballero de los hombres... (sin asomo de lisonja, señor don Ale

jandro) sea capaz de conceder más importancia a esos compromisos, mal contraídos, que a las repugnancias de Nieves a sancionarlos? ¿Quién, que le conozca a usted como yo, ha de creerlo?

--Nadie, ¡canástoles! nadie; porque yo tampoco lo creo; pero ¿por qué, con planes o sin ellos, se me ha atravesado este estorbo aquí? ¿Por qué no han ido las cosas por sus pasos contados?

--Y ¿qué más contados los quería usted, don Alejandro? Se han hallado sin buscarse; se han tratado sin pretenderlo; se han entendido sin explicarse... ¡Sí hasta parece providencial, hombre! créalo usted.

--No me refería yo a esos trámites ni a ese asunto, sino a que el otro, si no cuajaba, se hubiera deshecho aquí por la buena y de común acuerdo, sin la menor alteración en nuestra vida y costumbres. Eso quería yo, y no esta inesperada complicación que lo echa todo patas arriba. Porque no hay que soñar en arrancarla la idea: la tiene arraigada en lo más hondo; la coge en cuerpo y alma. ¡Y tratándose de un carácter como el suyo, tan entero, tan equilibrado y firme!... ¿Quién demonios había de pensar que la diera por ahí?

--Pero, hombre, cualquiera que le oyera a usted pensaría que Nieves había puesto sus ojos en algún foragido... ¡Caramba! dele usted a Leto el caudal del mejicano, y a ver si hay mejor acomodo que él para una

chica soltera, en todo el orbe conocido... ¡Y como usted es pobre, gracias a Dios!...

--No es eso, señor don Claudio, precisamente... Mir e usted: por de pronto, es una niña todavía...

--Así y todo, estaba usted dispuesto a que se la llevara su primo.

--O no se la llevaría, señor don Claudio, aun suponiendo que mis planes hubieran prosperado; porque entre acordarlo y realizarlo, puede haber otra vuelta a Méjico, que no está a la puerta de casa; y con unas dilaciones y con otras y tan separados los dos, un año se pasa pronto; mientras que este otro lío no da aguante...

--¿Tanta prisa tiene ella, don Alejandro?

--Ninguna: por su gusto, a lo que yo la entiendo, se pasaría toda la vida como ahora... y lo creo; pero ¿cómo deja usted las cosas así y en continuo trato los dos?...

--Ciertamente...

--Pues vuelvo a lo dicho: es una niña todavía... ¡y decir a Dios que al primer vuelo... del nido a la rama, como si dijéramos... ¡zas!

--¿Y qué, cayendo, como cae, en blando?

¿Está usted seguro de que al tercero o cuarto... o vigésimo vuelo, después de metida en las espesuras del mundo, y con más años y más

apetitos encima, hubiera caído mejor?

--Además, hombre, ¡qué canástoles! cuando yo empezaba a recrearme en ella, recién educada con tantas precauciones y tantos cuidados...

--¿Y, por ventura, se la roban a usted de casa para llevársela por esos mundos afuera... a Méjico, verbigracia, donde no la vuelva a ver en muchos años... o nunca quizá? Si hasta por ese lado sale usted ganando en la nueva jugada; pues lejos de quedarse sin la única hija que tiene, adquiere otro hijo más, que le acompañe y le quiera y le venere... ¡Ah, caramba, si yo me viera en pellejo de usted! (cuántas veces me lo he dicho y se lo hubiera dicho a usted autorizado para ello, como ahora lo estoy, desde que sigo de cerca este pleito y he estudiado los autos con interés); ¡si me viera yo en su pellejo!....

--¿Qué haría usted en ese caso?

--Pues haría... ¡qué demonio! lo mismo que va usted a hacer, sólo que yo lo hubiera hecho desde que noté el primer síntoma de eso que usted llama enfermedad de su hija.

--Pero, hombre, si, por errarla en todo desde que llegué a Peleches tan atiborrado de ilusiones, hasta me ha fallado la máxima que yo consideraba infalible.

--¿Qué máxima?

--Aquélla de los aires puros... ¡Lo que yo la he ve

ntoleado!

--Vamos, señor don Alejandro: hoy no da usted pie con bola, y todo lo mira del revés. ¡Decir que le ha fallado la máxima cuando acaba de cumplírsele al pie de la letra! ¿Qué pensamientos más nobles ni mejor colocados quiere usted en una mujer, que los que han infundido en Nieves los aires de Villavieja?

--Pero no son los que traía de Sevilla.

--Prendidos con alfileres, y no tan buenos; luego aquí han mejorado y echado raíces. Si no tiene escape, don Alejandro; y aunque le tuviera, ¡voto al draque! por el bienestar de una hija se tragaban bombas con espoleta, cuanto más insignificancias como la de la máxima esa, que no es artículo de fe y menos entre cristianos... Y dígame ahora con toda franqueza y hablando en perfecta seriedad, ¿desde cuándo siente usted esas tentaciones tan fuertes de transigir?... Porque anoche estaba usted duro como una pena.

--Desde anoche mismo; desde que oí al pobre don Adrián. La compasión que por él sentí y ¿a qué negarlo? lo que de él aprendí oyéndole, me despejaron mucho los nublados de mi cabeza, y pude así ver y estimar las cosas con mayor serenidad. Después, la verdad sea dicha, el acto de su hijo, referido por Nieves esta mañana; las reflexiones a que esto me ha traído, ¡tan hondas, tan complejas!... En fin, hombre, ¿a qué canástoles

hemos de andar en más pamemas?: le aseguro a usted que si no fuera por la contrariedad del arrastrado compromiso viejo y el temor de que mi pobre hermana Lucrecia, a quien ya no le cabe en la piel de puro gorda que está, estalle con el disgusto...

--Eso, señor don Alejandro, es llevar los escrúpulos a lo increíble; y, si usted un poco me apura, hasta meterse en los designios de Dios... Demos de lado esos óbices nimios o pecaminosos; y dígame, tomando las cosas donde las circunstancias y la voluntad de Dios, sin duda alguna, las han puesto, ¿conoce Nieves esas buenas disposiciones de usted?

--Conocerlas, así como suena, no; pero contar con ellas, de fijo. ¡Pues es tonta la niña, y no me tiene bien estudiado que digamos!... Y ¿qué tal cara pondrá el otro?...

--¿El de Méjico?

--No, el de acá.

--¡El de acá! ¡Leto?... Mi señor don Alejandro, ¿puede usted imaginarse la cara que pondrá un santo al entrar en la Gloria eterna?

Pues, en la proporción debida entre lo celestial y lo más noble de lo terreno, esa cara será la que ponga el hijo de don Adrián cuando sepa que los montes se le allanan...

--Y don Adrián, ya que usted le menciona, ¿cómo lo tomará?

--Ese debe darle a usted más miedo en este caso que doña Lucrecia. Si lo toma a la altura de lo que le quiere a usted y admira a Nieves, ¡pobres de nosotros! Pero tampoco en este reparo debemos de tenernos: la muerte por hartazgo de felicidad es envidiable.

--¿Le parece a usted que solemnice las paces con el los comiendo juntos aquí?

--Antes con antes.

--Mañana mismo.

--Yo empezaría con unos preliminares esta misma noche.

--No, señor: esta noche, y aun esta tarde, las necesito yo para negociar con Nieves y ponernos de cabal acuerdo los dos.

--Me parece bien; pero de todas maneras, yo reclamo para mí el altísimo honor y el regalado deleite de ser en la botica el mensajero de tan buena nueva. ¡Se las he dado tan amargas a los dos excelentes amigos en estos últimos días!...

--Concedido con toda el alma.

--Pues sélleme usted las credenciales con un apretón de manos.

--Ahí va la mía, y el corazón con ella.

--Un abrazo además.

--¡Y bien apretado, canástoiles!... y otro para cada

uno de ellos, a
buena cuenta.

--Serán fiel y honradamente transmitidos... Esto en
gorda, señor don
Alejandro...

--Sí, señor don Claudio; y Dios le pague a usted la
parte que le alcanza
en este bien que recibo. ¡Qué días estos pasados! ;
qué noches!...

--¡Quién piensa ya en esas bagatelas? Ahora, usted
a volver la vida a la
pobre Nieves, y yo a la botica con la buena nueva.
Quisiera tener alas
para llegar de un vuelo desde aquí.

--Aguarde usted un instante... Entérese de esa cart
a que tengo en el
bolsillo desde ayer tarde: la que armó la tempestad
.

--«Nacho...» ¡Hola! ¿Del sobrinito, eh?... ¡Demonio
!... ¡demonio! Este
«buen origen» es Rufita González... Sí... justo...
la misma... Vamos,
tal para cual... Pero, hombre, ¿tenía usted en su p
oder este comprobante
y dudaba todavía?...

--¿Qué juicio forma usted de todo eso, señor don Cl
audio?

--¿No acaba usted de oírme?... ¿O pretende que se l
e dé por escrito?
Pues aguarde usted un poco.

Sentose don Claudio Fuertes delante del pupitre; co
gió pluma y papel, y
escribió en un credo algunos renglones que leyó des
pués a don Alejandro

Bermúdez, y decían así:

«Mi querido sobrino: Por las sospechas que apuntas en tu carta del tantos, es posible que te convenga mejor que el hos pedaje que en esta casa tenías y tienes a tu disposición, el que te re serva en la suya la persona que te fue con la noticia que ha dado orige n a tus temores, si es que persistes en tu propósito de venir a Villavi eja; pues pudieras haber variado de parecer después de considerar que no tienes derecho alguno ni autoridad suficiente para hacerme la preg unta y las reflexiones que me haces en tu mencionada carta. Tu tío, etc...»

--¡De perlas, amigo don Claudio, de perlas!--dijo d on Alejandro recogiendo el papel de manos del comandante--. Me a livia usted de un trabajo engorrosísimo. Al pie de la letra lo copio, y va esta misma noche al correo.

--Si quiere usted que se recargue un poquito la sue rte--respondió don Claudio muy serio-- , pida con franqueza.

Me parece que sobra con esto. Al buen entendedor...

--Pues entonces me largo a escape... Conque ¿hasta la noche, don Alejandro?

--Hombre, me parece bien la idea: vuélvase, solo po r supuesto, un ratito esta noche para darme cuenta del resultado de sus p rimeras

negociaciones.

--Sí, señor, y para saludar a Nieves de paso... ¡Caramba! que también yo soy hijo de Dios.

Se fue el comandante y se quedó Bermúdez en su gabinete un buen rato, palpándose el tronco, atusándose el cabello a dos manos, tomando alientos y moviéndose a un lado y a otro; hasta que se detuvo y dijo, volviendo a llevarse las manos a la cabeza:

--Pues, señor... ¡a ello, y que Dios lo bendiga!

Y salió del gabinete.

* * *

POLANCO, julio de 1890.

End of the Project Gutenberg EBook of Al primer vuelo, by José María de Pereda

*** END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK AL PRIMER VUELO ***

***** This file should be named 23957-8.txt or 23957-8.zip *****

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/3/9/5/23957/>

Produced by Chuck Greif

Updated editions will replace the previous one--the old editions

will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

*** START: FULL LICENSE ***

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who

agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project

Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included

with this eBook or online at www.gutenberg.org

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site (www.gutenberg.org), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided

that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3,

a full refund of any
money paid for a work or a replacement copy, if
a defect in the
electronic work is discovered and reported to
you within 90 days
of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement
for free
distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a
Project Gutenberg-tm
electronic work or group of works on different terms
than are set
forth in this agreement, you must obtain permission
in writing from
both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation
and Michael
Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark.
Contact the
Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees
expend considerable
effort to identify, do copyright research on, transcribe
and proofread
public domain works in creating the Project Gutenberg-
tm
collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-
tm electronic
works, and the medium on which they may be stored,
may contain
"Defects," such as, but not limited to, incomplete,
inaccurate or
corrupt data, transcription errors, a copyright or
other intellectual
property infringement, a defective or damaged disk
or other medium, a
computer virus, or computer codes that damage or ca

cannot be read by
your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement

nt copy in lieu of a
refund. If you received the work electronically, t
he person or entity
providing it to you may choose to give you a second
opportunity to
receive the work electronically in lieu of a refund
. If the second copy
is also defective, you may demand a refund in writi
ng without further
opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement
or refund set forth
in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'A
S-IS' WITH NO OTHER
WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDI
NG BUT NOT LIMITED TO
WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PU
RPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of cer
tain implied
warranties or the exclusion or limitation of certai
n types of damages.
If any disclaimer or limitation set forth in this a
greement violates the
law of the state applicable to this agreement, the
agreement shall be
interpreted to make the maximum disclaimer or limit
ation permitted by
the applicable state law. The invalidity or unenfo
rceability of any
provision of this agreement shall not void the rema
ining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold
the Foundation, the
trademark owner, any agent or employee of the Found
ation, anyone
providing copies of Project Gutenberg-tm electronic
works in accordance
with this agreement, and any volunteers associated

with the production,
promotion and distribution of Project Gutenberg-tm
electronic works,
harmless from all liability, costs and expenses, in-
cluding legal fees,
that arise directly or indirectly from any of the fol-
lowing which you do
or cause to occur: (a) distribution of this or any
Project Gutenberg-tm
work, (b) alteration, modification, or additions or
deletions to any
Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of
electronic works in formats readable by the widest
variety of computers
including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists
because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from
people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the
assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's
goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will
remain freely available for generations to come. In 2001, the Project
Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure
and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations.
To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>.

Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email business@pglaaf.org. Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at <http://pglaaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby
Chief Executive and Director
gbnewby@pglaf.org

Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know

of no prohibition
against accepting unsolicited donations from donors
in such states who
approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make
any statements concerning tax treatment of donations received from
outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation
methods and addresses. Donations are accepted in a number of other
ways including checks, online payments and credit card donations.
To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic
works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm
concept of a library of electronic works that could be freely shared
with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project
Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed
editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S.
unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily
keep eBooks in compliance with any particular paper

edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.